Biblioteca de Historia Social

Antonio Elorza

Anarquismo y utopía

Bakunin y la revolución social en España (1868-1936)

Anarquismo y utopia

Bakunin y la revolución social en España (1868-1936)

ediciones cinca

Colección Biblioteca de Historia Social

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Primera edición: octubre 2013

© Antonio Elorza

© De esta edición:
Ediciones Cinca

© De las imágenes: sus propietarios

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La responsabilidad de las opiniones expresadas en las obras de la colección Biblioteca de Historia Social, editada por Ediciones Cinca, S. A., incumbe exclusivamente a sus autores y su publicación no significa que Ediciones Cinca, S. A. se identifique con las mismas.

Ilustración de cubierta:
Presos sociales en la carcel de Barcelona (1933) en fotomontaje sobre cartel de la CNT-FAI.

Diseño de colección:
Juan Vidaurre

IMPRESIÓN:
Fareso, S. A.
Paseo de la Dirección, 5
28039 Madrid

Depósito legal: M-27.446-2013
ISBN: 978-84-15305-53-8

Anarquismo y utopia

Bakunin y la revolución social en España (1868-1936)

Antonio Elorza
Catedrático de Ciencia Política
Universidad Complutense de Madrid

ediciones
cinca

En memoria de Ander Haritz Elorza,
que tradujo a Bakunin.

Los anarcosindicalistas (...) seguirán aspirando a una curiosa sociedad donde los hombres sean, en el desinterés, San Francisco de Asís; en el arrojo, Espartaco: en el talento, Newtons y Hegels. Detrás de esto hay una realidad humana verdaderamente generosa. A veces —repitámoslo con entusiasmo— sublime. Ya es bastante haber.

(RAMÓN J. SENDER, *Siete domingos rojos*, 1932).

"...ya suena en los aires, el grito de guerra;
de la guerra santa por la libertad".

("Bandera negra", canción anarquista, cuyo conocimiento debo a Miguel González Inestal, fundador de la FAI en Madrid).

ÍNDICE

PRÓLOGO 9

Capítulo I.
PRE-HISTORIA: BAKUNIN CONTRA MARX (1868-1872) 21
1.1. ¿Por qué Bakunin? 21
1.2. La profesión de fe antipolítica 25
1.3. Anarquía y asociacionismo obrero 37
1.4. Un débil marxismo 45

Capítulo II.
SINDICALISMO Y ANARQUISMO (1917-1923) 51
2.1. CNT: una resistible ascensión 51
2.2. El espejismo soviético 57
2.3. Seguí: la revisión sindicalista 65
2.4. Los "reyes de la pistola obrera" (I) 79

Capítulo III.
LA FUNDACIÓN DE LA FAI (1923-1931) 87
3.0. Síntesis previa 87
3.1. Bajo la "presión gubernativa" 90
3.2. La invasión de Vera 99
3.3. El "movimiento obrero anarquista" 107
3.4. De "El Productor" a la FAI 117
3.5. De la "unión moral" al "deslinde de campos" 127
3.6. Entre sindicalismo y naturismo 139
3.7. Hacia la República 148
Anexo I: La FAI y el anarquismo portugués 161
Anexo II: Conferencia constitutiva de la FAI (Síntesis de acta) 167

Capítulo IV.
EL SUEÑO INSURRECCIONAL (1931-1936) 189
4.1. Contra la República 189
4.2. Los "reyes de la pistola obrera" (II) 201
4.3. 1933: los experimentos revolucionarios 217
a) De la insurrección a la tragedia 217
b) Durruti, el último intento 225
4.4. El "comunismo libertario" 229
a) De la utopía como finalidad... 229
b) ...a la utopía como refugio 239
4.5. 1936: la reconstrucción 246

EPÍLOGO 251

Prólogo

Recuerdos

Investigar sobre la historia del anarcosindicalismo español hacia 1970 representaba una experiencia única de reencuentro con un pasado irremediablemente perdido y vivo a la vez. No solo entrabas en contacto con los documentos, sino también con los personajes históricos que los habían producido. Muchos de ellos nacieron con el siglo, se habían convertido en protagonistas de la historia durante la República y la guerra civil, y aun conservaban una notable frescura mental, que se intensificaba incluso cuando evocaban episodios en que habían intervenido. Además les caracterizaba una buena dosis de optimismo, dadas la cercanía en el tiempo del Mayo francés, donde había brillado de nuevo la chispa libertaria, y la perspectiva de una próxima desaparición de Franco. Hasta que el sectarismo y los enfrentamientos internos aparecieron de nuevo, al despuntar el regreso a la legalidad por la muerte de Franco, tenían mayoritariamente una voluntad de contribuir con su relato, ofrecido generosamente, al restablecimiento de una imagen histórica hasta entonces borrada por la dictadura.

Ciertamente, las viejas heridas no se habían cerrado aun. Con otros contenidos, el clima de tensiones ideológicas de los años 30 seguía vigente. Incluso se había acentuado como consecuencia del rocambolesco intento de captación que hiciera el régimen en los sesenta para recuperar la imagen de la vieja CNT a modo de baluarte contra el crecimiento de Comisiones Obreras: el llamado "cincopuntismo"[1]*. Pero ello no obstaculizaba la propensión a contar cada uno su propia verdad, viniera ésta de Diego Abad de Santillán o de Domingo Torres, de Federica Montseny o de Joan Manent, de Ramón Álvarez o*

---

[1] La maniobra del "cincopuntismo" fue un total fracaso, pero conmovió e irritó en grado sumo a los supervivientes anarcosindicalistas, tanto del interior como del exilio, aun cuando no faltaron los que sin participar optaron por la comprensión. Pensemos en la declaración de uno de los comprometidos, el antiguo treintista Juan López, exministro de la República, quien expresaba "la fe en el futuro del Sindicalismo español, cuya base de operaciones radica en la presente Organización Sindical" (*Revista de Trabajo*, nº 38, 1972, p. 157).

de Miguel González Inestal, de Horacio Martínez Prieto o de Juan López. Aun cuando, raro historiador, yo prefiriera no tomar en estas entrevistas ni una sola nota, fue una experiencia humana e intelectual imborrable.

Agonizaba el franquismo, y empezaba a ser posible acceder a depósitos documentales que permanecían clausurados desde la guerra civil. A veces por disminución del miedo, como en el Archivo de la Diputación de Guipúzcoa, donde uno de sus responsables, José de Artetxe, me permitió en el verano de 1972 reunir y clasificar a costa mía los periódicos del nacionalismo vasco desperdigados por la buhardilla desde septiembre del 36. Curiosamente, ya no figuran en el Archivo, quizás apropiados para el suyo por el PNV. La desafortunada experiencia me ha desaconsejado comprobar si ha seguido la misma suerte una labor similar, en el Archivo municipal de Sant Felíu de Guixols, cuando ayudado por mi mujer Marta Bizcarrondo, ordené y clasifiqué los periódicos que andaban tirados por el desván, entre ellos el semanario Acción Social Obrera, *capital para el estudio del anarcosindicalismo catalán bajo Primo de Rivera. Para llegar a la inevitable buhardilla, fue necesaria la intervención del catedrático Juan Velarde, lo cual generó un cierto grado de confusión, ya que al ser presentado con un aval del régimen, hasta los guardias municipales se cuadraban a mi paso, seguros como el secretario del Ayuntamiento de que estaban ante un falangista de aquellos que opinaban que "el anarquismo es lo nuestro". Cuando el último día bajé los ejemplares a las oficinas para fotocopiar algunos artículos, al secretario del Ayuntamiento se le iban los ojos, hasta que explotó: "Entre ellos, también había buena gente". Yo le respondí: "Desde luego, mejores que los de ahora". El clima cambió de inmediato. Acabamos cantando "Hijos del pueblo". Nos informó de que los veteranos del sindicato corchotaponero "La Dalia" seguían reuniéndose en una tertulia vespertina. Pienso que el trabajo resultó útil para los historiadores catalanes de la época, y para el profesor Pere Gabriel en primer plano. Nadie me dio nunca el menor signo de reconocimiento.*

Los fragmentos del pasado anarcosindicalista despuntaban aquí y allá en el interior de las zonas de implantación tradicional. Incluso en Madrid, Miguel González Inestal, fundador de la FAI en la capital, radical —"piel roja" en sus tiempos— desarrolló durante años una labor de difusor ocasional de sus viejas experiencias. Cada año yo le invitaba a mi clase en la Facultad de Ciencias Políticas de la Complutense. Los estudiantes seguían con gran interés su explicación de lo que era un grupo de afinidad, de lo que pretendían los anarquistas, de la relación con Ramón Sender, y también de qué modo se colocaban los explosivos para volar los postes de la luz. Mantuve con él una prolongada amistad, lo mismo que con Ramón Álvarez, el veterano de la revolución de octubre del 34, que tenía la desgracia de vivir en una de las pocas calles Carlos Marx de la geografía española, y también con el teórico de la FAI, Diego Abad de Santillán, a su regreso de Argentina. Recuerdo el primer encuentro en una pensión de la Gran Vía madrileña, al que acudí acompañado de José Alvarez Junco. Fue actuando como presentador de Abad de Santillán en una conferencia en un Colegio Mayor cuando hizo notar que nunca había pen-

sado en que alguna vez iba a aceptar como introductor a un amigo comunista (yo militaba entonces en el PCE). Algo parecido dijo José Martínez, el fundador de "Ruedo Ibérico", anarco-bolchevique donde los hubiera, al presentar su editorial de vuelta del exilio en la librería Sargadelos de Madrid. En una de mis contribuciones a Cuadernos de Ruedo Ibérico, *yo había elaborado la selección de textos históricos que figuraba en el extra de la revista sobre "Movimiento libertario español". También tuve la suerte de tomar la iniciativa para que Martínez, al comentarme el paso por París de Juan García Oliver, le solicitara la redacción de sus memorias, que acabaron publicándose —¿completas?— bajo el título de* El eco de los pasos.

Sería larga la lista de encuentros en aquel tiempo de preparación de un trabajo inacabado. En algún caso, como sucedió en la conversación a lo largo de un día con José Peirats en un lugar próximo a Béziers, la Plaine des Astres, la presencia de dos viejos dirigentes cenetistas de Barcelona permitió que afloraran las tensiones sobre la propaganda feminista, de la cual el anarquismo fue vanguardia, al aflorar el poso machista cuando uno de los dos anunció al otro, hablando sobre el movimiento de "Mujeres libres", que su mujer fumaba mientras él estaba en el frente: nunca lo hubiera consentido, replicó el interpelado, visiblemente molesto. En otras ocasiones, despertaban los recuerdos Así en el curso de la visita a la cooperativa vidriera que en Mataró fundara Juan Peiró, al escuchar la conversación entre sus familiares y sucesores, con la nostalgia por la escuela racionalista prohibida por el franquismo, o los mismos nombres de Floreal o Progreso, que mostraban la persistencia de la mentalidad libertaria, más allá de la represión. La misma sensación se obtenía al preguntarle a Domingo Torres, un tipo espléndido, alcalde de Valencia durante la guerra, por lo ocurrido con el grupo de afinidad "Paso a la Verdad" que constituyó en 1912: sigue ahí, me respondió. O al evocar en 1981 los años veinte con Hermoso Plaja en la Biblioteca Arús de Barcelona, una vez que se escapó de la tutela de su nuera en Palafrugell, ya que ella le prohibía volver a meterse en política. En fin, en Toulouse con Federica Montseny, y con su secretaria, que lo fuera también de Federico Urales, a quien manifestaba de vez en cuando el desacuerdo con su escritura.

Pasado y presente se cruzaban en el grupo de "Frente Libertario" que en París, en la calle Saint Denis, animaba Fernando López Peláez, militante pragmático y gran salvador de documentos, en torno al cual se agrupaban mitos del anarquismo histórico, caso de Cipriano Mera, siempre cordial, o Joan Manent, el colaborador más cercano de Juan Peiró, un poco tutor de José Peiró, hijo del anarcosindicalista fusilado. Al lado de Domingo Torres, Manent encarnaba a la perfección el doble sentido del anarcosindicalismo, en que la fidelidad y el rigor en el mantenimiento de las ideas, se unía a una atención permanente a las exigencias de la realidad. Cuando al puerto de Valencia llegaba un compañero de ideas muy radicales, me contó Torres, le ponía a prueba asignándole trabajos muy duros. El anarquismo a secas no le convencía. La ideología no debía servir como coartada para escapar a la condición de trabajador. Estamos en los antípodas del grupo de acción encabezado por Durruti y

García Oliver, legitimados, en palabras del segundo, por su condición de "reyes de la pistola obrera de Barcelona".

De toda esa trama de relaciones, aupada sobre apoyos diversos —desde el fundador de "Ruedo Ibérico", José Martínez, anarquista en su juventud, a Juan Velarde, entrañable catedrático del régimen, para los "cincopuntistas" y acceso a archivos de la época—, surgió una visión más interesada por la antropología política del anarquismo que por la reconstrucción de los hechos históricos. En Cataluña, y no solo en Cataluña, los anarquistas habían llegado a constituir una microsociedad, en cuyo marco aspiraban a forjar un nuevo tipo de relaciones humanas, una cultura abierta a todos, con la esperanza de crear un orden social donde la explotación desapareciera, lo mismo que el poder; y cobrara forma un orden regido por las ideas de fraternidad y solidaridad.

Entre los supuestos de la aspiración utópica y la realidad existía con frecuencia un abismo. La concepción antropológica optimista, que en los años treinta empuja a los anarquistas españoles por la senda de la utopía, tenía el inconveniente de pensar por parte de sus portavoces más radicales que quienes se negaban seguirla, asumían así en su conciencia el papel de explotadores, pudiendo en tiempo de crisis revolucionaria ser eliminados por el bien de la humanidad. Solo siendo un ignorante o un malvado cabía negarse a la elección racional que les proponían los dogmáticos de la anarquía: unirse a la labor revolucionaria, o por lo menos secundarla. En la experiencia de tales revolucionarios anarquistas coexistía la trayectoria de violencia con una esperanza ingenua, casi infantil, en la llegada del paraíso libertario similar a la manifestada por aquel viejo militante apellidado Iglesias, al que conocí en Barcelona en 1981 gracias a Joan Manent, quien la víspera de la insurrección de 8 de diciembre de 1933, gastó sus últimas pesetas en comprarle una blusa a su novia e invitarla a chocolate. Al día siguiente, con el triunfo de la revolución, el dinero dejaría de tener valor.

Recuerdo también una conferencia sobre las colectivizaciones aragonesas del pedagogo ciego Félix Carrasquer en el Colegio Mayor San Juan Evangelista, de Madrid, allá por los inicios de la Transición. Cuando un estudiante le preguntó por la actitud de los propietarios al avanzar la columna Durruti e ir ocupando los pueblos, Carrasquer le dijo que naturalmente se incorporaron de forma espontánea a la colectivización, tal y como luego había de relatar Ken Loach en Tierra y Libertad. *No podían resistir a "la coacción moral". Siguió el relato hasta el momento en que Líster disolvió las colectividades, procediendo según el orador a devolver sus tierras a las viudas de los propietarios. La coacción moral tenía su precio. Ambas cosas eran ciertas: el idealismo que presidiera la revolución y el carácter jacobino de su puesta en práctica, tanto en las formas de organización del poder local como en la violencia represiva.*

En la trayectoria del anarcosindicalismo español se mezclan esos ingredientes heterogéneos. La violencia, por otra parte, no debe extrañar, por cuanto a lo largo de la historia todos los intentos por implantar un paraíso sobre la tierra acabaron recurriendo a la espada del arcángel San Miguel. Lo mismo ha sucedido a lo largo del siglo XX, y asumiendo unas dimensiones mucho

más graves, con el intento de forjar un hombre nuevo, protagonizado por el comunismo soviético. El hombre nuevo no surgió, a pesar de los esfuerzos de tales regímenes y de su institucionalización como religiones seculares, y sí tuvo lugar en cambio la destrucción del hombre realmente existente, sometido a la camisa de fuerza, cuando no a la amenaza de eliminación, por parte de los artífices del nuevo mundo, "de los hacedores de dichas ajenas", en palabras de Ángel Pestaña.

El anarquismo tuvo en este sentido una ventaja capital. Salvo en el momento excepcional, y transitorio, de la guerra civil española, no tuvo ocasión de experimentar sus ideas, y por consiguiente de mostrar esa contradicción fundamental entre la pretensión de un orden social sin poder y el sistema represivo para mantenerlo. De este modo, el mencionado surgimiento de una microsociedad libertaria, aun fragmentada, sirvió para la interiorización de los rasgos más positivos de la ideología. La proliferación de publicaciones donde a la propaganda doctrinal se unen temáticas sectoriales, como el culto a la naturaleza, las relaciones sexuales o el nudismo, refleja ese enlace entre la adhesión a unas ideas de fondo y las preocupaciones de unas clases populares por superar la degradación derivada de su inferior posición en la escala social, privadas de los recursos de que disfrutaban los "happy few".

Su secretario, Joan Manent, me contó una vez que Juan Peiró, siendo analfabeto de joven, mostraba su amor a la cultura llevando siempre un periódico en el bolsillo. El episodio es una ilustración del papel desempeñado por la cultura en el movimiento anarquista, capital en la medida que la emancipación del hombre depende de un conocimiento libre de ataduras externas, caso de las impuestas por la religión. Cuando en 1972 visité en Mataró la antigua cooperativa del vidrio fundada por Peiró, sus gestores lamentaban ante todo la prohibición que les impedía refundar la escuela racionalista. Sin embargo, esos mismos militantes anarquistas se encontraban antes de 1936 cercados por la debilidad del sistema educativo. La correspondencia conservada inicialmente en el Archivo de Salamanca de la publicación ácrata por excelencia, la Revista Blanca, *muestra el débil grado de alfabetización de sus corresponsales.*

El círculo vicioso se cierra con la escasa implicación de los intelectuales relevantes con el movimiento libertario, salvo durante un breve período juvenil: "es que no se quieren comprometer", comentaba un personaje de Aurora roja, *la pequeña obra maestra de Pío Baroja sobre la militancia revolucionaria en el comienzo de siglo. Ni las convulsiones del tiempo de atentados o de preparación de la huelga general, bajo una intensa represión y con un alto nivel de violencia, favorecían el desarrollo de una "intelligentsia" propia. Cuando el protagonismo se ve desplazado con la CNT hacia la esfera sindical obrerista, por otra vía, el intelectual sigue estando fuera del círculo ahora anarcosindicalista. Personajes como Ricardo Mella, por un tiempo en 1931-1932 Ramón Sender, son la excepción. La calificación propuesta por Joaquín Maurín del anarcosindicalismo español como "un coloso con los pies de barro", una fuerte capacidad organizativa pero con débil cerebro, sobre la cual hemos de volver, ofrece una imagen adecuada. El resultado inevitable fue la*

entrada en escena de una capa intelectual, altamente valorada por los libertarios, los Max Nettlau, Rudolf Rocker, Cornelissen, pero sin conexión alguna con los medios intelectuales que predominan en la sociedad de la época.

El anarquismo en un solo país

A partir del fin de la Primera Guerra Mundial, España desempeña en el movimiento anarquista internacional un papel simétrico del que corresponde a la Unión Soviética para el comunismo[2]*. "Esta pequeña península podrá ser la cuna de una nueva era", había proclamado en 1935 Diego Abad de Santillán desde* Tiempos Nuevos[3]*. En el caso ruso, se trata de un referente muy concreto, el proceso de construcción del socialismo en un solo país, convertido en "la patria del socialismo". La Rusia soviética proyectará su irradiación revolucionaria sobre el resto del mundo por la simple exhibición de la propia imagen, una vez pasado el bache de la guerra civil, y por medio de ese partido mundial de la revolución que pretende ser la Internacional Comunista. Por el contrario, en el caso del anarquismo español se trata de una supervivencia. A fines de los años 20, y con la excepción de la FORA argentina, muy desgarrada y próxima también a su ocaso, no existe un movimiento de masas de inspiración libertaria comparable a lo que representa la CNT en España.*

Como consecuencia, los anarquistas de todo el mundo tendieron a poner sus esperanzas en el sindicato español, especialmente cuando llega el protagonismo en el trienio de guerra civil y la CNT-FAI pone en práctica sus propias fórmulas de organización económica revolucionaria mediante una economía colectivizada[4]*. Pero es más un refugio que un foco expansivo y no resulta casual que la CNT sume a sus siglas las de la escuálida Internacional anárquica, la AIT, asumiendo la carga de un movimiento anarquista mundial irrelevante. En tales circunstancias, la práctica del internacionalismo por parte de los anarcosindicalistas españoles también tenía que verse afectada por dicha macrocefalia. Formalmente no había dificultades para exhibir la vocación internacionalista. Así durante la guerra civil no hay organización anarquista de otros países que no edite su propio boletín informativo en su propia lengua, desde el castellano al holandés o al esperanto, gracias al soporte de la CNT-FAI*[5]*.*

---

[2] Aldo Agosti, "Il mondo della III Internazionale: gli stati maggiori", en E. J. Hobsbawm, G. Haupt, F. Marek, E. Ragionieri, C. Vivanti, eds. *Storia del marxismo*, III, I, Turín, 1980, p. 381.

[3] Diego Abad de Santillán, "España y el mundo", *Tiempos Nuevos*, II, 2, 1-VI-1935, cit. apud Diego Abad de Santillán, *El anarquismo y la revolución en España. Escritos 1930-1938*, Madrid, 1976, p. 233.

[4] Ya en 1937 la CNT codificó esta interpretación en el folleto *Colectivizaciones. La obra constructiva de la revolución española*, Barcelona, 1937. Fue, tal y como subraya un clásico de la propaganda anarquista, Gastón Leval, "una revolución incomparablemente más profunda que todas las que la precedieron" (*Espagne libertaire, 36-39*, París, 1971, p. 9). Véase la revisión del tema por Julian Casanova, ed., *El sueño igualitario: campesinado y colectivizaciones en la España republicana, 1936-1939*, Zaragoza, 1988.

[5] María Teresa Díez de los Ríos, "Catálogo de publicaciones periódicas. Ministerio de Cultura, Archivo Histórico Nacional, Guerra Civil, *Estudios de Historia Social*, 42-43, 1987, p. 326, y Marta Bizcarrondo, "Periódicos españoles en el Instituto de Historia Social de Amsterdam", *Estudios de Historia Social*, 2-3, 1977, p. 296.

Otra cosa es el alcance práctico de esa actitud. El mejor ejemplo es la FAI. La vocación supranacional, y de modo concreto iberista, acompaña al nacimiento en 1927 de la Federación Anarquista Ibérica, encarnación del viejo ideal de la superación en la península de las miopías nacionalistas y sobre todo proyecto de revolución. La realidad de esa convergencia ibérica será, sin embargo, mucho más modesta, especialmente cuando en los años treinta la dictadura salazarista reduzca al mínimo las posibilidades del anarquismo en Portugal. A pesar de la presencia como dirigente del portugués Germinal de Souza, la FAI será siempre una organización española. Los propios anarquistas portugueses, acantonados en la pequeña federación de los anarquistas lusos en España, la FAPE, se quejaron por la inevitable marginación de que eran objeto[6].

En cuanto a la AIT, a pesar del prestigio personal de los hombres enviados a España (Alexander Schapiro, Rudolf Rocker, Arthur Lehning, entre otros) nunca pudieron desempeñar un papel comparable al de los delegados-tutores de la Internacional Comunista. En algún caso, como revela el informe Schapiro sobre la insurrección anarquista de enero de 1933, se convirtieron en testigos lúcidos de los procedimientos revolucionarios del anarquismo hispano[7]*. Incluso a pesar de esa asimetría, las relaciones entre CNT y AIT no dejaron de atravesar momentos conflictivos.*

Bakunin en España

¿Y por qué incluir en un relato cuyos principales capítulos se sitúan en los años 20 y 30 un episodio correspondiente a la primera fase de organización del movimiento obrero en España? Sencillamente, porque si bien nuestra historia se desarrolla en las dos décadas que separan el auge del movimiento obrero a favor de la neutralidad en la gran guerra y el estallido de la guerra civil, los antecedentes no pueden ser ignorados. Sobre todo porque es entonces cuando tiene lugar la definición ideológica, siguiendo la impronta de Bakunin, que marca los períodos en los cuales surge la posibilidad (1868-1872) o tiene lugar efectivamente (1919-1936) la materialización de un movimiento de masas.

La trayectoria del anarquismo español, del bakuninismo español, arranca de 1869-1870, envuelta en el conjunto de expectativas que alienta la Revolución de 1868 en las clases populares, y también en la frustración producida en las mismas por su contenido exclusivamente político. No faltaron entonces conquistas de gran entidad, como el reconocimiento del derecho de asociación a los trabajadores desde el 20 de noviembre de 1868, pero respecto de la política como tal, las limitaciones en los resultados electorales del republicanismo

---

[6] Cf. *Informe do Secretariado Geral da Fape relativo á vida da mesma até setembro de 1936. A apresentar ao Pleno da Fape, a realizar em 4 de abril (sic) 1936, em Mislata, Valencia,* mss. consultado en A.H.N, Guerra Civil, Salamanca.

[7] "Informe Schapiro sobre la crisis de la CNT (1933)", *Estudios de Historia Social,* 5-6, 1978, pp. 467-501.

federal quedaron muy pronto de manifiesto. Fue así abriéndose la brecha que simboliza la escena, reproducida por Anselmo Lorenzo en El proletariado militante, *de la triste presentación a los trabajadores madrileños del único diputado obrero. Conviene recordar que la frustración respecto de la democracia política, al constatar su fracaso en la revolución italiana, fue también entre 1864 y 1867 el móvil del viraje ideológico de Bakunin en dirección del anarquismo. El impulso revolucionario de Garibaldi solo había servido para asentar el conservadurismo, demostrando que la política constituía el obstáculo más eficaz para el triunfo de la revolución popular. El movimiento italiano contenía todos los elementos para alcanzar una efectiva emancipación, debió pensar Bakunin; en lugar de ello, "el triunfo de la causa nacional vino a aplastarlo todo".*

No obstante, si bien el corte con la política y con el Estado es radical, persiste en Bakunin una concepción federalista, muy útil a la hora de enlazar con las minorías activas de los trabajadores españoles, formadas en el ideario federal, con Pi y Margall, un seguidor de Proudhon. Resultó así aplicable en España para las clases populares, y en concreto para los trabajadores "conscientes", la conocida máxima, de que todo cambiaba mientras las ideas de fondo seguían siendo las mismas. En su programa de la Fraternidad Internacional Revolucionaria de 1865, Bakunin soñaba con formar "una inmensa federación económica", un régimen cooperativista generalizado con un Parlamento cuya función sería tomar decisiones de acuerdo con "una estadística mundial". Una organización federativa en el plano político, como Federación internacional, sería su correlato. En cuanto al protagonista de la revolución, no podía ser otro que "el pueblo", pero eso sí asistido por "la parte verdaderamente inteligente y noble de la juventud que abraza la causa de las masas populares y las sirve de guía". El autoritarismo era condenado por lo que tocaba a su dimensión institucional, el Estado, pero no en cuanto a la dinámica revolucionaria, cuyo órgano de dirección "debe estar sometido a una fuerte disciplina". Al anular la democracia, la práctica libertaria desemboca en Bakunin, como sucederá para las experiencias revolucionarias de 1936-1939, en un modelo jacobino de ejercicio del poder por comités no responsables.

Una ruptura como la de Bakunin, forjada desde una continuidad de fondo con el federalismo republicano, tenía un perfecto encaje con la mentalidad de los grupos revolucionarios españoles después de 1868. Es lo que intentaremos describir en el primer apartado de este trabajo. A partir de la adscripción al anarquismo y de su ulterior predominio en el seno del movimiento obrero español durante décadas, cederemos la palabra a los sucesivos estudios que han cubierto ese largo período —1870-1917— en el curso del cual los anarquistas españoles buscan y ensayan sucesivos instrumentos para promover la revolución, experimentando otros tantos fracasos. Sólo con la entrada en escena del sindicalismo revolucionario, el incremento de las luchas sociales y el impacto de la Revolución rusa, el sueño revolucionario se presenta como una expectativa realizable. Es ese tiempo de debates internos, y finalmente de una

mentalidad utópica, adecuada a la expectativa de una inminente revolución social, el que ocupará las páginas centrales de este libro.

Nuestro propósito no es, pues, escribir una nueva historia del anarquismo español, sino analizar un aspecto concreto: la incidencia de Bakunin en España, esto es, la adopción por importantes sectores del movimiento obrero de una concepción revolucionaria basada en el rechazo radical de la política y en la expectativa de una destrucción del Estado y de la sociedad burguesa. A partir de ella, revolución mediante, surgiría espontáneamente una sociedad igualitaria, sin poder, anarquista. Para nada equivale esto a la formación en España de una escuela filosófica basada en el pensamiento de Bakunin, que no existe, y difícilmente podría existir en un movimiento tan débil como el español desde el punto de vista de la elaboración teórica. Los anarquistas españoles fueron comparables a los comunistas de la canción revolucionaria italiana, que eran marxistas sin haber siquiera conocido el tercer libro de 'El Capital'. Siguieron fieles al bakuninismo sin necesidad de adentrarse en los pormenores de la polémica con Marx. Lo fundamental es que al margen de sus constantes, y muchas veces inacabadas reflexiones, Bakunin proporcionaba un fundamento esquemático muy claro, y sumamente operativo, para asumir la necesidad de la revolución social:

> *Primero, la justificación del acto revolucionario en cuanto enfrentamiento a la triple opresión, de la Religión, del Capital y del Estado.*
>
> *Segundo, el rechazo radical de la política, consecuencia de la oposición al Estado, que solo puede ser un instrumento de opresión. La política es la "adormidera" que impide al pueblo asumir el deber revolucionario. Un antipoliticismo radical es la consecuencia.*
>
> *Tercero, desde el supuesto de la inminente ruina de la sociedad burguesa, resulta indispensable crear una organización orientada como finalidad única a preparar la revolución social.*
>
> *Cuarto, sobre el modelo de las sociedades secretas, esa organización es necesaria pero no suficiente, pues por su naturaleza resulta minoritaria. Para ser eficaz, ha de infiltrarse en otra organización, de existir ésta, donde se encuentren los trabajadores, y llevarla a sus objetivos. Tal será la estrategia de la Alianza de la Democracia Socialista bakuniniana respecto de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT). Y será también, desde su fundación, el objetivo de la FAI.*
>
> *Quinto, la revolución es el acto puntual de destrucción del orden social y político existente: la "liquidación social". Aquí hay un deslizamiento semántico hacia "el pueblo" como sujeto. La forma concreta remite a la experiencia de las insurrecciones republicanas del siglo XIX, si bien despunta asimismo la evocación de las insurrecciones rusas del Antiguo Régimen, las cuales, "desde las profundidades del instinto popular" desembocan en el "incendio universal".*

Sexto, la nueva sociedad revolucionaria surgiría, sin mayores problemas, espontáneamente del "nuevo mundo" que la Internacional habría ido prefigurando, en la forma de libre federación de asociaciones libres.

Vale la pena insistir en el punto cuarto, por ser el que da sentido a la evolución histórica de la corriente principal del movimiento obrero en España. A efectos de alcanzar sus fines, el modelo de Bakunin requería la presencia de un movimiento de masas, al cual ganar mediante la infiltración para su proyecto de revolución social. Es lo que puso en práctica desde su Alianza sobre la Primera Internacional, y lo que permite sesenta años después hablar de estricto bakuninismo en la estrategia de los anarquistas españoles, apoyados en la FAI, para hacer de la Confederación Nacional del Trabajo el ejército de maniobra, el instrumento de su revolución libertaria.

En su libro Los anarquistas españoles y el poder, *César M. Lorenzo puso en cuestión este paralelismo, argumentando entre otras cosas que la Alianza partía de cero, teniendo que proceder a la organización de la clase obrera, mientras la FAI contaba con trabajadores "ya adoctrinados"; que la Alianza se componía de intelectuales valiosos, mientras la FAI era "puramente popular, proletaria"; que la Alianza era un grupo de cuadros que disputaba la primacía a otros, en tanto que la FAI pretendía eliminar a los "cuadros sindicalistas"; que la Alianza estaba muy centralizada, mientras la FAI era acéfala, y, por fin que la Alianza tenía un programa y la FAI no. Las objeciones de César M. Lorenzo marcan con acierto la distancia histórica, pero resultan ya más discutibles si planteamos el tema en los términos de lógica de una estrategia revolucionaria adoptada por una minoría activa (la Alianza, la FAI) para apropiarse de un sujeto colectivo mucho más amplio (la Internacional, la CNT) y llevarlo hacia la realización de sus propios fines. El principio de preeminencia doctrinal de la anarquía como fórmula de la revolución frente a la política, obstáculo y causa de desviación, sirve para la legitimación del proceso.*

La Alianza no partía de cero para organizar el movimiento revolucionario, ya que existía la Internacional como potencial sujeto de masas: de ahí su pretensión de conquistarla. Algo que en la España de 1868 fue muy fácil, por la confusión de los primeros momentos entre Alianza e Internacional. El intelectual verdaderamente valioso, que marca la línea política de la Alianza, no es otro que Bakunin; es su visión revolucionaria la que adopta la FAI, no necesitaba otro. Además, la FAI no era popular, su aspiración era la de toda minoría que aspira a ser la representante de un colectivo más amplio, en este caso la CNT, instrumento para activar la revolución del "pueblo". Claro que el blanco del asalto al poder en la organización no es el mismo; Bakunin no ataca a unos "cuadros", sino a Marx y a su concepción política, del mismo modo que la FAI ataca a los dirigentes anarcosindicalistas, y a su concepción sindicalista de la CNT. La Alianza estaba muy centralizada, en un poder personalizado,

el de Bakunin, lo mismo que lo estará en cuanto a funcionamiento efectivo la FAI en su fase ascendente 1931-1933, con el trío rector de Durruti, García Oliver y Ascaso. Y el programa no era otro que reproducción en España del planteamiento revolucionario de Bakunin, antes descrito.

El objeto de este libro responde a las apreciaciones anteriores. Se propone reconstruir la incidencia del modelo revolucionario de Bakunin en los tres momentos en que interviene para que imponer la hegemonía anarquista sobre la organización de los trabajadores, vigente en cada uno de ellos. El primer momento, a modo de prólogo lejano en el tiempo, de pre-historia, corresponde al período 1868-1872, cuando gracias al recién concedido derecho de asociación obrera, la influencia directa de la Alianza de la Democracia Socialista lleva a los primeros miembros españoles de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) a la adopción del antipoliticismo y de la finalidad anarquista. Primero frente al republicanismo federal, muy pronto frente a la visión política de la Internacional propugnada por Marx. Es un momento de gran importancia, ya que la opción anarquista se mantendrá a lo largo de décadas. Pasado medio siglo, cuando el sindicalismo de masas se afirma con la CNT, a partir de Cataluña, reaparece la posibilidad de poner en práctica la fórmula de Bakunin.

Tal y como explicara en su día Antonio Bas, a pesar de la fuerte presencia de anarquistas en la CNT desde su fundación, es con el crecimiento en flecha de 1918-1919 cuando aparece en el horizonte la revolución a la luz de Rusia y cobra forma la exigencia de que el sindicalismo asuma el anarquismo como seña de identidad del sindicato. En la sociedad española, hacia 1920 para designar a la CNT se habla de "sindicalismo"; en los años 30 "anarquismo" pasa a primer plano, en las palabras y en los hechos. Es éste recorrido el que intentaremos revisar, partiendo de la definición del conflicto en los años de plomo que preceden al golpe de Primo de Rivera, siguiendo luego los avatares del pulso permanente entre anarquismo y anarcosindicalismo (o sindicalismo) en el marco del movimiento clandestino bajo la Dictadura, para culminar en su estallido, resuelto a favor de las minorías anarquistas, al producirse durante la República la transformación de la CNT en CNT-FAI. Fue un tiempo de insurrecciones fracasadas y de sueños utópicos, dos caras enlazadas, pero de signo bien diferente, en la mentalidad libertaria.

El apartado relativo a las acciones y las ideas de la CNT y del anarquismo bajo la dictadura de Primo de Rivera, con la fundación de la FAI, fue objeto de publicación por la Revista de Trabajo *en los años 70, y ahora reaparece en una versión revisada y abreviada. Para fechas anteriores, el bien documentado éxito del bakuninismo después de la revolución de 1868, había sido también objeto de varios trabajos nuestros en la época citada, remitiendo aquí sobre todo al libro publicado conjuntamente con el historiador francés Michel Ralle,* La formación del PSOE *(Barcelona, Crítica, 1989). En lo sustancial, son de nueva elaboración los apartados sobre la tensión entre anarquismo y sindicalismo antes de 1923 y sobre la conquista del poder por el grupo dirigente de García Oliver, Durruti y Ascaso diez años más tarde. La interpre-*

tación de conjunto es asimismo nueva, al menos tal es la intención del autor. Frente a quienes creen posible partir de 1931 para explicar la radicalización del anarquismo español durante la República, nuestra propuesta interpretativa subraya la continuidad de los problemas —y de los protagonistas— respecto del período 1919-1923, con la Dictadura como falso paréntesis. Es entonces, frente a la revisión ensayada por Salvador Seguí, cuando cobra forma el debate permanente entre sindicalismo y anarquismo, y cuando este asume la violencia terrorista del período anterior. No en vano los líderes indiscutibles del anarquismo revolucionario en los años 30 eran ya los líderes del anarquismo terrorista antes de 1923.

El libro se centra en Cataluña, sobre todo para los años 20 y 30, ya que en Cataluña reside el centro de poder del movimiento sindicalista, tanto en el plano ideológico como para la adopción de decisiones.

En cuanto al vocabulario, "anarquismo" y "sindicalismo" aislados no ofrecen graves problemas de interpretación, designando el primero la filosofía y la concepción revolucionaria que busca la implantación de un orden social sin el poder económico del capital ni el político del Estado; en tanto que "sindicalismo" implica el principio de autonomía de la acción sindical, puesta en práctica bajo el principio de la acción directa, siendo "sindicalismo revolucionario" el que ve en los sindicatos los sujetos de la acción revolucionaria, sin mediación política, y los encargados de organizar la sociedad poscapitalista. "Antipoliticismo" y "apoliticismo" se autodefinen. La dificultad surge al hablar de "anarcosindicalismo", ya que los anarquistas aspirantes a controlar los sindicatos se definen como "anarcosindicalistas", y la pretensión es justificable. También muchos sindicalistas, especialmente en España, son y se consideran anarcosindicalistas, propugnando la participación libertaria en la vida sindical al mismo tiempo que la autonomía de los sindicatos es respetada. Para ellos "anarcosindicalismo" acaba trazando una divisoria respecto de "anarquismo". Aceptaremos la propuesta.

Finalmente, cabe anticipar que nuestro análisis tiende a despojar al anarquismo revolucionario del halo romántico que le envuelve y protege a lo Ken Loach. La búsqueda del paraíso se hizo empleando a fondo la violencia. La herencia del pistolerismo marcó intensamente la historia del anarquismo revolucionario en España. La otra cara de la moneda fue la puesta en práctica en medios libertarios de una concepción antropológica optimista, la cual, partiendo de la libertad humana y de la atención a las necesidades prácticas de los trabajadores, intentó asentar los principios de un nuevo tipo de relaciones entre los hombres y con el medio natural. Ésta fue la verdadera "experimentación revolucionaria" del anarcosindicalismo español.

Bogotá, 28 de mayo de 2013.
A.E.

Capítulo I

PRE-HISTORIA: BAKUNIN CONTRA MARX (1868-1872)

1.1. ¿Por qué Bakunin?

Entre 1870 y 1939 el anarquismo es un componente fundamental del movimiento obrero español y cabe registrar su hegemonía, tanto en las comarcas agrarias de Andalucía como en la Cataluña industrial, con fuertes presencias en Valencia, en Aragón y el conjunto de la cuenca del Ebro, en Asturias, en las costas atlántica y cantábrica, y en fecha tardía incluso en Madrid. Ya en los primeros tiempos, cuando en la Primera Internacional tiene lugar el enfrentamiento entre Marx y Bakunin, España había sido uno de los bastiones bakuninistas, al lado de Italia y de la Federación del Jura en Suiza. Décadas más tarde, nuestro país configura bajo el doble signo de la CNT y la FAI desde 1933, la única excepción en un continente europeo del cual el componente anarcosindicalista parece definitivamente borrado. "En ninguna parte del mundo —escribió Federica Montseny— se había encontrado el anarcosindicalismo como se encontraba en España"[1]. Fue la del anarquismo español una posición excepcional en el marco europeo, lo cual hizo recaer sobre él muy pronto, a juicio de sus adversarios marxistas, la responsabilidad de todos los fracasos del proletariado español. Según escribiera a fines de 1934, una vez fracasada la insurrección de Octubre, Palmiro Togliatti, al anarquismo le correspondía la responsabilidad de que el proletariado español no hubiera alcanzado el poder: "El curso actual de la revolución española se encuentra en gran medida determinado por la impotencia palabrera y la práctica reformista y contrarrevolucionaria del anarquismo bakunistizante"[2].

Lo único seguro fue que la presencia del anarquismo en España no tenía comparación con otras áreas del obrerismo europeo. Es esta posición excepcional la que suscita las primeras reflexiones sobre el tema en los años 20, justo cuando quiebra la asociación revolucionaria entre el anarcosindicalismo espa-

---

[1] Federica Montseny, *Escritos políticos*, Barcelona, 1979, p. 196.
[2] Palmiro Togliatti, "Marxismo e bakuninismo", *Opere*, t. III, 2m Roma, 1973, p. 526.

ñol y la Revolución rusa de 1917. Es entonces cuando Joaquín Maurín, por un tiempo secretario del Comité Nacional de la CNT, hace una crítica despiadada de la ideología libertaria:

> "Los anarquistas que dirigen todavía el movimiento, exhiben una total incomprensión de la lucha de clases; la mayoría de ellos se inspiran aun en una fraseología procedente del radicalismo burgués y algunos de ellos son antiguos republicanos transformados en libertarios. Conducidos durante un tiempo por malos pastores, han conservado un horror profundo hacia toda política. Son federalistas, invocan en cada instante la libertad, admiran la Revolución francesa y mantienen estrechas relaciones con los republicanos, dejando de lado a socialistas y comunistas. No saben nada de la cuestión económica; para ellos se trata siempre de principios filosóficos y su filosofía simplista ignora todo de la complejidad de las relaciones existentes entre la burguesía y el proletariado"[3].

La demolición polémica a que procede Joaquín Maurín, una vez podada de su carga peyorativa, recoge los componentes fundamentales del ideario anarquista español de los años 20, que por otra parte enlazan sin cambios sustanciales con los postulados ideológicos de quienes medio siglo antes orientan hacia el bakuninismo la trayectoria de la I Internacional en España. Los pilares de la doctrina siguen siendo los mismos: antipoliticismo, federalismo, rechazo de la economía, idealismo, fidelidad al sistema de valores propios del racionalismo liberal. Y a través de ello, un enlace profundo con el antecedente republicano.

Se trata de un esquema ideológico muy sencillo y de un alto grado de cohesión interna. Existiría un orden natural de organización de la sociedad fundado sobre la igualdad y la libertad, que resulta negado por las formas de poder vigentes: a) en el plano de las creencias —con la Religión y su instrumento, la Iglesia, anulando a la Razón; b) de la organización política —el Estado como instrumento opresor, la política como obstáculo a la revolución—, y c) de la economía, incluyendo toda forma de generación de desigualdad. El ejemplo de la Revolución francesa entra en juego para mostrar la exigencia racional de acabar con la triada de opresiones e instaurar, mediante su simple eliminación —la "liquidación social" del vocabulario de 1870—, un orden social armónico de hombres libres e iguales del cual desapareciera todo poder. Por encima de las diferencias en cuanto a tácticas revolucionarias o desarrollos de tipo cultural, un anarquista español de 1870 coincidiría con un correligionario suyo de 1936 en tales aspectos esenciales.

Para explicar la rapidez de la transición del republicanismo federal al anarquismo, conviene tener en cuenta que la minoría activa que asumirá la direc-

---

[3] Joaquín Maurín, *L'anarcho-syndicalisme en Espagne*, París, 1924, p. 36.

ción de la Sección Española de la Asociación Internacional de Trabajadores, está constituida por hombres formados en las filas republicanismo federal. Con él comparten, en primer término, una visión de las relaciones sociales y políticas asentada sobre una serie de oposiciones bipolares: libertad frente a despotismo, liberación frente a reacción, federalismo frente a centralización, pobreza frente a riqueza; las cuales integran un sistema de contradicciones llamado a ser superado por vía revolucionaria con el Pueblo como sujeto. Coincide asimismo la visión federalista de un orden político formado por una articulación piramidal, de abajo a arriba, con el municipio —comunalismo— en condición de célula de base. También es un denominador común el anticlericalismo, vinculado al tajante rechazo de la religión como instrumento de subordinación del pueblo a los poderes establecidos y, sobre todo, obstáculo que bloquea el ejercicio de la razón. La función antirrevolucionaria asumida por la Iglesia desde 1789 confirma al clero como enemigo visible de toda pretensión de mejora de las clases populares.

La explotación económica, en todas sus variantes, cierra el círculo ateniéndose a un esquema dualista que hace innecesario detenerse en planteamientos complejos sobre su configuración. Pronto el enfrentamiento a Marx reforzará este aspecto, apuntando a una visión idealista que rechaza un materialismo al que asocia con planteamientos autoritarios. El vacío dejado por la economía pasa a ser ocupado por la moral, en la medida que la explotación es injusta e inmoral, la degradación de la burguesía anuncia la próxima subversión revolucionaria y el pueblo, incluso en su miseria, es el portador de los valores positivos.

La divisoria es tajante en lo que concierne a la política: el objetivo del sufragio universal será la gran aspiración del republicanismo, en tanto que la consideración bakuninana de la política como "adormidera" que aleja al proletariado de la acción revolucionaria, fue siempre la seña de identidad más visible del anarquismo. Antipoliticismo y antiestatismo. Sin embargo, las distancias son mucho menores de lo que ofrecen las apariencias en cuanto al federalismo, que siempre propugnó reducir al mínimo la dimensión del Estado, que debería atenerse a los criterios de austeridad, economía y descentralización, rechazando de plano "esa absorbente y absurda centralización de poder, a que necesariamente propende todo Gobierno"[4].

El atraso de la economía española en la segunda mitad del siglo XIX favorecía esa simplificación. Era un mundo de "pobres" y "ricos", no de "proletarios" y "burgueses". En el momento en que tiene lugar la primera implantación de la Asociación Internacional de Trabajadores, y con ella de la Alianza de la Democracia Socialista de Bakunin, Madrid es una ciudad en crecimiento, marcada por la capitalidad, que cuenta con una notable proporción de habitantes ligados para su subsistencia a la burocracia estatal y que abriga un enjambre de actividades comerciales y productivas, pero no gran industria. "Madrid

[4] *El Huracán*, 17-XII-1840, cit. en Juan J. Trías, Antonio Elorza, *Federalismo y reforma social en España (1840-1870)*, Madrid, 1975, pp. 121-122.

mantiene infinitos talleres donde no hay máquinas, pero en que se produce mucho"[5]: muebles, vestido, imprentas para ciento treinta periódicos y ediciones de libros, amen de construcción y producción de alimentos. En suma, en Madrid hay abundancia de "clases trabajadoras", pero ausencia de proletariado de fábrica. Una situación muy diferente a la de Barcelona y su área, con el protagonismo del sector textil. Así de un total de 53.069 "operarios", dos tercios son artesanos, casi un tercio "jornaleros sin oficio especial" y apenas un 3% "jornaleros de fábrica".

Era un medio donde las minorías activas de esas "clases trabajadoras" podían entender mucho mejor a Proudhon que a Marx. El principal teórico del republicanismo federal, Francisco Pi y Margall, desempeña un papel decisivo en la difusión de Proudhon en los inicios del Sexenio: en 1868 traduce su *Filosofía popular* y *El principio federativo*. En 1869 traduce y prologa la *Filosofía del progreso* y *De la capacidad política de las clases jornaleras*. En 1870 hace lo mismo con el *Sistema de las contradicciones económicas*. La bipolaridad justicia vs. injusticia permite saltar sobre las complicaciones que ofrece un orden económico integrado por un mosaico de actividades. Con razón Max Nettlau juzgará que "al traducir a Proudhon, rindió servicios tanto al federalismo como a la anarquía"[6]. Uno de los primeros seguidores de Marx en España, José Mesa, constatará desde un ángulo opuesto esa influencia: "La fraseología proudhoniana ha servido, y sirve, a los radicales españoles federalistas, cantonalistas, para adormecer a los obreros y engatusarlos; pero esto sería el mal menor. Es en las filas obreras sonde el proudhonismo ha hecho más estragos; los anarquistas no son, en realidad, más que adeptos, más o menos inconscientes, de Proudhon"[7].

Proudhon venía a cubrir las necesidades doctrinales del sincretismo interclasista a que aspiraba el republicanismo federal de 1868. Criticaba la sociedad capitalista, y desde un enfoque pretendidamente científico. Eliminaba al mismo tiempo toda perspectiva de revolución proletaria (aquí entrará en juego frente a él Bakunin). Situaba el análisis económico en la perspectiva propia de un sistema productivo dominado por el artesanado, antes de "amos" y "maestros" que de "capitalistas". No entraba así en el análisis del capitalismo industrial, de modo que podía resolver las contradicciones mediante la instauración de un equilibrio social, regido por el concepto de Justicia, y cuya expresión organizativa sería el federalismo. Obviamente, los supuestos de moderación o equilibrio, y de rechazo de la revolución que comporta la ideología de Prouhon, no iban a ser aceptados por el anarquismo de inspiración bakuniniana. Pero del mismo modo que republicanos y anarquistas coincidirán en la revolución como asalto puntual al poder, mediante una insurrección urbana —emblema: las barricadas—, difiriendo en la dimensión teleológica —para unos la democracia, para otros la destrucción de los poderes sociales—, el rechazo de la pretensión

[5] *Anuario de Madrid, 1868*, p. 505.

[6] Max Nettlau, *La Prémière Internationale en Espagne (1868-1888)*, p. 28.

[7] Cit. por Janos Jemnitz, "La correspondencia de Engels con José Mesa y Pablo Iglesias" (1887-1895), *Estudios de Historia Social*, nº 15, 1980, p. 275.

proudhoniana del equilibro social por los bakuninistas, no borra la centralidad de las ideas de justicia y de federación. Aquí de nuevo hay un encuentro con la expectativa posrevolucionaria republicana, solo que en vez de aspirar a la federación política, la armonía posrevolucionaria surgirá espontáneamente de la federación económica. Los fines difieren; los códigos y las representaciones, coinciden.

El bakuninismo suponía un corte estratégico, pero asentado en una continuidad, aportando en unos casos la superación de las ambigüedades de la ideología republicana, en otros resolviendo sus propias dudas. Desde 1830 los republicanos habían tenido que recurrir a la vía insurreccional, descuidando por fuerza los procedimientos legales y parlamentarios cuyo ejercicio era monopolizado por la burguesía censitaria. Como consecuencia del gran fracaso de las revoluciones del 48, había crecido la desconfianza de las clases populares en un Estado cuyo control siempre se les escapaba, aun cuando hubiesen conseguido derrocar al correspondiente gobierno. El anticlericalismo venía bien en cuanto obstáculo al progreso de la conciencia popular. No hacía falta más, singularmente en el terreno económico, para justificar la táctica de enfrentamiento por vía insurreccional; el tema político, incluso para los demócratas, era un terreno menos seguro, salvo en lo que concernía al recurso necesario a la conspiración mediante sociedades secretas, una forma de anti-Estado. El propio Bakunin llega al antipoliticismo de su Alianza de la Democracia Socialista, sobre el telón de fondo de su oposición a la autocracia rusa vista como *gosurdarvesnost* (traducido de modo inexacto "estatismo"), y ante todo a partir del fracaso rotundo del republicanismo italiano en el Risorgimento. Los fracasos políticos e insurreccionales del federalismo a partir de la Revolución de Septiembre en España favorecerán el seguimiento por los internacionalistas españoles del patrón bakuniniano.

1.2. La profesión de fe antipolítica

A lo largo de 1869, la atención del partido republicano se encuentra centrada en la evolución de la vida política española, oscilando entre el legalismo y la propensión insurreccional. En menor medida, interviene la captación de las "clases trabajadoras" que desde el 20 de noviembre de 1868 cuentan con el reconocimiento legal del derecho de asociación.

Así, siguiendo el diario federal más significativo de Madrid, *La Igualdad,* fundado el 11 de noviembre de 1868, unas semanas después del triunfo de la Gloriosa, y pronto convertido en "corazón y centro del partido federal de España", cabe observar un predominio absoluto del discurso político, centrado durante meses en la exaltación de las ventajas de la federación y en combatir la perspectiva cada vez más amenazadora de una restauración monárquica mediante la designación de un monarca extranjero.

En el primer número de *La Igualdad* figura asimismo la reproducción del discurso pronunciado por un conocido propagandista republicano, Fernando

Garrido, ante una reunión de obreros. Les recomienda "orden en la calle y revolución en las urnas". La forma de gobierno es una cuestión decisiva. A juicio de Garrido, la monarquía es siempre aristocrática, en tanto que en la república mandan "el pueblo, las clases productoras de la sociedad, los artistas, los artesanos, los obreros". Pero "la gran cuestión, que está por encima de todas, es la de la libertad religiosa". El clero es el principal factor de opresión e incluso "los reyes no son, en realidad, más que instrumentos del sacerdocio"[8]. Estamos lejos de los versos de inspiración romántica que veinte años antes dedicara Garrido a los trabajadores demócratas de Reus, en su fase de socialista utópico. Ahora "las clases trabajadoras" tienen ante todo un cometido que cumplir: votar a los republicanos para crear el marco de su propia liberación en el marco del sufragio universal. El progreso técnico y la cooperación harán el resto, elevando el "cuarto estado", el trabajador asociado, al nivel de las restantes capas de la sociedad.

Apenas un suelto, en abril de 1869, se hace eco en *La Igualdad* de los efectos de la crisis, al declarar que "triste es la situación de las clases obreras en la mayor parte de nuestras provincias"[9]. La situación real de los obreros no es el tema central del diario.

La voluntad de captación aconseja, sin embargo, la inserción de escritos "internacionales" (es decir, procedentes de la Asociación Internacional de Trabajadores), dirigidos a los obreros españoles. Tal es el caso del manifiesto "La Asociación Internacional de los Trabajadores. A los obreros españoles", que *La Igualdad* publica el 15 de enero de 1869. El documento lleva fecha de 26 de diciembre de 1868, pero su texto corresponde, salvados los problemas de traducción, a la Alocución enviada a los obreros españoles por el Comité central de la Internacional de Ginebra, el 21 de octubre de 1868[10]. Lo importante es que el escrito, todavía confuso e la terminología, con los vocablos "anárquico" y "anarquía" asignados respectivamente a la propiedad hereditaria garantizada por el Estado y a la *civilisation bourgeoise,* suponía una crítica indirecta al Estado como tal y una advertencia contra la manipulación de "vuestros *soi-disant* demócratas mesocráticos", lo cual llevaba a una puesta en tela de juicio de la adhesión proletaria al republicanismo.

El tema es visto como la necesidad de que los proletarios tomen conciencia de sus deberes, habida cuenta de que en Madrid, a diferencia de Barcelona, no ganan las elecciones. La crítica se concreta en quienes actúan de sicarios del conservadurismo, como los capataces que impiden a los estudiantes distribuir candidaturas republicanas en las obras[11]. En esa circunstancia es publicado un manifiesto pro-republicano suscrito por "varios obreros tipógrafos de Madrid", invitando al reconocimiento por los obreros de que solo mediante el cambio de régimen dejarían de ser "esclavos libres"[12].

---

[8] *La Igualdad*, 11-XI-1868, p. 2.
[9] *La Igualdad*, 14-IV-1869.
[10] Texto redactado por Perron, con retoques de Bakunin. Cf. James Guillaume, *L'Internationale. Documents et souvenirs*, t. I, p. 92.
[11] *La Igualdad*, 17-I-1869.
[12] *La Igualdad*, 15-I-1869.

El intento más consistente de encuadrar la propaganda obrera dentro del marco de los intereses republicanos tiene lugar en la segunda mitad de 1869 y corresponde al semanario *La Justicia Social,* dirigido por Joaquín Martín de Olías, publicista valenciano que será elegido diputado en 1873 y más tarde se alineará con Castelar. Su fórmula consistió en intercalar noticias relativas al obrerismo internacional y textos de militantes obreros madrileños en un conjunto de claro predominio democrático. Las dosis irán disminuyendo a partir del tercer número, con la publicación de un texto de Anselmo Lorenzo titulado "La cuestión social" que cabría considerar como fundacional del anarquismo español. Luego no hay producción obrera interior, si bien en diciembre se publican de modo intermitente artículos de "Mr. Bakounine".

La Justicia Social, cuyo primer número aparece el 5 de agosto de 1869, se convierte en órgano oficioso del Club de Antón Martín, símbolo del asociacionismo republicano en los barrios populares del mediodía de Madrid, con una composición interclasista vinculada a la experiencia insurreccional. Según explica el secretario del club, Luis Aner, "el club de Antón Martín es anterior a la revolución de Septiembre. Los que en esta época lo fundan y los socios que en él se afiliaron, formaban ya un todo homogéneo, un núcleo de conspiración constante que venía trabajando desde el año 1865; que en los distritos Sur dio muestras de su existencia en la triste pero gloriosa lucha de 22 de junio de 1866, y que al día siguiente de esta derrota siguió incansable su obra de conspiración, allegando recursos y preparando elementos que el 29 de septiembre de 1868 dieron por resultado la junta revolucionaria de Antón Martín"[13]. El brazo armado del club era el batallón de Voluntarios de la Libertad, un grupo armado dispuesto a luchar en las barricadas para defender la República; del mismo formaron parte, al menos temporalmente, obreros socialistas "que se apasionaron por la explosión de las nuevas ideas"[14].

El republicanismo necesitaba mantener e incrementar la presencia de los trabajadores en sus filas o como base de maniobra política. Ello explica la línea editorial de *La Justicia Social,* con el intento en sus primeros números de abrirse a la voz de los trabajadores más activos: "a todo trance querían aprovechar el movimiento proletario para beneficiar a su partido", consigna Anselmo Lorenzo. El elogio vertido hacia la Internacional ya en el primer número del semanario respondía claramente a ese propósito: "Sabemos que se están redactando en Madrid las bases para fundar la asociación internacional de trabajadores. Siéndonos conocida esta sociedad por las ventajas que en los países en que se halla establecida reporta a los obreros, nosotros excitamos a los trabajadores de Madrid y de provincias a que una vez unidos hagan sus esfuerzos solidarios, y de este modo podrán conseguir su objeto, que es la realización de la justicia y la destrucción de todo privilegio"[15].

---

[13] Luis Aner, "El club de Antón Martín", *La Justicia Social,* nº 1, 5-VIII-1869, p. 7.
[14] Anselmo Lorenzo,*El proletariado militante,* México, s.a., T. I, p. 17.
[15] *La Justicia Social,* nº 1, p. 15.

De acuerdo con esta predisposición favorable, *La Justicia Social* publicará en su número inaugural los discursos pronunciados en la Bolsa de Madrid por los "internacionales" Anselmo Lorenzo y Tomás González Morago, y en el número tres, el rotundo ensayo titulado "La cuestión social" del primero. A partir del 16 de septiembre reproduce resúmenes muy amplios de las sesiones de Congreso universal de obreros de Basilea y a partir del mismo número la serie de "Cartas de Mr. Bakounine a la Asociación Internacional de Obreros de Lode [Locle] y de chaud-de Fonds (sic)". No eran pocas concesiones a efectos de conseguir una fiabilidad que desembocara en la creación de un periódico obrero propio, órgano de la democracia socialista. La aparición del mismo fue anunciada a bombo y platillo el 24 de septiembre de 1869, con grandes tipos y a primera página. Una comisión de obreros habría visitado al director con el fin de que la sección de movimiento social de *La Justicia Social* se incorporase a un nuevo periódico, estrictamente obrero, que habría de llamarse *El Proletario.* El periódico salió en torno a noviembre de 1869, bajo el título de *El Cuarto Estado* y a las pocas semanas dejó de publicarse. Sus redactores, Francisco Pérez, Sebastián Gatell y Urbano Ruiz y García se vieron obligados a declarar el fracaso del periódico "republicano socialista". La vía para el semanario internacionalista *La Solidaridad* quedaba despejada. Su primer número vio la luz el 15 de enero de 1870.

La captación resultaba imposible porque desde fines de 1868 el grupo más activo de trabajadores madrileños había elegido ya su propia vía, apartándose del republicanismo. El éxito de la misión en Madrid del bakuniniano Giuseppe Fanelli se debió a que las ideas vertidas "en tres o cuatro sesiones de propaganda" y con la comunicación de una serie de textos de la AIT como envoltura de los capitales de la Alianza de la Democracia Socialista bakuniniana, llovían sobre mojado. En la conversación que un tercio de siglo después reconstruye Anselmo Lorenzo en *El proletariado militante,* el grabador Tomás González Morago le informa sobre el grandioso propósito de la Internacional y sobre las posibilidades de "cooperar a ese gran movimiento" en la España posrevolucionaria; el tipógrafo Lorenzo duda primero, hasta ser convencido por su compañero, y explica la importancia de haber leído ya una serie de escritos (que no solo le predisponen a favor de la Internacional, sino que son otras tantas llaves para adherirse al bakuninismo): "por la lectura de algunas obras de Proudhon, por el extracto de las obras de Fourier y por la campaña socialista de Pi y Margall en *La Discusión*, y además por nuestros comentarios a aquellos trabajos, nos hallábamos perfectamente preparados para la gran empresa que se trataba de acometer"[16]. El aspecto paradójico de la visita de Giuseppe Fanelli es que por muy seguidor de Bakunin que fuera, mantenía su escaño en el Parlamento italiano como miembro de la democracia socialista.

Basta la lectura de los cinco puntos del *Programa de la Alianza de la Democracia Socialista,* entregado por Fanelli, para comprobar dicho encaje de las acti-

[16] *El proletariado militante,* p. 18.

tudes previas con las ideas. El ateismo, el rechazo del "patriotismo", la propuesta de una educación igualitaria que hiciera "desaparecer todas las desigualdades ficticias", el llamamiento a la solidaridad internacional, la concepción federativa y colectivista de un orden posrevolucionario donde la "propiedad colectiva de la sociedad entera" llevase a "la unión universal de las libres asociaciones, tanto agrícolas como industriales", eran otras tantas extrapolaciones a partir de los mismos planteamientos que en el republicanismo llevaban a la reforma política. La utopía de la federación universal de asociaciones productivas enlazaba con el antecedente de la federación política universal, soñada por el socialista Fernando Garrido en el más difundido de sus folletos[17]. El único punto oscuro era la reducción del Estado, tras ser objeto de rechazo radical, al ejercicio de "simples funciones administrativas de los servicios públicos". Pero en este punto contaba sobre todo la profesión de fe en el antiestatismo y en el antipoliticismo: "enemiga de todo despotismo, [la Alianza de la Democracia Socialista] no reconoce ninguna forma de Estado y rechaza toda acción revolucionaria que no tenga por objeto inmediato y directo la acción de los trabajadores contra el capital"[18].

Los puentes entre revolución y política quedaban definitivamente rotos. La clave estratégica será en adelante llevar a cabo la misma revolución pensada por los republicanos, pero sin el menor vínculo político tanto en los medios (alianzas, elecciones) como en el fin (supresión del Estado). Todo condicionamiento procedente de la realidad queda borrado, ya que el proceso revolucionario ha de tener carácter universal. Todo reformismo resulta excluido. El horizonte de la revolución social se despeja y se simplifica, al suprimir todo elemento de complejidad. El único problema consiste en elaborar desde cada país la pieza del puzzle llamado a configurar la revolución universal. Todo muy simple, en la medida que el único adversario inmediato es aquel que habla, como el republicanismo primero, o el socialismo más tarde, de perseguir los mismos fines, y bien acepta lo inaceptable, las reformas, o trata de introducir la mediación política. En si misma, la utopía bakuninista ofrecía una máxima coherencia interna, un atractivo innegable al eliminar dudas y desviaciones. En carta a González Morago, Bakunin lamentará más tarde que Fanelli hubiera entregado a los españoles textos en que se confundía la Internacional con la Alianza, "causa de confusión" que sin embargo permitió que el aliancismo se propagara como verdadera interpretación del ideario internacionalista[19].

Por el relato de Anselmo Lorenzo, sabemos que en los primeros meses de 1869 el grupo fundacional de la A.I.T., autodenominado "el Núcleo", pasó por pérdidas de efectivos, intentos de seducción por parte de carbonarios y masones —"republicanos y carbonarios fueron eliminados de la mejor manera posible"— e incapacidad para conectar con asociaciones situadas fuera de la

---

[17] Fernando Garrido, *La República democrática, federal universal*, Lérida, 1855.

[18] *El proletariado militante*, pp. 29-30.

[19] Carta a "Paulo" (González Morago), 21-V-1872, cit. sucesivamente por Max Nettlau, *Cartas de Miguel Bakunin sobre la Alianza y la Internacional en España*, Barcelona, 1926, y por Josep Termes, *Anarquismo y sindicalismo en España*, p. 39 n. 61.

capital. En tales circunstancias, al aislamiento deliberado como organización hubo de acompañar el posibilismo en cuanto a aprovechar toda oportunidad de propagar las propias ideas. Tal fue el caso de las intervenciones de Lorenzo y de González Morago en dos reuniones sucesivas de una agrupación librecambista, la Asociación para Reforma de los Aranceles, ambas en la Bolsa de Madrid, y de la colaboración en *La Justicia Social*, que en su primer número reprodujo los dos discursos y luego publicó el ensayo de Anselmo Lorenzo.

Conscientes de su debilidad, los dos aliancistas se mueven inicialmente dentro de una confesada modestia, que luego dará espacio al desafío abierto contra quienes rechazan sus doctrinas por pertenecer a las clases dominantes. Si el primer día Anselmo Lorenzo se había limitado a pedir que "la igualdad política sea complementada con la igualdad social", tratando a sus acompañantes burgueses de "sabios" que deberían promover el cambio pues en otro caso "nosotros lo haremos con las barricadas"[20], en el segundo pasó al ataque proclamando "la independencia que ha de tener la razón humana sobre todo dogma religioso" y el carácter de la propiedad como "expoliación de los productores"[21]. Se armó el escándalo y Gonzalez Morago tuvo dificultades para iniciar su discurso, sin subir al estrado. Las reseñas de los periódicos plantean el problema de la correspondencia entre lo realmente dicho y los discursos luego publicas en *La Justicia Social*, y reproducidos años más tarde en *El proletariado militante*. Según *El Imparcial,* uno de los oradores llegó a proclamarse librecambista, enemigo de la protección y republicano federal. No es ese el cariz de los discursos publicados en *La Justicia Social*. González Morago, ex-republicano, lleva mejor el tema del librecambio, pero según su texto posterior formula una auténtica declaración de guerra al mundo burgués, personalizada en quienes le escuchan airados, desafiándoles: "renegad del progreso, abominadle, porque el progreso nos da la razón". De forma tajante, afirma la necesidad de abolir toda explotación: "Atreveos a calificar de erróneo o de utópico nuestro ideal de establecer la sociedad de modo que cobije a todo el mundo un derecho común, sin distinciones privilegiadas, sin que el hombre explote al hombre, sin que el soberbio tiranice al humilde, sin que el rico expolie al pobre..."[22]. El mensaje igualitario de la Revolución francesa había de ser materializado sin restricción alguna.

En el texto del discurso de Lorenzo en *La Justicia Social,* la revolución recibe una justificación diáfana a partir del reconocimiento de la injusta desigualdad vigente desde el origen de la historia: "Volved la vista al pasado y hallaréis que el mundo ha estado siempre dividido en dos partes: una, la más numerosa, consumiendo su vida agobiada de sufrimientos y deberes, produciendo todo y careciendo de todo, que antiguamente se llamaba esclavitud y hoy proletariado; la otra gozando de todo, poseyendo el poder, ejerciendo el sacerdocio, extendiendo la ciencia o viviendo en la más estúpida molicie. ¿Es esto justo?"[23].

---

[20] *El proletariado militante*, p. 46.
[21] *Ibidem*, pp. 49-50.
[22] *Ibidem*, p. 51.
[23] *La Justicia Social*, nº 1, 5-VIII-1869, p. 9.

Es el punto de partida para la exposición más completa del aliancismo que refleja el artículo "La cuestión social". La madurez ideológica ha llegado con suma rapidez. La esencia del socialismo, para Lorenzo, es una concepción progresiva de la evolución humana, cuyas bases son la razón como instrumento fundamental para el conocimiento, y la libertad y la igualdad como criterios rectores de la vida social. El punto de llegada de la evolución es un estado social en que esos criterios han de alcanzar un pleno desenvolvimiento. La utopía anarquista está ahí: "La humanidad llegará a formar un solo pueblo y una sola clase, cada individuo de los que vivan en una generación dispondrá de todos los beneficios que hayan producido las generaciones anteriores para aprovecharse según su carácter e inclinaciones"[24]. La condición para alcanzar este fin consiste en la superación de la cadena vigente de opresiones, trabada en tono a los conceptos de Dios, nacionalidad, Estado y propiedad individual.

El ateísmo resulta necesario, por llevar consigo la religión la idea de un "fantasma divino", y en consecuencia, la adopción de una visión providencialista enfrentada con el ejercicio de la razón, del cual depende el logro de la libertad y de la igualdad. Y si como mediación, la religión viene a negar la libertad y la igualdad, la autoridad del Estado lo hace de forma inmediata. Todo Estado, incluso el democrático, representa un modo de explotación incompatible con la libertad y la igualdad. El ejemplo concreto al que se remite Anselmo Lorenzo no puede revestir una significación más clara: se trata de las Cortes Constituyentes españolas de 1869, con el propósito de mostrar que tan absurda es la autoridad basada en el sufragio universal como la asentada sobre el derecho divino. El pueblo:

> "...forma Cortes Constituyentes y cuando todo marcha en continuo progreso, una nueva idea del momento o una conveniencia se eleva a la categoría de Código fundamental y se estaciona, imposibilitándose para toda reforma. Con una Constitución así formulada y para cumplirla o mejor dicho, para oponerse a toda idea nueva, se crea una autoridad que solo puede pensar en reprimir, y vuelve a pesar sobre el pueblo una nueva tiranía más pesada que la anterior, porque no se le concede el derecho de quejarse, que esto sería un ataque a lo que se llama soberanía nacional. Como vemos, la autoridad también se opone a nuestro principio; Neguemos, pues, la autoridad"[25].

El jaque al republicanismo a partir de Bakunin marcaba una ruptura que será decisiva para el futuro del movimiento obrero en España. Podía contar la frustración ante los malos resultados de la política federal desde septiembre de

---

[24] Anselmo Lorenzo, "La cuestión social", *La Justicia Social,* nº 3, *La Justicia Social,* nº 3, 19-VIII-1869.

[25] *Ibidem.*

1868, pero el rechazo es ante todo doctrinal: todo poder político tiene la represión como finalidad al constituirse, y en consecuencia ha de ser rechazado.

Cierra el esquema la condena de "los egoísmos nacionales" que han de ser superados por la aplicación del principio de fraternidad universal. Solo cabe la solución colectivista, en los términos previstos en el programa de la Alianza bakuniniana:

> "Establecimiento de la igualdad política y social de las clases y de los Individuos de ambos sexos, empezando por la abolición de la herencia, a fin de que en lo sucesivo sea igual el goce a la producción de cada uno; los instrumentos de trabajo, como todo otro capital, vengan a formar la propiedad colectiva de la sociedad entera, no pudiendo ser utilizados sino por los trabajadores, es decir, por las asociaciones agrícolas e industriales"[26].

El afianzamiento del bakuninismo se vio favorecido por el alejamiento republicano de las reuniones del Núcleo. Su más activo republicano, el agente de seguros José Rubau Donadeu, anfitrión de Fanelli en su visita, intentó atraer sin éxito a notables de su grupo, pero únicamente asistió a una de las reuniones Fernando Garrido[27]. Sobre él recaerá en solitario la defensa del rerpublicanismo.

La ruptura se consuma con el Manifiesto que el 24 de diciembre de 1869 hizo público la Sección organizadora central provisional de España, rótulo que para el caso adopta el núcleo de internacionales en la capital. Anselmo Lorenzo cuenta cómo el extenso manifiesto se redactó sobre la base de un proyecto presentado por González Morago y había de preceder a la publicación en enero de un órgano de prensa destinado a asentar, para los trabajadores adscritos a la AIT, la independencia completa respecto del republicanismo.

El contenido esencial del llamamiento "a los trabajadores de España" consiste, pues, en una convocatoria a la organización autónoma del proletariado mediante asociaciones profesionales, libres de cualquier forma de tutela ejercida por "la clase media", fuese a través de la política o de la religión. La recomendación central estaba precedida de una amplia argumentación sobre la terrible explotación a que están sometidos los obreros, descrita en términos apocalípticos. A pesar de ese sometimiento, son los trabajadores quienes crean toda la riqueza sobre la tierra "y sin embargo, ¡oh dolor! desconfiamos de bastarnos para nuestra emancipación". Todo explotador es implacable; todo obrero se ve obligado a "producir también para los que no hacen más que gozar". Entre los dos polos opuestos no hay término medio: el explotado ha de convertirse en protagonista del cambio que de forma radical elimine la explotación.

---

[26] *Ibidem.*

[27] *El proletariado militante*, p. 33.

El blanco de ese ejercicio retórico no es otro que una tajante descalificación del proyecto republicano, que en nombre de "la clase media" ofrece a los trabajadores todo tipo de libertades. A juicio de los redactores del manifiesto, la clase media es la detentadora de todos los recursos sociales —"dueña del capital y de la ciencia", incluso "de los mares, de los peces que la naturaleza puso en su seno"—, "dueña del Estado", y en concreto de "la república federal".

El argumento era un tanto forzado, ya que todo propietario pertenecía entonces a "la clase media" y la República federal debía estar ya vigente, Partiendo de esa simplificación, los internacionales proceden a desestimar con un lenguaje agresivo todas las libertades que un régimen republicano pudiera concederles: "Nos garantizará la libertad del pensamiento, nos permitirá el culto exterior de la religión que más nos plazca. ¡Cruel sarcasmo, que hace temblar de indignación nuestra pluma!". Por un momento, se admite que "la república federal, como forma política, es, a nuestro entender, la menos mala de todas las formas de gobierno" pero deja a quienes tienen capital "una esfera más ancha donde poder desarrollar su actividad absorbente", por lo cual "los sistemas políticos" son impotentes "para resolver el problema de nuestra emancipación"[28] contribuyen a la división. El deber de todo obrero es, en cambio, unirse por encima de las ideas y de los partidos, en torno a un único criterio: el trabajo[29].

Sobre este eje, el Manifiesto propone un sindicalismo de base múltiple, articulado mediante agrupaciones de oficio y con la resistencia como objetivo fundamental. El funcionamiento de la solidaridad por oficios frente al capital se convierte en el primer instrumento para alcanzar la emancipación que corresponde a la clase trabajadora en cumplimiento de la ley del progreso.

El paso siguiente será la edición del semanario *La Solidaridad*, a partir de 15 de enero de 1870. En su primer número, Anselmo Lorenzo resaltaba la decisión del "pueblo trabajador" de inaugurar una era de libertad y clausurar "el imperio de la autoridad". La cosmovisión propia del federalismo no se ha borrado, pero lo que prevalece es el antipoliticismo implícito en la denuncia genérica de "la autoridad". Los internacionales se autodefinen como "liberales igualitarios" y su planteamiento se apoya en un dualismo radical: "Hasta aquí, como se ha tratado de sostener siempre la autoridad, ha sido también preciso sostener la esclavitud; como una clase ha representado la riqueza, la ilustración y el poder, otra ha sufrido la miseria, la ignorancia y la sumisión"[30]. Ante esta injusta desigualdad, solo cabe una respuesta: la igualdad que exige la razón, dado que todos los hombres son iguales por naturaleza. Nada más simple.

Las reacciones suscitadas en medios republicanos por la declaración de independencia internacionalista fueron de diverso signo. Así, *La Igualdad,* ahora bajo la dirección del fourierista Ramón de Cala, lo reprodujo ampliamente y saludó su rigor expositivo, así como el criterio de utilizar la lucha obrera para lo-

---

[28] "Manifiestp de los trabajadores internacionales de la sección de Madrid", *La Justicia Social,* nºs 23, 24 y 25, 14, 21 y 28-I-1870.

[29] *Ibidem.*

[30] *La Solidaridad,* 15-I-1870.

grar una mejora de las condiciones económicas. La dureza de las condiciones de vida de los trabajadores justificaría la dureza de algunas afirmaciones: "El manifiesto contiene en muchos lugares expresiones de justificada tristeza y amargas y merecidas censuras de la actual situación económica".

Las expectativas de un consenso desparecían, en particular después de la derrota republicana en las elecciones madrileñas de 20 de enero de 1870. En las páginas de *La Igualdad,* apenas producida la derrota, Fernando Garrido publica un artículo que es un llamamiento: "A las clases trabajadoras. ¿Por qué nos vencen nuestros enemigos?". Garrido, que había acompañado a Fanelli en las primeras etapas de su viaje por España, alude de forma crítica a aquellas víctimas que se convierten en cómplices de sus verdugos y, sin entrar en polémica, exhorta a los trabajadores a asociarse para la "emancipación económica, social y política"[31]. Es como si Garrido, el republicano más sensible a la cuestión obrera, no quisiera aun entrar en un conflicto abierto, que sin embargo se desencadenará pronto. Algo similar sucede con Martín de Olías, el director de *La Justicia Social,* quien tras publicar en tres números sucesivos el texto del Manifiesto, expresará su rechazo y la sorpresa ante la buena acogida otorgada por la prensa republicana[32]. Incluso un republicano inicialmente aliancista, Francisco Córdova y López, debió comentar con acritud el manifiesto, según prueba una carta dirigida por González Morago al director de *El Huracán*[33].

Entre marzo y junio de 1870, toca de nuevo a Fernando Garrido justificar de cara a los trabajadores las ventajas del republicanismo. Lo hace desde las páginas de un semanario por él dirigido, de título *Boletín de las clases trabajadoras,* que se entrega como complemento de su *Historia de las clases trabajadoras,* si bien los artículos son reproducidos por la prensa de sus ideas, y en primer término por *La Igualdad*. El esquema ideológico de Garrido es el mismo que expusiera años atrás, en el curso de su polémica con los demócratas individualistas, consistente en el ascenso del proletario, en el último período de explotación del trabajo, a "trabajador asociado" que conquista sus derechos por elevación, gracias al acceso a la democracia política:

> "El objeto inmediato del socialismo es la extinción del proletariado, última fase de la esclavitud y de abyección de las clases trabajadoras. Es la elevación de los trabajadores a los derechos políticos, y por su práctica y más especialmente por el derecho de asociación, a la ilustración, a los goces de la vida y al respeto y consideración de la sociedad. De aquí que todos los socialistas sean demócratas"[34].

---

[31] Fernando Garrido, "A las clases trabajadoras. ¿Por qué nos vencen nuestros enemigos?", *La Igualdad,* 29-I-1870.

[32] Joaquín Martín de Olías, "Juicio crítico del manifiesto de los trabajadores internacionales de la sección de Madrid", *La Justicia Social,* nº 26, 7-II-1870.

[33] No hemos localizado *El Huracán*. Conocemos el episodio por la carta de Morago a Córdova, comunicada por el primero a Johann Ph. Becker, con fecha 4 de enero de 1870, y conservada en el archivo del Internationaal Instituut voor Sociaale Geschiedenis, Amsterdam.

[34] *La Discusión,* 7-XI-1860.

El problema para que sus argumentos pudieran aplicarse a la circunstancia política de 1870 residía en que la afirmación de que con los derechos individuales obtenidos en la Revolución de septiembre, más "los derechos políticos ejercidos por las clases proletarias" quedaba asegurada "su completa emancipación política y social"[35]. Tampoco era muy segura la profecía formulada por Garrido de que las "clases acomodadas y medias" fueran a "dar la mano" al proletariado en nombre del progreso[36]. En su concepción del hombre, Garrido seguía siendo el fourierista de sus años jóvenes, pensando que la igualdad residía en un "desenvolvimiento integral", en un marco de atracción recíproca que resulta bloqueada por "la imperfección social"[37].

Los argumentos de Garrido bajan a tierra cuando se aproxima el Congreso obrero de junio de 1870[38]. El razonamiento se apoya en una evidencia: sin democracia, "ni el congreso se verificaría, ni la Internacional, con sus periódicos, sus reuniones, su organización y su libre discusión propagandista, vivirían 24 horas y todas las sociedades de trabajadores serían disueltas y perseguidos sus jefes"[39]. A partir de aquí, la argumentación de Garrido se desplegaba de manera irreprochable, apoyándose en la experiencia histórica de las últimas décadas. El apartamiento forzoso de los trabajadores de la política desde 1843 les había dejado inermes ante la explotación y ninguna reforma podía ser acordada sin el acceso al poder político. El objetivo era común: "la emancipación de las clases trabajadoras del yugo del capital", lo que Garrido identifica con "la realización de la justicia en la sociedad". De ahí la exigencia de una participación obrera en la política para desde la posición de legisladores, cambiar las leyes a partir del "afianzamiento de la libertad por una república federal"[40].

Difícilmente los internacionales hubieran encontrado una respuesta eficaz al análisis de Fernando Garrido. Un error táctico en la redacción del primer artículo de la serie sobre "las clases trabajadoras y la política" les facilitará la tarea. Con el obsesivo anticlericalismo propio de los republicanos, nuestro propagandista atribuía a "los hijos de Loyola" la responsabilidad de sembrar entre los trabajadores la oposición a la política. Los internacionales eran designados como instrumentos de los jesuitas[41]. El debate de las ideas podía así transformarse en airada respuesta a una afrenta. De hecho, la forma elegida por el tándem directivo del Núcleo correspondió de modo estricto a la exigencia de satisfacciones que solía preceder a los duelos de sangre, tan comunes en la época. González Morago y Anselmo Lorenzo acudieron a casa de Fernando Garrido para retarle a la celebración pública de una controversia, "censurándole por la injustificada ofensa que nos había dirigido". Como el republicano rechazara la

[35] José Guisasola, "El Cuarto Estado", *Boletín de las Clases Trabajadoras"*, 3, 11-IV-1870.
[36] Fernando Garrido, "Deberes de las clases acomodadas para con las proletarias", *BCT*, 4, 20-IV-1870.
[37] Fernando Garrido, "La igualdad no es la uniformidad", *BCT*, 6, 6-V-1870.
[38] Ver Luis Arranz, Antonio Elorza, "El "Boletín de las clases trabajadoras". La definición bakuninista de la clase obrera madrileña", *Revista de Trabajo*, nº 52, 1975, 4, pp. 353-448.
[39] Fernando Garrido, "Las clases trabajadoras y la política", I, *BCT*, 7, 23-V-1870.
[40] *Ibidem*.
[41] *Ibidem*.

iniciativa, recayó sobre él la deshonra, "quedando ante nosotros despojado de todo prestigio y reducido al más ínfimo nivel"[42].

La ofensa sirvió a los internacionales para encubrir los puntos débiles de su antipoliticismo. El artículo en que Anselmo Lorenzo replica a los dos de Garrido desde las páginas de *La Solidaridad* tiene como punto fuerte su descalificación por "echar mano de las mismas calumnias de que se sirven los partidos reaccionarios para combatir a los republicanos". Más allá de esto, lo que Lorenzo revela es su gusto por los razonamientos abstractos que le permiten escapar de la realidad. A la advertencia de que un gobierno reaccionario privaría de derechos a los trabajadores, el tipógrafo bakuninista responde que los derechos individuales pertenecen a la naturaleza humana, y en consecuencia los trabajadores no necesitan régimen alguno que los defienda. Además, todos los gobiernos, democráticos o reaccionarios, aplastan a la clase trabajadora, la cual no tiene interés alguno en que sus miembros intervengan en las instituciones para "distraer su atención de los intereses materiales". La república federal y las libertades políticas "son insuficientes para realizar las reformas sociales de que somos partidarios". Por fin, la política suscita odios entre los hombres y lo que quiere la Internacional es "estrechar los lazos entre los trabajadores todos".

El vocabulario bakuninista está presente asimismo a la hora de denunciar los cauces políticos dispuestos "para adormecernos (sic) y separarnos del camino que seguimos". Su punto de llegada no sería otro que el paraíso resultante de la "liquidación social", donde los puestos políticos no serían ocupados, sino destruidos, "destruyendo con ellos todo gobierno autoritario e implantando sobre sus ruinas *la Anarquía, o sea la libre federación de libres asociaciones obreras agrícolas e industriales*"[43].

El salto al sueño utópico cobraba así los perfiles que ha de mantener a lo largo de dos tercios de siglo el anarquismo español de raíz bakuninista. Ninguna respuesta concreta a la objeción de fondo, sustentada en la historia inmediata, de que un régimen democrático autoriza las asociaciones obreras y uno reaccionario las suprime. Tampoco, a modo de falsa evidencia, cabe admitir que desde un Estado democrático puedan emprenderse reformas sociales. La política queda así borrada del mapa, salvo como "adormidera" que aleja al proletariado de su camino recto hacia una revolución, cuyo contenido social se instala sobre el telón de fondo del insurreccionalismo, tan caro a Bakunin, que implica la destrucción de la sociedad existente y de sus formas de poder. La expresión "liquidación social" ha de ser tomada estrictamente en su significado inmediato. Y al otro lado de la misma, el orden armónico que emerge de manera espontánea, la Anarquía con el no menos espontáneo florecimiento de asociaciones obreras encargadas de la producción.

Aun hubo un último eslabón en la cadena de enfrentamientos entre Fernando Garrido y los internacionales. En carta dirigida a *La Solidaridad*, inten-

---

[42] *El proletariado militante*, p. 71.

[43] "Las clases trabajadoras y la política", *La Solidaridad*, nº 20, 28-V-1870.

taba poner en marcha una dinámica de captación, explicando que sus divergencias se reducían a los medios y no a los fines, aceptando incluso la disolución de la política en el punto final de evolución progresiva de la humanidad: "Conste, pues, que lejos de ser adversario de la Internacional, soy partidario de su establecimiento, de su generalización, y de que alcance el fin que se propone, y que es la emancipación de las clases trabajadoras del yugo del capital por la formación de libres asociaciones de trabajadores, libremente consideradas en todo el mundo, que absorban en su seno a todas las clases, convirtiéndolas de parásitas en productoras y reemplazando todos los gobiernos y Estados con esta universal organización, único sistema político de la humanidad"[44]. Pero sin renunciar, obviamente a sostener la necesidad de la política, que a su juicio era también la posición del Consejo de Londres de la AIT y de "la gran mayoría de secciones francesas de la misma". Para ello aceptaba ahora asistir a la reunión de obreros a que fuera convocado y proponía que la polémica siguiera, con artículos publicados tanto en *La Solidaridad* como en el *Boletín de las clases trabajadoras,* lo que los internacionales no estaban dispuestos a conceder, insistiendo en el mitin conjunto. Su baza para la ruptura seguía siendo la inaceptable acusación de ser instrumentos de los jesuitas. En cuanto a la posición del Consejo de Londres y de sus seguidores, era tergiversada recurriendo a una admisión a medias de "los movimientos políticos, cuando no se puedan evitar (sic) deben subordinarse a la emancipación social de las clases trabajadoras", lo cual era bien distinto de favorecer el triunfo de la república democrática federal.

La ruptura era un hecho, y la victoria de los internacionales madrileños se vio realzada por las condenas dirigidas desde los otros dos periódicos internacionalistas, *La Federación* de Barcelona y *El Obrero* de Palma de Mallorca, a la famosa acusación de Garrido, que de este modo tuvo un claro efecto bumerán, propiciando el deslizamiento de las minorías activas del movimiento obrero desde el federalismo en dirección del anarquismo.

1.3. Anarquía y asociacionismo obrero

Anselmo Lorenzo cuenta cómo a las pocas semanas de salir a la calle *La Solidaridad,* el relativo éxito en cuanto a la adhesión de nuevos miembros les llevó a plantear la conveniencia de un Congreso obrero nacional, acordado en la asamblea general del colectivo madrileño de 14 de febrero de 1870. El llamamiento de Nochebuena a los trabajadores madrileños había dado sus frutos en cuanto al incremento del número de afiliados, que en junio llegarán a los dos mil. Faltaba, sin embargo, tejido asociativo en la capital, y por eso la primera propuesta de celebrar el Congreso en Madrid hubo de ser rectificada a petición de los "amigos de Barcelona", apoyados por los asociados de Baleares. De la votación subsiguiente salió Barcelona como sede y el 19 de junio de 1870 como fecha. La penuria económica de los madrileños quedó de manifiesto cuan-

[44] *La Solidaridad,* nº 21, 4-VI-1870.

do se vieron obligados a solicitar ayuda de los catalanes —que consistió en el envío de doscientas pesetas— para que sus cuatro delegados elegidos realizaran el viaje. Los pesos fuertes del núcleo internacionalista capitalino fueron los elegidos "casi por unanimidad": Tomás González Morago, Anselmo Lorenzo, el zapatero Francisco Mora y el sastre Enrique Borrel.

La suerte ideológica del primer obrerismo español iba a jugarse en Barcelona, donde no se trataba de un núcleo reducido de trabajadores y artesanos recién incorporados a la militancia, sino de un complejo de sociedades de distinto tipo que venían adoptando posiciones ante el trabajo y la política desde 1840, con una clara orientación hacia el intervencionismo político. El pluralismo interno del movimiento obrero catalán no seguirá, por consiguiente, el único camino tomado por los madrileños ganados por el aliancismo, dado que inicialmente su apoyo a la República federal fue prácticamente unánime, tal y como prueban las resoluciones del primer congreso obrero catalán, celebrado en Barcelona el 13 de diciembre de 1868[45]. Un representante catalán, Antonio Marsal Anglora, había participado el mismo año en el Congreso de Bruselas de la AIT, pero es en meses sucesivos, tras la visita de Fanelli a Barcelona, cuando comienza una intensa relación epistolar entre Bakunin y Rafael Farga Pellicer, secretario general del Centro Federal de Sociedades Obreras de la capital catalana. En espíritu, los dirigentes del Centro son fieles al espíritu de la Internacional y por ello desean ser recibidos en el Congreso de Basilea, aun cuando aun no pertenezca el Centro a la Asociación, según explica Farga a Bakunin en carta de 1 de agosto de 1869[46]. Paralelamente, "l'Internationale" sí funciona en Barcelona, siempre con Farga como secretario de la sección, contando con tres o cuatro presidentes de sociedades obreras en su marco. Aun cuando Farga se propone ir orientando a los trabajadores hacia "el socialismo" (esto es, hacia la Internacional), confiesa que también hay republicanos federales, con quienes de momento coincide al defender "que la República federal triunfe en la gran lucha que sostenemos con los monárquicos y demás conservadores de todas las demás tiranías".

Convertido en figura central del obrerismo barcelonés, el tipógrafo Farga envía a Bakunin un número del diario *La Federación,* órgano del Centro de Sociedades Obreras que él mismo dirige, no sin advertir que "he procurado y alcanzado que todo el Consejo de Redacción sea, como es, socialista". Las dudas sobre la posibilidad de viajar a Bruselas se disiparon y Farga Pellicer acudió en septiembre al Congreso de Basilea, acompañado del médico Gaspar Sentiñón. Al conocimiento personal de Bakunin se añadía la posibilidad, subrayada por Farga, de que sus artículos fueran traducidos en el recién nacido semanario. Ya en la carta de agosto le solicitaba permiso para publicar los escritos de Bakunin en *Le Progrès*, e incluso que le remitiera originales sobre temas, entre los que señalaba "la abolición del Estado". Bajo la profesión de fe republicana de *La Federación,* se encontraba ya en germen el antiestatismo.

---

[45] Josep Termes, *Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional (1864-1881)*, Barcelona, 1972, p. 32.

[46] Max Nettlau, *La Première Internationale en Espagne (1868-1888)*, p. 76.

La declaración de principios era, sin embargo inequívoca en el primer número: "la República Democrática Federal es la forma de gobierno que más conviene a los intereses de las clases trabajadoras: forma política necesaria para obtener su emancipación"[47]. Sin embargo, en el prospecto del periódico tal definición política está ausente y la declaración de objetivos, en torno a la asociación de los trabajadores contra "el capital monopolizado", se une a la vinculación con la Internacional, sin todavía romper el cordón umbilical con Proudhon (idea de justicia) y con el cooperativismo[48].

La preferencia por el federalismo político iba muy pronto a enfriarse con el fracaso del levantamiento federal de octubre de 1869, para el cual los trabajadores aportaron la base de maniobra y sufrieron la represión. "Los fracasos del federalismo republicano en 1868-1870, la insinceridad de las promesas septembrinas y la falta de éxito de los motines contra las quintas —resume J. Termes— contribuyeron en gran medida al proceso de despolitización de la clase obrera"[49]. Los comentarios obreros posteriores confirman que el fracaso de la insurrección fue vivida como una prueba de la incapacidad del federalismo. Al borde ya del Congreso de Barcelona, *La Federación* decide intervenir en la polémica con Fernando Garrido, y lo hace tanto para proclamar el divorcio entre la voluntad revolucionaria del pueblo y la actitud conciliadora de los dirigentes republicanos, como por la teorización insuficiente de su líder Pi y Margall, quien por no haber terminado su obra *La reacción y la revolución* es acusado de convertirse de gigante en pigmeo. "Nuestra deserción del campo de la política es, pues, lógica. Estamos fatigados de ir de la república a la monarquía y de la monarquía a la república, inútilmente" (sic)[50]. El razonamiento era bastante atropellado, pero dejaba ver lo esencial: la oposición terminante a la política y al Estado, "origen de todo privilegio como de toda servidumbre".

Los artículos de Bakunin, publicados en a partir de la solicitud formulada por Farga Pellicer, fueron asentando la base teórica de los aliancistas catalanes[51]. A los procedentes de *Le Progrès,* siguieron las dos series capitales de *Las adormideras* (noviembre-diciembre de 1869), sobre el obstáculo que la política alza ante la revolución, y *Política de la Internacional* (febrero-abril de 1870). Los cuatro artículos de la serie, publicados en *L'Égalité* de Ginebra durante el verano de 1869, constituían una obra maestra en cuanto a la presentación de las ideas de la Alianza como si fueran las de la Internacional.

La vinculación entre los cuatro artículos de *Política de la Internacional* es sobre todo muy hábil. El primero plantea la contradicción insoluble entre el proletariado y la burguesía —"la clase media" en la versión española—, cuya consecuencia es la necesidad de que a "la coalición formidable de todas las clases privilegiadas" se oponga la internacional de los trabajadores, evitando todo aque-

---

[47] *La Federación,* 1-VIII-1869.
[48] "Prospecto" en J. Termes, *Anarquismo y sindicalismo en España,* pp. 324-327.
[49] J. Termes, *Anarquismo y sindicalismo en España,* p. 55.
[50] "Las clases trabajadoras y la política", III, *La Federación,* 12-VI-1870.
[51] J. Termes, *Anarquismo y sindicalismo en España,* p. 41.

llo que pudiera desviar su acción, y en primer lugar, la subordinación a la política burguesa. El antipoliticismo es así presentado como respuesta inevitable a la política burguesa como instrumento de dominación. De momento, sigue el enmascaramiento pues existiría una política válida, "la política de la Asociación Internacional"[52]. El segundo artículo insiste entonces sobre el protagonismo de la lucha económica, no sin dejar al descubierto la visión peyorativa de Bakunin sobre "la ignorancia" de la masa obrera. A partir de ahí, en el tercer artículo, es la lucha por si misma la que descubre al proletariado sus enemigos: la religión, las clases privilegiadas, el Estado. El esquema básico es muy simple: el proletariado aspira a la igualdad, la burguesía —la clase media— defiende la desigualdad. La igualdad y la libertad, si son políticas, sobran en un escenario minimalista como el propuesto. Y la consecuencia, extraída como el conejo del sombrero del mago, es la negación de la política: falso socialista es quien se dirige a los obreros y les dice "que la transformación política *debe preceder* a la transformación económica"[53]. El cuarto artículo precisa, en fin, cual será el contenido de la revolución, ya que no puede ser la transformación política para efectuar reformas, lo cual pondría el movimiento al servicio de la burguesía. La crítica de la política burguesa del primer artículo desemboca en la condena de toda política, supuestamente en cumplimiento de la prioridad de la economía en el ideario de la Internacional. Únicamente cabe "la abolición de las clases por la igualación económica para todos: liquidación social"[54]. Los medios para lograrlo no podían ser más sencillos: primero, asociación obrera y cajas de resistencia; luego organización a nivel mundial, en todos los países "para reemplazar ese mundo que se acaba de los Estados y de la burguesía"[55].

Las dificultades para llevar a la práctica el sueño eran cubiertas por la capa de radicalismo antipolítico y por la cláusula gratificante de augurar la pronta llegada de "la liquidación social" frente a "ese mundo que se acaba". En ningún momento, el razonamiento de Bakunin se abría a la posibilidad de que si la política burguesa era rechazable, el proletariado podía optar por su propia política. La imagen de la revolución como destrucción del poder, tomada de la experiencia insurreccional rusa, era proyectada sobre la mentalidad de las minorías activas del obrerismo español. Y de paso eximía de los trabajos y los riesgos que llevaba consigo la intervención política frente al régimen de la Constitución de 1869.

En vísperas de la reunión de Barcelona, el 5 de junio de 1870, los internacionales de Madrid celebraron una conferencia para debatir "la actitud de la Internacional con relación a la política". De acuerdo con las actas publicadas en *La Solidaridad,* debió tratarse de un concierto de voces donde los oradores se repartieron los papeles para ir desgranando las motivaciones de la posición

---

[52] "Política de la Internacional", I, en A. Elorza (ed.), Mijail Bakunin, *Eslavismo y anarquía*, Madrid, 1998, p. 248.

[53] "Política de la Internacional", III, en *Eslavismo y anarquía*, p. 259.

[54] "Política de la Internacional", IV, *ibidem*, p. 263.

[55] *Ibidem*, p. 265.

antipolítica elaborada por Bakunin. Bajo la presidencia del guarnicionero Bernando Pérez, ya el primer orador acotó el terreno afirmando que "la política de hoy es la política de la clase media", y que no había que dispersar fuerzas. Como orador principal, González Morago negó toda diferencia entre la política que podían hacer "la clase media radical" y "la clase media conservadora", por lo cual era inútil dividirse por opciones política. El interviniente sucesivo apoyó lo anterior, apuntando que la única política válida era la de "la organización del trabajo". Ante la inminente ruina de los gobiernos de clase media, remachó Celso Gomis, la única tarea para la clase obrera era "destruir todo gobierno de la clase media", y ello requería apartarse de la política. "El sufragio universal —advertía—, dado el estado de servidumbre a que el proletario se halla reducido, es solo un ridículo y sangriento sarcasmo lanzado al rostro del pueblo". El internacional que aceptara un cargo político era peor que "los políticos de oficio". En consecuencia, fue aprobado por unanimidad "y en medio del mayor entusiasmo" que la Sección de Madrid "aconsejase a todos los obreros que ni individualmente tomasen parte alguna en la política, ni contribuyeran con sus votos al nombramiento de ningún cargo político ni administrativo, ni mucho menos admitieran ninguno de estos cargos"[56].

Al parecer, según explica un grupo de internacionales madrileños partidarios de la intervención política, cuya protesta se negó a publicar *La Solidaridad,* la conferencia del 5 de junio fue convocada sin informar que en la misma iba a discutirse el tema político, de manera que creyendo que la discusión versaría solo sobre temas ordinarios, acudieron apenas sesenta de los dos mil afiliados a la sección. El manifiesto insistía en que la República federal era la única forma de gobierno democrática y que únicamente desde el Estado podían materializarse las reformas favorables a la clase obrera[57]. Entre los más de cuarenta firmantes, los tres primeros, mujeres, figuraba la familia de los militantes republicanos de choque apodados *los quintines* y un solo internacional de relieve, el zapatero Víctor Pagés, quien retirará su firma cuando en la asamblea de la Federación local de las secciones madrileñas, el 13 de julio, la protesta de los políticos sea rechazada como inoportuna e improcedente[58], Tampoco surtió efecto el llamamiento a los "hermanos nuestros" del Congreso de Barcelona, publicado en las páginas de *La Igualdad,* insistiendo en la defensa de la República federal, símbolo de la justicia, la fraternidad y la igualdad, y acusando de nuevo a los defensores del abstencionismo de ser sus enemigos[59]. La vehemente incitación a que los obreros rectificasen, asociando la resistencia, la cooperación y la política, no obtuvo eco alguno.

En principio, la tarea debía resultar más difícil en el Congreso de Barcelona, a pesar del liderazgo ejercido por Farga Pellicer y la posición aliancista de sus seguidores. Los cuatro delegados de Madrid estaban en posición clara-

[56] *La Solidaridad,* nº 22, 11-VI-1870.
[57] "Los obreros y la política", *La Igualdad,* 3-VII-1870.
[58] *La Solidaridad,* nº 27, 16-VII-1870.
[59] "A los obreros reunidos en el Congreso de Barcelona", *La Igualdad,* 15-VI-1870.

mente minoritaria en un conjunto de noventa delegados, de los cuales setenta y cuatro eran catalanes, y de ellos treinta y tres del sector textil, con una tradición asociativa de tres décadas y con una proporción de moderados, sobre todo en las Tres Clases del Vapor barcelonesas, favorables a la cooperación —frente a la resistencia— y a la participación política. "En el congreso se hallaban representados tres claros sectores —explicó J. Termes—: el bakuninista (antipolítico, antiestatista, colectivista y favorable, relativamente, al desarrollo del sindicalismo); el sindicalista (más o menos radical, más o menos ligado al grupo anterior), en el que se agrupaban apolíticos (no antipolíticos como lo eran los bakuninistas) y politicistas (sic), y el sector cooperativista, moderado, y poco favorable al desarrollo de la lucha sindical[60]. La doble identidad de moderantismo y republicanismo favorecía que el grupo apolítico uniera sus fuerzas al bakuninismo, en tanto que el núcleo compuesto por los aliancistas de Madrid y Barcelona contaba con el activismo de algunos estudiantes no catalanes, pero residentes en Barcelona, muy motivados frente al sistema por su oposición a las quintas. El más activo fue un estudiante de ingeniería, Antonio García Meneses, buen orador, que llevaba la representación de las sociedades gaditanas, y con orientaciones similares participaron José García Viñas, estudiante de medicina, Trinidad Soriano, de arquitectura, y el ya médico Gaspar Sentiñón, acompañante meses atrás en su asistencia al Congreso de Basilea. A diferencia de Madrid, los representantes de oficios artesanales urbanos eran minoría.

La ventaja aliancista venía dada por el esquema clásico, de raíz bakuninista, consistente en la organización ideológicamente compacta que de modo encubierto funciona dentro de la organización mayor, y, en un caso como el Congreso de Barcelona, dirige las sesiones y sobre todo elabora las ponencias, encauzando así las posibles resoluciones. El elogio de Anselmo Lorenzo a Meneses —"para todo tenía solución rápida y práctica"— deja ver claramente el mecanismo: "Ya en la preparación del Congreso en el seno de la Alianza de la Democracia Socialista, donde se elaboraron los dictámenes, proposiciones de necesidad probable (sic) y reglamentos, cuyo trabajo era imposible que lo realizara un congreso que debía durar ocho días, distinguiose notablemente aquel joven"[61]. De ahí que por lo general el texto de las ponencias fuese más radical que el de las resoluciones, aunque siempre bajo un predominio aliancista, favorecido porque la representación de la Internacional, a cargo del tipógrafo marsellés André Bastélica, pertenecía también al sector bakuninista.

En el discurso de bienvenida, Farga Pellicer hizo ya una profesión de fe de estricta fidelidad a Bakunin —eso sí, con un vocabulario arcaizante—, declarando como objetivo único a la Anarquía:

> "'La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos', dicen los Estatutos de la Internacional (...) El capital es el gran tirano que gobierna las sociedades presentes. No hay otra

[60] J. Termes, *Anarquismo y sindicalismo en España*, p. 67.
[61] *El proletariado militante*, p. 94.

> cuestión verdaderamente de fondo en la humanidad que la tremenda lucha entre el capital y la pobreza, entre la opulencia y la miseria (...) El Estado es el guardia y defensor de los privilegios que la Iglesia bendice y diviniza (...). Queremos que cese el imperio del capital, del Estado y de la Iglesia, para construir sobre sus ruinas la Anarquía, la libre federación de libres asociaciones de obreros"[62].

Este haz de rechazos determina los dictámenes sobre las sucesivas cuestiones sometidas a debate: la resistencia obrera, contrapuesta a la cooperación, apuntando la deriva hacia una regulación de las huelgas por encima de las sociedades oficio (aprobada por 54 votos contra 29); la cooperación, aprobada como instrumento parcial, no como medio de emancipación, y la organización social de los trabajadores, donde se insistía en el valor de las sociedades de oficio, tanto como medios de enfrentamiento al capital utilizando las cajas de resistencia, como preparando la sustitución de los municipios del porvenir: Según explica Meneses, en calidad de portavoz anarquista: "Mañana cuando la sociedad del porvenir esté fundada en sociedades obreras, estos centros federales serán verdaderos municipios que se ocuparán de todos los intereses"[63]. Estamos ante el nacimiento del comunalismo libertario español. El dictamen fue aprobado con 56 votos a favor y 25 negativos. La oposición era notable, pero no podía impedir los sucesivos triunfos aliancistas.

Contaba también el apartado sobre las huelgas antes citado, donde la primacía de la asociación sobre sus componentes llevaba a oradores aliancistas, como Anselmo Lorenzo, a apuntar la necesidad de que las huelgas se basasen sobre la solidaridad entre las sociedades, y no sobre los recursos de la sociedad que declaraba la huelga. En 1868 el Congreso de la AIT en Bruselas había ido más lejos, al proponer la fusión de las cajas de resistencia en una a nivel local[64]. Era el primer paso para el concepto de "huelga científica", válido en abstracto, pero convertido en instrumento propagandístico de la organización y de retención de los conflictos, al subordinar la declaración de los mismos al dictamen superior de una organización nacional —como sucederá luego con la UGT—, sin recursos ni medios para atender a la pluralidad de las situaciones.

En el tema de la relación con la política, el aliancismo jugó la baza de una cierta moderación formal, proponiendo solamente el rechazo a "toda participación de la clase obrera en la política gubernamental de la clase media", lo cual podía en principio ser suscrito incluso por los republicanos federales. Rápidamente, el planteamiento inicial se desliza hacia el rechazo de la política, siempre manteniendo elementos de ambigüedad, tales como la posibilidad de que a título individual la intervención política fuera autorizada. Anselmo

---

[62] *Ibidem*, p. 80.

[63] Reproducido en J. Termes, *op. cit.*, p. 415.

[64] Manuel Pérez Ledesma, "La Unión General de Trabajadores: socialismo y reformismo", *Estudios de Historia Social*, nº 8-9, 1979, I-II, p. 221.

Lorenzo expresó la opinión más radical: "entre nosotros y los partidos políticos, hasta los más radicales, hay diferencia de objeto", luego no cabe alianza alguna. Además, concluye de forma tranquilizante, "nuestra Asociación tiene medios de triunfar sin alianza de ningún género"[65]. Como refuerzo, otros internacionales, antiguos republicanos, como González Morago y Borrel, expusieron las razones de su desengaño político. Únicamente la intervención de los sindicalistas apolíticos, partidarios de abrir una brecha autorizando la intervención política a título individual, moderó los resultados. De nada sirvieron los alegatos de la minoría insistiendo en que el abstencionismo obrero favorecía solo a las clases privilegiadas. El balance, subraya Termes, fue el triunfo del apoliticismo, con el apoyo conjunto de bakuninistas y sindicalistas, y un respaldo masivo de las sociedades no catalanas, ventaja apolítica en las barcelonesas y rechazo de la mayoría de las delegaciones catalanas no barcelonesas[66]. La madurez societaria resistía al radicalismo aliancista. "El grupo aliancista —resume el historiador catalán— había conseguido imponer parte de sus puntos de vista en el congreso: el apoliticismo (pero no el antipoliticismo, a causa de la alianza táctica con los sindicalistas), un cierto antiestatismo y nociones de colectivismo (no en las conclusiones, pero sí en los considerandos de las ponencias y en las discusiones)"[67].

La importancia de los matices desaparecía, no obstante, a corto plazo, al ser designada Madrid frente a Barcelona como sede del Consejo Federal de la AIT en España, lo cual suponía la confirmación de la línea antipolítica. Por otra parte, la vertiginosa disminución en el número de afiliados a la sección madrileña, de más de dos mil a unos mil cuando se produce la reorganización tras el Congreso, y muchos sin cotizar, hace pensar que más que de una crecimiento imparable, se trató para el internacionalismo en la capital de una llamarada. Ello encaja con la visión sumamente peyorativa que el tipógrafo Anselmo Lorenzo nos ha legado de la clase obrera madrileña.

Aun hizo Fernando Garrido después del Congreso de Barcelona un último intento de descalificar el apoliticismo, acudiendo a un argumento que pronto será utilizado por Friedrich Engels, también contra los bakuninistas: la separación de la política era una ficción tanto antes como después de la revolución, ya que antes prescindir de la política era tanto como ceder a la reacción y luego la federación de asociaciones que tomaría el poder tras la revolución, sería también otro Estado. La anarquía sería también otra forma de Estado. Garrido cerraba su argumentación citando la resolución del Congreso de Londres de la AIT: "deben ocuparse de política los obreros asociados a la Internacional, siempre que de tomar parte en los acontecimientos políticos deba resultar algún bien a las clases trabajadoras asociadas y a la política de la Internacional"[68].

---

[65] *Ibidem*, p. 87.
[66] *Ibidem*, p. 108.
[67] *Ibidem*, p. 111.
[68] Fernando Garrido, "Imposibilidad de no ocuparse de política en una sociedad en que todo es política", *Boletín de las Clases Trabajadoras*, nº 12, 14-VII-1870.

La mención al sentido político de la Internacional, apoyándose en el Consejo de Londres dirigido por Marx, llegaba demasiado tarde, y por otra parte todos los indicios llevan a pensar que la evolución ideológica de Garrido se había detenido en la década de 1850. En pleno período de polémicas sobre el antipoliticismo, en el número 31 de su *Boletín de las Clases Trabajadoras,* ya en 1871, anunciaba la publicación de una "colección de obras de grandes socialistas". La primera iba a ser la *Teoría de la armonía o El falansterio de Carlos Fourier,* traducida y anotada por el propio Garrido, siguiéndole escritos de Victor Considérant, Proudhon, Owen, hasta terminar en Augusto Compte. Bakunin tenía una mayor carga de modernidad.

1.4. Un débil marxismo

La historia de la sección española de la Internacional a partir del Congreso de Barcelona es de sobra conocida. La modificación más importante del relato habitual corresponde a la lectura del historiador francés Michel Ralle sobre las características singulares del viraje de los internacionales madrileños hacia la política, en seguimiento de las posiciones del Consejo de Londres, dando así vida a la corriente "marxista" del obrerismo español. M. Ralle subraya que bajo la superficie del viraje político subyacen los principales elementos de la mentalidad antipolítica asentada en el período 1868-1870. La debilidad y la dispersión del panorama obrero español llevan a pensar que la realidad de los conflictos, de las huelgas, no conduce por si misma a la revolución deseada; ésta solo puede proceder de la organización, que acaba convirtiéndose en un fin en si misma, tal y como va a ocurrir en el prolongado período de Pablo Iglesias el frente del PSOE.

La estancia de Pablo Lafargue en Madrid no cambia demasiado las cosas. Permanece la imagen de que los conflictos deben ser gestionados desde arriba, desde las uniones, con la consiguiente implicación conservadora que de nuevo encarnará la trayectoria de Pablo Iglesias en la UGT. "Se trata de responder así al movimiento concreto, a las aspiraciones de los trabajadores, con una gestión que de la impresión de dominar racionalmente la realidad"[69]. En el seguimiento al Consejo de Londres que hará de un sector del antiguo núcleo internacional de Madrid, el primer grupo obrero "marxista", aun quedando en una posición muy minoritaria, "el discurso y la práctica de la corriente "autoritaria" va a hacer coexistir los temas marxistas de la acción política y la referencia confusa del rechazo de la especificidad del nivel político" "Si la postura original de apoliticismo pesa tanto —explica Ralle— es, sin duda, porque en torno a ella se efectuó la ruptura con la corriente republicana, y volver sobre el tema equivalía a poner en cuestión esa ruptura "radical", revolucionaria"[70].

---

[69] Michel Ralle, "'La Emancipación' y el primer grupo 'marxista' español: rupturas y permanencias", *Estudios de Historia Social,* 8-9, p. 98.

[70] *Ibidem,* p. 121.

Una industrialización focalizada y dispersa, con concentración de obreros limitada a Cataluña, según observaba Engels, hacía imposible pensar en términos marxistas, en definitiva económicos, la situación de "las clases trabajadoras" en España. A la altura de 1872, con la Internacional prohibida en España, afrontar la política era perfectamente compatible con una actitud defensiva, enmascarada por la consolación de que la revolución era en todo caso inevitable, si la organización era mantenida. Antes de la fractura política de 1872, el Consejo federal de la Región Española lo deja claro en la ingenua protesta ante la inminente legalización de la AIT en España: "Si nos declaráis fuera de la ley, trabajaremos a la sombra; si esto no nos conviene, prescindiremos de la organización que tenemos hoy, formaremos un partido obrero colectivista e iremos a la Revolución social inmediatamente"[71]. A partir del verano de 1872, la adopción por los "marxistas madrileños" de la política, "puesto que la política constituye una de las esferas de acción de la Internacional", es decir, por obediencia al Consejo de Londres, sigue sin modificar la estimación de que toda política existente es "política burguesa", y por tanto recusable. Lo refleja el saludo a la proclamación de la República federal en febrero de 1873:

> "No somos, no podemos ser indiferentes a la política, puesto que la política constituye una de las esferas de acción de la Internacional, pero tenemos una política propia, una política obrera. Queremos la república, pero no la república burguesa, no la república del capital, sino la *república del trabajo* (...) Debemos combatir a esa república para preparar el advenimiento de la verdadera república de los más, que ha de destruir el monopolio económico de los menos y conducirnos a la abolición de las clases, fin supremo del movimiento proletario de nuestros días"[72].

Bakunin seguía totalmente vivo bajo la máscara desvaída de Marx. Ninguna prueba mejor de esta permanencia que el episodio del manifiesto del recién nacido PSOE, de 1880, donde su redactor Francisco Mora, exsecretario del Consejo Federa de la AITl, sigue fiel al espíritu del Congreso de Barcelona, esto es, al programa de la Alianza bakuniniana, y reproduce en lo esencial el texto de otro manifiesto redactado por él en enero de 1872, esta vez por el citado Consejo Federal madrileño, donde el antipoliticismo llegaba a convertirse en garantía de que la Internacional era una asociación promotora del orden social: "Véase cualquiera de las manifestaciones de su vida —afirma Mora de la Internacional—, y se observará una completa separación de la política activa, de los motines o desórdenes de que esta es engendradora y que por el contrario, todos sus esfuerzos se han dirigido a la organización de los elementos obre-

[71] *El proletariado militante*, p. 176.
[72] Cit. por M. Ralle, "'La Emancipación'...", p. 127.

ros, para hacerlos cada vez más razonables, más inteligentes y justos en sus peticiones de mejoramiento social"[73].

El manifiesto de 1880 reproducía los planteamientos del hecho público ocho años antes, con los objetivos de la utilización de "los instrumentos de trabajo por las colectividades obreras, garantizando a sus miembros el producto total de su trabajo (sic) y la enseñanza integral a los individuos de ambos sexos..."[74]. La minimización del papel del Estado se sitúa en la misma línea, pero aquí la fórmula reproduce los términos utilizados por Marx en *Las pretendidas escisiones de la Internacional* y en *La guerra civil en Francia*[75]. Lógicamente desaparece la mención final de 1872 a que los fines del movimiento internacional son el colectivismo y la anarquía.

Paradójicamente, la huella estricta del bakuninismo fue más duradera en la minoría política de internacionales seguidores de Marx, que acabaron dando vida en 1879 al PSOE, que en amplio y conflictivo desarrollo del movimiento anarquista mayoritario. Eso no significa, sin embargo, que existiera un corte radical entre la ideología bakuninista de 1870 y la mentalidad dominante en el movimiento libertario español hasta la guerra civil. Y no solo porque el período de crisis en que tienen lugar sucesivamente la fundación y la conquista de la hegemonía por la FAI supongan un regreso a Bakunin y al diseño de conquista de hegemonía llevado a cabo por la Alianza en la Primera Internacional. Es en los supuestos fundamentales de esa misma mentalidad anarquista donde persisten los rasgos definidos en el período inicial, persistencia que a su vez depende de la continuidad en el marco económico y político de los condicionantes que ya están presentes en 1870 y sobreviven hasta la Segunda República.

A pesar de las transformaciones económicas que experimenta la España de la Restauración, el crecimiento hasta 1914 se limita a seguir con retraso la onda ascendente del capitalismo europeo. En el marco de Europa occidental, sigue siendo un furgón de cola, y ello significa que únicamente en el País Vasco (Vizcaya primero, luego Guipuzcoa) tiene lugar un proceso de industrialización que entraña mutaciones decisivas, acompañando a Cataluña. La focalización y la fragmentación del mercado siguen siendo la regla, y ello explica que sigan prevaleciendo las limitaciones para un movimiento obrero suficientemente integrado a escala nacional. El avance a paso de carreta del PSOE, el fracaso de la UGT en Cataluña y la escasa entidad numérica inicial de una CNT, nacional en el nombre pero catalana en la realidad, son a la vez las consecuencias y los indicadores de una transformación insuficiente, registrada asimismo en el plano de la educación, que favorece la tendencia a un mantenimiento del anarquismo como ideología dominante entre los trabajadores en España.

---

[73] Reproducido en *El proletariado militante*, p. 180.

[74] A. Elorza, "Los primeros programas del PSOE·", *Estudios de Historia Social*, 8-9, pp. 156-150. Ver también Víctor Manuel Arbeloa, *Orígenes del Partido Socialista Obrero Español, 1873-1880*, Madrid, 1972, pp. 99-107.

[75] A. Elorza, art. cit., p. 150.

El estancamiento en la difusión de las ideas económicas críticas, y aun de los clásicos del capitalismo contribuía a dicha situación. Todavía a mediados del siglo XX era utilizada en España la traducción de Adam Smith por José Alonso Ortiz bajo el reinado de Carlos IV, expurgada por la Inquisición. En noviembre de 1914, el joven Ramón Carande evoca la ausencia de un mínimo conocimiento de Marx en España, con ocasión de escribir el prólogo a la versión española de *Los fundamentos teóricos del marxismo,* ya que el profesor ruso hablaba en sus líneas preliminares de la proliferación quizá excesiva de estudios y discusiones teóricas en torno a Marx: "En ningún otro pueblo europeo, tal vez, parecerían más ociosas que en el nuestro —advierte Carande—. La pobreza de la producción científica española no puede verse desmentida, naturalmente, cuando se trata de estudios económicos. No es sorprendente, por lo mismo, que el nombre de Marx evoque para muchos lectores españoles nada más que movimientos políticos y organización proletaria: la Internacional como sumo. De Marx como filósofo y economista, como forjador de la ciencia social, sabido es que en España apenas se ha escrito"[76]. Es cierto que a fines del siglo XIX Antonio García Quejido había publicado una traducción del capital, pero treinta años más tarde desde *El Socialista* se ofrecía la venta de la media edición aun restante. De acuerdo con el marco económico, no habían cambiado en lo esencial las coordenadas culturales que habían bloqueado la penetración del marxismo en los días de la Primera Internacional. Los conflictos sociales eran vistos desde la misma perspectiva que entonces, como exigencia de instauración revolucionaria de un orden racional, armónico, de acuerdo con la cosmovisión ilustrada anterior a 1789.

Aparentemente existe una paradoja en el contraste entre el bajo nivel cultural de los anarquistas, observable por ejemplo en la correspondencia de lectores de *La Revista Blanca,* y la exaltación de la cultura que desde el último tercio del siglo XIX se traduce en una importante expansión de proyecciones culturales del anarquismo (esperantismo, excursionismo, multitud de revistas). Si las limitaciones de esa cultura libertaria quedan también reflejadas en el reducido círculo de autores que van constituyéndose como sus clásicos, su desarrollo corresponde a la concepción antropológica optimista según la cual el hombre instruido reconoce la necesidad de la revolución, y como consecuencia última, ese mismo desarrollo cultural específico del anarquismo, en su ensimismamiento, contribuye a su cierre hacia la penetración de toda influencia teórica que se juzgue enemigo de la ortodoxia libertaria.

Frente a la necesidad de la revolución, requerida por la desigualdad, por la injusticia que condena los trabajadores a la miseria, se alzan los opresores, que en las descripciones, sin la sistematización de Bakunin, siguen siendo los capitalistas, los políticos, la Iglesia. Los colores de la descripción pueden haber variado, pero el diseño ideológico sigue siendo el mismo, y otro sucede en cuanto al protagonista inevitable de la revolución, que da nombre al himno anar-

[76] Ramón Carande, prólogo a Tugan Baranowsky, *Los fundamentos teóricos del marxismo*, Madrid, 1915.

quista: *Hijos del pueblo*. En la medida que la política, tanto en su versión institucional del Estado, como en el acto principal del procedimiento, las elecciones, es el obstáculo que se opone a una visión clara de los trabajadores sobre su deber histórico, el antipoliticismo sigue siendo un componente esencial de la mentalidad anarquista. Conviene reconocer que el marco político de la Restauración favorecía lo que pudiera denominarse la alienación política de los trabajadores. El bloqueo de la representación parlamentaria socialista desde la fundación del PSOE en 1879 al primer diputado elegido en 1910, era buena prueba de la inutilidad de una participación obrera en un sistema basado en la corrupción y en el control por parte de las oligarquías. Un Estado débil y represivo, cerrado a toda reforma sensible de la condición obrera, venía a confirmar ese rechazo. La actitud tomada en 1870 resultaba confirmada.

La forma revolucionaria se mantenía en los mismos términos, una vez desaparecido el espejismo de la huelga general revolucionaria: se trataba de la destrucción del poder político existente por vía insurreccional. El título y la letra del himno adoptado por la CNT, *A las barricadas*, era suficientemente explícito, recuperando el modelo de conquista del poder en las revoluciones urbanas del siglo XIX, y en todo caso, durante la Segunda República, su modificación en la práctica supone una marcha atrás más profunda hacia la fórmula insurreccional de Bakunin. La supresión de la política equivalía a reducir el proceso de transformación a un acto puntual, cuya génesis no podía ser otra que una movilización del "pueblo" sin motivación precisa. Es decir, el vacío, que en la experiencia concreta de la revolución colectivista de 1936 abrirá paso a un comunalismo, esto es, a una proliferación de gobiernos de comité locales, en lo político próximos al jacobinismo.

Al otro lado de la hipotética victoria se encontraba la utopía, que tomará con el tiempo distintos aspectos, desde el colectivismo inicial al individualismo, para desembocar finalmente en 1936 en la fórmula colectivista. En cualquier caso, tanto en 1870 como durante la guerra civil española, la citada concepción antropológica optimista entra en juego a la hora de resolver de antemano todos los problemas posibles, propios para la mentalidad libertaria solo del orden prerrevolucionario. La sociedad anárquica será un orden armónico donde los individuos de forma espontánea llegarán a establecer un nuevo modo de vida fundado sobre la libertad. Las ideas-fuerza del anarquismo se perfilan y cobran nuevos acentos en el tiempo que discurre entre 1870 y 1936, aunque siempre, por encima de la distinción entre anarco-comunismo y anarco-colectivismo, sobre el denominador común descrito[77].

---

[77] José Álvarez Junco ha explicado las razones del fracaso registrado por intentos de organización asociativa, tales como la Federación de Trabajadores de la Región Española entre 1883 y 1888, siendo ineficaces a la hora de "enfrentarse con éxito inmediato contra la estructura política de la Restauración". De ahí que la organización pasara a ser vista como otra "adormidera", y entre 1888 y 1900 prevaleciera una auténtica "fobia antiorganizativa", que solo va superándose paulatinamente en el nuevo siglo, hasta que "surgió en 1907 la potente (sic) Solidaridad Obrera que se convertiría en Confederación Nacional del Trabajo en 1910". Cf. J. Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, 1976, pp. 391-395. Añadiríamos que el verdadero reencuentro del anarquismo y la organización obrera de masas solo tendrá lugar al consolidarse la CNT entre 1918 y 1919. Es entonces cuando el planteamiento de Bakunin vuelve a ser operativo.

Mijail Bakunin.

Nucleo fundacional de la AIT en Madrid (diciembre de 1868). Núm. 1, Fanelli; Nº 3, Rubau Donadeu (José); Nº 5, Francisco Mora; Nº 9, Anselmo Lorenzo.

Capítulo II

Sindicalismo y anarquismo (1917-1923)

2.1. CNT: una resistible ascensión

La Segunda República será proclamada dos meses más tarde y la Confederación Nacional del Trabajo se encuentra en pleno proceso de reorganización. Ricardo Sanz, anarquista y lugarteniente de Buenaventura Durruti, pronuncia unas palabras que comparten muchos de sus correligionarios: "La Confederación Nacional del Trabajo es una de nuestras más preciadas creaciones"[1]. Fue esta una idea-fuerza muy eficaz a la hora de legitimar la pretensión anarquista de ejercer la hegemonía en la CNT, una central sindical que habría nacido libertaria, confirmó tal condición en el Congreso de 1919 y debería seguir siéndolo.

La investigación de los historiadores ha venido a corregir esa imagen. En su minucioso trabajo, Xavier Cuadrat ya probó que la conversión en 1910-1911 de "Solidaridad Obrera", regional catalana, en un proyecto de organización nacional, llamado indistintamente Confederación General del Trabajo (CGT) y Confederación Nacional del Trabajo (CNT), tuvo una gestación plural, de la cual ni siquiera estuvieron ausentes los socialistas. La propia denominación indica con claridad el seguimiento de la CGT francesa, constituida en 1906 bajo el signo del sindicalismo revolucionario, confirmado por el primer manifiesto de la nueva organización, el Primero de Mayo de 1911: en el Sindicalismo "todos asocian su inteligencia individual y federan su esfuerzo colectivo" con el objeto de "imponer la razón y la justicia social prometida por el progreso"[2]. En el Congreso de 1911, la ponencia redactada por Tomás Herreros y Magín Marcet es muestra de que las aspiraciones revolucionarias del anarquismo encontraban perfecto acomodo en un Sindicalismo que como instrumento de lucha

---

[1] Ricardo Sanz, "Los anarquistas y la CNT!, *Solidaridad Obrera,* 18-II-1931.

[2] Cit. por Xavier Cuadrat, "De la confederación regional 'Solidaridad Obrera' a la CNT", *Revista de Trabajo,* 1974, nº 48, pp. 209-210. Véase sobre todo Antonio Bas, *La CNT en los años rojos (1910-1926),* Madrid, 1981, pp. 149-283.

económica, al impulsarla, lograra "con esta lucha intensificada la emancipación económica integral de toda la clase obrera, mediante la expropiación revolucionaria de la burguesía"[3]. El catalanista Rovira i Virgili no veía obstáculo alguno para reconocer que la nueva CNT fuera "un organisme per l'estil de la famosa Confederació General del Treball de Fransa" y que "el sindicalisme s'ha assimilat els elements anarquistas, els quals se troben a gust en el ambient que aquell ha creat"[4].

Interrumpida su trayectoria por la ilegalización que sigue a la huelga de septiembre de 1911, la CNT no reanuda sus actividades públicas hasta 1914. En su *Historia del anarquismo en España*, Josep Termes ofrece una crónica precisa de ese proceso de reconstrucción, que sirve de prólogo al período del que nos ocuparemos con mayor extensión. Conforme la actuación confederal cobra mayor importancia, van pasando a primer plano los nombres que han de protagonizar la historia del sindicalismo al final de la década. Y al ser la izquierda española aliadófila en la Gran Guerra, la defensa de la paz actuaba a favor de Alemania, lo cual explica que verosímilmente su embajada acabara subvencionando al diario *Solidaridad Obrera,* surgido como tal en 1915. En el Congreso Internacional de la Paz, reunido ese año para contrarrestar la aliadofilia de Kropotkin y otros destacados anarquistas, encontramos ya a Ángel Pestaña, futuro director del periódico y a nuestro conocido Tomás Herreros, director de *Tierra y Libertad*. Cuando por el impacto de la neutralidad se incrementan las tensiones sociales por la carrera entre precios y salarios, vemos al mismo Pestaña, al lado de Salvador Seguí, firmando el pacto de colaboración con la UGT del que surgirá la fallida huelga general de 18 de diciembre de 1916. Los mismos participaron el 27 de marzo de 1917 en una reunión en Madrid con los socialistas para convocar una nueva huelga general protestando por el coste de la vida. En la huelga general revolucionaria de agosto de 1917, será la CNT quien asuma la responsabilidad para Cataluña; figuran entre los dirigentes Seguí, Herreros, Miranda, Viadiu[5]. Las publicaciones sindicales y anarquistas se multiplican, forjando los cimientos para el crecimiento posterior.

La intensidad del cambio económico generó muy pronto un endurecimiento de la lucha de clases. Llegado a Barcelona en 1914, luego director de *Solidaridad Obrera,* Ángel Pestaña fue un lúcido observador de los acontecimientos. En sus memorias, sitúa en 1916 el arranque de un nuevo terrorismo, muy diferente del que Barcelona conociera anteriormente. "Consecuencia del estado pasional a que se había llegado, surgieron atentados personales contra patronos del Arte Textil y Fabril con los cuales se sostenían conflictos, hiriéndoles gravemente en unos casos, y matándolos en otros". El pistoletazo de salida fue el atentado mortal contra el patrono Barret, ordenado por un presidente de sindicato, luego reconocido como confidente, y que asimismo en la calle *marcó* a Barret, es decir, señaló su paso para que los asesinos actuaran. No eran actos

[3] *Ibidem*, p. 185.
[4] *Ibidem*, p. 189.
[5] Josep Termes, *Historia del anarquismo en España (1870-1980)*, Barcelona, 2011, pp. 252-259.

de violencia casuales: "ejecutores e inductores estaban en nuestros medios, vivían en los medios anarquistas y sindicales, eran miembros visibles de la organización y de los grupos, gozaban ante la opinión general y ante la clase trabajadora del respeto y la consideración de todo hombre de bien". Y pronto llegó la especialización, al formarse "grupos de acción", primero dos o tres, ejecutores de los atentados[6].

A este ambiente malsano vino a sumarse la trama de una policía corrupta, vinculada por añadidura al espionaje alemán, cuyo prototipo fue el comisario Bravo Portillo, a su vez asesinado y sustituido en sus funciones por un personaje salido de la crónica negra, el austriaco barón de Koenig. Sus tristes hazañas, al frente de lo que entonces se llamó "una policía particular", han sido objeto de multitud de relatos. Las estadísticas de víctimas mortales, elaboradas por Maria Amàlia Pradas, son muy expresivas de quien iba ganando en cada momento la partida de la muerte. De los 40 patronos asesinados entre 1918 y 1923, la curva ascendente culmina en 1920, con 16 víctimas, y sigue con 8 en 1921. Pero el precio pagado por los sindicalistas anarquistas en ese mismo período, más 1922, cubriendo la etapa de Martínez Anido en el gobierno civil, es más elevado: sobre un total de 168, 22 muertos en 1920, máximo de 78 en 1921, 30 muertos en 1922 (año que no murió ningún patrono). La guerra con el Sindicato Libre arrojó para los "libreños" 42 muertos, manteniendo la intensidad hasta 1923[7].

Entre 1917 y 1919 la guerra estaba ya en marcha, pero cuantitativamente las cifras están muy por debajo del trienio álgido 1920-1922. Cabría incluso, como apunta Pestaña, ver en los atentados una táctica rentable: "las clases patronales accedían a las demandas de los trabajadores, oponiendo el mínimo de resistencia en cuanto la acción terrorista se hizo sentir", de suerte que "el terrorismo lo que hizo fue ayudar a vencer la resistencia tenaz que al mejoramiento de la situación económica del obrero oponía sistemáticamente la burguesía"[8]. Añade Pestaña que el mismo resultado hubiera podido lograrse mediante "una poderosa organización sindical". A esto precisamente se consagraron dirigentes y cuadros sindicalistas, si bien de forma tardía, cuando en 1918 inesperadamente, por el fin de la Gran Guerra, los años de auge económico debido a la neutralidad iban a ceder paso a un tiempo de aguda crisis, que para el sindicalismo de la CNT van a ser también años de plomo.

El proceso ha sido descrito con gran precisión por Antonio Bas en su libro *La CNT en los años rojos,* partiendo de revelar que dentro de la CNT, la evolución del sindicalismo agrario había llevado muy pronto a la recuperación del patrón antipolítico de Bakunin, al asumir el sindicalismo revolucionario como instrumento de mejora transitoria para alcanzar el objetivo de "la tierra para el que la trabaja", en el marco de la anarquía y con un rechazo tajante de

---

[6] Ángel Pestaña, "Lo que aprendí en la vida", en *Trayectoria sindicalista,* ed. de A. Elorza, Madrid, 1974, pp. 173-175 y 178-179.

[7] Cit. por J. Termes, *Historia,* p. 346.

[8] *Trayectoria sindicalista,* p. 184.

la política. Fundada en 1913, la Federación Nacional de Obreros Agricultores (FNOA) situará al sindicalismo en una posición de subsidiariedad, ya que "el puesto de todos los hombres amantes de la anarquía está en los sindicatos obreros, para orientarlos", consiguiendo mejoras parciales "sin perder de vista la aspiración a su emancipación integral, o sea el conseguir el triunfo de la anarquía"[9]. A ese fin resultaba también ineludible poner de manifiesto "la ruindad de la política, de los hombres que de ella viven y de los que votan"[10].

De mucha menor entidad en el plano organizativo, pero con mayores repercusiones en la práctica, al abrir la puerta a la futura hegemonía anárquica en la CNT, fue la Conferencia anarquista celebrada a fines de 1918 en Barcelona. Ante todo, recomendó a todos los anarquistas españoles el ingreso en los sindicatos obreros, impulsando no solo la presencia en los mismos, sino la asunción de cargos directivos, al vencer la resistencia de quienes pensaban que el lugar del anarquista era el grupo de afinidad. "Los resultados de la Conferencia de Barcelona —escribe no sin exageración Manuel Buenacasa— no pudieron ser más halagadores. Meses más tarde todas las entidades de Barcelona se encontraban perfectamente compenetradas del espíritu y la idea anarquistas"[11]. Es sencillo de explicar. Frente a la repentina presión del marxismo, aupado sobre el éxito de la Revolución rusa, el antiestatismo de Bakunin constituía la única barrera posible. Lo pondrá de manifiesto Ángel Pestaña, director de la *Soli* y por lo demás poco inclinado a las exaltaciones libertarias, cuando en un mitin de controversia se proclama seguidor de Marx, de quien "somos los fieles depositarios en lo económico", mientras que "en lo político, en lo moral, negando el principio de autoridad, negando el Estado, tal y como la filosofía de Bakounine (sic)"[12].

El 28 de junio de 1918, en el Ateneo Racionalista de Sants, se había reunido el Congreso de la CRT de Cataluña. Participaron 152 delegados en representación de 75.150 afiliados. En ese momento, la Regional catalana era en gran medida la CNT. En septiembre de 1918, una estadística publicada en el diario confederal mencionaba 67.000 afiliados en la provincia de Barcelona sobre un total español de 80.541. Fuera de aquella, los únicos núcleos estimables eran Gerona, con 1.948, Valencia, con 1.683, Sevilla con 1.240, Lérida con 1.100, Asturias con 1.002, Zaragoza con 890 y Córdoba con 857. La región catalana sumaba 70.371[13]. Muy lejos aun de los cientos de miles de trabajadores representados a fines de 1919 en el Congreso nacional del Teatro de la Comedia.

Lo más significativo, según subraya A. Bas, es que en el plano ideológico el Congreso de Sants se coloca en el plano de la continuidad marcado por los de 1910 y 1911, en línea con el sindicalismo revolucionario y sin que preocupe el tema de la definición anarquista, que sin embargo va a imponerse año y

---

[9] Cit. por A. Bas, *La CNT en los años rojos*, p. 321.
[10] *Ibidem*, p. 323.
[11] *Ibidem*, p. 385.
[12] "Controversia", *Solidaridad Obrera*, 12-V-1918.
[13] "La Confederación Nacional. Sus efectivos", *Solidaridad Obrera*, 30-IX-1918.

medio más tarde. Eso sí, se reafirma el principio sagrado de la acción directa, aunque son matizaciones que flexibilizan su puesta en aplicación: los sindicatos de la CNT "vienen obligados a ejercer de un modo preferente el sistema de acción directa, mientras circunstancias de verdadera fuerza mayor, debidamente justificadas, no exijan el empleo de otras fórmulas distintas"[14].

El verdadero cambio en las resoluciones del Congreso de Sants tiene lugar al ser adoptada la fórmula organizativa de los Sindicatos Únicos, en substitución obligatoria de las anteriores sociedades de oficio. La iniciativa había procedido en 1916 del aragonés Manuel Buenacasa, secundado por unos cuantos trabajadores del sindicato de carpinteros y del sindicato de ebanistas, primero para superar mediante un Ramo de la Madera la proliferación de sociedades de oficio con sus pequeñas burocracias, y segundo, para mejor coordinación de las actuaciones, según el principio de "el frente único contra el capitalismo único"[15]. "El Sindicato Único —resume Buenacasa— es la reunión en un solo organismo de todos los trabajadores de una población poco importante, o bien la reunión en un solo organismo, igualmente, de todos los trabajadores del mismo Ramo o Industria y sus derivados o anexos, de una población de importancia"[16]. El Congreso de Sants apenas discutió la cuestión de principio, aunque sí largamente el tema de su aplicación, adoptando los Sindicatos Únicos, pues de otro modo "la organización obrera no llegará a alcanzar su máximo de potencia positiva"[17].

La fórmula reforzaba en gran medida la capacidad de acción del sindicalismo. El problema surgía por implicar que en cada localidad o ramo de industria solo cabía un sindicato, y éste sería el de la CNT. El principio del monopolio sindical estuvo así en la base del ascenso vertiginoso de la conflictividad social. Aunque de momento la impresión general era de reconocimiento del auge imparable del sindicalismo que había de confirmarse a partir de febrero de 1919 con la huelga de la Canadiense, el momento de gloria para la CRT catalana, a pesar de su desfavorable resultado final. Durante cuarenta y cuatro días, bajo la dirección de Salvador Seguí, los trabajadores llegaron a controlar la prensa barcelonesa con su "censura roja" y lograron una resolución positiva, frustrada por la negativa de la autoridad militar a soltar los presos y amenazada por la intransigencia de los anarquistas que veían en Seguí y los suyos otros tantos traidores[18]. "Las juntas de los sindicatos —relata un veterano militante— se veían desbordadas por la demagogia insensata de los grupos anarquistas que llegaron a creer que había arribado la revolución social"[19]. El agónico triunfo de Seguí frente al griterío de insultos en el mitin del 19 de marzo culminó el enfrentamiento. Fue el primer capítulo de la lógica del desbordamiento que el

[14] A. Bas, *La CNT*, p. 378.

[15] Manuel Buenacasa, "¿Qué es el Sindicato Único?" (1919) en *Militancia, cultura y acción libertarias*, del mismo, ed. de J. Cirac y J.L. Ledesma, Caspe, 2005, pp. 106-107.

[16] *Ibidem*, p. 108.

[17] A. Bas, *La CNT*, p. 369.

[18] J. Termes, *Historia*, pp. 297-305.

[19] Adolfo Bueso, *Recuerdos de un cenetista*, Barcelona, 1976, p. 111.

anarquismo radical acabará imponiendo en la CNT durante la Segunda República. También aparece el insulto de *apagallums*, que luego se aplicará a los treintistas.

No es cuestión de repetir un relato ya de sobra conocido. Interesa únicamente subrayar que al terminar el año, una vez celebrado el Congreso nacional extraordinario de la CNT en el teatro madrileño de la Comedia, tras el fracaso de la Comisión mixta de conciliación en Barcelona, se acumulan los síntomas de una crisis sin salida. El 5 de enero de 1920 tuvo lugar el atentado, a medias fallido, contra Graupera, presidente de la Patronal, provocando la clausura de los sindicatos. Y entraron en escena los Sindicatos Libres, con mayor o menor autonomía respecto de la Patronal, pero inequívocamente con sus pistolas apuntando contra los sindicalistas de la CNT. Todo ello sobre el fondo de la intensa agitación que en medios confederales provocaron las noticias de la Revolución de Octubre.

En cualquier caso, el balance seguía siendo positivo. A partir del crecimiento económico experimentado por toda España entre 1915 y 1919 gracias a la neutralidad en la Gran Guerra, el ascenso del sindicalismo de masas había tenido como consecuencia la conversión de la CNT en la principal fuerza organizada del movimiento obrero español. Los ochenta mil afiliados de 1918, mayoritariamente en Cataluña, se convirtieron en más de medio millón, y distribuidos por toda la geografía española, aunque siempre con predominio catalán. Ese aumento en flecha de efectivos, sumado a otra subida vertiginosa de los conflictos en la dura crisis económica que sigue a los años de la guerra, convirtió a los sindicalistas, como entonces eran llamados los militantes de la CNT, en la principal fuerza potencialmente revolucionaria del país. En este sentido, recibieron también de algunos humorísticamente la etiqueta de *sindikalikis,* por referencia a que eran ellos quienes podían desempeñar en España el papel asumido por los bolcheviques en Rusia. Nadie pensaba que el PSOE de Pablo Iglesias podía protagonizar una revolución de tipo soviético. El publicista más prestigioso del PSOE, Luis Araquistain escribió sesudamente que en Rusia había vencido Bakunin y no Marx[20]. La importancia del fenómeno revolucionario triunfante en Rusia, advertía *El Socialista,* es solo "un peligro imaginario": "las condiciones económicas de nuestro país no permiten soluciones radicalísimas que más adelante serán posibles" y, por otra parte, tampoco estiman los redactores del diario del PSOE que "la perturbación" de Rusia fuese muy duradera[21].

Es lo que justifica la distinción establecida por José Ortega y Gasset desde las páginas de *El Sol* en la serie "Ante el movimiento social". Resultaba preciso a su juicio distinguir entre las dos vertientes del movimiento obrero, la socialista, susceptible de ser integrada en la democracia, y la sindicalista, de contenidos estrictamente negativos, incompatibles con toda forma de progreso, y por añadidura en rápido crecimiento. La presencia del sindicalismo revolu-

[20] Luis Araquistain, "Otra vez Marx y Bakunin", *El Fígaro,* 19-IX-1919.
[21] *El Socialista,* 28-III-1918.

cionario se traduce para Ortega en el principio antisocial por excelencia: el asalto, no al capitalismo, sino a la organización productiva en si misma; desdeñando la participación política, el sindicalismo "asocia a los trabajadores de cada ramo en un sindicato que asesta sus golpes en ciertos momentos a la totalidad de la industria"[22]. El filósofo hace suya una visión estrictamente defensiva del capitalismo. "El sindicalismo nos retrotrae a edades bárbaras", insiste, al tiempo que evoca la influencia destructora del bolchevismo: "Se trata, pues, paladinamente de dictadura"[23], esgrimiendo el ejemplo de la "censura roja" durante la huelga de la Canadiense en Barcelona. Lo cual no signifique la aprobación por Ortega de la deriva contrarrevolucionaria hacia un estado de excepción, con "la arbitraria suspensión de garantías, el encarcelamiento de inculpables y la clausura legal de casas sociales"[24]. En la práctica, la respuesta gubernamental y patronal a la agitación revolucionaria desbordará con mucho —emblema: la ley de fugas— los límites legales a que Ortega hacía alusión.

2.2. El espejismo soviético

De acuerdo con la imagen que de él se tenía, el sindicalismo revolucionario español no dudó en jugar la baza de la Tercera Internacional. El triunfo de la revolución de Octubre fue visto a través del prisma libertario, desde distintos ángulos y por las diversas razones ya expuestas. Del mismo modo que el socialista Araquistáin opinaba que 1917 era el triunfo de Bakunin, la corresponsal del diario conservador más influyente, *ABC* de Madrid, presentaba en una de sus crónicas a Lenin enarbolando la bandera negra en Petrogrado[25]. A modo de colofón, el diario de la intelligentsia progresista, *El Sol*, encabezará una y otra vez sus crónicas con el epígrafe "La anarquía en Rusia".

Correlativamente, en el marco de una amplia y desigual incidencia del acontecimiento revolucionario sobre los trabajadores españoles, la adhesión de anarquistas y sindicalistas se impuso frente a las reticencias mostradas pronto por los dirigentes del socialismo español. En un ambiente de informaciones confusas, donde los misteriosos "soviets" parecían remitir a la existencia de formas de organización descentralizadas, antiestatistas, lo que prima es la opción revolucionaria en cuanto tal. Rusia parece representar la derrota definitiva del reformismo. En noviembre de 1917, el semanario anarquista *Tierra y Libertad* habla del triunfo en Rusia de las ideas anarquistas y la aprobación no es menos rotunda por parte de la Federación de Grupos Anarquistas de Barcelona. Diego Abad de Santillán, intransigente más tarde en su anticomunismo, escribe en 1919 que "el programa de Lenin y Trotzky", el bolchevismo, viene a coincidir con la anarquía, llegando a justificar la dictadura del proletariado, en la que ve "ínfimos residuos" de un poder meramente defensivo contra la

[22] José Ortega y Gasset, *Obras completas*, X, p. 584.
[23] *Ibidem*, p. 586.
[24] *Ibidem*, p. 648.
[25] Cit. por Alfonso Lazo, *La revolución rusa en el diario ABC de la época*, Sevilla, 1975, p. 167.

reacción[26]. Otro tanto declara por las mismas fechas Juan Peiró, el hombre que tras años más tarde encabeza la ruptura de la CNT frente a Moscú: "hay que apoyar la sublime dictadura de Lenin y Trotzky"[27]. Reiteradamente, ante la nebulosa de informaciones sobre la Revolución, lo que cuenta es la admiración. Como afirmará un anarquista ortodoxo, luego militante frente al comunismo, Manuel Buenacasa, en el Congreso de la CNT de diciembre de 1919, "era preciso evitar a toda costa que los Estados capitalistas aplastasen el hecho revolucionario", impidiendo así al pueblo ruso "llevar adelante su misión de renovación social"[28]. Tal será la última línea de defensa de los pro-soviéticos en 1922, cuando ya era claro que leninismo y anarquía resultaban incompatibles. En este sentido escribe Andreu Nin, por breve tiempo secretario del Comité Nacional de la CNT, ya ganado al comunismo, al anarquista madrileño Mauro Bajatierra, en septiembre de 1922:

> "El deber esencial de todos los revolucionarios comunistas, pues, es sostener a los bolcheviques. Mientras subsista la República de los Soviets subsistirá una esperanza de redención para el proletariado"[29].

El mismo Andreu Nin evocará más tarde la intensidad con que anarquistas y sindicalistas revolucionarios saludaron la revolución rusa entre 1917 y 1920: "La prensa de la CNT dedicó extensos artículos a la Revolución de octubre y al bolchevismo. Los corresponsales obreros firmaban 'miembros del soviet núm. X' o "bolchevique". El periódico de los grupos anarquistas se llamó *Bandera Roja*, en honor al Spartakusbund alemán. El tema favorito de los agitadores y propagandistas fue la revolución bolchevique. El ejército rojo fue objeto de simpatías especiales. Estando el autor del presente artículo en la cárcel a principios de 1920, le fue pasado clandestinamente el proyecto de un ejército rojo español, elaborado por grupos anarquistas. Se produjo una situación paradójica. Mientras que los líderes socialistas aparecían como contrarios a la Revolución de octubre, los anarquistas, que disponían de una organización de un millón de miembros (sic) defendían la dictadura del proletariado y el partido comunista"[30]. Salvo en lo que concierne a la dictadura del proletariado y a la forma partido, los datos de archivo y hemeroteca confirman la descripción de Nin. En marzo de 1920 la policía francesa registra la actuación en Barcelona de unos "guardias rojos", grupos de acción integrados por jóvenes de dieciséis

---

[26] Diego Abad de Santillán, "El fantasma del maximalismo", *La España futura*, Santa Fe (Argentina), nº 2, 1919.

[27] Joan Peiró, *Escrits 1917-1939*, Barcelona, 1975, p. 40.

[28] "El Congreso confederal de la Comedia", *Revista de Trabajo*, nº 49-50, p. 468.

[29] Carta de Andreu Nin a Mauro Bajatierra, Moscú, 16-IX-1922, reproducida en *Revista de Historia moderna y contemporánea* (Boletín de la Universidad Autónoma de Madrid), 1, 1980, p. 30.

[30] Cf. A. Elorza, "Contexto histórico de la formación del PCE", en VV.AA. *Sesenta años en la historia del Partido Comunista de España*, Madrid, s.a., pp. 10-16.

a veinte años, dirigidos por cinco comités de barrio. El anarquista García Oliver evoca en sus memorias las discusiones en medios libertarios de la época entre "banderas negras" y "banderas rojas"[31], y del periódico de estos últimos conocemos un número donde se reproduce un artículo de Trotski.

Ningún testimonio más elocuente de esta adhesión emotiva a la Revolución rusa que los pseudónimos elegidos por los colaboradores espontáneos de la prensa sindicalista. Ahí están las firmas que a lo largo de 1920 registra el diario *España Nueva,* órgano oficioso de la CNT en Madrid para escapar a la persecución en Barcelona. Algunos se presentan como soviets, seguidos de su correspondiente número, tal y como relataba Nin, a veces con indicación de ramo y localidad, de acuerdo con la identificación entre soviet y sindicato. Otros adoptan nombres de figuras de la Revolución. Es así como nos encontramos con "el pequeño Trotzky" de Alicante, un "Wladimiro Ulianoff" de la Línea, un "Radek Moreno", un "Gorki español". Uno de los más activos miembros del futuro comunismo español de izquierda, Julián Gómez García, mantuvo hasta el final de sus días el seudónimo Julián Gorkin. Tampoco faltó quien rusificara a su modo el propio nombre, caso del líder agrario gaditano Salvador Cordón, convertido en Salvhadorewsky Khordom[32]. Hubo niños, hijos de anarquistas, que recibieron el nombre de Lenin, en vez de los tradicionales Germinal o Floreal. Todo ello indica un clima de adhesión a "la República federal rusa", lo cual explica la decisión del Congreso de la CNT, celebrado en diciembre de 1919, no sin que los primeros atisbos de distanciamiento entre sovietismo y anarquía hiciesen acompañar la adhesión a la Tercera Internacional de una confirmación explícita de la profesión de fe bakuninista. Así quedaban de momento conciliadas la fascinación y la incipiente desconfianza.

El Congreso de la CNT, celebrado del 10 al 18 de diciembre de 1919 en el madrileño teatro de la Comedia, vino a culminar esa ola de entusiasmo con la adhesión condicionada a la Tercera Internacional, pero supuso asimismo un hito decisivo de la historia sindicalista, ante todo por celebrarse bajo el impulso del enorme auge económico de la inmediata posguerra, y también por haber solventado dos cuestiones capitales: la relación con la UGT y la definición ideológica. El impacto de los dos primeros Congresos, celebrados en 1910 y 1911, fue pronto apagado por la prolongada ilegalidad que siguió a la huelga fracasada de septiembre de 1911. Esto explica que todavía en 1915, la constitución de la CNT como organización nacional fuera objeto de una propuesta firmada por Ángel Pestaña en el Congreso de la Paz celebrado en El Ferrol.

En la nueva coyuntura inducida por el crecimiento económico y el ascenso de los conflictos por el salario durante el período de neutralidad, de nuevo

---

[31] Juan García Oliver, *El eco de los pasos,* Madrid-Barcelona, 1978, p. 28.

[32] La colección de *España Nueva* de Madrid ofrece abundantes muestras de este deseo de identificación, que se repetirá a fines de los años 60 en la izquierda española. En conversación mantenida en Barcelona a inicios de los años 80 con el antiguo cenetista Sebastián Clara, éste nos confirmó la extensión de esa moda, causante luego de muchos problemas cuando los anarquistas descubrieron su incompatibilidad con el comunismo soviético.

será Cataluña el epicentro desde el que irradia el sindicalismo revolucionario. La adhesión masiva de sociedades obreras de otras regiones a la CNT tiene lugar a partir de 1918, cuando la Regional Catalana (CRT) define sus posiciones ideológicas en el Congreso de Sants. Los trabajadores de Cataluña adheridos a la CRT son ya setenta y tres mil, triplicando por si solos el total nacional de 1911 (inferior, recordémoslo, a los cuarenta mil trabajadores que llegaron a asociarse en Cataluña entre 1840 y 1843). Un recuento nacional de fines de septiembre del mismo año confirma el carácter nuclear de la Regional Catalana, que con más de setenta mil sindicados sobre un total español ligeramente superior a los ochenta mil cubría el 90% de los efectivos globales. Ello explica la iniciativa, lanzada en octubre de 1918, de efectuar una excursión nacional de propaganda, movilizando a los más destacados militantes (Buenacasa, Monteagudo, Mira, Bajatierra, Galo Díez, Quintanilla, Carbó, Seguí, Oliva, incluso el viejo Sánchez Rosa), pero que iniciada en diciembre se vio pronto cortada por los encarcelamientos[33].

Fuera de Cataluña, la implantación era inferior y desigual. Lo explica Ángel Pestaña, entonces director del órgano de prensa *Solidaridad Obrera,* al presentarse en Madrid, en octubre de 1919: "Nosotros, hasta ahora, hemos limitado nuestra organización a Cataluña; en lo sucesivo, la vamos a extender a toda España, y lo vamos a hacer convencidos de que nuestros procedimientos son lógicos y racionales..."[34]. Además en el Congreso regional de Sants no solo se había iniciado la expansión geográfica de la Confederación, sino que había sido acordado adoptar el criterio organizativo de que en cada lugar de trabajo solo existiría un sindicato, en principio para no dispersar fuerzas obreras, en la práctica garantizando el monopolio de la representación al "sindicato único" bajo control confederal[35]. A partir de ahí la guerra social resultaba difícilmente evitable.

Estos antecedentes han de ser tenidos en cuenta cuando solo dos meses más tarde, al reunirse el Congreso Nacional en el Teatro de la Comedia, la organización declare tener más de setecientos mil afiliados. Al margen de la posible hinchazón de datos para afrontar con ventajas el tema de la relación con la UGT, parece pertinente considerar que hubo representación de tantas y tales sociedades, y no de que en forma regular existían más de setecientos mil trabajadores afiliados a la CNT. Aun cuando no menospreciemos los efectos del período de crecimiento económico para la formación del sindicalismo de masas, ni el enorme efecto causado en toda la opinión, en el mismo año 1919, por la huelga de "La Canadiense". Cabe pensar que el eco logrado en la opinión por las luchas catalanas favoreció la vinculación a la CNT de las sociedades andaluzas que estaban inmersas asimismo en una fase muy reivindicativa, tal y como recogió en su estudio clásico el notario Díaz del Moral para el año 1918. En la región meridional, los conflictos mantuvieron su intensidad hasta el oto-

[33] Manuel Buenacasa, *El movimiento obrero español, 1886-1926 (Historia y crítica)*, 2ª ed., Paris, 1966, p. 66.

[34] Ángel Pestaña, *Trayectoria sindicalista*, ed. de A. Elorza, Madrid, 1974, p. 407.

[35] Josep M. Huertas, *Salvador Seguí: el Noi del Sucre*, Barcelona, 1974, p. 34.

ño de 1919 y a pesar de la resistencia patronal y de que "las autoridades utilizaban ampliamente los resortes gubernativos", las huelgas "terminaban generalmente por transacciones consignadas por escrito, que constituían normas eliminadoras de la contratación individual"[36]. También en Cataluña se alcanza el cénit en el otoño de 1919, seguido de la contraofensiva patronal al declarar el locaut y organizar una policía paralela que no llega a actuar gracias a la intervención del ministro de la Gobernación, el conservador Burgos Mazo, hombre de orden disconforme con la respuesta violenta y únicamente represiva auspiciada por la Patronal. El gobernador civil formó en septiembre una Comisión Mixta para resolver los múltiples conflictos y ello encuontró eco en el sector sindicalista de la CRT, con Salvador Seguí a la cabeza. Solo que al declarar la Patronal el locaut, la Comisión fracasa de inmediato, y llegan las tensiones, visibles en el curso del Congreso, y que se agudizarán más tarde[37].

Un confidente del ministro nos informa acerca del mecanismo utilizado por el núcleo dirigente catalán, apoyado en los notables de las regiones, para encauzar el Congreso, así como de la presencia de esas tensiones internas: "Para esta tarde está organizado un mitin preparatorio del Congreso de la CNT en el que hablarán, entre otros, Manuel Buenacasa y Eusebio Carbó y algún otro delegado de los que se esperaba llegasen hoy. El mitin, que será en la costanilla de San Pedro (salón de baile), será el primer acto del congreso que empezará mañana en el teatro de la Comedia. Para la parte más importante del Congreso, o sea para las deliberaciones secretas del Comité de la CNT, con los más caracterizados representantes de cada región, se utilizará la Redacción de *España nueva* [órgano oficioso en la capital]. Por las tardes, de tres en adelante, se reunirán los más significados de los militantes que han venido a Madrid con este motivo en el Gran Café (antes Fornos), situándose al fondo, cerca de la orquesta. Por conversaciones oídas a los delegados catalanes Manuel Buenacasa y Pedro Casasús se ha sabido en Madrid que empiezan a exteriorizarse de modo violento las diferencias sindicalistas"[38].

Al día siguiente del mitin, el 10 de diciembre de 1919, se reunía el Congreso, que girará en torno a tres temas capitales: la eventual unificación con la UGT, la disolución propuesta de las Federaciones de Industria y la actitud ante la Revolución rusa. En los tres casos, el manejo del tiempo desde la Mesa constituirá un elemento de primera importancia, al emplear tres días para el debate sobre la unificación del proletariado, acortando en consecuencia el tiempo disponible para las otras. A la Revolución rusa fue dedicada la última sesión, el 17 de diciembre. El papel de la Mesa, con el anarquista Manuel Buenacasa al frente, será también crucial para alterar el sentido de las discusiones, planteando al final de las mismas —caso del tema UGT— propuestas de signo diferente a las antes presentadas, sin tiempo para el debate.

---

[36] Juan Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas. Córdoba,* Madrid, 1967, p. 285.

[37] M. Buenacasa, *El movimiento obrero español,* pp. 70-74.

[38] Manuel Burgos Mazo, *El verano de 1919 en Gobernación,* Cuenca, 1921, pp. 357-358.

Las dos propuestas iniciales sobre la unificación del proletariado español —más favorable la de los delegados de Asturias, encabezados por el maestro racionalista Eleuterio Quintanilla, más rígida en cuanto al procedimiento la de Pestaña— partían de favorecer la unificación con la UGT. En sentido contrario, el prolongado debate dejó ver la oposición de numerosos núcleos sindicalistas a la UGT, así como en defensa del apoliticismo y de la acción directa, constituyendo una primera manifestación de regreso a la ortodoxia legada por Bakunin; fueron así reafirmados "los principios, las ideas que informan la organización de Cataluña, y esos principios no son otros que los que informan el anarquismo", cuya finalidad es "el comunismo libertario"[39]. En la misma línea se movieron los representantes andaluces y el delegado vasco, Galo Díez, quien afirmó al secundar a Pestaña "que no vamos a ninguna fusión donde no se sienten bien los principios de la Primera Internacional, minados, corroídos por la cizaña introducida en ella por Carlos Marx"[40]. Pestaña fundió la suya con la de Quintanilla, pero eso sirvió de poco, ya que al cabo de tantas intervenciones el Comité Nacional presentó una "proposición incidental" que daba la vuelta a todo, rechazando la unificación y proponiendo la absorción de la UGT por la CNT. Fue inmediatamente aprobada[41].

Los delegados asturianos, de nuevo con Quintanilla como portavoz, vieron derrotada también su propuesta de federaciones de industria, frente a las cuales los dirigentes catalanes mantenían su preferencia por la federación local de sindicatos únicos, de nuevo en la línea de la Primera Internacional. Las Federaciones de industria serían inútiles: "todo lo que no emerja de la localidad sonde los trabajadores están constituidos —explica Buenacasa por el Comité Nacional, todo lo que no se cree y revolucione allí, no se podrá revolucionar desde fuera" (sic)[42]. La CNT seguía reflejando en su estructura orgánica el carácter focalizado del capitalismo español.

Cerró el Congreso la prueba de fuego de la adhesión a la Revolución rusa. Empezando por el secretario anarquista del CN, hubo unanimidad en cuanto a mostrarse solidarios respecto del hecho revolucionario —unión incondicional—, pero discrepancias ante la constatación, de nuevo manifestada por el siempre perdedor Quintanilla— de que en Rusia se había implantado la dictadura del proletariado, y esto nada tenía que ver con el ideal anarquista de la CNT. Como mucho, era admisible una dictadura transitoria, de sobrevivencia. La intervención decisiva correspondió a Salvador Seguí, aduciendo el atraso de los trabajadores para explicar las insuficiencias de una revolución que a pesar de ello un constituye "un momento único en la historia que actualmente vivimos"[43]. En cualquier caso, la adhesión a la Tercera Internacional nacía de una paradoja, ya que Seguí se manifestaba contrario a sus principios, pero a favor de una adhesión que legitimaba el llamamiento de la CNT "a las organizaciones sindicadas del mundo para

[39] *El Congreso confederal de la Comedia*, p. 301.
[40] *Ibidem*, p. 329.
[41] *Ibidem*, p. 347.
[42] *Ibidem*, p. 418.
[43] *Ibidem*, p. 486.

constituir la verdadera, la única, la genuina Internacional de los trabajadores". Y "para levantaros todos en un grito de santa rebeldía y hacer, producir y provocar la revolución en España"[44].

El texto aprobado por el Congreso, a propuesta del Comité Nacional incluía en la forma ambos aspectos, introduciendo asimismo como premisa la lealtad a lo acordado casi medio siglo antes en el Congreso de Barcelona en 1870:

> "Primero. Que la CNT se declare firme defensora de los principios que informan a la Primera Internacional, sostenidos por Bakunin.
>
> Segundo: Declare que se adhiere, y provisionalmente, a la Tercera Internacional, por el carácter revolucionario que la preside, mientras se organiza y celebra el Congreso Internacional en España, que ha de sentar las bases para la verdadera Internacional de los trabajadores".

A continuación era aprobada una proposición declarando "que la finalidad que persigue la Confederación Nacional del Trabajo en España es el Comunismo libertario"[45]. Kropotkin proporcionaba la seña de identidad teleológica, así como la concepción armonista de las relaciones sociales tras la revolución.

El proyecto revolucionario de Seguí era antidictatorial y sindicalista revolucionario; con la introducción de la primera cláusula por el Comité Nacional, dirigido por Buenacasa, la finalidad anarquista pasaba a ser el elemento definitorio, según podrá comprobarse en los años sucesivos. Aun cuando la adhesión incluyera el principio de una ruptura, pues de acuerdo con la intervención de Salvador Seguí, en el Congreso, la participación en la Internacional Comunista había de permitir que la CNT rompiera su aislamiento respecto de los demás trabajadores del mundo. Es decir, la Comintern debía servir de plataforma para forjar la Internacional Sindicalista.

Lo demás fue cuestión de tiempo para que los anarcosindicalistas españoles descubrieran que la Revolución rusa nada tenía de libertaria. Se encargaron de certificarlo el semanario *Nueva Senda*[46], y el informe del enviado de la CNT a Moscú, Ángel Pestaña[47]. El semanario publicó en 1921 la *Memoria presentada al Comité Nacional del Trabajo,* a la que siguió una segunda parte, fechada en la cárcel de Barcelona en marzo de 1922. En el balance de sus setenta días en la Rusia soviética, Pestaña destaca la miseria generalizada del pueblo ruso y su insatisfacción. Como aspecto positivo solo estima el impulso revolucionario, traicionado no obstante por la dictadura del partido comunista, la cual además pone de manifiesto todos los inconvenientes del comunismo de Estado.

---

[44] *Ibidem,* p. 487.

[45] *Ibidem,* p. 488-489.

[46] Con la excepción de unos cuantos números conservados en el Institut Municipal d'Història de Barcelona y en el IISG de Amsterdam, no hemos podido reconstruir la campaña de *Nueva Senda* sobre la Internacional. Tampoco hemos consultado *Tierra y Libertad,* ni *Crisol,* órgano de la primera Federación Nacional de Grupos Anarquistas.

[47] Antonio Bar, *La CNT en los años rojos,* Madrid,

Existiría en fin una incompatibilidad entre las "normas y métodos" de los bolcheviques siguiendo a Lenin y la "manera de ser" de los rusos. Conclusión: la Revolución rusa es la mejor muestra de "la inutilidad del Estado"[48].

Tales ideas acabaron imponiéndose, salvo para una minoría de dirigentes dispuestos a mantener la lealtad al contenido revolucionario del proceso soviético. La tardanza en la ruptura se vio favorecida por la intensidad de la represión instaurada en Barcelona por el general Martínez Anido entre el 8 de noviembre de 1920 y el 26 de octubre de 1922, que hizo posible por eliminación que ocupasen la secretaría del Comité Nacional hombres como Andreu Nin y Joaquín Maurín, atraidos por el imán de la Revolución de Octubre. Así el pleno de la CNT en Lérida, realmente celebrado en Barcelona, clandestino, en abril de 1921, decidió enviar una delegación a Rusia para tomar parte a fines de junio tanto en el tercer Congreso de la IC, como en el fundacional de la Internacional Sindical Roja (ISR). Formaron parte de ella Andrés Nin, Joaquín Maurín, Jesús Ibáñez e Hilario Arlandis, todos ellos futuros comunistas, más el representante de los grupos anarquistas, "Gaston Leval". Al regreso, aun cuando Maurín detenta el puesto clave de secretario del Comité Nacional, la balanza se ha desequilibrado, con un Pleno Nacional reunido en agosto en Madrid o Logroño reafirmó la profesión de fe en el comunismo libertario. Regresado Maurín, un nuevo Pleno condicionará la vinculación a las dos Internacionales en Moscú a los informes de otros enviados. Andrés Nin se había integrado en el secretariado de la Internacional Sindical Roja.

El nudo que hacía incomprensible algunos puntos del proceso, es resuelto si tenemos en cuenta las circunstancias que impidieron a Ángel Pestaña informar a la Confederación de su estancia en Moscú del 26 de junio al 6 de septiembre de 1920. Su *Memoria* que como delegado del Comité de la Confederación redacta al regreso está escrita en la cárcel en junio de 1921 y solo a fines de año fue impreso el texto del informe en Madrid, fechado en la cárcel en noviembre. Un segundo texto complementario escrito en la cárcel, llevará fecha de marzo de 1922. Así que Pestaña no pudo informar a su organización, la cual entre tanto, por obra y gracia de la eliminación de cuadros por Martínez Anido, pasó temporalmente a hombres inclinados hacia el comunismo. Con las detenciones de tres de los miembros de la delegación enviada, en agosto de 1921, y la de Joaquín Maurín, único superviviente de la misma y secretario del Comité Nacional, en febrero de 1922, el péndulo hizo el recorrido en sentido inverso, ya que ahora correspondió la secretaría al anarcosindicalista Juan Peiró[49].

A la altura de diciembre de 1921, para Salvador Seguí no existían dudas: "Desde luego, Moscú es una cosa y nosotros otra"[50]. La bolchevización de la CNT podía ya contemplarse como un intento de conquista desde el exterior, sin demasiadas posibilidades de éxito.

---

[48] Ángel Pestaña, Setenta *días en Rusia. Lo que yo pienso*, Barcelona, s.a., p. 272.

[49] Josep Termes, *Historia del anarquismo en España (1870-1940)*, Barcelona, 2011, p. 360-363.

[50] "Manifestaciones de Salvador Seguí", *Vida Nueva*, 13-XII-1921, en A. Elorza, *Artículos madrileños de Salvador Seguí*, Madrid, 1976, p. 105.

2.3. Seguí: la revisión sindicalista

El 11 de junio de 1922, con el anarcosindicalista Juan Peiró en la secretaría del Comité Nacional, la Conferencia celebrada por la CNT en Zaragoza selló la definitiva ruptura con las organizaciones internacionales comunistas. De nuevo correspondió al líder espiritual de la CNT, Salvador Seguí, plantear la urgencia de la rectificación sobre la base de que "nos separa de Rusia un abismo, lo mismo en ideología que en las tácticas". Con la única oposición de los delegados de Gijón y de la Comarcal de Lérida, la Conferencia aprobó la proposición presentada por Pestaña y Seguí, que se abría con una justificación: la adhesión prestada en 1919 no fue debida a "una coincidencia de principios", sino "a la simpatía que entre el proletariado de España y del mundo, despertaba el gesto revolucionario ruso". En espera de un Congreso, única instancia capaz de rectificar el acuerdo precedente, la incompatibilidad debía ser declarada:

> "Considerando además que el carácter marcadamente político y partidista que se da a la Tercera Internacional y a la ISR discrepan fundamentalmente de los criterios que sustenta la CN del T.
>
> Considerando que adoptar soluciones definitivas en lo concerniente a si la CNT debe o no continuar adherida a la ISR no compete a las resoluciones de un pleno; (...)
>
> (...) somete a la consideración de todos los Sindicatos la separación definitiva de la CNT y de la Tercera Internacional, y la adhesión a cuantos intentos se hagan para la organización de una Internacional Sindical Roja, autónoma de todo partido político, sea éste del matiz que sea"[51].

En su cambio de rumbo, la Conferencia de Zaragoza acogió favorablemente la próxima celebración de una reunión en Berlín donde se reconstruiría la Asociación Internacional de Trabajadores, si bien era asimismo manifiesto el escaso entusiasmo que tras la experiencia soviética suscitaba la vinculación internacional. "El problema nuestro —explicó Seguí— no está en Moscú ni en Berlín, sino en España"[52]. Y de hecho aunque es designada una delegación para tomar parte en el Primer Congreso de la AIT reconstituida, celebrado en Berlín en diciembre de 1922, tal adhesión de la CNT carecerá de importancia en los sucesivo[53].

---

[51] *Vida Nueva*, 14-VI-1922.

[52] *Artículos madrileños de Salvador Seguí*, p. 138.

[53] Es muy significativo que cuando Federica Montseny vuelva la mirada al pasado y evoque la refundación de la AIT en Berlín, se limite a anotar que la CNT acordó adherirse a ella, pasando de inmediato a otro tema. Véase Agustí Pons, *Converses amb Federica Montseny*, Barcelona, 1977, p. 73.

El revisionismo respecto de los acuerdos del Congreso de la Comedia, llegó a afectar, en intervención de Seguí, a la finalidad entones aprobada, el comunismo libertario, y sobre todo planteó un sorprendente giro hacia la política, que será objeto más tarde de muchas críticas y cuya efectividad resulta difícil estimar, a la vista de las circunstancias excepcionales en que se desenvolvió la vida de la CNT en el año que precede al pronunciamiento de Primo de Rivera. La "moción política", como luego será conocido el texto, fue redactada por el secretario del Comité Nacional, Juan Peiró. Sus cuatro firmantes, Peiró, Seguí, Pestaña y Josep Viadiu pertenecían a la cúpula del prestigio en medios confederales y destacaban también por su oposición al radicalismo anarquista. La revisión del bakuninismo de 1919 no olvidaba mantener los principios del antiparlamentarismo y del rechazo frente establecimiento de una divisoria frente a los partidos políticos, para a continuación expresar la necesidad de una implicación de la CNT en la política:

> "La ponencia propone que la CNT declare: que siendo un organismo netamente revolucionario que rechaza franca y expresamente la acción parlamentaria colaboracionista con los partidos políticos, *es a la vez integral y absolutamente política,* puesto que su misión es la de conquistar sus derechos de revisión y fiscalización de todos los valores evolutivos de la vida nacional y, a tal fin, su deber es el de ejercer la acción determinante por medio de la coacción derivada de las disposiciones y manifestaciones de fuerza de la CNT" (subrayado A.E.).

La introducción de la palabra "política" bastó por si sola para desatar una tormenta en medios confederales, al vulnerar el tabú impuesto por Bakunin medio siglo antes. El propio Juan Peiró, al tiempo que se atribuye la autoría de la moción, destaca que las críticas procedentes de la ortodoxia anarquista llovieron especialmente sobre *el Noi del Sucre*: "Los puros del anarquismo —recuerda García Oliver— colocaban a Seguí entre los arrivistas de la politiquería"[54] "El malogrado amigo Salvador Seguí, confirma Peiró, fue el que peor librado salió de aquel 'intento de desviación (¡!) de los principios?; y yo que hice el 'orden del día' de la Conferencia y redacté la moción tan debatida[55] [aunque aprobada por unanimidad] por ser sospechosa, tal vez por mi insignificancia pasé casi desapercibido por las censuras"[56]. Estaba también la críptica alusión de Seguí a que "el comunismo libertario debe ser considerado como un posibilismo social" y "con ello quiero decir que su realización se logrará por la vía de la experimentación"[57]. La interpretación más ajustada llevó a pensar que

[54] Juan García Oliver, *El eco de los pasos*, París-Barcelona, 1978, p. 69.

[55] Salvador Seguí, "Anarquismo y sindicalismo", en A. Elorza, ed., *Artículos madrileños de Salvador Seguí*, Madrid, 1976, p. 182.

[56] Juan Peiró, "Aclaraciones. Hay que fijar una posición", II, *Solidaridad Obrera*, 25-IV-1924.

[57] J. García Oliver, *El eco de los pasos*, p. 68.

quien en sus años jóvenes había sido miembro exaltado del grupo "Els fills de puta" había entrado de lleno en la senda del reformismo.

Desde 1916 el liderazgo de Seguí había sido esencial para mantener el equilibrio entre anarquismo y sindicalismo que él mismo explicara en su conferencia pronunciada en el penal de La Mola, en Mahón. El símil empleado para caracterizar la relación entre anarquismo y sindicalismo es el clásico de la relación entre el brazo y el cerebro, solo que en Seguí no se limita a la simple consideración del sindicalismo-brazo, instrumento guiado por el cerebro-anarquismo, ya que el sindicalismo es en sí también cerebro y brazo, sobre el cual debe incidir el anarquismo, viendo en él una realización parcial de su ideología, pero sin interferir en la esfera de acción propia del primero, y por supuesto sin pretender que le sea asignado un monopolio en la adopción de sus decisiones. "Creo pueden estar orgullosos los anarquistas, si el Sindicalismo, y su instrumento el Sindicato, plasman en realidad alguna o algunas de las concepciones del Anarquismo. Claro que el Sindicalismo no es Anarquismo, pero sí es una gradación del Anarquismo (...). El Anarquismo dio al Sindicalismo alma y espíritu. Mas a nadie quepa la menor duda que el Sindicalismo es una promesa y una garantía para la precipitación de las ideas anarquistas"[58].

La centralidad del sindicalismo se basa en que afronta el problema fundamental en las sociedades, el problema económico, y que de acuerdo con Seguí, al hacerlo plantea una alternativa global al capitalismo: "sustituirá los valores burgueses y capitalistas" con una garantía de moralidad no ofrecida por "ningún régimen burgués"[59]. La relación con el anarquismo es de proximidad —el sindicalismo "se acerca al Anarquismo", "es la avanzada del Anarquismo"—, pero sin transferirle el carácter de sujeto de la revolución social, inevitablemente asignado por su fuerza al sindicato.

Destaquemos la importancia de que Salvador Seguí plantee la superioridad del sindicalismo sobre el capitalismo desde el ángulo de la moralidad. Esto responde a la concepción idealista de la historia que subyace a sus escritos y discursos —frente al "grosero materialismo"— desde los días en que precisamente está proponiendo la unidad de acción con el sindicato socialista frente al proceso de acumulación capitalista, derivado de la neutralidad en la guerra del 14 al 18. Tanto la escalada de los precios —"el encarecimiento de las subsistencias"— como las crisis transitorias de trabajo, no se deben según él a los efectos económicos de la guerra, sino a los rasgos psicológicos negativos de la burguesía española: "La crisis de trabajo y el encarecimiento de las subsistencias, son más problemas psicológicos y éticos, dado el modo de ser y la complexidad (sic) moral de las clases 'directoras', que no alteraciones económicas de carácter excepcional, como se quiere dar a entender"[60]. Una vez enunciada

---

[58] Salvador Seguí, "Anarquismo y sindicalismo", en A. Elorza, ed., *Artículos madrileños de Salvador Seguí*, Madrid, 1976, p. 182.

[59] *Artículos madrileños*, p. 183.

[60] Salvador Seguí, "La tragedia que pasa. Necesidad de cohesionar las fuerzas de la organización obrera de España", *La Colmena Obrera*, Badalona, nº 42, 24-II-1917.

la expectativa de que "la justicia" surja de "las grandes crisis", los rasgos condenables de la burguesía son todos de tipo moral: "la imprevisión, el egoísmo, el lucro, la rapiña y el desenfreno".

El precio a pagar por este enfoque de Seguí, centrado en la perversión moral de sus clases dirigentes, no es otro que la extrema dificultad para fundamentar la táctica del sindicalismo sobre datos económicos. Los culpables son el casero y el abastecedor. Como compensación, se abre un amplio margen de libertad al afrontar el tema de las opciones políticas de las clases sociales. Son "las ideas en lucha" el motor de la evolución histórica.

Dentro del orden capitalista, la relación entre el burgués y la "esclavitud" del trabajador corresponde al par de valores justicia/injusticia. Y aunque el medio para alcanzar la justicia y la libertad consista en la adopción de una fórmula concreta —la agrupación de los explotados en los sindicatos—, solamente cuando las masas o multitudes, términos que Seguí prefiere a proletarios o trabajadores, asuman el ideal de la propia emancipación, podrá ser afrontado con posibilidades de éxito el enfrentamiento del cual surgirá la superación del capitalismo. El término sucesivo de la evolución social será el comunismo libertario, con los rasgos a que luego aludiremos.

La profesión de fe anarquista es asumida, pero permanece al margen de la definición de la estrategia, ya que aquí el protagonista indiscutible es el sindicato. Los textos de Seguí nos presentan unas veces al anarquismo como ideal aristocrático que surge en el seno de los explotados; en otros momentos como ideal supremo de perfección humana, intraducible por consiguiente a los términos de la lucha social de manera inmediata, y por último a modo de resorte que impulsa la acción de las minorías superiores dentro de los sindicatos. Estamos más cerca de Nietzsche que de Bakunin. La traducción práctica de este haz de posiciones doctrinales consiste en rechazar que los sindicatos sean estrictamente anarquistas, sometidos a la dirección de los grupos de afinidad, los cuales aspiran a imponer sobre la clase obrera los dogmas de un ideal. No importa que este represente una instancia superior, siendo inalcanzable en el marco de los movimientos concretos de liberación social. El anarquismo tiene una función de guía y prevención, debe "velar por la vida de éstos —de los sindicatos— y orientarlos", nunca sustituirlos. El papel del anarquismo consiste en integrarse en la acción sindical, pues su apartamiento sería un suicidio. El principio a respetar es que "todo puede y debe hacerse en los sindicatos". Seguí no prevé el conflicto inmediato: "Cuanto más influencia ejerzan, más Anarquismo y más anarquistas harán"[61].

Es lo que en la ya citada conferencia sobre anarquismo y sindicalismo del castillo de La Mola, expresa con la metáfora del "genio del anarquismo" y "el hombre práctico del sindicalismo". La superioridad que Seguí confiere al Genio como "la más alta gradación del espíritu humano", no le sirve de mucho; su concepción aristocrática de la vida, la universalidad del proyecto de emancipación, limitan decisivamente en el orden social la posible aplicación de sus

[61] *Artículos madrileños*, p. 184.

planteamientos: "Abarca tal extensión su pensamiento, es tan inmenso, que el Genio no puede de una vez plasmar en realidades sus concepciones. Al pueblo donde el Genio llegara, encontró a otro hombre. No era Genio, pero era un hombre práctico, y además inteligente. El Genio-Hombre, inició al Hombre práctico en los secretos de lo que él llegó a concebir. El Hombre comprende al Genio y es poseso y es poseso de la fe que a éste anima"[62]. De nuevo la aparente superioridad anárquica encuentra sus límites en la realidad, límites que el Hombre-práctico le pone de manifiesto. Por el momento, la revolución no está en el orden del día, en espera de "que consigamos despertarles la conciencia"[63]. El Genio del anarquismo reconocía el acierto de las advertencias anteriores: "el hombre práctico e inteligente era el Sindicalismo"[64]. El sindicalismo absorbe la fe del Genio anarquista, sin disipar la objeción de fondo, en el sentido de que los objetivos últimos de éste son irrealizables: "El Sindicalismo es la base, la orientación económica del Anarquismo. Digamos su concepción. La Anarquía no es un ideal de realización inmediata. No lo limita nada. Por su extensión espiritual, es infinito. Para su implantación, no tiene lugar ni tiempo. En el orden social de las ideas, jamás los hombres llegarán a dominarlo"[65].

Más allá de las argumentaciones de tipo filosófico, se trataba de frenar una pretensión que seguirá interfiriendo en la vida de la CNT hasta la guerra civil, la de los anarquistas por determinar la acción sindical. El tema está ya planteado en enero de 1917:

> "Por esta razón somos sindicalistas; pero ciertos ácratas no ven la ocasión de realizar lo que afirmamos sin que la organización sindical sea netamente anarquista; no quieren comprender que la acción obrera no es filosófica ni integral, sino puramente de clase; no aciertan a ver que al esclavo del salario le es más fácil darse cuenta de un malestar y del proceder de la burguesía que no de sentir la tiranía del Estado o de conocer la farsa religiosa, ya que las privaciones y miserias de los suyos se les imponen con toda la fuerza"[66].

El equilibrio surgía de un reconocimiento mutuo: por parte sindicalista, de la mayor elevación de los objetivos y de la construcción doctrinal del anarquismo, y por parte de éste, de la necesaria autonomía de los sindicatos, fundada sobre la limitación de sus fines inmediatos y sobre su carácter de respuesta "natural" de los trabajadores a las condiciones materiales, nada filosóficas, de explotación. De ahí que Seguí adopte una y otra vez la autodefinición como sin-

---

[62] *Ibidem*, p. 189.
[63] *Ibidem*, p. 189.
[64] *Ibidem*, p. 190.
[65] *Ibidem*, p. 181.
[66] Salvador Seguí, "Por qué soy sindicalista", 5-I-1917, cit. por José Viadiu, *Salvador Seguí (Noy del Sucre). El hombre y sus ideas*, Valencia, 1930, p. 52.

dicalista. A su juicio, el sindicalismo es la respuesta inmediata de los explotados a las condiciones de miseria a que se ven sometidos por el capitalismo, pero al mismo tiempo, sirve como instrumento de reivindicación económica y formación de "las multitudes" hasta que estas se encuentran en condiciones de lograr su emancipación mediante el acto revolucionario. "Nosotros sostenemos —explica— que el Sindicato es el medio que nos puede proporcionar el dominio de nuestra técnica profesional, pero a la vez (y esto es muy importante), acrecentar los grados de nuestra capacitación colectiva para las prácticas del socialismo"[67]. Es la de Seguí una visión evolucionista del conflicto social, en la cual la tarea mencionada de capacitación prerrevolucionaria se encuentra asociada a la reducción progresiva del poder de la burguesía "para con más facilidad dar la batalla definitiva". En consecuencia, el sindicalismo es el protagonista necesario de la transformación revolucionaria y también del orden económico en la sociedad poscapitalista.

En el cuadro de influencias que inciden sobre esta concepción sindicalista de inspiración libertaria se encuentra sobre todo la obra del anarcosindicalista holandés Christian Cornelissen, citado por Seguí en el discurso de definición doctrinal pronunciado en Madrid, y sobre quien contamos con las precisiones de Hermoso Plaja, amigo y correligionario: "Su concepción del movimiento obrero estaba íntimamente ligada a la de Christian Cornelissen, el anarquista y luchador holandés, de quien era admirador convencido. Para Seguí el sindicalismo era el mundo de donde sacar el material humano para realizar la revolución social transformadora. La coincidencia era perfecta con las concepciones de Cornelissen"[68]. La clave residía en la distinción establecida por Cornelissen, al asignar a los sindicatos el papel de concienciación de los trabajadores, de lucha social y de organización posrevolucionaria, dado que a diferencia de los grupos anarquistas y de los partidos políticos se encontraban insertos en el proceso de producción y eran los únicos conocedores directos del mismo. "La sociedad comunista —confirma Seguí en un artículo de 1920— será entregada por el Sindicato a la humanidad. La supresión del salario nadie puede hacerla más que él. La supresión del salario por el Sindicato dará como resultado, automáticamente, el advenimiento de la era comunista"[69]. Exaltación que enlazaba con su función anticapitalista previa a la revolución: "¡Que el sindicato sea nuestro baluarte, nuestra herramienta con que trabajemos por la emancipación!"[70].

El protagonismo del sindicato en la lucha contra el Estado constituye asimismo la principal justificación del rechazo frente al comunismo soviético, expresado en la conferencia de la Mola: "No somos leninistas porque no creemos que el Estado sea, por más revolucionario y socialista que se titule, quien debe usufructuar los elementos de producción. Quien únicamente tiene solvencia para

---

[67] Salvador Seguí, "Misión del sindicalismo", *Solidaridad Obrera*, 30-XII-1916.
[68] Hermoso Plaja, "Salvador Seguí, hombre de la CNT", en *Salvador Seguí. Su vida, su obra*, p. 64.
[69] Salvador Seguí, "Hacia el comunismo", *España Nueva*, 25-X-1920.
[70] Salvador Seguí, "Los peligros de la conciencia honrada", *La Colmena Obrera*, nº 39, 10-II-1917.

ello son los Sindicatos. En primer lugar, porque son más morales. Después porque son más competentes"[71].

Pero el seguimiento de Seguí respecto de las teorías de Cornelissen no va más allá de los planteamientos generales, ya que el sindicalista catalán nunca intenta una construcción teórica tan detallada como la del holandés en *El comunismo libertario y el régimen de transición*. La asignación del poder a los sindicatos se encuentra también en el sindicalismo francés de la década. En cualquier caso, lo esencial es su opción por el sindicalismo revolucionario.

La concepción filosófica permanece, no obstante, vinculada al anarquismo. Lo indican las referencias continuas a la justicia y a la moralidad, así como la insistencia en los términos "cultura" y "educación" para subrayar la necesaria formación de los trabajadores. "Si queremos hacer algo, advierte en su relato póstumo *Escuela de rebeldía,* es preciso educar bien a los hombres cuando empiezan a vivir; si nos apoderamos de las escuelas, nos apoderaremos en seguida de la sociedad"[72]. Sería éste también el papel a desempeñar por los grupos de afinidad anarquistas y por "los diferentes sectores de la inteligencia que integran nuestros Sindicatos"[73].

En el pensamiento de Seguí se encuentra siempre implícita o explícita la idea de la falta de preparación apreciable en la gran mayoría del proletariado: "A los trabajadores hay que decirles la verdad —explica en *Escuela de rebeldía*—: hay que ponerles de manifiesto su ignorancia, su incapacidad para efectuar esa transformación social con que sueñan; hay que crear la mentalidad comunista que no existe aun"[74]. La constatación entronca con su conciencia de pertenecer a una aristocracia obrera, capaz de incorporar la rebeldía social y el ansia de justicia gracias al anarquismo. A ella le está encomendada la misión de forjar las organizaciones de clase contra el capitalismo y de trasmitir su ideal a los explotados.

La dimensión elitista encaja con los orígenes nietzscheanos de su peculiar anarquismo. Su compañero Josep Viadíu recuerda como "a la primera juventud Seguí ya se preocupaba de las cosas que inquietan a las minorías selectas; en esa edad Nietzsche fue su pontífice, *Así hablaba Zaratustra* su biblia, y la despreocupación de los problemas económicos personales, su lema"[75]. Cabe pensar que como resultado en Seguí, la lucha de clases, arrancando del supuesto de la explotación obrera, se hace realidad cuando una minoría asume el ideal de justicia y entabla un doble combate, en el plano espiritual —contra la ideología burguesa a partir de la filosofía anarquista— y en el de la lucha económica, por medio del sindicalismo, cuyo objetivo último es la creación posrevolucionaria de una nueva humanidad.

Se trataba de un esquema mental al mismo tiempo rígido y flexible. La inelasticidad venía dada por la tendencia idealista a reducir los grandes cambios

---

[71] *Artículos madrileños*, p. 185.
[72] Salvador Seguí, *Escuela de rebeldía, www.cgt.org*, p. 15.
[73] *Artículos madrileños*, p. 185.
[74] *Escuela de rebeldía*, p. 6.
[75] Josep Viadíu, en *Salvador Seguí (Noy del Sucre)*, p. 20.

económicos y sociales del período 1917-1923 al carácter de manifestaciones de la bipolaridad que enfrenta al proceso de emancipación con la explotación capitalista. Desde distintos ángulos, el comportamiento de la burguesía, con sus crisis o sus ofensivas, es reconducido a dicho proceso y a sus connotaciones morales. Tampoco profundiza en la Revolución rusa, más allá de percibir la distancia insalvable respecto del ideal libertario. En sentido contrario, la autonomía que en todo momento otorga Seguí al movimiento sindical, la desconfianza ante la pretensión hegemónica de los grupos anarquistas y el reconocimiento de la inmadurez de las masas encuadradas por una CNT apenas consolidada, le lleva a un enfoque siempre realista de la situación política. Eso supone a aceptar la formación de alianzas, sindicales o políticas, que cubrieran aun parcialmente los objetivos de clase.

De ahí la reiterada insistencia en la unidad de acción obrera, visible ya en el Congreso de la CNT de 1911 y que preside sus relaciones con la UGT entre 1916 y 1920. La heterogeneidad ideológica del proletariado no debe ser, para Seguí, un obstáculo en el camino que de la resistencia al capitalismo conduce a la revolución social. Más adelante, cuando la represión de 1920-1922 y el fracaso del acercamiento al socialismo alejen la esperanza revolucionaria, cambian los objetivos y el sentido de las posibles alianzas, pasando ahora a exigir un marco normativo que permita la vida normal de las organizaciones, lo cual impulsa una aproximación a la pequeña burguesía democrática, enfrentada como los trabajadores al régimen político que se desliza hacia el golpe de Primo de Rivera. El llamamiento a la unidad obrera de 1917 o 1920 y la aproximación al catalanismo de izquierda y a los republicanos de 1922 se producen, pues, sin que la trayectoria ideológica se vea alterada, aun cuando el tránsito de la unidad sindical a la actuación "política" de la CNT llevara a remodelar conceptos, y lógicamente, a entrar en el peligroso terreno de la profanación de lo sagrado para una ortodoxia anarquista que en línea con Bakunin hacía del antipoliticismo su principal seña de identidad.

Las contribuciones a la prensa oficiosa de la CNT en Madrid, *España Nueva* (1919-1920) y *Vida Nueva* (1921-1922), en forma de entrevistas, artículos, reseñas de disertaciones, resultan decisivas para explicar la relación con el catalanismo, corrigiendo la imagen que su correligionario Pere Foix, luego pasado a la Esquerra, trazara en *Apòstols i mercaders*. Con su evocación a treinta años de distancia, Foix creó la imagen de un Seguí que al mismo tiempo que denunciaba el falso catalanismo de la Lliga Regionalista sentaba las bases de la adhesión de la CNT a un catalanismo independentista. En 1919, en el Ateneo de Madrid, Seguí habría pronunciado un discurso favorable a "la libertad nacional de los pueblos hispánicos", denunciando el egoísmo de clase de la Lliga: "I jo os puc asegurar que aquests reaccionaris que s'autonomenen catalanistas, com el que més, temen el redreçament nacional de Catalunya, en el cas que Catalunya no els restés sotmesa". Hasta aquí todo es congruente con otros textos del "Noi del Sucre". Sorprende en cambio que como contrapartida al falso catalanismo y a la colaboración ministerial de la Lliga, declare que "nosaltres els treballadors, com sigui que amb una Catalunya independent no

hi perdriem res, al contrari, hi guanyariem molt, la independència de la nostra terra no ens fa por". Como consecuencia, piensa supuestamente Seguí, los capitalistas de la Lliga y del Fomento del Trabajo Nacional serían los primeros en oponerse a la independencia, mientras que un futuro de independencia catalana lo sería también de fraternidad con los demás "pobles de la Península Hispànica"[76].

Ha sido una versión del pensamiento de Seguí sobre Cataluña utilizada con frecuencia desde los años 70 con la intención de probar que el verdadero catalanismo independentista hundía sus raíces también en el anarcosindicalismo revolucionario[77]. Otro discurso de Seguí, pronunciado en Madrid en la Casa del Pueblo, el 4 de octubre de 1919, cuyo texto ha llegado a nosotros en su integridad, ofrece una visión diferente, tanto más significativa cuanto que aborda los mismos temas. Para empezar, el movimiento obrero se niega a asumir como propio un problema como el que exhiben los catalanistas en Cataluña, "porque allí siente este problema la burguesía organizada, que está bajo los auspicios de la Liga Regionalista". El único problema existente en Cataluña es, a juicio de Seguí, el planteado por la clase obrera y es un problema universal. En un párrafo muy cercano al ofrecido por Pere Foix, Seguí extrae la consecuencia lógica de ese distanciamiento, con relación a la independencia: "que se dé incluso la independencia a Cataluña, y ¿sabéis quienes serían los primeros en no aceptar la independencia de Cataluña? Nosotros no; de ninguna manera, nosotros nos entenderíamos muy bien y pronto con la burguesía catalana". Sus adversarios serían los burgueses de la Lliga. Por fin, Seguí rechaza el problema de las nacionalidades, y habla en todo caso de "descentralización administrativa que todos los hombres liberales del mundo aceptamos"[78].

Artículos posteriores publicados en *Vida Nueva* confirman puntualmente esa actitud crítica. Dada la polémica suscitada por el tema, se hace necesaria una amplia cita: "El catalanismo es ya una ficción. No está en el espíritu combativo del pueblo catalán. No está en el ideal catalanista puro, que adulteró con las combinaciones ministeriales (...) El catalanismo es una ficción que mantiene el favor oficial. El catalanismo es algo que vive a expensas del Estado y que éste, en su inconsciencia, fortalece, cuando le sería más cómodo y más saludable arruinarlo en absoluto"[79]. En suma, el problema nacional de los catalanistas es un simple instrumento en manos de la burguesía, lo cual no significa en modo alguno que Salvador Seguí se muestre ajeno a la reivindicación de una Cataluña libre frente al centralismo. Una nueva cita extensa correspondiente a otro texto de 1919, el mitin en el Teatro del Bosque barcelonés, es aquí obligada para subrayar la clara posición de Seguí contraria a la centralización y su defensa de una eventual autonomía: "Nosotros queremos que Cataluña no sea una colonia,

---

[76] Pere Foix, *Apòstols i mercaders*, pp. 97-98, cit. Por Josep M. Huertas, *Salvador Seguí: el Noi del Sucre*, Barcelona, 1974, pp. 84-86.

[77] Véase la edición de *Escrits*, de Salvador Seguí, Barcelona, 1974, pp. 11-12 y 44-54.

[78] *España Nueva*, 5-X-1919.

[79] Salvador Seguí, "La ficción catalanista", *Vida Nueva*, 14-XII-1921.

como esas que tienen los fabricantes de Barcelona en las que están esclavizados sus obreros. Nosotros queremos que Cataluña sea un pueblo libre, consciente y bien administrado. Nosotros somos más catalanes que ellos, que tanto alardean de catalanismo. Tampoco queremos hacer el juego al poder central, ya que éste solo espera la ocasión de que los hombres de la autonomía se vean impotentes o cualquier otro motivo para negar su concesión, pretextando que no pueden dominar ni saben gobernar a los elementos diversos que componen Cataluña"[80].

La deriva autoritaria del régimen de la Restauración interviene aquí para sensibilizar a Seguí hacia un desplazamiento del tema estrictamente obrero al de la agrupación de fuerzas democráticas. El componente humanista cobra mayor peso y la definición como "liberal" pasa a primer plano. Todo comienza con el acercamiento entre el sindicalismo confederal y el nacionalismo catalán popular y obrerista. Dos meses antes de ser asesinado en noviembre de 1920 por pistoleros del Sindicato Libre, Francesc Layret propuso la conversión del Partit Republicà Català (PRC) en Partit Comunista Català, adherido a la Tercera Internacional, en el curso de un Congreso celebrado en septiembre al que asistió Seguí, acompañado de otros sindicalistas. A continuación, en el tiempo de cautiverio de Seguí en el castillo menorquín de La Mola, la aproximación se hizo mayor al proponer en 1921-1922 la izquierda republicana desde Cataluña una campaña contra la actuación represiva del general Martínez Anido en Barcelona. Republicanos y sindicalistas se presentaron unidos en la Liga de los Derechos del Hombre.

Al regresar a la vida activa en 1922, Seguí no duda en proponer una concentración de las "fuerzas de izquierda" que respondieran al llamamiento de una reunión de "fuerzas liberales", convocada por el escritor Gabriel Alomar, miembro entonces del PRC y partidario de adscribir al término "liberalismo" un sesgo de modernización política. Conocemos estas orientaciones gracias a una carta autógrafa, fechada en Zaragoza, el 24 de octubre de 1922, que reprodujo años después el semanario de izquierda catalana *L'Opinió*: "Una assemblea de les forces liberals de Catalunya fent la crida d'Alomar per medi d'un manifest públic, creia, i segueixo creyent que fòra un acte trascendental. Perdrem el temps en campanyes personals; per a mi és perdre el temps i limitar la capacitat d'extensiò i d'intensitat del ressorgiment de l'esperit liberal i inclùs de l'orientaciò de les forces d'esquerra"[81]. La articulación de los distintos planos de la estrategia definida entonces por Salvador Seguí fue resumida con precisión por M. Cruells en su biografía de 1974. Un primer objetivo sería la adhesión masiva de los trabajadores a la CNT. El segundo, acompañar la reorganización sindical de un programa de formación, de escuelas en los centros obreros —siempre el leitmotiv del atraso cultural como límite para la acción—, y el tercero, impulsar una convergencia de fuerzas políticas y culturales de izquierda para oponerse a toda represión y a la previsible involución política del régimen[82].

---

[80] Reseña en *El Diluvio*, Barcelona, 13-I-1919.

[81] "El pensament polític de Salvador Seguí", *L'Opinió*, nº 102, 6-VI-1930.

[82] Manuel Cruells, *Salvador Seguí, el Noi del Sucre*, Esplugues de Llobregat, 1974, p. 153.

A la vista de los efectos destructivos de la represión, el optimismo de 1919-1920 se ha desvanecido. No hay ya expectativas revolucionarias. El destinatario del discurso sindicalista es ahora también un público burgués, para tranquilizarle ante una posible alianza, supuesto que la CNT no se encuentra en condiciones de preparar una revolución social y además antes ha de experimentar en su interior un largo proceso de capacitación. La conciencia de clase cede paso a una visión universalista, fundada ahora sobre el concepto de humanidad. De nuevo una cita extensa resulta ineludible. Son palabras de Salvador Seguí, pronunciadas el 30 de abril de 1922 en Valencia:

> "Las reivindicaciones, con nuestra actuación a plena luz, se traducirán en movimientos evolutivos, y no en estallidos imprevistos que siempre conducen al caos. Confiamos para ello en nuestra capacidad política (...) Queremos vivir en pie de igualdad con el patrono, con la aristocracia del pergamino, con cuanto por una u otra circunstancia se cree, equivocadamente, por encima de nosotros. Por eso procuramos elevarnos. Hemos comprendido que en el fondo todo es un problema de educación. Y con la educación desaparecerá en nosotros el sentimiento un poco mezquino de obreros para dar paso al más amplio de hombres"[83].

En este marco, la definición política de la CNT acordada en Zaragoza significa que el sindicato está dispuesto al entendimiento con otras fuerzas políticas —los partidos de izquierda— para conseguir una serie de objetivos comunes, en definitiva la orientación democrática del país. No se trata en modo alguno de una cuestión de filosofía política. Al igual que el anarcosindicalista asturiano Eleuterio Quintanilla cuatro años más tarde, Seguí piensa que la acción política confederal se desarrolla siempre al margen del Parlamento. Excepcionalmente, Seguí aborda el tema candente de la conversión en partido, pero es para reafirmar que lo importante es la implicación política, que en definitiva habría seguido la propia CNT en su actuación antipolítica. Con la reapertura de los sindicatos, excepción hecha de Barcelona, en abril de 1922, a la fase precedente de "agitación" debería seguir la de "educación", que será denunciada por su renuncia a la violencia y ofrecer "una confusión de tolstoismo y de fatalismo" contrarrevolucionarios, por el exsecretario del Comité Nacional, Joaquín Maurín, pasado ahora al sindicalismo revolucionario de orientación comunista[84].

La conciencia del pasado fracaso y el riesgo de dictadura sirven de base al nuevo planteamiento: "¡Qué esto es política! ¡Que la Confederación Nacional del Trabajo se convierte así en un partido político? Es posible. Pero las agrupaciones de hombres, sea cualesquiera su clase y condición, no deben reparar en un adjetivo para cumplir su cometido, ni deben tener la cobardía de escon-

---

[83] *Vida Nueva*, 1-V-1922.

[84] "Un Manifeste des Comités Syndicalistes Révolutionnaires », *La Vie Ouvrière*, Paris, 20-X-1922.

der sus intenciones cuando persiguen un fin recto. Además que la política es una función de justicia noble, y quiérase o no, toda la actuación de nuestros organismos política ha sido, aunque política negativa"[85]. Bakunin parece definitivamente enterrado.

La orientación política cobra perfiles precisos en los meses que siguen a la Conferencia de Zaragoza, cuando aun fuera de la legalidad la CNT en Barcelona, hasta noviembre, el Comité Nacional reside en la capital aragonesa y allí edita a partir de septiembre el semanario *Cultura y Acción,* a efectos de impulsar la reorganización confederal. Seguí colabora en *Cultura y Acción* con cuatro artículos eslabonados que constituyen su última profesión de fe ideológica. Es primero un llamamiento a la acción reorganizadora, bajo "la necesidad de actuar inmediata e intensamente" —tal es el título—, al que siguen dos trabajos de definición: "La posición doctrinal de los socialistas libertarios frente a las Internacionales socialistas" y "Problemas de educación". Cierra la serie una nota que reseña la vuelta a la normalidad en Barcelona, tras el cese de Martínez Anido como gobernador civil.

Al margen de la serie, varios episodios dan cuenta de la oposición que las posturas de Seguí suscitan en medios anarquistas. Arturo Parera, muy activo luego en la FAI durante los años 30, escribe "La política de los sindicatos"[86], proponiendo que las repercusiones del "acuerdo político" de la Conferencia de Zaragoza no debieran ser exageradas. La réplica del propagandista francés Gaston Leval, en anarquista ortodoxo, admitía como única posible línea de acción "una labor antigubernamental antipolítica", basada en la acción directa, citando como prueba de cargo unas declaraciones de Ángel Pestaña y un texto de la Federación Local de Barcelona[87]. Requerido por la redacción del semanario a dar pruebas de sus afirmaciones, Leval volvió a la carga, acusando a Seguí de haber estado a punto de presentar su candidatura como diputado[88]. La respuesta de Seguí fue tajante: "A Gaston Leval. No requiere contestar a lo que solo merece el desprecio". La redacción del semanario puso fin a la polémica, que más allá de los argumentos reflejaba el malestar de los militantes libertarios, apegados a la idea-fuerza del antipoliticismo. La historia no había hecho sino comenzar.

La alta tensión resultante es confirmada por la anécdota que relata Manuel Buenacasa sobre la reunión de anarquistas y representantes sindicales en el local de la calle Mercaders, constituidos en una especie de tribunal de honor para juzgar la conducta de Seguí. Apenas entrado, el *Noi del Sucre* se dirige a los asistentes, confirmando su propósito de atenerse a los acuerdos de la Confederación y de no revocarlos. Por si hubiera dudas, ofrece la solución: que se apague la luz y que cada uno tire de pistola. Silencio. Y se fue[89]. El episodio sir-

[85] Salvador Seguí, "Insistiendo", *Vida Nueva,* 7-VIII-1922.
[86] "La política de los sindicatos", *Cultura y Acción,* nº 3, 30-IX-1922.
[87] Gaston Leval, "La política para los políticos", *Cultura y Acción,* nº 4, 7-X-1922.
[88] Gaston Leval, "Contestación a un ultimátum", *Cultura y Acción,* nº 7, 28-X-1922.
[89] Cit. por Manuel Cruells, *Salvador Seguí, el Noi del Sucre,* p. 189.

vió de base a la hipótesis de que pudo ser asesinado por anarquistas radicales, en vez de por los pistoleros del Libre al servicio de un determinado patrono.

La importancia de los artículos de *Cultura y Acción* reside en la claridad con que Seguí describe sus tres líneas estratégicas: prioridad a la reorganización sindical, renuncia a toda expectativa revolucionaria a costo plazo, y, por fin, desplazamiento de las alianzas hacia el republicanismo democrático —posición política— en detrimento de la precedente búsqueda de unidad de acción con las organizaciones socialistas. La reafirmación del idealismo subyacente a su enfoque precedente del sindicalismo, supone insistir en la caracterización positiva del liberalismo. El concepto nuclear es de nuevo el de "educación", entendida como "educación de las muchedumbres", como esfuerzo de capacitación de unas mayorías que no se encuentran en condiciones de comportarse de acuerdo con sus intereses. La visión de Seguí es elitista, en cierto modo orteguiana, al advertir que el sujeto colectivo, llámese "multitudes", "colectividades" o "humanidad", solamente puede actuar en sentido positivo si son educadas por las minorías rectoras en un sentido progresivo:

> "Las colectividades son siempre conservadoras y si están dispuestas a rechazar la crueldad de una represión inhumana porque relaja los fundamentos de la moral aceptada, quieren saber, para exteriorizar este deseo de condena, a quienes va a favorecer y exaltar con ello. Aparte de las minorías que se sienten prontas al sacrificio por el bien colectivo, finalidad que persigue toda idea noble, existe el conjunto el resto de ese todo que se llama humanidad, cuyo espíritu de consecuencia jamás negado hace que no se entregue nunca más que en los brazos del que le parece más fuerte, de aquel que le ofrece más seguridades para la lucha y la vida"[90].

Una y otra vez aflora el pesimismo acerca de la capacidad de gestión de "las multitudes", lo cual por si solo basta para renunciar al planteamiento revolucionario. El poder en manos de los trabajadores, como en Rusia después de 1917, llevaría al desastre: "Qué sucedería en España, dada la rudimentaria organización industrial que poseemos, si ahora mismo todas las clases directoras, todos los poderes dirigentes de la sociedad española, vincularan en nuestras manos la responsabilidad de garantizar la vida material de la colectividad española? Pasaría lo mismo que ha acontecido en Rusia"[91]. No es una estimación de 1922, sino de 1919, cuando ya ponía sobre la mesa el problema recurrente de "la falta de capacidad" en el proletariado.

---

[90] Salvador Seguí, "La necesidad de actuar inmediata e intensamente", *Cultura y Acción*, nº 5, 14-X-1922.

[91] Confederación Nacional del Trabajo, *Memoria del Congreso celebrado en el Teatro de la Comedia de Madrid, los días 10 al 18 de diciembre de 1919*, Barcelona, 1932, p. 368.

El campo de juego del "sindicalismo libertario" se aleja del socialismo, a juicio de Seguí reformista, por estar apresado por el concepto del Estado. A efectos polémicos, la propuesta evolutiva del sindicalismo, "tarea revolucionaria", sigue abrigando la intención de "debilitar poco a poco, hasta verla desaparecer, la máquina política que quieren exaltar los socialistas"[92]. "Poco a poco" es la expresión del momento en Seguí, y su recomendación fundamental a una CNT reorganizada. Se trata de "ir adelantando paso a paso en la tarea de reivindicar los conceptos de la moral, tales como el de la libertad y el de la justicia". El posibilismo libertario, posición del último Seguí, implica un tajante distanciamiento respecto del anarquismo revolucionario y una adhesión a los valores del liberalismo, patrimonio común de sindicalistas y demócratas:

> "El atraso de nuestras costumbres políticas, la esterilidad de todos los núcleos que han actuado sobre la vida del país tiene por origen un mal único que es la incomprensión del credo liberal, que para ser algo ha de estar influido por un posibilismo que tenga sus raíces en la psicología de la evolución, que sepa aprovechar todas las coyunturas para avanzar en el camino del progreso.
>
> La ausencia de una doctrina liberal, que ha de constituir el alma, la razón de ser de las organizaciones sindicalistas, si éstas quieren perseguir y alcanzar un alto fin humano, no ha penetrado en nuestros medios"[93].

El enfoque idealista de Seguí le lleva a dar un último paso que le aleja definitivamente del socialismo, al considerar que el liberalismo acepta, "aunque todavía en teoría, la libertad que tiene cada uno a desenvolverse según sus con convicciones y convivencias; este liberalismo, despojado de su doctrina de la propiedad privada, que está en contradicción con el primer principio que hemos expuesto, es el comunismo libertario"[94]. La cuestión de la propiedad no desaparece, pero sin determinar las relaciones políticas, de manera que la divisoria entre anarquismo y liberalismo queda borrada en lo esencial, ya que puede ser suprimida sin otro requisito que dejar de lado a la propiedad. En torno al eje de la libertad resulta en consecuencia recomendable establecer alianzas y de emitir valoraciones políticas por encima del conflicto de clases. Así en carta a su amigo Lluís Companys, fechada en el presidio de La Mora el 28 de marzo de 1921, expresa su confianza en que lleguen al gobierno los liberales en España, lo cual permite apreciar que Seguí integra al

---

[92] Salvador Seguí, "La posición doctrinal de los sindicalistas libertarios frente a las internacionales socialistas", *Cultura y Acción*, nº 6, 21-X-1922.

[93] Salvador Seguí, "Problemas de educación", *Cultura y Acción*, nº 7, 28-X-22. El exsecretario del Comité Nacional, Andrés Nin, ya vinculado a la Tercera Internacional, criticó la orientación conservadora de Seguí, en "Salvador Seguí", *La Correspondance Internationale*, Berlin, nº 29, 11-IV-1923.

[94] "La posición doctrinal...", cit.

Partido Liberal en el marco de ese liberalismo progresivo recomendado también para la CNT[95].

La dimensión teleológica libertaria no desaparece, permaneciendo como punto de llegada de una evolución a largo plazo, consistente en la eliminación escalonada de las opresiones políticas y económicas[96]. El liberalismo se proponía de este modo como programa inmediato a "las masas obreras", como plataforma para alcanzar el objetivo final, "remoto", consistente en "la justicia absoluta"[97]. La palabra democracia queda fuera del vocabulario y la desconfianza ante el Parlamento sigue viva.

El viraje promovido por Seguí hubiera supuesto un cambio esencial en la estrategia de la CNT, más allá de las declaraciones de coexistencia entre sindicalismo y anarquismo, y de la propia asunción de la política. Hasta aquí la ruptura con Bakunin tendía a reforzar la autonomía del sindicalismo revolucionario, respecto de los grupos anarquistas, así como a reconocer la importancia del marco político para el desenvolvimiento de la vida normal de los sindicatos. Será el legado que intentarán defender dirigentes próximos a él, como Ángel Pestaña y Juan Peiró, protagonistas también, en particular el segundo, del retorno a las fuentes en la Conferencia de Zaragoza. Solo que Seguí iba más allá en su última etapa, al fundir anarquismo y liberalismo como concepciones políticas, disolviendo salvo como última referencia la identidad de clase. La muerte por atentado de Seguí en marzo de 1923 canceló este último aspecto de su trayectoria ideológica y el golpe de Primo de Rivera lo hizo con las expectativas de una liberalización del régimen. La represión de 1920-1922 se generalizó y de la esperanza de la libertad soñada por Seguí se pasó a un vaivén de encarcelamientos y conspiraciones, en el curso de las cuales se mantuvieron, como veremos, las diferencias entre anarcosindicalistas y anarquistas, acentuadas porque a pesar de la Dictadura los debates ideológicos pasaron a primer plano. Por otra parte, ni Pestaña ni Peiró tenían la capacidad de liderazgo de Salvador Seguí.

2.4. Los "reyes de la pistola obrera" (I)

Sin la deriva hacia el golpe de Estado de Primo de Rivera, y de no haber sido asesinado Salvador Seguí el 10 de marzo de 1923, la iniciativa de "los cuatro" hubiera dado lugar a un intento efectivo de revisión de la estrategia confederal en la línea de un sindicalismo revolucionario; dispuesto a no renunciar al antiparlamentarismo y a no asumir la forma partido, pero implicado tanto en la política catalana como en la española. En caso de afirmarse ese planteamiento, aun siendo anarquistas tanto Peiró como Pestaña —de ahí que les reservemos

[95] *Artículos madrileños*, pp. 193-198.

[96] Véanse los análisis de M. Cruells en *Salvador Seguí*, pp. 186-201 e Isidre Molas, en *Salvador Seguí. Escrits*.

[97] "Problemas de educación", *Cultura y Acción*, 28-X-1922.

la calificación de anarcosindicalistas—, hubiera significado el fin de la pretensión hegemónica del anarquismo (y de paso del pistolerismo). Así y todo, la llama encendida por la "moción política" no se apagará a lo largo de la Dictadura y, como veremos, las posiciones enfrentadas en circunstancias cambiantes, han de mantenerse hasta la Segunda República. "La guerra fratricida declarada en nuestros medios", que Peiró denuncia en 1927, año de fundación de la Federación Anarquista Ibérica (FAI), encuentra ahí su origen.

Juan Peiró explica el sentido de esa implicación política en varios artículos, entre 1922 y 1924. En primer término, frente a la tradición bakuniniana, encerrada en la reivindicación de "los principios", insiste en que no cabe la indiferencia de los trabajadores respecto de la orientación, liberal o reaccionaria, del Estado. "Por medio de la acción parlamentaria pueden ser mejoradas las leyes —advierte Peiró, en plan estrictamente herético respecto de "los principios"— hasta la mayor democratización de transformar el régimen de la propiedad desde su base jurídica"[98]. Piensa también en la importancia de reformas tales como "la ley de retiros para la vejez". Eso sí, reconoce que ello implicaba fortalecer el Estado, y su rechazo seguía vigente, pero en el mismo sentido los trabajadores eran interpelados por el dilema entre un gobierno reaccionario y un gobierno liberal, en la primavera de 1923, y la solución era clara, con la intención de promover "una cruzada de ciudadanía": "en el período en el que actualmente vivimos en Barcelona y en España, los diversos sectores de espíritu liberal hanse unido para dar la batalla a la peste reaccionaria". La CNT debía alinearse con "los defensores de la libertad"[99].

No era otro el sentido de la "moción política" aprobada en Zaragoza: la CNT se veía obligada a superar las insuficiencias puestas de relieve desde el Congreso de 1919, teniendo en cuenta la deriva hacia el golpe de Estado observable en la política española. A juicio de Peiró, al estar centrada únicamente en la acción económica, la CNT desdeñaba los grandes problemas de una política de Estado que la concernía. Su corporativismo la aislaba en los conflictos del pueblo, a diferencia de lo ocurrido en la huelga de "la Canadiense", y en cuanto al funcionamiento de los sindicatos, "las masas" en encontraban sometidas a "una dictadura" de Juntas y Comités, que provocaba el distanciamiento de la organización. En una palabra, corporativismo, aislamiento y dictadura de los comités, explicaban la crisis de la CNT. La moción de Zaragoza intentaba poner remedio al primer aspecto, para "llevar a los trabajadores a intervenir por si mismos en todos los problemas de la vida pública"[100].

La tensión entre el antipoliticismo tradicional y la vocación política se planteará de modo muy distinto en las circunstancias excepcionales de la Dictadura. No era éste el único tema trascendental que concernía a la estrategia de la CNT. Entre tanto, al lado de la definición ideológica, y con mayor urgencia, se presen-

---

[98] Juan Peiró, "La actuación política y el sindicalismo", *El Diluvio*, 21-XII-1922, en Joan Peiró, *Escrits 1919-1937*, ed. de Pere Gabriel, Barcelona, 1975, p. 56.

[99] Juan Peiró, "Acción de ciudadanía", *Solidaridad Obrera*, 6-IV-1923, en *Escrits*, p. 59.

[100] Juan Peiró, "Aclaraciones", cit.

taba el problema del terrorismo, no del todo separado del primero en la medida que la vanguardia de la ortodoxia acabará siendo asumida tras la muerte de Seguí por el grupo terrorista más activo, el titulado "Los Solidarios", que encabezaban Buenaventura Durruti, Francisco Ascaso y Juan García Oliver, una dirección que ha de mantenerse hasta julio de 1936. Por lo que toca a Durruti, la llegada a la constitución de "los Solidarios" en 1923 auspiciada por Buenacasa, se encuentra precedida por la formación en San Sebastián de "los Justicieros", un "grupo de acción", esto es, de pistoleros anarquistas, en el que estaban Gregorio Suberviela, Moisés Ruiz, Albadetrecu y Marcelino del Campo. Luego pasarán a Zaragoza, que desde 1917 se había convertido en sucursal del anarcosindicalismo violento, figurando allí, al lado de Durruti, Torres Escartín e Inocencio Pina. Según J. Cirac, los "Justicieros" acabaron fundiéndose con el grupo "Crisol" para constituir "Los Solidarios"[101] En una filmación de 1937 accesible desde que en los comienzos de la transición el Ministerio de Cultura organizara una exposición sobre la guerra civil, el entonces ministro de Justicia de la República, Juan García Oliver, explicaba el protagonismo desempeñado por su grupo, a cuyos componentes calificaba de "reyes de la pistola obrera de Barcelona":

> "Había caído el coloso del anarcosindicalismo, Salvador Seguí, habían caído viejos militantes, primeros hombres de nuestro movimiento tan espléndido. Cuando comprendimos nosotros que probablemente pudiera llegar el momento en que fuésemos absolutamente vencidos, nos unimos en aquel momento, lo que no tengo vergüenza en decir, lo que tengo orgullo en proclamar, los reyes de la pistola obrera de Barcelona. Vivíamos y actuábamos disgregados, pero hicimos una selección, los mejores terroristas de la clase trabajadora, los que mejor podían devolver golpe por golpe y allegar al fin la victoria al proletariado, nos separamos de los demás compañeros, nos unimos y formamos un grupo anarquista, un grupo de acción para luchar contra los pistoleros, contra la patronal y contra el Gobierno. Conseguimos nuestro objetivo, les vencimos, nuestros golpes fueron más duros, más a la cabeza de los que ellos nos habían dado, y el grupo se constituyó, y fue juramento de los que lo integramos, que desde aquel momento el grupo "Los Solidarios" continuaría la lucha hasta el triunfo total de la clase trabajadora, hasta el triunfo de la revolución social, y que solamente la muerte podrá vernos apartados de los demás"[102].

La grabación de García Oliver resulta importante por varios aspectos. Es ante todo una confesión, cargada de egolatría, de la actuación y el protagonis-

---

[101] Jesús Cirac, "Manuel Buenacasa. La rabia y la idea", en Manuel Buenacasa, *Militancia*, pp. 52-55.

[102] Discurso pronunciado en el cementerio de Montjuïc, el 20 de noviembre de 1937, con ocasión del primer aniversario de la muerte de Buenaventura Durruti. Puede consultarse en *Youtube* y en *www.portaloaca.com*.

mo como terroristas —"los mejores terroristas", subraya— del grupo de acción "Los Solidarios", plenamente satisfecho por la ejecución de atentados de dudosa eficacia a pesar de su resonancia, ya que se le atribuyen los asesinatos del exgobernador de Vizcaya y del cardenal-arzobispo de Zaragoza. García Oliver explica bien la convergencia de "Los Solidarios" como grupo de acción y grupo anarquista. No es casual que la primacía simbólica en el mundo anarcosindicalista pasara a Durruti, tras la muerte de Salvador Seguí. Sin olvidar que quien fuera ministro de Justicia arranca de exponer, antes de la cita recogida, la visión exculpatoria sobre la génesis del terrorismo libertario, considerado como respuesta ineludible a "la ley de fugas" y a los crímenes de los pistoleros del Sindicato Libre, al servicio de la Patronal[103].

Un sindicalista moderado como Ángel Pestaña, a pesar de su condena de los grupos de acción —"el atentado personal, escribe, como principio o medio de propaganda es inadmisible"[104]—, no había dejado de sostener una interpretación similar, otorgando prioridad a la defensa de la imagen de la Confederación, si bien también reconocía las causas endógenas. En una carta remitida a Pestaña por García Oliver en 1928, alude éste a su participación en dos importantes reuniones de militantes tras la muerte de Seguí, una junto al Besós y otra en Les Planes. Desconocemos si tuvieron relación con la mencionada por el segundo en su discurso del cementerio. El hecho es que Pestaña, víctima él mismo de un atentado que estuvo a punto de costarle la vida en agosto de 1922, tendió inicialmente a cargar todas las culpas sobre la administración —con Martínez Anido en primer plano—, la Patronal y la Liga[105]. En sus memorias incluye también episodios significativos, en los cuales grupos de acción se ofrecen a liquidar al que sea necesario, contra una remuneración y un fondo de seguridad por si necesitan huir. Una propensión a servirse del atentado que en la interpretación de Pestaña tiene su primera causa en la miseria de unos trabajadores que ingresaban en el sindicato para mejorar de condición como fuera, sin importar los procedimientos, a quienes se sumaban individuos a mitad de camino entre el trabajo y el delito, todo ello sobre el fondo de la tradición anarquista del atentado individual, arraigada en Barcelona[106].

Pestaña reconoce que el origen de los atentados se sitúa mucho antes del asesinato de Seguí, como instrumento para forzar la resistencia de los patronos y obtener ventajas a favor de los sindicatos, con el apoyo moral de los trabajadores, quienes opinaban que "cada patrono muerto era un enemigo menos"[107]. En semejante clima social, y de modo similar a lo que sucediera en otros casos de terrorismo y bandidaje, el mayor prestigio popular es asignado a los que sobresalen en la violencia. El caso de Buenaventura Durruti es paradigmático. "En

---

[103] Véase la revisión crítica del tema por Josep Termes en su *Historia del anarquismo en España (1870-1980)*, pp. 340-358.

[104] Ángel Pestaña, "El terrorismo y la revolución social", *España Nueva*, 25-IV-1921.

[105] *La Voz*, 25-XI-1922.

[106] *Trayectoria sindicalista*, pp. 174-175.

[107] *Ibidem*, p. 179.

el martirologio anarquista, resume Pestaña, figuran en lugar preferente los violentos. Cabe decir que ostensiblemente, no, en el terreno de la exposición y crítica de las ideas, el anarquista español guarda una corrección insuperable; pero en el fondo, como realidad aceptada en el terreno de las posibilidades, en los medios anarquistas, y actualmente mucho más, se conserva un fervor inigualable hacia el acto individual, hacia el atentado contra los hombres y las cosas"[108].

Por debajo de los silencios inevitables por la intención de proteger a los correligionarios, gracias a las memorias de García Oliver sabemos que los sindicalistas, integrantes del Comité Ejecutivo formado a la muerte del Noi del Sucre —Ángel Pestaña, Juan Peiró, Narciso Marcó, Camilo Piñón—, todos ellos futuros "treintistas"— exigieron la disolución del Grupo "Los Solidarios", una vez que estos asesinaron en Zaragoza al cardenal Soldevila[109]. La divisoria real, que se mantendrá hasta la Segunda República, queda establecida entre los sindicalistas de un lado, y los grupos de acción legitimados por la ortodoxia anarquista, de otro. No es casual que fueran "los Solidarios" quienes a principios de 1923 convocan un Congreso anarquista catalano-balear, el cual, como el precedente de 1918 supone un paso adelante en la organización libertaria, condición inevitable para incidir sobre los sindicatos. Del Congreso surgió un proyecto de insurrección anarquista que anticipa los que tendrán lugar en 1933. Los líderes de entonces ya están ahí: Francisco Ascaso (secretario general), Aurelio Fernández (comités antimilitaristas) y Buenaventura Durruti, encargado de armas y explosivos[110].

En el período de crecimiento económico, hasta 1919, el terrorismo había sido rentable. La respuesta de patronos y trabajadores disconformes, agrupados en el Sindicato Libre, aliados a aquellos y bajo protección (y terrorismo) oficiales, no fue menos brutal. La describió en enero de 1921 desde Valencia el futuro dictador Primo de Rivera: "Una redada, un traslado, un intento de fuga y unos tiros, empezarán a resolver el problema"[111]. Se desencadenó una guerra social, literalmente a muerte, mezclada con una fuerte conflictividad económica: "Entre 1917 y 1923 se contabilizan más de 800 atentados, unos 475 contra obreros, 208 contra empresarios y el resto contra policías. El número de muertos fue como mínimo de 246, de los cuales casi 200 fueron obreros (...) El año 1920 fue sin duda uno de los más sangrientos, con cerca de 300 atentados en toda Cataluña, 52 muertos y 72 huelgas que afectaron a 65.000 trabajadores"[112]. El balance establecido por Maria Amàlia Pradas para el período 1918-1923 es, en muertos, de 40 patronos, 49 encargados, 30 agentes de la autoridad, 168 sindicalistas anarquistas, 42 del Libre, 6 antisindicalistas y 76 de filiación desconocida. Heridos: 558.Amen de 118 sabotajes contra empresas, 76 bombas y petardos, 40 tiroteos entre obreros, 17 entre policías y obreros y 21 atracos registrados[113].

---

[108] *Ibidem*, p. 175.
[109] Juan García Oliver, *El eco de los casos*, p. 119.
[110] "Abel Paz", *Durruti*, pp. 57-59.
[111] Cit. por Fernando del Rey, *Propietarios y patronos*, Madrid, 1992, p. 534.
[112] Manel Risques (dir.), *Història de la Catalunya contemporània*, Barcelona, 2006, p. 286.
[113] Cit. por J. Termes, p. 346.

A fines de 1920 el general Martínez Anido pasó a ocupar el gobierno civil, hasta que en 1922 resultó cesado por el atentado fallido de Manresa contra Ángel Pestaña. Al margen de toda norma y respeto a los derechos humanos, aplicando la "ley de fugas", protegiendo las acciones de pistoleros y de los miembros del Sindicato Libre, multiplicando las detenciones, los cierres de locales y las deportaciones, Martínez Anido alcanzó su objetivo: desmantelar a la CNT. No solo cayeron sus dirigentes. Paralelamente, tres jóvenes pistoleros anarquistas —Mateu, Nicolau y Casanellas— acribillaron el coche del presidente del gobierno Eduardo Dato en Madrid, en cuanto responsable último de la política represiva. Era el 8 de marzo de 1921. Las pérdidas no solo fueron humanas. Se ha llegado a estimar en un 90 por 100 para 1922 la pérdida de afiliados de la CNT en Barcelona[114].

El balance para "los Solidarios" era de signo opuesto. Mes y medio antes del pronunciamiento de Primo de Rivera, cuatro miembros del grupo —los de siempre, García Oliver, Francisco Ascaso y Durruti, más Alfonso Miguel— confesaron haber realizado un atraco de 85.000 pesetas en una empresa recaudatoria del centro de Barcelona. La serie de "expropiaciones" se inició el 18 de julio con el asalto a un Banco en Manresa. Al día siguiente les llegó el turno a los empleados municipales del Ayuntamiento de Barcelona, con 95.000 pesetas (de los cuales, según Pestaña, ni un céntimo llegó a la organización). El 7 de agosto, los robados fueron los tratantes del mercado del Born, en Barcelona. El monto global de los atracos de los Solidarios en 1923 superó la fabulosa suma de medio millón de pesetas de la época[115].

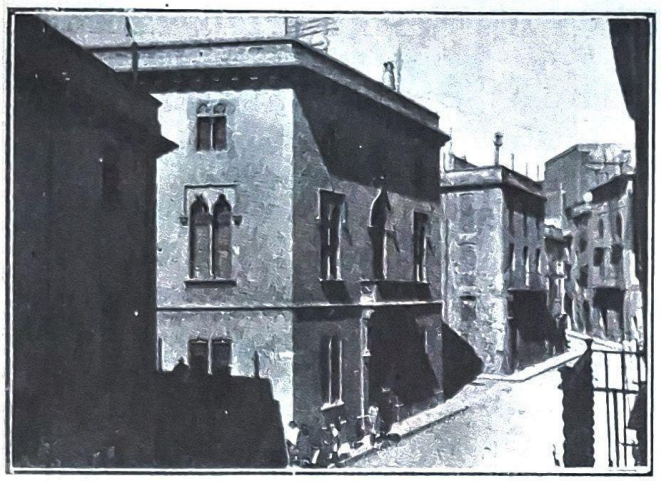
Los efectos del pistolerismo fueron desoladores, tanto para el prestigio como para la cohesión interna de una CNT, descabezada de muchos cuadros e infiltrada por grupos de acción a mitad de camino entre la militancia ideológica y la delincuencia. En su reveladora crónica, Ángel Pestaña relata cómo el terrorismo distorsionó el funcionamiento de las organizaciones y destruyó el prestigio de la CNT, ya que "decirse sindicalista era sinónimo, y lo es aun hoy, de pistolero"[116]. Las hazañas de los "reyes de la pistola obrera" resultaban muy costosas para sus supuestos beneficiarios. Entre las causas que determinaron la actitud del general Primo de Rivera suelen citarse, sobre el telón de fondo de la crisis de la Restauración, la voluntad de que las responsabilidades del desastre de Annual afectaran a la monarquía y el auge de los separatismos. "He pensado muchas veces —escribe Pestaña en *Lo que aprendí en la vida*— si el periodo terrorista que se inició en nuestros medios, derivando después hacia el terrorismo gubernamental y que terminó en aquella serie de audaces atracos, que no solo contribuyó poderosamente a que triunfara Primo de Rivera, sino que quizá fue su causa y su origen"[117].

---

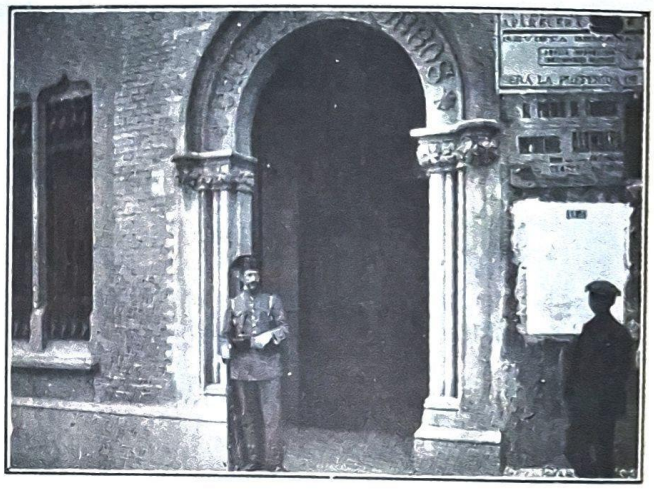
[114] *Propietarios y patronos*, p. 538.
[115] Josep Termes, *Historia del anarquismo en España*, pp. 347-348
[116] *Trayectoria sindicalista*, p. 185.
[117] *Trayectoria sindicalista*, p. 187.

Alfonso XIII con el general Miguel Primo de Rivera (septiembre de 1923).

EL ASALTO A LA CAJA DE AHORROS DE TARRASA



Edificio de la Caja de Ahorros de Tarrasa que fué asaltada por ocho pistoleros, sorprendiendo al personal y robando 3.981 pesetas



Puerta de entrada al edificio en que está instalada la Caja de Ahorros de Tarrasa y en la que se cometió el robo

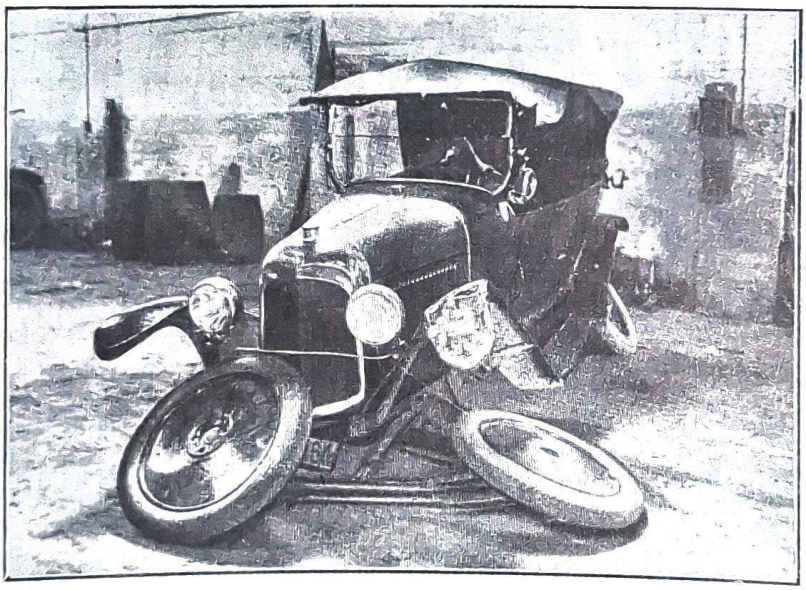
El día 20 del actual se ha cometido un nuevo robo á mano armada en las oficinas de la Caja de Ahorros de Tarrasa.

Un grupo de ocho pistoleros, que descendieron de un automóvil, penetraron en el establecimiento y, amenazando á los empleados con pistolas, apoderáronse de la suma de 3.981 pesetas que había en la caja.

Sorprendidos por un imponente y un somatenista que acudió, huyeron cinco en el automóvil y otros tres emprendieron la fuga por las calles, disparando contra las gentes que pretendían detenerlos. El somatenista D. Miguel Castellá, alcanzado por los disparos, recibió tan graves heridas, que murió á poco de ser auxiliado en una farmacia próxima, y un carretero apellidado Villarrubí también resultó herido.

El automóvil fué encontrado más tarde en la carretera de Tarrasa á Sabadell con averías considerables.

Tres de los salteadores fueron detenidos y juzgados militarmente, uno fué absuelto y los otros dos condenados á la última pena, cumplida ya en la madrugada del domingo.



El automóvil de que se sirvieron los asaltantes y que fué encontrado con los grandes desperfectos que se produjo al chocar con un árbol en el kilómetro 13 de la carretera de Tarrasa á Sabadell

Una de las oficinas de la Caja de Ahorros de Tarrasa que fué asaltada por los pistoleros

Oficina en que estaba instalada la caja, de la que los asaltantes sustrajeron la cantidad robada

Fots. Merletti

Atentado de Terrasa (septiembre de 1923).

Capítulo III

La fundación de la FAI (1923-1931)

3.0. Síntesis previa

A partir de septiembre de 1923 la historia del anarcosindicalismo español se desenvuelve de modo preferente en un espacio interior, estrechamente ligado a la evolución de la política en España, aun cuando hay que contar con dos importantes excepciones: la influencia doctrinal argentina y la escena complementaria del exilio en Francia. Hasta el punto de que ni su trayectoria ni su propia supervivencia pueden entenderse sin tener en cuenta la relación interactiva entre un movimiento en crisis ideológica y la acción represiva del Estado. La presencia tradicional del componente anarquista en el movimiento obrero hispano puede explicar su articulación con el sindicalismo revolucionario en las dos primeras décadas del siglo, en especial a partir de 1906-1910, pero no su resurrección en los años treinta, cuando ya tanto el anarquismo como el sindicalismo revolucionario se habían desvanecido en el horizonte europeo. Para explicar este fenómeno, no cabe excluir que en condiciones de normalidad política en España, de haber seguido su curso la "moción política" de la conferencia de Zaragoza, la CNT hubiera emprendido, en un marco muy conflictivo sin duda, una deriva sindicalista y "política" bien distante de la hegemonía libertaria que ha de confirmarse, ya en la Segunda República.

Los rasgos peculiares de la persecución sufrida por la CNT a lo largo de la década —terrorismo de Estado en Barcelona de 1920 a 1922, ilegalidad de facto entre 1923 y 1930— evitan el desenvolvimiento regular de la vida sindical, y de este modo coagulan el proceso de degradación que en países como Francia experimenta el sindicalismo revolucionario. Por fin, en la medida que los años veinte, una vez superada la crisis de la posguerra, son un período de crecimiento económico, entrará en juego la constatación de que el progreso no repercute favorablemente sobre los salarios; la clase obrera catalana tuvo buenas razones para añorar el sindicalismo que la permitió resistir a la carrera de los precios cuando la gran guerra.

Tampoco cabe olvidar las peculiares condiciones de la ilegalidad cenetista bajo Primo de Rivera, bien diferente de la que había de sufrir a partir de 1939. Se trató de una presión casi agobiante sobre los sindicatos, sin ilegalización general y con fuertes diferencias provinciales, más medidas de excepción (prisiones gubernativas, destierros) sobre militantes individuales si bien, sorprendentemente, se mantiene cierta tolerancia hacia las publicaciones. Así estas, a pesar de la censura previa, permiten mantener encendida la antorcha de las ideas anarcosindicalistas. Medio siglo después los hombres de la CNT seguían recordando como si hubieran tenido lugar unos días antes las polémicas desarrolladas en los semanarios del período: *El Productor* (anarquista ortodoxo), *Vida Sindical, Solidaridad Proletaria* (sindicalistas), *Acción Social Obrera,* de Sant Feliu de Guixols, el de existencia más continuada, *Despertad* de Vigo (donde se cruzan las posturas). Y eso que el portavoz oficial de la CRT catalana, el diario *Solidaridad Obrera,* se vio obligado a cesar la publicación en mayo de 1924. También se recibían en Barcelona números de *La Protesta* de Buenos Aires, con su suplemento doctrinal, ejerciendo una gran influencia. Fueron, pues, años de ideas sin acción. Tal vez lo que necesitaba el anarcosindicalismo español para salvar el cabo de la posguerra.

Los debates sobre la pertinencia de mantener o no la actuación legal dentro del difícil marco de la Dictadura se vieron complementados por los problemas y las dudas acerca de la actitud a adoptar ante las sucesivas conspiraciones para derribar a Primo de Rivera. Entre 1919 y 1922 el riesgo de una sovietización de la CNT había sido lo suficientemente fuerte como para respaldar en lo sucesivo demandas crecientes de ortodoxia anarquista frente a toda desviación. En un período en que predomina ilegalidad, la vida sindical regular resultaba imposible, siendo sustituida por asambleas o encuentros de militantes, reuniones informales en las cuales tenían ventaja los miembros de los grupos. Finalmente estaba el cordón umbilical que vinculaba grupo de acción terrorista y grupo anarquista. La ilegalidad favorecía, en consecuencia, la pretensión anarquista de ver asegurada la propia hegemonía en el seno de la CNT, salvando así tanto la amenaza de ser captada el comunismo, como la deriva reformista o política. Los libertarios contaban también con el resultado ideológico del Congreso de la Comedia, que en 1919 había fijado el comunismo libertario como finalidad de la CNT. El anarquismo adquiría de este modo un aval de legitimidad dentro de la CNT que no hará sino incrementarse entre la llegada de la Dictadura y la crisis de 1933, cuando tiene lugar la expulsión de los sindicatos y de los militantes defensores de la autonomía sindical[1].

La debilidad teórica de los anarquistas españoles, así como su ausencia de soluciones para contrarrestar la hegemonía sindicalista, se vieron compensadas

[1] El análisis sobre la polémica permanente entre anarquismo y sindicalismo hasta la fundación de la FAI en 1927 es al tiempo resumen y reelaboración de nuestro estudio "El anarcosindicalismo español bajo la Dictadura (1923-1930), I, La génesis de la Federación Anarquista Ibérica", *Revista de Trabajo,* núms. 39-40, 1972, pp. 123-218 (apéndice documental, pp. 219-477). Una visión aun más pormenorizada, que no altera la interpretación precedente, en Antonio Bas, *Los años rojos de la CNT,* pp. 628-696.

por una nueva forma de internacionalismo a que ya hicimos mención: las relaciones entre los anarcosindicalismos español y argentino. Para los sectores anarquistas de la CNT, el problema residía en cómo asegurar su dominación en el sindicato, una vez conferida a éste la finalidad anarquista. La fórmula clásica de relación entre anarquismo y sindicalismo, propugnada por Salvador Seguí, había consistido en una vinculación espontánea entre el sindicalismo en cuanto instrumento de la lucha económica a corto plazo, para la revolución más tarde, y el anarquismo encargado de proporcionar la inspiración ideal. Al llegar la Dictadura, y teniendo en cuenta la experiencia desastrosa del terrorismo, los sectores moderados de la CNT tendieron a forzar aun más la separación entre ambos planos, con el objeto de evitar que el activismo anarquista siguiera suponiendo un lastre para la acción sindical. Los dos principales líderes supervivientes del sindicalismo confederal, Ángel Pestaña y Juan Peiró, trataron de borrar el anarquismo como elemento definitorio de la CNT, aun cuando lógicamente, siendo ellos mismos anarquistas, defendieran la participación de los anarquistas en la vida sindical, pero respetando la división de tareas y sin otra pretensión de hegemonía que la derivada de un trabajo eficaz. Para los ortodoxos, agrupados inicialmente en torno al exsecretario del Comité Nacional, Manuel Buenacasa, el reconocimiento de la autonomía sindical equivalía a abrir la puerta al revisionismo.

Adelantemos que solución vino del anarquismo argentino. Allí actuaban dos anarquistas españoles, Diego Abad de Santillán (pseudónimo de Sinesio García Fernández)[2] y Emilio López Arango, quienes desde las páginas del diario *La Protesta* y su suplemento, desarrollaron a partir de 1922 una campaña muy intensa destinada a forzar el regreso a los principios bakuninistas, rechazando todo sindicalismo como reformistas. Además, sus campañas críticas incorporaban la fórmula destinada a solucionar el problema, la *trabazón* experimentada por la FORA, la Federación Obrera Regional Argentina, En su IX Congreso, celebrado en Buenos Aires el 6 de abril de 1923, la FORA había rechazado toda presencia de elementos políticos, así como la dictadura del proletariado, al tiempo que confirmaba como finalidad "el comunismo anárquico" y para asegurarlo admitía que "los compañeros anarquistas que se encuentran al margen de la FORA tengan derecho a integrar los cuerpos de responsabilidad de la misma"[3]. Era la *trabazón,* consistente en el enlace orgánico a todos los niveles entre la organización sindical y la organización específica, de suerte que la primera quedaba bajo el control y la orientación de la segunda, configurando ambas el *movimiento obrero anarquista,* según una concepción claramente instrumental del sindicato. Lo explican Emilio López Arango y Diego Abad de Santillán, ambos españoles residentes en Argentina, en el pequeño opúsculo programático *El anarquismo en el movimiento obrero,* publicado en

[2] Véase nuestro estudio preliminar a Diego Abad de Santillán, *El anarquismo y la revolución en España. Escritos 1930-1938,* Madrid, 1976, pp. 9-52.

[3] Diego Abad de Santillán, *La FORA. Ideología y trayectoria* (primera edición Buenos Aires, 1933), 2ª ed., Buenos Aires, 1971, p. 264.

1925, que constituirá el libro de cabecera de la ortodoxia libertaria cuya propaganda desembocará en el nacimiento de la Federación Anarquista Ibérica:

> "(...) los anarquistas, si quieren ser consecuentes con sus ideas y mantenerse irreductibles frente a las desviaciones que alejan al movimiento obrero de sus fuentes de inspiración libertaria, no deben olvidar que las organizaciones económicas del proletariado tienen carácter transitorio. 'El Sindicato es un medio de acción y su finalidad revolucionaria debe ser el comunismo anárquico'"[4].

El resultado fue una variante de bakuninismo, sumamente esquemática en sus planteamientos, basada en la oposición radical al enemigo interior —primero, el comunismo; luego el sindicalismo—, y muy efectiva en la medida que respondía a una situación excepcional de frustración y violencia, sin necesidad de ser puesta a prueba con la práctica sindical. La dictadura constituía un punto de referencia inmejorable para interiorizar la oposición a todo Estado y a toda política. Seguí pudo argumentar que no eran lo mismo derechas que izquierdas en la agonía de la Restauración; ahora la realidad política era bipolar. Y la frustración podía descargarse sobre quienes en el seno de una CNT atenazada por la represión, encarnaban al enemigo interior y además aparecían como portadores de un condenable liderazgo natural. De nada les sirvió acumular persecuciones y cárceles en su esfuerzo por devolver la CNT a la normalidad.

El anarquismo era ya para sus seguidores una religión política muy simple, muy coherente y muy satisfactoria. El Congreso de 1919 les había proporcionado la dimensión teleológica y el emblema sagrado: el comunismo libertario. Bastaba con invocarlo para desautorizar todo razonamiento complejo que contaminase los principios mediante el contacto con la realidad impura de la política. Los años de dictadura no fueron, pues, un paréntesis en blanco, sino el escenario de un conflicto atípico entre dos concepciones de la acción sindical, en el curso del cual los anarquistas fueron acumulando fuerzas, y de paso legitimando los años de plomo anteriores al 13 de septiembre de 1923. Les faltaba una articulación y la Federación Anarquista Ibérica se la proporcionó de manera fluida y sobre todo en el plano simbólico. Para la entrada en escena de un grupo dirigente habrá que esperar a la proclamación de la República.

3.1. Bajo la "presión gubernativa"

El primer signo evidente de cambio en la nueva era de poder militar fue la inmediata reacción ante un atraco que provocó la muerte de un "somatén".

---

[4] Diego Abad de Santillán y Emilio López Arango, *El anarquismo en el movimiento obrero*, Barcelona, 1925, p. 171.

El 19 de septiembre de 1923, el general Barrera había hecho público un bando según el cual, entre otros delitos, los realizados en grupo o mediante explosivos, los atentados y los atracos, pasarían a juicio sumarísimo y jurisdicción de guerra. Al día siguiente, unos atracadores asaltaron la Caja de Ahorros de Terrassa, para un botín de tres mil pesetas. Hubo el muerto citado y tres fueron detenidos[5]. Celebrado al día siguiente el Consejo de guerra, dos de ellos fueron condenados a muerte y el día 23 ajusticiados por garrote vil. Antes de morir, ambos gritaron "¡viva la Anarquía!"[6].

La reacción de la CNT ante el pronunciamiento fue mesurada, quedando a la expectativa y con promesa tácita de neutralidad si los derechos sociales eran respetados: "Si el golpe de Estado no tiene por misión ir contra los trabajadores, contra las libertades que estos tienen, contra las mejoras alcanzadas y contra las reivindicaciones económicas y morales que paulatinamente se han obtenido, nuestra actitud será muy otra que si todo esto, que es el producto de muchos años de lucha se veja, no se respeta o se ataca"[7]. El día anterior había tenido lugar la adhesión entusiasta al régimen del Fomento del Trabajo Nacional: expresaba la confianza de "los productores todos de Cataluña" en la regeneración prometida. *La Vanguardia* tituló las noticias sobre el pronunciamiento "tentativa de regeneración nacional"[8] Por su parte, Primo de Rivera respondió a estas declaraciones con un manifiesto "a los obreros españoles", donde contraponía la salvación patria a los "fatales caminos" seguidos por la clase obrera —alusión inequívoca al anarcosindicalismo—, a cuyos componentes invitaba a mostrarse "orgullosos de ser españoles y de ser buenos", esgrimiendo la amenaza de imponer la reglamentación por el Estado de salarios y jornadas. La intención real de las palabras del general contra la CNT podía apreciarse cuando exhorta a los trabajadores "a desligarse de lazos y organizaciones que aparentando proporcionarles bienes, en definitiva les van llevando por caminos de ruina". "Asociaciones obreras, sí; para fines de cultura, de protección y mutualismo, y aun de sana política —concluye—; pero no de resistencia y pugna con la producción"[9].

Aun antes de las disposiciones fulminantes contra los atracos, quedó de manifiesto la ofensiva del Directorio contra el anarcosindicalismo, incluso por actos puntuales como el cierre de los sindicatos de Manresa y de su órgano de prensa, *El Trabajo*, ya el día 20, al mismo tiempo que se ocupaba de la persecución del separatismo, en sus versiones catalana y vasco-aberriana. Pero sobre todo la orientación de la política relativa a los sindicatos resultó diáfana cuando el día 23 fue nombrado el general Martínez Anido como subsecretario de Gobernación y tres días después del general Arlegui como director general de Orden Público. En respuesta, al día siguiente la CNT solicitaba sin éxito un

---

[5] *La Vanguardia*, 21-IX-1923.
[6] *La Vanguardia*, 25-IX-1923.
[7] *Solidaridad Obrera*, 18-IX-1923, cit. en *La Voz*, Madrid, 19-IX-1923.
[8] *La Vanguardia*, 15-IX-1923.
[9] *La Acción*, 27-IX-1923; Manuel Rubio Cabeza, *Crónica de la dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, 1986, p. 63.

acuerdo de frente único a la UGT. En los primeros momentos después del golpe, había ya existido un intento fallido en Madrid de organizar la resistencia por la Federación Local de grupos anarquistas con los comunistas.

A pesar de los puestos destacados que ocupan Martínez Anido y Arlegui, ello no significa que la CNT sufra en un primer momento una prohibición legal, ni experimente una clausura generalizada de sus sindicatos. La nueva situación se tradujo en un incremento de la presión policial, impulsada por los gobernadores civiles, de acuerdo con las instrucciones recibidas del subsecretario de Gobernación, Martínez Anido. De modo similar a lo que sucederá en el fascismo italiano, esa presión va traduciéndose en el plano normativo conforme se producen conflictos que sirven de justificante, en espera de que la institucionalización del propio régimen construya una barrera insalvable para el funcionamiento de las organizaciones dentro de la legalidad. Es lo que va a suceder el 29 de mayo de 1924, con las clausuras de sindicatos, encarcelamiento de cuadros sindicales, ilegalización de la CNT y prohibición de *Solidaridad Obrera* al día siguiente del asesinato del verdugo de la Audiencia de Barcelona. El espacio de tolerancia va cerrándose paso a paso. Como ejemplos, el semanario comunista *La Antorcha* sigue publicándose a lo largo de cuatro años y *Soli* hasta su cierre mencionado, que dura más de seis años y solo encuentra solución meses después de la caída de Primo de Rivera.

La intensidad de la presión gubernativa, unida a los enfrentamientos que suscita en medios confederales, entre anarquistas y anarcosindicalistas, puede explicar el grado de desorganización que muy pronto se produce en la CNT. Para las publicaciones, el establecimiento inmediato de la censura previa militar acarreó muy pronto la suspensión de las estrictamente anarquistas, como *Redención* de Alcoy, o *Crisol* de Barcelona. *Solidaridad Obrera* resistió, con blancos frecuentes en sus páginas por la censura, hasta el 29 de mayo de 1924, salvo el paréntesis iniciado el 4 de octubre de 1923, esta vez por decisión de la Federación Local de Sindicatos de Barcelona. El único órgano confederal que pudo sobrevivir hasta la caída del dictador fue *Acción Social Obrera,* de Sant Feliu de Guixols, acompañando a la legalidad de los sindicatos de la provincia, con un solo intervalo provocado se suspensión provocado en julio de 1927 por intervención directa de Martínez Anido.

En un primer momento, el criterio de Gobernación consistió en hacer cumplir las cláusulas del decreto de 10 de marzo de 1923 que disponía la publicidad de la vida de las organizaciones sindicales, tanto en la percepción de cotizaciones como en la administración y en la celebración de actos públicos. El artículo 1° del decreto ordenaba la presentación en los gobiernos civiles de cada provincia de los reglamentos y estatutos o actas de constitución de las sociedades profesionales, así como los acuerdos o trámites que afectasen a su vida legal, Pero no se trataba solo de lograr una nueva legalización de sociedades ya existentes, puesto que el artículo 2° obligaba a su presentación en el mismo gobierno "para que sean habilitados por la misma autoridad y marcados en todos sus folios, correlativamente numerados, los registros de socios y de contabilidad", lo cual equivalía a colocar bajo el control permanente del poder, no solo

la vida normal de la asociación y su actividad económica, sino incluso a la totalidad de los afiliados. El artículo 3° reforzaba aun este último aspecto: "En el libro registro de socios se habrá de consignar sin interrupción los nombres, apellidos, profesiones y domicilios de cada uno de los asociados, con expresión de las fechas de las altas y bajas de los mismos, y de los cargos de administración, gobierno o representación que les hayan sido encomendados, determinándose también el día en que tomaron posesión de ellos en el que cesaron". Todo nombramiento debía ser notificado en el plazo de tres días al gobernador, comprendidos no solo los directivos, sino los de recaudador, conserje y portero.

Los artículos siguientes acentuaban incluso este propósito de construir una auténtica camisa de fuerza en torno a la vida de los sindicatos. Ejemplo el libro de ingresos y gastos, con asientos individualizados por cotizante y sin olvidar que "los asientos de ingreso expresarán inequívocamente la procedencia de los mismos" (art. 4°). Toda cuota extraordinaria se consignaría en seis días, con expresión de su fin (art. 5°). El libro de recaudaciones se hace obligatorio (art. 6°). En fin, el sello del gobierno civil constituía el elemento imprescindible de legalización del conjunto documental anterior[10].

Martínez Anido estaba dispuesto a completar la labor destructiva de 1920-1922, ejerciendo un control permanente sobre todo lo que se moviera oliendo a CNT. Desde el ministerio de Gobernación se suceden los telegramas a los gobernadores civiles en ese sentido. Es así como en su calidad de subsecretario de Gobernación se dirige al gobernador civil de Barcelona, general Lossada, exigiendo el inmediato cumplimiento de las condiciones previstas en el decreto de marzo:

> "...Respecto a los sindicatos hemos acordado que en un plazo de ocho días todos los sindicatos, *naturalmente de carácter sindicalista y anarquista,* se pongan en el terreno de la legalidad presentando sus libros y cuentas. Y los que no lo hagan así serán clausurados; después, cada quince días seguirán presentando sus libros e inspeccionarlos para que no pueda burlarse lo ordenado. De todo esto mañana daré orden circular a todos los gobernadores para su cumplimiento"[11].

El círculo se cierra con el recurso discrecional a las prisiones gubernativas, cuyo sentido explica en 1925 el propio dictador en su respuesta a una carta de protesta de sindicalistas encarcelados. Primo de Rivera lo explica en de sus "notas oficiosas" que sigue a la publicación, también admitida por orden suya, de la carta. Acudiendo a su propia experiencia de gobernante en Cataluña, condena "lo actuado del mismo sector obrero representado por los firman-

[10] *Gaceta de Madrid,* 11-III-1923, pp. 882-883.

[11] "Conferencia del señor Subsecretario con el Gobernador Civil de Barcelona el día 28 de septiembre de 1923, a las 21,35", Archivo Histórico Nacional, Gobernación, leg. N° 58 A.

tes", ya que "desgraciadamente muchas veces se salieron de lo legal en la propaganda y en la acción". La tranquilidad de "un millón de habitantes tan laboriosos y pacíficos de Barcelona" dependería así de que los encarcelados sigan careciendo de "libertad de acción", por perseguir "obcecados, fines revolucionarios". El Directorio habría hecho más por "el obrero, devolviéndole su libertad de trabajo, liberándole de las cotizaciones (sic) y otros abusos" que los revolucionarios de la innominada CNT[12]. La doble represión estaba así plenamente justificada.

No solo se trataba de cumplir las normas, sino de aplicarlas de modo restrictivo. Vale la pena reseñar lo sucedido con el Comité Nacional trasladado a Sevilla con toda legalidad e instalado allí desde el 10 de septiembre, y bajo vigilancia. El 13 de octubre, antes de que el subsecretario de Gobernación esté seguro de ello, comunica al gobernador civil instrucciones para impedir su funcionamiento: "siga muy de cerca la actuación de esos sujetos llegados de Barcelona y acaso preferible que antes de arraigar les haga VS salir de la provincia y aun de la región andaluza". Finalmente la vigilancia policial arrojó sus frutos, pues el 25 de diciembre eran detenidos sus componentes al entrar en contacto con dos supuestos comunistas portugueses, en realidad anarquistas, llegados a Sevilla coincidiendo con un partido de fútbol internacional Portugal-España. Se trataba de Manuel Joaquim de Souza y de Manuel de Silva Campos, siendo su propósito entrevistarse con los miembros del Comité Nacional cenetista, pensando en una futura Confederación Ibérica del Trabajo[13] El Comité cesó sus actividades, mientras sus miembros Pedro Vallina, Paulino Díez (secretario) y Manuel Pérez (administrador) permanecían durante dos meses en prisión gubernativa, acusados de participar en una conspiración comunista.

Un nuevo Comité Nacional, establecido en Zaragoza, con José Gracia Galán como secretario, no corrió mejor suerte. Apenas constituido, el gobernador ordenó su detención el 2 de junio de 1924, pasando a la jurisdicción militar. La CNT había sido ilegalizada el 29 de mayo. Todo lo que se le ocupó en el registro domiciliario fueron el sello confederal y sellos de cotización. A continuación cayeron Dolores Bescós, que servía de estafeta, y Ángel Benito, pasando a la cárcel a disposición de la autoridad militar. En el registro del último fueron ocupados documentos y dinero, siguiendo la detención de todos menos uno de los restantes miembros del Comité. El 7 de junio fueron arrestados "tres sindicalistas peligrosos" y el 17 la policía registró los locales de nueve sindicatos, observando irregularidades por las cuales fueron todos clausurados, mientras los presidentes de las Juntas pasaban a la jurisdicción militar[14].

A partir de la circular n° 361, de 3 de octubre de 1923, quienes recaudaren cotizaciones para el sindicato, siendo "verdaderos profesionales de la explotación de los obreros", serían acusados de "estafadores", lo mismo que quie-

[12] M. Rubio Cabeza, *Crónica*, p. 191.

[13] Manuel Pérez, *30 años de lucha*, Vitoria, 2012, pp. 35-40.

[14] Telegrama del Gobernador Civil al Subsecretario de Gobernación, 2-VI-1924, AHN, Gobernación, leg. 40 A.

nes recibieran las cotizaciones, siendo incluso responsables los obreros en caso de no denunciarles. Los sindicatos incluso podían seguir abiertos, pero las restricciones a la financiación y la cascada de detenciones, eliminaba toda actividad normal.

A los cenetistas se les hacía la vida literalmente imposible, si bien hubo diferentes situaciones. Así el 3 de octubre de 1923 el gobernador civil de Tarragona dio un plazo de ocho días para la regularización, el 7 los de Reus fueron cerrados, en tanto que el gobernador civil de Logroño los mantuvo abiertos en calidad de sociedades de recreo. En Valladolid seguirán funcionando bajo vigilancia en régimen de gran penuria. Telegramas y conferencias dejan claro que las medidas de control y represión estaban reservadas para anarquistas y comunistas, no para la UGT.

Muy pronto, al ser publicadas por el gobernador civil de Barcelona las medidas restrictivas de la circular 361, la respuesta de la Federación Local, impulsada por los anarquistas, consistió el 4 de octubre de 1923 en cerrar los locales de los sindicatos y pasar a la clandestinidad: "ante los innumerables atropellos de que son objeto todos los militantes, lo que hace imposible su desarrollo normal"[15]. El 5 de octubre fue suspendida *Solidaridad Obrera* por la propia Federación Local al oponerse al cierre. Algunos sindicatos no estuvieron de acuerdo y presentaron sus libros para ser sellados por la autoridad (Metalurgia, Servicios Públicos), dando el gobernador, general Lossada, garantías el día 12 para la reapertura. Se inició así el pleito ante el dilema cierre sindical o legalización, que en el caso reseñado se zanjará en dos meses, pero que como debate de fondo siguió vivo durante toda la Dictadura, marcando la divisoria entre sindicalistas y anarquistas.

De momento, fue el caos. La prensa comunicaba alternativamente cierres y aperturas. Unos eran cerrados y los dirigentes detenidos (Reus, 7 de octubre), otros cerraban por decisión propia (Badalona, día 13), otros en fin reabrían después de cerrar (Sants, 15 de octubre). Frente a Metalurgia, la Federación Local de Barcelona justificó su postura en un manifiesto, algo recortado por la censura, ante el ambiente de prohibición general y persecución de cuadros: "no queremos hacer cotización clandestina, que por recaudar unas cuantas pesetas vayan compañeros a la cárcel". Pero al día siguiente, en la respuesta de cuarenta sindicalistas presos, favorables a la vida legal, se exhibía la prioridad de "salvar la organización", y sobre todo era denunciado que en las decisiones de cierre no contaban las razones sino la violencia de los profesionales de la misma:

> "Que ha llegado el momento de formar el cuadro contra todos aquellos individuos que, a falta de condiciones para trabajar y actuar a la luz del día, prefieren imponer el terror por medio de amenazas, de golpes de audacia y de exhibiciones de pistolas"[16].

[15] *La Voz*, 5-X-1923.
[16] "Los sindicalistas presos hacen público su pensamiento", *El Diluvio*, 16-X-1923.

Anarquismo y pistolerismo volvían a emparejarse. La consecuencia fue una alianza temporal entre anarcosindicalistas y comunistas, para mantener la actividad sindical. Surgió así el 4 de diciembre de 1923 *Lucha Obrera,* diario en la práctica de frente único de "anarquistas, comunistas y sindicalistas", financiado por el Sindicato de la Metalurgia, que entre tanto sufría la ofensiva escisionista provocada desde la Federación Local. En la redacción coincidían las dos figuras principales del sindicalismo pro-comunista, Joaquín Maurín e Hilario Arlandis, con tres antiguos anarquistas, Antonio Amador, José Viadiu y Felipe Aláiz, faísta en los años 30 y como Viadiu víctima en cuanto redactor del cierre forzoso de *Solidaridad Obrera.*

Coincidían todos ellos en que había llegado la ocasión para acabar de una vez con el caos provocado por los anarquistas en la vida de los sindicatos. Si la CNT estaba en crisis era por el desorden creado por la violencia que aquellos introducían en la vida de los sindicatos. Asamblea sindical desautorizada luego por las juntas de los sindicatos, juntas donde la minoría impone su decisión sobre la mayoría, interferencia de los pistoleros, abuso de huelgas, tal es el cuadro descrito por Viadiu. "Nosotros hemos presenciado —insiste—, cómo unos cuantos individuos han impuesto su criterio a juntas y comités por medios violentos". La observación era del todo aplicable a la explicación de cómo se cerraron los sindicatos": "hace poco, unos cuantos elementos de estos que hacen gala de federalistas libertarios imponían el régimen de clandestinidad, llegando a la amenaza contra quienes impugnaban este sistema"[17]. Había que acabar con el pasado. Maurín era más discreto. "Nuestro movimiento padece una crisis de transformación"[18].

La decisión de reorganizar los sindicatos y seguir publicando *Soli* hizo que amainase la tormenta y pasaran a primer plano los problemas de organización, insistiendo Arlandis en la implantación de las federaciones de industria y otros redactores en la unidad obrera. Todo ello sirvió de poco, ya que la Asamblea Regional celebrada en Granollers a fines de diciembre, supuso el fin de *Lucha Obrera* con el nuevo año. La lucha contra el anarquismo había fracasado y se reafirmaba el anatema frente al comunismo. El editorial del último número insistía sobre el permanente fracaso confederal en 1923, prometiendo reaparecer "cuando la beocia y el hamponismo lo hayan hundido todo"[19].

La normalidad fue restaurada en el Pleno Regional celebrado el 8 de diciembre en Mataró. La cuestión de fondo estaba resuelta de antemano por el Pleno Nacional que acordó "mantener abiertos todos los sindicatos de España", pero la crisis de Barcelona se manifestó (Transporte, Metalurgia, Servicios Públicos, Fabril y Textil) al ser reconocida la Federación Local de Barcelona. Fue elegido nuevo Comité Regional, con residencia en Mataró, y Germinal Esgleas de secretario y Adrián Arnó de tesorero[20]. Esgleas fue siempre anarquista y ello pudo

---

[17] José Viadiu, "De la bancarrota a la enmienda", *Lucha Obrera,* 5-XII-1923.
[18] Joaquín Maurín, "La crisis de renovación de nuestro movimiento obrero", *Lucha Obrera,* 8-XII-1923.
[19] *Lucha Obrera,* nº 25, 1-I-1924.
[20] *Acción Social Obrera,* Sant Feliu de Guixols, 15-XII-1923.

apreciarse en el saludo redactado en nombre del nuevo Comité Regional. No faltaba la alusión a mantener los sindicatos en la legalidad "mientras se nos permita", y la profesión de fe era rotunda: "No abdicamos de nuestros fines, ni renegamos de nuestros postulados. Lucharemos siempre en el más puro terreno económico, iremos directos al comunismo libertario, esto es, a una sociedad de productores que asegure a todos el pan y la libertad..."[21]. La jerarquía entre anarquismo y sindicalismo, asentada sobre la superioridad del primero, la primacía de las ideas, no admitía dudas: "La parte más selecta, más activa y audaz de la Confederación, su minoría más numerosa, ha sido amamantada en las ubres ubérrimas del anarquismo"[22]. Las ideas debían a su juicio guiar a las masas.

El predominio anarquista se vio confirmado en la Asamblea regional celebrada el 30 de diciembre en Granollers. La primera victoria correspondió a la resolución del pleito de la Metalurgia, expulsando a la Junta comprometida en el enfrentamiento con la Local por la legalización. La escisión estaba allí a punto de ganar. También a la hora de designar la redacción de *Solidaridad Obrera*, resultó elegido un anarquista, Félix Monteagudo como administrador, cargo antes ocupado por el sindicalista Martín Barrera, y sobre todo entró como redactor Manuel Buenacasa, convertido para los años siguientes en paladín de la lucha antisindicalista. En Granollers le tocó oponerse al informe presentado por Fabril y Textil de Barcelona, redactado por Pestaña, su eterno adversario desde entonces. El informe era contrario al carácter anarquista de *Solidaridad Obrera,* solicitando que permaneciera como "periódico de la organización, y a la organización debe consagrarse". Se opusieron el Sindicato de la Madera, recalcando que la orientación de la CNT desde 1919 era el comunismo libertario. Manuel Buenacasa declaró "solemnemente" que desde entonces nadie se había opuesto a ello. Tras un pequeño incidente, la propuesta fue aprobada, siendo ratificada la profesión de fe libertaria[23].

Los sindicatos debían permanecer abiertos, salvo si el incremento de la represión lo hacía insoportable, pasando entonces a la clandestinidad. Los sindicatos reabrían, en tanto que *Soli* seguía una línea anarquista, que sin embargo se verá cortada por las detenciones de Monteagudo y Buenacasa el 27 de enero. El vacío abrirá paso a una recuperación de la tendencia sindicalista, siempre con Pestaña y Peiró al frente. Entre tanto, el exilio libertario a Francia crecía y ello dio lugar a una reunión celebrada en Lyon, de la cual salió elegido un Comité de Relaciones con el encargo de constituir una Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española en Francia. Según una nota dirigida "a todos los grupos anarquistas de lengua española" que *Solidaridad Obrera* hizo pública, la mínima base estaba formada por tres grupos ("Prometeo", "Amor y Libertad" y "Fructidor", más el periódico *Liberión*). El mensaje estaba cargado de voluntarismo: "Acudiremos donde se nos llame para encauzar la acción

---

[21] Confederación Regional del Trabajo de Cataluña, "A todos los sindicatos y compañeros", *Solidaridad Obrera,* 12-XII-1923.

[22] Germinal Esgleas, "La crisis del sindicalismo", *Solidaridad Obrera,* 22-XII-1923.

[23] *Lucha Obrera,* 31-XII-1923.

contra la tiranía entronizada. Obstáculos no los habrá, no puede haberlos para nosotros que añadimos a nuestra juventud el fuego candente de una idea de justicia y libertad. Sabremos demoler todo lo que se ponga a nuestro paso"[24]. Es el espíritu que en noviembre ha de presidir el intento de invasión por Vera de Bidasoa.

En la vertiente opuesta, y el mismo día, Juan Peiró sistematizaba sus argumentos contra la clandestinidad, remedio insuficiente para lograr "la frustración de las ofensivas policíacas". La clandestinidad siempre era negativa. Al mismo tiempo, la democracia interna de los sindicatos "ha de respetarse a todo trance". La diferencia respecto del grupo de afinidad nunca debe olvidarse[25]. En un artículo posterior, Peiró apunta ya las funciones asignadas al sindicato que irá explicando en sucesivos artículos de fines de 1924 y primeros meses de 1925. Pero antes que nada juzga imprescindible revisar "la casi totalidad" de los acuerdos confederales anteriores, salvando sin embargo la definición ideológica del Congreso de 1919. El tema central, a resolver por un nuevo Congreso, sería a su entender el carácter de las relaciones entre el sindicato y el anarquismo[26].

Por su parte, Ángel Pestaña se ocupaba de la respuesta que debía darse a la institucionalización del Directorio militar, y a la fundación por Primo de Rivera de la Unión Patriótica. Su propuesta ante la concentración de la derecha es el agrupamiento de la oposición de izquierdas: "frente a una fuerza hay que oponer otra fuerza"[27]. Como en tantas otras ocasiones, Peiró vino en su apoyo, recordando que "la moción de Zaragoza tendía a salvar esta omisión y a llevar a los trabajadores a intervenir por si mismos en todos los problemas de la vida pública"[28]. Y como también en tantas otras ocasiones ahí estaba Buenacasa frente a Pestaña para insistir en que la acción de la CNT nunca podía ser política. En sencillo discípulo de Bakunin, Buenacasa plantea que "la política de la Confederación, que no debe tampoco llamarse política para no escamar a los obreros, consiste en combatir todas las concepciones políticas sin distinción, que tiendan a perpetuar el Estado"[29].

Los tres anarcosindicalistas tendrían tiempo de eternizarse en un debate interminable, pero de momento el asesinato del verdugo de la Audiencia de Barcelona, el 28 de mayo de 1924, vino a interrumpirlo todo. *Solidaridad Obrera* fue suspendida al día siguiente y no había de reaparecer hasta agosto de 1930; los sindicatos fueron clausurados y tuvo lugar una detención masiva de militantes. Incluso dos abogados catalanistas, Joan Casanovas y Lluís Companys, resultaron detenidos, según la nota oficial, como miembros del Único. Como vimos, tres días más tarde le llegaba el turno al Comité Nacional, recién instalado en Zaragoza.

---

[24] *Solidaridad Obrera*, 8-II-1924.
[25] *Solidaridad Obrera*, 8-II-1924.
[26] Juan Peiró, "Por lo que debe ser la CNT", *Solidaridad Obrera*, 6-IV-1924.
[27] Ángel Pestaña, "Fijando una posición", *Solidaridad Obrera*, 27-IV-1924.
[28] Juan Peiró, "Hay que fijar una posición", *Solidaridad Obrera*, 17 y 25-V-1924.
[29] Manuel Buenacasa, "Cambiando de disco", *Solidaridad Obrera*", 17-V-1924.

3.2. La invasión de Vera

El corte impuesto a la vida confederal abrió un prolongado período de ilegalidad que solo acaba con la caída de la Dictadura. Quebraba definitivamente la paulatina recuperación de los primeros meses de 1924, con el Pleno Regional de la Industria Textil de Cataluña, reunido el 13 de abril, las campañas hacia el campesinado de Pestaña y el Pleno de Sabadell, de 4 de abril, donde fueron rechazadas las credenciales de Joaquín Maurín. Las polémicas volvieron a girar en torno a la legalización, pero ahora sin acceso a la legalidad, y el enfrentamiento entre anarquistas y sindicalistas se agudizó. La clausura dictada desde el gobierno venía a sancionar la argumentación anarquista sobre la incompatibilidad absoluta entre CNT y Dictadura. Derribar al régimen se convertía en una exigencia para todos, pero al suscitarse la cuestión de aliarse o actuar en solitario, renacían las divergencias, mientras la entidad numérica del exilio desplazaba a Francia la actividad, tanto política como conspirativa.

El 20 de septiembre de 1924, el Comité Nacional, reintegrado a Barcelona, exponía la situación dramática creada por la represión, en carta al diario *La Protesta,* de Buenos Aires. Primero, la negativa a reconocer el Comité de Sevilla, bajo pretexto de un cambio de domicilio, a lo cual siguieron la prisión y el ulterior destierro. Luego la detención inmediata de los miembros del Comité de Zaragoza, apenas instalado. Por fin la consulta sobre localización del Comité, que devuelve este a Barcelona, a pesar de la constante persecución. "Pensad cuál será nuestra situación —planteaba el Comité—; al solo enunciado de que los presos se cuentan por centenares; de que los Sindicatos están clausurados; de que la cotización está prohibida y cazados como alimañas los compañeros que la realizan despreciando el peligro; que la sola sospecha de que se actúa es abrir las puertas de la prisión, o lo que es peor, la del cementerio"[30].

Por debajo de la retórica, la carta describía una situación real: la ilegalidad reducía a los órganos directivos a la impotencia. La recuperación de la vida legal se convertía así en una necesidad crucial para sobrevivir. Para ello, sin embargo, no solo contaba la represión del Directorio sino también, y en primer término, la oposición de los anarquistas. La desesperación entraba entre tanto en juego, sobre todo para los militantes exiliados, que creyeron posible derrocar a la Dictadura y a la monarquía, por medio de una insurrección popular para cuyo desencadenamiento una invasión libertaria actuaría a modo de detonador.

Las dos tácticas a adoptar para el enfrentamiento con la Dictadura, quedaron definidas muy pronto. De un lado, la vía insurreccional propugnada desde medios anarquistas, sobre la base de que una chispa encendería la carga revolucionaria de la cual era portador el pueblo. En suma, un regreso elemental a Bakunin. De otro, la tendente a conjugar esfuerzos en el marco de una alianza con aquellas fuerzas políticas que aceptasen el asalto armado al poder dictatorial. Los cuadros supervivientes de la CNT eligieron desde el principio esta se-

[30] "De España. Dos notas de la CN del T", *La Protesta,* Buenos Aires, 31-X-1924.

gunda opción, que fue concretada a partir de la entrevista celebrada en octubre de 1923 con Francesc Macià en Font-Romeu (Francia).

Lo relata Juan Peiró en carta remitida a Ángel Pestaña diez años más tarde: "La cuestión de Font-Romeu fue acuerdo del Pleno de Regionales que convocó el Comité Nacional residente en Sevilla, y que tuvo lugar en Zaragoza en octubre del año 1923. Yo iba delegado por la Regional catalana a una reunión que tuvo lugar en un taller de ebanistería, y al que asistió (sic) entre los pocos que recuerdo a Barrera, a Esgleas de Sant Feliu, a los componentes del Grupo de Gijón, y allí se acordó establecer la relación con los partidos republicanos. Se me nombró a mi delegado, y no recuerdo a quien más, al Pleno, y el Pleno acordó a la decisión de la Regional catalana, y se delegó a Paulino Díez y a mi para que fuéramos a entrevistarnos con Macià en Perpiñán, y la reunión tuvo lugar en Font-Romeu, a la que asistieron los separatistas vascos y alguna otra agrupación política, y se tomó el acuerdo de formar el Comité Revolucionario en París, del que fue el primer delegado Carbó por la CNT, con Macià, y luego creo que Vidiella. De aquí arranca la colaboración de los Grupos en Francia..."[31].

El relanzamiento de la alianza revolucionaria con los independentistas catalanes tuvo lugar en abril de 1924. El anarcosindicalista Eusebio C. Carbó envió una carta a Peiró que este a su vez comunicó al Comité Regional de Cataluña. El Comité decidió entonces que una comisión integrada por el propio Peiró y por Adrián Arnó se trasladara a París, para fijar las condiciones de la alianza, siempre con el objeto de "dar todas las facilidades con el fin de acabar con la Dictadura". Ello implicaba "transigir con la implantación de una República Federal", lo cual de saberse hubiera provocado ya irremisiblemente la condena de los antipolíticos. El segundo punto sería la concesión de una amnistía para presos políticos y sociales, "incluso los que estuvieran por atentados consumados". Y por supuesto, libertad de movimientos parta la CNT en propaganda y organización.

Todo estaba en línea con la moción política de 1922. La intervención de la CNT tendría lugar "en la calle", a efectos de evitar que la colaboración del sindicato pareciese una simple jugada política. Este aspecto es visto como fundamental en la correspondencia entre "Gustavo" (Carbó) y "Perico" (Peiró) sobre los preparativos de la insurrección[32]. Como consecuencia de la visita a París de Peiró y Arnó, a Carbó se le nombró delegado para dichos preparativos. Las cartas revelan pluralidad de contactos —también interviene Marcelino Domingo—, una cierta confianza en Macià, escasa habilidad para encubrir en la correspondencia el contenido de la conspiración, y un insistente personalismo de Carbó, por otra parte acusado de no ser revolucionario en agosto de 1924 cuando una segunda comisión que visita París, encabezada esta vez por Ricardo Fornells. Según Peiró, las condiciones para la colaboración habían sido fijadas ya desde agosto en el curso de una reunión celebrada en París.

---

[31] Carta de Juan Peiró a Ángel Pestaña, 26-IV-1933, Archivo de la Guerra Civil (Salamanca).
[32] Servicios de Documentación de Presidencia, Barcelona, leg. 1352.

Las cartas de Carbó reflejan una sensación de desbordamiento entre septiembre y octubre de 1924, ante la impaciencia de los anarquistas refugiados en París por ensayar cuanto antes la acción armada que tendrá lugar en noviembre. En vísperas de la misma, con ocasión de pasar por Perpiñán algunos grupos anarquistas que se dirigían a la frontera, trataron de ganarse a Macià, pero la entrevista en el Hotel Francia nada produjo. Por la noche, la policía francesa detuvo a buen número de libertarios. Tras el desastre de Vera, siguieron los contactos con Carbó, por la CNT, en el Hotel Terminus de Lyon, asistiendo también Alsina i Soler (Estat Catalá), Nicolau d'Olwer (Acciò) y Marcelino Domingo. Aunque no se llegase a nada, la relación con Carbó fue mantenida, a pesar de las críticas antes recibidas de la citada comisión enviada desde España, con Ricardo Fornells a la cabeza[33]. A esas alturas, un Comité Nacional había sido desautorizado, siendo sustituido por otro, con Pestaña como secretario, que celebró un Pleno de Regionales en octubre y estaba en funciones cuando tuvieron lugar los sucesos de Vera. Debió existir también un Comité ejecutivo, cuya composición desconocemos, y que pudiera coincidir con el grupo de los Treinta de que habla César M. Lorenzo como agente decisivo en la organización de la táctica insurreccional que culmina en el fracaso de Vera: "entre ellos destacaban Francisco Ascaso, Buenaventura Durruti, Jover, Vivancos"[34].

En París se publicaba en París el periódico *Iberión,* sucesor del suspendido *Liberión* (n° 7 de 11-XI-1924, n° 23 de 1-I-1925), dirigido por Liberto Callejas —pseudónimo del menorquín Juan Perelló—, anarquista ortodoxo vinculado a "los Solidarios". El 29 de enero de 1925 había de nacer *Tiempos Nuevos,* la publicación anarquista más longeva del período, que sobrevive hasta el 13 de septiembre de 1927[35]. La edición y difusión de las proclamas anarquistas correspondieron a la Librería Internacional, situada en el número 14 de la rue Petit en París, la cual servía asimismo de sede al Grupo Internacional Anarquista, bajo la dirección teórica de Sébastien Faure y la administración de Séverin Ferandel; de lugar de edición del órgano doctrinal trilingüe *Revista Internacional Anarquista,* cuya sección española llevó por título *Acción,* y en fin de residencia al Comité de Relaciones anarquistas español. La empresa fue posible gracias al dinero aportado por Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso, legado de los atracos de 1923[36].

La efervescencia revolucionaria del verano de 1924 no alcanzaba a las ideas, que seguían siendo las tradicionales. En un manifiesto de la Federación de Grupos Anarquistas de julio de 1924, era reiterada la visión del anarquismo como solución inmediata de la desigualdad y la injusticia, vigentes en la sociedad burguesa. "¿Quiénes somos?, se preguntan los autores. Somos los eternos anarquistas. Los eternos enemigos del 'orden' burgués y capitalista, ahora y

---

[33] "Vibrant" [Daniel Cardona], *Res de nou al Pirineu...,* Barcelona, 1933, pp. 42 y 53.

[34] César M. Lorenzo, *Les anarchistes espagnols et le pouvoir,* Paris, 1969, p. 58.

[35] Diego Abad de Santillán, "Una ojeada a la prensa anarquista de los diversos países", *La Protesta (Suplemento quincenal),* 20-I-1928.

[36] "Abel Paz", *Durruti,*

siempre. Los enemigos de la propiedad, del salario, de las leyes, de las religiones, del militarismo, de la estupidez humana (sic) y de la iniquidad social. Somos los que tras cualquier acontecimiento, por muy grave y trascendental que sea, aparecemos siempre inconfundibles"[37].

La pobreza ideológica se encuentra además asociada a un sentimiento de superioridad, a una mezcla de ingenuidad y prepotencia que sugiere la posibilidad de que tras el manifiesto se encontrasen los supervivientes del grupo "Los Solidarios", que había impulsado el nacimiento de la Federación de Grupos en Madrid para trasladarse luego —Durruti y Aurelio Fernández— a Barcelona. En el manifiesto, su seña de identidad no era la fusión de anarquismo y sindicalismo, sino la independencia anarquista por encima de toda vinculación: "No basta actuar dentro del sindicato. Nuestra misión tiene un complemento más importante. Al margen del sindicalismo, con absoluta independencia (...) difundimos la semilla del anarquismo a todos los vientos"[38]. El cuadro se cerraba con los rechazos en cadena del comunismo político, del Estado y de la dictadura de Primo de Rivera.

Pero en Paris, a partir del verano de 1924, no se hablaba de ideas, sino de insurrección. Según relata el anarquista madrileño Mauro Bajatierra en carta a Diego Abad de Santillán de 14 de enero de 1925, los trabajos conspirativos de Carbó, hablando con los catalanistas y republicanos, así como con personalidades francesas "para que nuestra propaganda fuera tolerada", y también recabando fondos, acabaron filtrándose a medios anarquistas. De inmediato estos "conociendo la tolerancia del gobierno francés, se lanzaron a propugnar lo que aún no era tiempo para ello". La perturbación causada fue notable, ya que el gobierno español tuvo conocimiento de cuanto ocurría, detuvo al republicano Marcelino Domingo, y sobre todo se encontró en condiciones de intervenir a su voluntad. Es en ese momento cuando tiene lugar el episodio narrado por Peiró de la destitución de Carbó por el Comité Nacional, no siendo considerado revolucionario por denuncia del Comité de Relaciones Anarquistas de París, pero pronto repuesto por un nuevo Comité Nacional del cual formaba parte Ángel Pestaña[39].

En la medida que conocemos algún texto de preparación ideológica del intento, como el *Manifiesto dirigido a todos los españoles que deseen la liberación de España,* destacan la ausencia total de una estrategia revolucionaria y la apelación al sentimiento de los presuntos revolucionarios, sin la menor atención a las dificultades de la empresa. El golpe revolucionario había de hacerse con el corazón: "Nada nos importaría ver desaparecer política y económicamente una nación que a lo largo de su vida no ha hecho nada bueno para la clase productora, a la que pertenecemos, sino fuera porque tenemos unos sentimientos intensamente amadores que nos acusarían de traición si olvidásemos que allí,

---

[37] "La Federación de Grupos Anarquistas de España. A todos", *La protesta,* 20-VIII-1924.

[38] *Ibidem.*

[39] Papeles de Diego Abad de Santillán, Internationaal Instituut voor Sociaale Geschiedenis (IISG), Amsterdam.

en la maravillosa tierra tan cantada por poetas, tan deshonrada por gobernantes y tan maldecida por esclavos, hay algo que nos reclama con un imperativo más fuerte que el amor"[40]. La justificación del acto insurreccional consiste en la presencia en España de los seres queridos (madres, hijos, mujeres, amores sacrosantos, "alimento del espíritu y del corazón") y los compañeros encarcelados, "comiendo alimentos podridos", con sus mujeres en la prostitución y los hijos recogiendo colillas. A partir de esta situación melodramática, el Comité de Relaciones Anarquistas en Francia solicitaba dinero para preparar la revolución y entusiasmo para llevarla a término.

El manifiesto debió coincidir con la puesta en marcha de la gestación insurreccional que sigue a una asamblea anarquista celebrada en París, en agosto de 1924. En semanas sucesivas quedó formada una Comisión ejecutiva encargada de llevar a cabo una insurrección anarquista contra el Directorio. La policía francesa recogió su primera circular, que contiene un programa en cinco puntos, el primero de los cuales concernía a la exigencia de "restablecer las relaciones con todos los grupos anarquistas de lengua española residentes en Francia y unificar sus fuerzas con el fin de establecer en común una acción digna de nuestra ideología y de los momentos actuales". A fines de septiembre, las negociaciones para adquirir armas fueron activadas y el 7 de octubre una nueva circular daba cuenta de gestiones para adquirir fusiles, estableciendo una cuota de treinta francos por individuo y unos sellos "Pro-Liberación de España" destinados a los simpatizantes. Pensaban también adquirir ametralladoras, municiones y bombas, pero no "herramientas" (pistolas). Tal vez disponían ya de ellas.

El texto de la circular, con el anuncio de una reunión de delegados destinada a confirmar, más que a decidir, el regreso armado a España, respondía a las intenciones del citado Manifiesto por la liberación de España, distribuido a principios de octubre. También se emparentaba el texto con un pequeño folleto de propaganda, divulgado por las mismas fechas en conmemoración del primer aniversario del golpe militar. Bajo el título *España, un año de dictadura,* el Grupo Internacional de Relaciones Anarquistas, probablemente gracias a la pluma de Valeriano Orobón Fernández, el escritor anarquista español más dotado del momento, abría un proceso en toda regla al régimen militar, al que juzgaba una tiranía al servicio de la clase burguesa: "Se eclipsaron las menguadas libertades que había, se acordonaron los caminos por donde se marchaba por avenires más justos y se puso punto a la obra evolutiva del progreso espiritual". La crítica se extiende a los grupos sociales que colaboran con la dictadura —intelectuales, prensa, aobre todo militares— y bosqueja un cuadro de horrores de los doce meses —"rojos de sangre, negros de miseria"— cuya desembocadura lógica es la revolución. En la misma línea se situó la *Proclamación a los españoles,* que sirvió de cobertura al intento. La consecuencia que puede extraer el lector es que solo hace falta un detonador para desencadenar la explosión popular contra el régimen.

---

[40] "Contra la dictadura militar", *La Protesta,* 22-X-1924. El 15 de octubre, la policía francesa detectó la difusión del manifiesto en el Departamento del Tarn.

En el interior de España existía asimismo una Liga de Militantes de la CNT que según la policía francesa distribuyó en septiembre un *Manifiesto a todos los españoles residentes en Francia,* de intenciones similares, pero de entusiasmo combativo menor, conforme sabemos por una reunión del grupo previa a la invasión de noviembre.

Tampoco la posición en París era unánime. Por el informe sobre una de las veladas teatrales que se organizó en torno a un "Grupo Lírico Teatral Español", a la celebrada el 27 de octubre acudieron trescientos asistentes. Séverien Ferandel y su compañera intentaban colocar sin demasiado éxito los sellos proliberación, pero lo importante eran los debates que la reunión hacía posible. Unos hablaban de "precipitar los acontecimientos, franquear en buen número la frontera con armas y municiones y marchar sobre Barcelona para allí sublevar a la población, preparada por una activa propaganda; Madrid iría luego". Otros eran más escépticos.

Los anarquistas más enfervorizados habían optado por el desbordamiento. De ser cierto lo que cuenta Bajatierra, quince de ellos se trasladaron a Barcelona, diciendo que había veinte mil anarquistas en París "bien armados que solo esperaban la señal para entrar en España". La Comisión ejecutiva creía asimismo en la revolución inminente. Una tercera circular, el 17 de octubre, detallaba el estado en que se encontraba la adquisición de armamento y describía con tintes catastróficos la situación en el interior de España, nada menos que con la convocatoria de una quinta de un millón de hombres para Marruecos.

El 2 de noviembre se reunió en la Bolsa del Trabajo, en París, la anunciada asamblea, que reunió a ciento dieciocho delegados anarquistas para debatir sobre la coyuntura revolucionaria. Cerca del fin de la sesión, dos delegados llegaron con el texto de dos telegramas —"Madre agoniza" Y "Venid cuanto antes"— que correspondían a las claves fijadas para el levantamiento revolucionario. En una segunda sesión el mismo día, con unos trescientos asistentes, no produjo sino confusión en la medida que la mayoría desconfiaba, y con razón, de la paternidad del telegrama, pero unos cuantos sostenían que era preciso cumplir el compromiso adquirido, mencionándose incluso una huelga general desencadenada por la CNT. Buenaventura Durruti intervino, en términos apasionados, para sostener la invasión. En la duda, a pesar de la desconfianza, el Comité optó por ayudar a quienes partieran para la aventura revolucionaria, con Barcelona y San Sebastián como objetivos.

La oración de Durruti, reconstruida a partir de los recuerdos de Liberto Callejas, fue algo más que un estallido de emoción revolucionaria que contagió a los asistentes. El fracaso de Vera suele ser visto como un episodio aislado. En cambio, por las palabras de Durruti y el esquema insurreccional que describen, estamos ante un anticipo de la pauta que van a seguir otras insurrecciones anarquistas, las de 1932 y 1933, basadas sobre la desatinada idea de que basta la iniciativa de una minoría de revolucionarios para encender la llama revolucionaria del pueblo: "Cuando las condiciones para la revolución están latentes, un acto de audacia es suficiente para propagar y desencadenar la acción colectiva". En cualquier forma, "el principio insurreccional es casi siempre una for-

ma aventurada y audaz de sondear a las masas". Así que vale la pena intentarlo, cualquiera que sea el resultado. El principio de la experimentación revolucionaria, puesto en práctica por García Oliver en la Segunda República, se encuentra ya en el discurso de Durruti: "como revolucionarios conscientes, nuestra misión consiste en servir de detonadores, una vez, dos veces, veinte veces si es necesario, hasta la explosión colectiva", cuyo resultado sería "un cambio total del modo de vida de los hombres"[41]. La utopía encubre la provocación de la catástrofe.

A excepción de García Oliver, en prisión, los "reyes de la pistola obrera" fueron los protagonistas de la invasión libertaria, aun cuando el liderazgo de los hermanos Ascaso en el frente de los Pirineos orientales quedase sepultado por fracasar ya con las detenciones de insurgentes anarquistas por la policía gala en Perpiñán, que impidieron la detención de muchos al pasar la frontera. Con otros cincuenta militantes, los Ascaso estuvieron a punto de hacerlo, renunciando al conocer las noticias de Barcelona. Por su parte, en Navarra, Durruti llegó a entrar en combate y pudo replegarse[42].

De hecho, según el informe de la policía francesa, conservado en la serie F7 de los Archivos Nacionales, la desconfianza estaba más que justificada:

> "Sin embargo, fue en la sede del sindicato obrero comunista de Barcelona donde fue descubierto, en medio de una gran cantidad de panfletos de propaganda, de correspondencia, etc., un código secreto telegráfico, que confrontado con otros documentos requisados, permitió a la policía darse cuenta de qué manera había sido acordado convocar a los camaradas agitadores refugiados en Francia. Tras una rápida consulta a Madrid, inmediatamente fue enviado un telegrama a París y desde allí, sin desconfianza alguna, transmitido a los diversos grupos españoles repartidos por el mediodía de Francia.
>
> Los datos en posesión de la policía española indican que los agitadores afluyeron a la frontera como resultado del llamamiento, pero que había un segundo punto previsto por ellos y desconocido por la policía, que hizo fracasar el golpe preparado, que en una sola redada hubiese permitido atrapar a la casi totalidad de los elementos peligrosos para la Corona de España. Consistía este punto en proporcionarles, al llegar a Perpiñán, indicaciones para franquear la frontera. De hecho unos cuantos temerarios pasaron la frontera sin cuidarse de la ausencia de instrucciones. El resto es conocido: ataque al cuartel de Atarazanas en Barcelona, del cual debían salir los soldados con las armas discretamente preparadas; fracaso y detenciones; ejecuciones capitales...
>
> En Navarra del mismo modo algunos imprudentes franquearon la frontera y tras combatir con los guardias civiles, perseguidos en la monta-

[41] Cit. por "Abel Paz", *Durruti*, pp. 91-92.
[42] "Abel Paz", *Durruti*, pp. 93-94.

ña, fueron finalmente apresados. Tres de ellos, los llamados Pablo Martín Sánchez, Enrique Gil Galar y Julián Santillán Rodríguez, fueron como se sabe arbitrariamente ejecutados"[43].

En la citada carta a Abad de Santillán, Mauro Bajatierra desconoce lógicamente que la policía española fue quien tendió la trampa con el telegrama de convocatoria. Su relato complementa el de la policía francesa, desde el ángulo del entusiasmo insurreccional que llevó a los jóvenes anarquistas exiliados a bordear una tragedia de dimensiones todavía mayores:

> "Estos falsos rumores calentaron las cabezas de muchos camaradas de Barcelona y pidieron al Comité Nacional que diese la señal revolucionaria. El Comité Nacional —debe tratarse de la Comisión ejecutiva— y dejó pasar este calor. Pero un día, fatal para todos, un impaciente, un loco o como se le quiera llamar, averiguó la señal y remitió un telegrama al Comité de Relaciones Anarquistas de París por conducto de uno de ellos y esto hizo el efecto de cerilla en la mecha.
>
> Sin enterarse mejor, sin contar con nadie de los bien enterados, unos cuantos muchachos como los que tu conoces hicieron por la fuerza el darles dinero, que sacaron como pudieron, y armados unos cuantos de pistolas y otros sin nada, marchan a la frontera (...) Intenté persuadirles de su locura, que podía ser trágica; nada conseguí. Bajé el otro día a la estación para impedir que marcharan, pero sus voces, su locura era tanta que, insultado, casi maltratado, tuve que desesperarme al verlos marchar.
>
> Mientras tanto unos cuantos muchachos de París habían avisado a Barcelona que unos miles marchaban a la frontera para entrar en España por la fuerza. Engañados unos cuantos por las noticias y por los rumores intentaron un asalto al cuartel de artillería.
>
> Resultado: dos fusilados y dos ahorcados en Barcelona; tres muertos, tres ahorcados en Vera; muchos heridos y detenidos en espera de ser mandados a presidio.
>
> Esto es todo"[44].

El doble episodio de Vera y de las Atarazanas es un acontecimiento aislado, pero solo por lo que concierne al contexto en que se desarrolla. De la misma manera, la intervención d Durruti, lanzando a sus correligionarios a una aventura insurreccional sin otra posibilidad que encontrar la muerte, representa algo más que el signo de un temperamento revolucionario. La idea bakuni-

[43] Versión española de A.E.
[44] Papeles de Diego Abad de Santillán, cit., IISG.

niana de que basta la acción de una minoría decidida para desencadenar la movilización revolucionaria del pueblo, clave para la invasión de Vera, no va ser algo excepcional, sino el adelanto del tipo de insurrección revolucionaria que lanzarán nuestros "reyes de la pistola obrera" en enero y en diciembre de 1933. Solo que la brutalidad de la represión, tanto en 1924 como en 1933, dejará en segundo plano la imagen de los errores anarquistas.

3.3. El "movimiento obrero anarquista"

El desastre de Vera llevó transitoriamente a la convicción de que nada podía hacerse desde el aislamiento. El tema ocupará los sucesivos congresos anarquistas de Barcelona (abril de 1925) donde se acuerda el paso del Comité de Relaciones Anarquistas a Francia, y de Lyon (14 y 15 de junio del mismo año, en el cual se sientan las bases de la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española en Francia, signo del peso adquirido por la emigración forzosa. También fue aprobada la alianza con los catalanistas. Como contrapartida, *L'Humanité* había impulsado la agrupación de los militantes comunistas en Francia. Los sucesos de noviembre de 1924 tuvieron otro efecto: una creciente atención de las autoridades francesas a los adversarios españoles de la Dictadura, con un número discreto de expulsiones.

Casi al mismo tiempo que se preparaba la invasión de noviembre, el Comité Regional de Cataluña, residente en Mataró y designado por un Pleno reunido en Sabadell en abril de 1924, emprendía trabajos de reorganización. A partir del 18 de octubre vio la luz el semanario *Solidaridad Proletaria,* de corte estrictamente sindicalista. Una vez más son Peiró y Pestaña quienes llevan la voz cantante planteando que la reorganización debiera ir acompañada de un cambio de rumbo en la CNT. La divisoria de los años 30 está ya esbozada.

El manifiesto del Comité Regional en el primer número del semanario marca ya el alcance de la revisión. Ante todo, el CRT de Cataluña se disociaba de la acción violenta de unos individuos: frente a los atracos se reafirma un texto histórico, la declaración de la Comisión Federal Española de 1883, con la propiedad colectiva como aspiración, pero renuncia expresa al secuestro, al robo y al asesinato. Mayor importancia tenía aun el apartado sobre "Carácter y significación de la CNT en las luchas sociales". La condición anarquista de la Confederación es puesta en tela de juicio, a la luz de la sucesión de fracasos desde 1919, en tanto que el sindicalismo aparece como "el inmenso laboratorio en que se geste prácticamente la magna y complicada máquina económica de la sociedad futura". Son ideas en las cuales Juan Peiró insistirá una y otra vez a lo largo de la década, lo mismo que en la concesión al estilo de Seguí, al presentar al anarquismo como portador de una "misión más alta y trascendente": "moldear el alma de las multitudes trabajadoras"[45].

[45] "A las organizaciones sindicales de Cataluña y a todos los trabajadores", 14-X-1924, en *Solidaridad Proletaria,* Barcelona, nº 1, 18-X-1924.

La distinción implica una neta separación entre las funciones respectivas: "A un lado la CNT, con sus masas heterogéneas y con sus actuaciones de lucha económica de clase, sujetas siempre a la pureza de la acción directa, recta y ampliamente entendida; al otro, las agrupaciones de afinidad ideológica, estudiando los problemas que interesan a aquella —a la CNT— y concertándose sus componentes para plantear y defender sus concepciones y puntos de vista en el seno de la organización obrera". Lo cual no equivale a "intrusión e imposición". La consecuencia era rotunda. Si la CNT es anarquista, le es obligado "destruir los sindicatos y organizarnos en grupos de afinidad". En otro caso, habría que renunciar a la definición de anarquista. "Es un organismo de lucha económica de clase en que no se impone la aceptación de idearios determinados, en que se respetan todas las ideas", concluye[46]. Para terminar, la CNT debería volver a la legalidad y mantener la democracia interna.

Por su parte, Pestaña fue menos diplomático y decidió poner de manifiesto lo que pensaba de esos grupos anarquistas que pretendían convertirse en la guía espiritual de la CNT:

> "En cuanto tres o cuatro individuos se reúnen, forman un grupo. Previas laboriosas discusiones le ponen un rótulo al grupo. Y después de otras previas y no menos laboriosas discusiones reúnen unas pesetas para darse a conocer (...) Es verdad que los del grupo se reúnen y muy seriamente discuten sobre todos los problemas habidos y por haber (...), mientras tanto, los problemas del día, aquellos que gravitan más fuertemente sobre ellos y los aplastan, no merecen la más leve consideración de aquellos hacedores de dichas ajenas..."[47].

Tanto la profesión de fe sindicalista a cargo de Peiró, como la acerada crítica de Pestaña, habían de suscitar una airada oposición anarquista, carente por el momento de cauce en España. La réplica correspondió al diario argentino *La Protesta*, con una declaración de guerra al "sindicalismo neutro", cuya paternidad resultaba atribuida al "camaleonismo" de Ángel Pestaña. El leonés "representa para el sindicalismo español la modalidad oportunista que tuvo sus exponentes en el Pleno de Zaragoza y en los frecuentes cambios de táctica de los comités confederales"[48]. Era el comienzo de una intensa guerra, si bien de momento los sindicalistas catalanes apenas abrían su órgano de prensa a la polémica.

El verdadero objetivo sindicalista consistía en recuperar la actuación legal, y en este sentido, a fines de enero de 1925, los dirigentes más destacados, con Pestaña a la cabeza, más Adrián Arnó, Peiró, Andrés Miguel y Gabriel Juvé entre otros (y once presos en la cárcel de Barcelona) firmaron una "apelación" a

---

[46] *Ibidem*.
[47] Ángel Pestaña, "Revisionismo", *Solidaridad Proletaria*, 7-II-1925.
[48] "Complicidades", *La Protesta*, 4-XII-1924.

los sindicatos barceloneses para que procedieran a "reconstruir lo desmoronado", dada "la total disgregación y aniquilamiento de nuestras organizaciones"[49]. El texto dejaba ver claramente que el intento por si mismo ya provocaba una fuerte oposición, no designada pero de fácil identificación. Solo unos pocos militantes y dos o tres sindicatos habían escuchado la llamada anterior del Comité Regional. La excepción fue el ramo fabril y textil que bajo la dirección de cierto Gonzalo Soler se organizó como sindicato de industria plenamente legal tras una asamblea pública en un cine de Clot[50].

La otra preocupación, ya presente en el manifiesto de octubre, concernía a la pretensión hegemónica de los grupos anarquistas. Aquí Pestaña va más lejos en la exaltación del grupo anarquista, precisamente para no asignarle función alguna: al grupo puede pertenecer incluso un patrono o un burgués, no al sindicato, sobre el cual hace planear una sombra que anticipa su futura evolución hacia la política; en sentido estricto: los sindicatos pueden "acercarse y hasta hacer suya, como aspiración lejana y mediata, la ética de una escuela o partido"[51]. Para Peiró las cosas estaban más definidas: libertad de expresión y de ideas en el sindicato, cuya seña de identidad no sería otra que "la acción directa como medio de combate contra el capitalismo y el Estado"[52]. De momento, tal fue la posición oficial de la CNT, presentada por Eusebio C. Carbó ante el Congreso de la AIT en Amsterdam:

> "Cependant, je répète qu'il ne faut pas mêler l'anarchisme et le syndicalisme, car l'un et l'autre ont des fonctions spécifiques à remplir qui doivent rester séparées"[53].

La disconformidad rotunda de los anarquistas frente a la hipótesis de la división de tareas se concretó en la "Carta abierta a los camaradas anarquistas", que supone una crítica radical a las posiciones de *Solidaridad Proletaria,* en cuyas páginas se publica. La suscriben sesenta y cuatro anarquistas presos en la cárcel de Barcelona y entre las firmas destacan las del maestro racionalista José Alberola, siempre muy activo en defensa de la ortodoxia, y la de Jaime R. Magriñá. El documento es de primera importancia, en la medida que contiene el núcleo del razonamiento que dos años más tarde lleva a la constitución de la Federación Anarquista Ibérica.

En línea con *La Protesta,* la crítica se hace a partir de un enfoque internacionalista, tratando de cumplir la misma misión de denuncia que desempeñan

---

[49] "Apelación a los sindicatos de Barcelona", *Solidaridad Proletaria,* 24-I-1925.

[50] "Asociación de los Obreros de la Industria Fabril y Textil de Barcelona", *Solidaridad Proletaria,* 28-II-1925.

[51] Àngel Pestaña, "Los grupos anarquistas y los sindicatos", *Solidaridad Proletaria,* 21-III-1925.

[52] Juan Peiró, "El problema previo", *Solidaridad Proletaria,* 21-II-1925.

[53] Eusebio C. Carbó, "Espagne. Notre situation. Antécédents et réalités présentes. Points de vue", p. 13, Perpiñán, 2-II-1925. Papeles de Abad de Santillán, IISG, Amsterdam.

la FORA o en Portugal *A Comuna* contra la desviación sindicalista de la CGT. La clave consiste en reafirmar la seña de identidad anarquista de la CNT, negando toda posible separación entre organización sindical y anarquismo: "estamos dispuestos a continuar y difundir la idealidad anarquista en el movimiento sindical, con vistas a que su contenido se lo asimilen las masas obreras que en sus sindicatos de resistencia y acción directa busquen su emancipación". Al modo de la FORA, la función del sindicalismo es instrumental: "El sindicalismo revolucionario no es sino el instrumento que el anarquismo viose en la ineludible necesidad de forjar a fin y efecto de salir de las regiones del pensamiento y entrar de lleno en las fases de su experimentación objetiva". Alcanzar esa dominación requería un nivel orgánico superior a las simples funciones de coordinación llevadas a cabo por la Federación Nacional de Grupos:

> "Somos partidarios de que para un máximo rendimiento de nuestra actividad como anarquistas, establezcamos un pacto de actuación partiendo de la organización de todos nuestros grupos en una federación que sea urdimbre de todos los trabajos e iniciativas, coordinación y unidad de nuestra labor empírica, para hacerla mâs fructífera y persistente"[54].

La *Carta abierta* suscitó una breve polémica, con réplica de Pestaña y nueva intervención de los anarquistas presos, quienes añadieron una crítica radical tanto del Comité como de *Solidaridad Proletaria,* que el Comité Regional no publicó[55]. La marejada debió ser fuerte, ya que al mes siguiente el semanario suspendió su publicación, contra la opinión de Pestaña[56]. El último número que hemos visto de *Solidaridad Proletaria* fue el 30, aparecido el 9 de mayo. Para entonces, *La Protesta* veía en la oposición anarquista, "una saludable reacción" frente al "camaleonismo" de "anarquistas que olvidaron las más elementales reglas del anarquismo"[57]. Los anarquistas españoles confiaban a *La Protesta* el papel de portavoz de sus intereses, en un artículo significativamente titulado "Justificando el cisma"[58]. El fin último, a juicio del anarquista radical José Alberola, anticipando lo que había de suceder en 1931, debía consistir la depuración de los herejes: "Al volverse a organizar los sindicatos, cuando la dictadura militar cese, habrá una imperiosa necesidad, si se quiere hacer obra vigorosa y de educación social de las masas, a base de principios y de una moral e inteligencia libertaria, de desenmascarar a los caudillejos y camarillas de mando-

---

[54] "Carta abierta a los camaradas anarquistas", *Solidaridad Proletaria,* 28-III-1925, *La Protesta,* 29-III-1925.

[55] Comité Regional del Trabajo de Cataluña, "A todos", *Solidaridad Proletaria,* 17-IV-1925.

[56] "La obsesión antianarquista de Pestaña", *La Protesta,* 13-IX-1925.

[57] "Los neutros del sindicalismo", *La Protesta,* 15-IV-1925, la crítica conjunta contra CGT y CNT en "Hacia el sindicalismo de colaboración", 19-IV-1925, "Los posibilistas del sindicalismo", 8-IV-1925, etc.

[58] *La Protesta,* 5-V-1925.

nes que del redentorismo y liderismo sindical han hecho una merienda de negros"[59]. También Manuel Buenacasa, futuro transmisor del modelo argentino, suscribió las posiciones de *La Protesta*[60].

La FORA era el ejemplo a seguir, al haber logrado conseguir, eso sí al precio de sucesivas escisiones, una organización sindical estrictamente anarquista. De ahí su papel de guardián de la ortodoxia, a cuyo frente se encuentran dos españoles emigrados —Diego Abad de Santillán y Emilio López Arango—, que habían iniciado su campaña contra la que llamaban "política del sindicalismo" ya en 1922. Su censura se dirigía contra un apoliticismo que alejaba a la CNT de su carácter libertario, "a pesar de su repudio por la política tradicional de los partidos burgueses"[61]. Siguió la crítica puntual de la consigna de "todo el poder para los sindicatos", lanzada por la Federación Local de Sevilla[62], para enlazar con quien será en lo sucesivo, el blanco principal de sus condenas, al estimar que una conferencia suya en el Ateneo de Madrid marcaba una deriva política[63]. Pronto fue acuñada una etiqueta, destinada a durar: el "pestañismo"[64]. No se libraba de la pasión crítica ni el Congreso anarquista constituyente de la Federación de Grupos Anarquistas de España, por haberse pronunciado "en favor de la independencia del anarquismo frente al sindicalismo"[65].

Desde *La Protesta* diario y su suplemento, los censores argentinos seguían muy de cerca los acontecimientos españoles, dentro de una voluntad de depuración que afectaba también a los sindicalistas de la CGT portuguesa, a los anarco-bolcheviques franceses, a *Le Libertaire* de Sébastien Faure, pronto a los órganos de los anarquistas españoles en Paris (*Revista Internacional* y *Tiempos Nuevos*), e incluso a *Pensiero e Libertà*, la revista doctrinal del anarquismo italiano, en la que escribían Luigi Fabbri y Enrico Malatesta. El frente cubierto por la intransigencia era muy amplio.

Ante la imposibilidad de poner en marcha la reorganización de la CNT a partir de Cataluña, se tratará de conseguirla desde las regiones del noroeste, donde se mantenía la legalidad, si bien la fuerza sindical fuese mucho menor. A efectos de contrarrestar la ofensiva anarquista, y el consiguiente riesgo de escisión, Pestaña lanzó ahora una consigna duradera: "la unión moral"[66]. Había que escapar del avispero de Barcelona e intentar reconstruir la CNT a partir de otro lugar más propicio. Expone la idea el mismo Pestaña desde el semanario *Solidaridad Obrera*, de Santiago de Compostela: "Hay que pensar menos en Barcelona y más en el resto de España. Hay que organizar sindicatos que brillen con su propia luz y no del reflejo de los de otra localidad. A nosotros, los

---

[59] José Alberola, "En torno a las cosas del sindicalismo", *La Protesta*, 9-V-1925.
[60] Manuel Buenacasa, "El anarquismo y el sindicalismo en España", *La Protesta*, 17-II-1925.
[61] "La política del Sindicalismo", *La Protesta*, 25-VII-1922.
[62] "Tendencias sindicalistas", *La Protesta*, 19 a 22-X-1922.
[63] Emilio López Arango, "La ideología del sindicalismo", *La Protesta*, 3-XII-
[64] "El pestañismo", *La Protesta*, 19-VI-1929.
[65] "El Congreso anarquista de Madrid", *La Protesta*, 22-III-1923.
[66] Ángel Pestaña, "Hacia la unión moral", *Solidaridad Obrera*, nº 115, Santiago de Compostela, 29-VIII-1925.

que actuamos en Barcelona, toca pensar menos en la organización local y más en la del resto del país"[67]. En el mismo número figura la reseña de un Pleno regional donde fue acordado trasladar el Comité de La Coruña a Santiago, con el panadero Manuel Fandiño de secretario y el carpintero Ezequiel Rey de director del periódico, iniciándose una encuesta que dio por resultado "que la CNT vuelva a la vida legal"[68].

Varias soluciones orgánicas habían sido barajadas —un Congreso Nacional, un Comité provisional minimalista, una conferencia de representantes—, prevaleciendo la segunda. Fue nombrado un Comité Nacional provisional, con residencia en Gijón, cuyo secretario fue Avelino González Mallada, según él mismo refiere en carta a Abad de Santillán de 17 de septiembre de 1925, con motivo de un viaje suyo a Portugal en representación de la CNT[69]. No era una situación fácil: en diciembre de 1925 los sindicatos únicos de la Construcción de Oviedo y Gijón fueron suspendidos por usar en sus sellos la palabra "único".

El efecto de tales ensayos resultó prácticamente nulo. La capitalidad del movimiento seguía residiendo en Barcelona, sobre todo en el plano de las ideas y de su comunicación. Con el propósito de reforzar las respectivas posiciones, los dos contendientes las sistematizan en dos opúsculos: la *Trayectoria de la Confederación Nacional del Trabajo*, que Juan Peiró publica en noviembre de 1925 con el apoyo económico del "Grupo Pro-Cultura" del Arte Fabril y Textil de Mataró, y *El anarquismo en el movimiento obrero*, recopilación de artículos de Abad de Santillán y de López Arango, publicación esta pagada por anarquistas. Por las mismas fechas el grupo de sus seguidores, constituido en Blanes con Manuel Buenacasa al frente, intenta publicar un semanario de título demasiado aparente, *El Libertario*. Será autorizado bajo el título de *El Productor*. La división de campos era completa.

El folleto de Juan Peiró se limita a sistematizar los argumentos de artículos anteriores. Su pensamiento está marcado por la continuidad, sobre la cual en todo caso introduce variaciones circunstanciales. Así la idea de que el sindicalismo necesita ser revolucionario para de este modo pasar de la defensa económica de los trabajadores a la eliminación del capitalismo primero, y después a la organización del orden posrevolucionario, se encontraba ya en sus artículos de juventud, publicados entre febrero y mayo de 1919 con el seudónimo de "J. Fuentes" en *La Colmena Obrera* de Badalona: "No es conquistando el Poder del Estado como se resuelve el problema económico —escribía—, sino que resolviendo el problema económico es como se destruye el poder del Estado y se llega a la emancipación integral del individuo, a la sociedad de libres e iguales en la producción y en el consumo (...) El Sindicalismo es esa nueva modalidad, esto es, la negación de la escuela socialista es-

[67] Ángel Pestaña, "Por una organización equilibrada", *Solidaridad Obrera*, nº 104, Santiago de Compostela, 13-VI-1925.

[68] Cit. en *La Antorcha*, Madrid, 13-XI-1925.

[69] Carta de Avelino González Mallada a Diego Abad de Santillán, 17-IX-1925. Papeles de Abad de Santillán, IISG.

tatal y el brazo derecho de la escuela anarquista"[70]. La impronta bakuniniana era entonces más visible.

Lo fundamental para Peiró en 1925 es dar "una mayor y más estable solidez a la CNT"[71]. El sindicalismo es una respuesta obligada a la concentración capitalista, incluyendo el incremento de competencias al Comité Nacional y asimismo la formación de comités de fábrica y de taller: "Un Comité Nacional, en fin —propone—, ha de ser el receptor de cada una de las partes para sintetizar el conjunto del gran problema político económico-social", "cohesionando los esfuerzos, orientando las acciones"[72]. Una posición similar a la de Pestaña que los anarquistas nunca iban a admitir. En el esquema entra también la valoración positiva del cooperativismo. Hay que recordar que la biografía de Peiró es indisoluble de su creación, la cooperativa vidriera de Mataró, que sobrevivirá a la guerra civil, y sobre cuya significación escribirá una serie de artículos, ya en la Segunda República[73]. En el ocaso de la guerra civil, frente a la fórmula de socialización, defenderá un sistema generalizado de cooperativas que los trabajadores disfruten en régimen de usufructo; así "los trabajadores tendrían la sensación de que trabajaban por ellos y para ellos"[74].

La reafirmación del sindicalismo contiene una notable dosis de desesperación, pues como el propio Peiró explica al anunciar su *Trayectoria* en un periódico gremial de Barcelona, el panorama no puede ser más desastroso. Su esfuerzo quiere ser una respuesta ante "el estado caótico en que yace la Confederación Nacional del Trabajo de España, el marasmo que como plaga desoladora cayera sobre las multitudes obreras; la desesperanza de que estas reaccionen..."[75]. La labor de Peiró suponía, al modo gramsciano, aunar el más radical pesimismo de la razón con el optimismo de la voluntad.

El folleto recibió una muy dura crítica por parte del extraño comunista Oscar Pérez Solís, que cargaba ahora contra la corriente sindicalista en la CNT, del mismo modo que con mayor lucidez lo hiciera Joaquín Maurín frente al federalismo anarquista en aquel que ambos llamaban "el coloso de los pies de barro". Pero el verdadero riesgo para los propósitos y los planteamientos doctrinales del anarcosindicalismo no venía de ese lado, sino de la creciente incidencia en medios catalanes del modelo argentino de la FORA, como criterio organizativo, y de las sistemáticas condenas pronunciadas desde *La Protesta* por Diego Abad de Santillán y Emilio López Arango, ahora reunidos en un eficaz librito de propaganda, *El anarquismo en el movimiento obrero*. Los anarquistas catalanes, resueltos de antemano en su vocación hegemónica de cara a la CNT y en el rechazo rotundo del sindicalismo, tenían ya quien les escribiera.

---

[70] "J. Fuentes", "La Democracia y el Sindicalismo", II, *La Colmena Obrera*, Badalona, año V, nº 91, 14-II-1919.

[71] Juan Peiró, *Trayectoria de la Confederación Nacional del Trabajo*, edición de 1959, p. 50.

[72] *Ibidem*, p. 51.

[73] Juan Peiró, "Un caso práctico de socialización", *La Tierra*, Madrid, 5-IX a 16-X-1934.

[74] Juan Peiró, *Problemas y cintarazos* [1939], ed. de 1946, prólogo de Domingo Torres, p. 83.

[75] *El Ideal Panadero*, año I, nº 1, 15-X-1925.

Era del todo lógico que tras el impacto de las campañas de *La Protesta,* fuese recibido con entusiasmo, pasando los ejemplares disponibles de un militante a otro "hasta que se rompían los dobleces", en frase del librero ácrata Tomás Herreros. El libro de los dos hispano-argentinos ofrecía una doble respuesta a los planteamientos sindicalista y comunista sobre la CNT. Además proporcionaba a los anarquistas españoles una fórmula dirigida a asegurar su hegemonía: la trabazón, ensayada con éxito por la FORA contra las minorías procomunistas[76]. Resumía en fin los principales temas de la campaña contra el "pestañismo", armando en el terreno doctrinal la actuación de Manuel Buenacasa, agregado al Comité de Relaciones de la Federación de Grupos Anarquistas de España y dirigente del grupo ácrata de Blanes que pronto emprende la publicación de *El Productor.* Se trataba de agudizar el conflicto interno en las organizaciones sindicales a efectos de lograr el total predominio de la ideología libertaria, no sin cierto paralelismo con la aspiración de dominio sobre los sindicatos manifestada por los seguidores de la Revolución rusa: "la lucha de tendencias en el movimiento obrero debe ser impulsada y no detenida"[77]. Dispuestos a acabar con la presencia comunista, los anarquistas pasaban a tropezar con el obstáculo a suprimir de una pretendida autonomía sindical.

La negación del concepto marxista de lucha de clases constituye la clave de bóveda del pensamiento de nuestros publicistas. Un artículo publicado por Abad de Santillán en el suplemento semanal de *La Protesta,* titulado significativamente "Intereses de clase intereses humanos", desarrollaba el argumento ya en 1922: "La idea marxista de clase es para el anarquismo una fuente de continuas desviaciones e inseguridades: dejándose guiar por ella, se corre el peligro de negar los propios fundamentos morales y sociales de nuestras ideas"[78]. Frente al análisis del marxismo, el anarquismo se caracterizaría por su perspectiva idealista. La explotación existe, pero sin "la llama espiritual liberadora" no cabe esperar que el esclavo y el desposeído luchen contra amo y explotadores. La explotación se recae sobre una sola clase, sino sobre toda la humanidad. Por lo cual no cabe admitir la dictadura del proletariado, que supone una nueva forma de explotación. Al atender solo a los intereses de clase, los males de la dominación burguesa son reproducidos. "Nuestra doctrina y nuestra posición revolucionaria traduce sobre todo intereses profundamente humanos, no intereses de clase"[79].

El rechazo del marxismo conlleva la infravaloración del factor económico. El planteamiento de Abad de Santillán en los años veinte es el inverso del que va a manifestar durante la Segunda República. Aceptar la importancia decisiva de la economía es tanto como darle la razón al sindicalismo[80]. Su rigidez le lleva a descalificar el intento de un pensador anarquista español, el atípico

---

[76] Diego Abad de Santillán, *La FORA. Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina* [1933], 2ª ed., Buenos Aires, 1971.

[77] *La Protesta,* 13-IX-1924.

[78] *La Protesta (Suplemento semanal),* 13-XI-1922.

[79] *Ibidem.*

[80] Diego Abad de Santillán y Emilio López Arango, *El anarquismo en el movimiento obrero,* Barcelona, 1925, p. 66.

Valeriano Orobón Fernández, de ofertar una visión revolucionaria adaptada a los cambios económicos, olvidándose de Proudhon y de Kropotkin. La fórmula de Orobón consistía en una confederación general de cooperativas, complementada por una organización sindical estructurada en federaciones de industria[81]. Abad de Santillán no admitía ni la programación de la anarquía ni "los camelos de los señores economistas"[82]. Mantendrá la posición incluso en 1931, cuando en el Congreso de la AIT mantiene una viva polémica con el sindicalista francés Pierre Besnard, recogida en las páginas de *Solidaridad Obrera*.

Frente a comunistas y anarcosindicalistas, partidarios de regular el proceso revolucionario, los "comunistas anarquistas" se limitan a apuntar "un sistema económico en el que a nosotros nos agradaría vivir, pero no un plan constructivo de la vida social". La libertad y "las masas revolucionarias" son las únicas protagonistas. En la estela de Bakunin, a los anarquistas les toca "suscitar las fuerzas de la revolución destructiva", evitando luego que en el proceso posrevolucionario resucite "el viejo tabú de la autoridad"[83]. La economía queda en un plano secundario, "ya que el capitalismo es un adversario menos fundamental que el Estado, que el principio de autoridad"[84]. Nada tiene de extraña la reiteración de notas arcaizantes, con un claro predominio del localismo, sobre el cual solo habría organismos de relaciones. En los antípodas de sus reflexiones de 1934-1936, Abad de Santillán se mueve dentro de un estricto comunalismo: "Si quisiéramos planear la organización libertaria futura, tomaríamos siempre la comuna con ventaja sobre la base industrial"[85].

La oposición al sindicalismo arranca siempre del rechazo hacia toda idea que implique subordinación a la lógica económica del capitalismo. Los sindicatos son organizaciones transitorias, surgidas de las necesidades del desarrollo capitalista e impuestas por las condiciones precarias en que vive la clase trabajadora", lo cual entraña una sorprendente readmisión de la antes negada categoría de clase[86]. Autonomía sindical equivale a reformismo. En suma, el ejemplo es la FORA: "El Sindicato es un medio de acción y su finalidad revolucionaria debe ser el comunismo anárquico, y nunca, ni aun en nombre de una ficticia unidad de clase, deben ser subordinados los principios a los medios"[87]. Lo que debe caracterizar al sindicato es la homogeneidad ideológica de sus componentes. En medio de una polémica, no ya con los sindicalistas españoles, sino con Malatesta y Luigi Fabbri, desarrollada en 1925 tanto en *La Protesta* como en *Pensiero e Volontà,* queda claro para Santillán y López Arango que el anarcosindicalismo aspira a una conciliación de posiciones ideológicas incompatibles: el anarquismo, revolucionaria, y el sindicalismo, reformista.

---

[81] V. Orobón Fernández, "Economía libertaria de la revolución", *Acción ("Sección española de la Revista Internacional Anarquista")*, París, 2ª época, núms. 5-6, diciembre 1925.

[82] Diego Abad de Santillán, "El hilo de Ariadna", *La Protesta (Suplemento semanal)*, 22-II-1926.

[83] Diego Abad de Santillán, "Los cauces de la revolución", *La Protesta (Suplemento semanal)*, 9-VII-1923.

[84] *El anarquismo en el movimiento obrero*, p. 179.

[85] *Ibidem*, p. 67.

[86] *Ibidem*, p. 65.

[87] *Ibidem*, p. 171.

La solución para López Arango y Abad de Santillán no puede ser otra que el *movimiento sindical anarquista,* es decir, la constitución por los anarquistas de una organización propia, fiel a la ortodoxia libertaria. "Los anarquistas debemos crear un instrumento de acción que nos permita ser una fuerza actuante y beligerante en las luchas por la conquista del futuro. El movimiento sindical puede llenar esa alta misión histórica, pero a condición de que se inspire en las ideas anarquistas"[88].

Las conclusiones del volumen sistematizan lo anterior:

> "He aquí lo que queremos: *Una organización obrera anarquista (...) La anarquía como inspiradora y organizadora de la minoría revolucionaria del proletariado,* y no simplemente como opositora o crítica de la labor reformista o autoritaria. *La depuración del anarquismo de todos los vestigios marxistas* que han persistido en él desde sus orígenes o que han sido introducidos por el sindicalismo. *La abolición de todos los dogmas económicos que significan una especie de legislación previa del porvenir. La concepción de la anarquía como doctrina de origen proletario* y no como descubrimiento de laboratorio y monopolio de filósofos"[89].

Para esa necesaria transformación del sindicato en "movimiento obrero anarquista", la actuación de los anarquistas reunidos en grupos específicos no resulta suficiente. Incluso el reconocimiento de los grupos, como hacen Peiró y Pestaña, puede servir de coartada al sindicalismo. "En las agrupaciones de afinidad —que la mayoría de las veces llevan dentro de sí el germen de la descomposición y de la impotencia—, se difunde un peligroso particularismo anarquista que puede poner en quiebra lo que significa el anarquismo como movimiento social revolucionario"[90]. La solución habrá de buscarse en un procedimiento capaz de conseguir el enlace orgánico entre la formación anarquista y la sindical. La FORA lo había puesto en marcha, al institucionalizar la relación que estableciera Bakunin entre la Primera Internacional y la Alianza de la Democracia Socialista. A este enlace orgánico se le dio el nombre de "la trabazón". Lo definía la FORA en su IX Congreso, reunido en Buenos Aires del 31 de marzo al 6 de abril de 1923: "que los compañeros anarquistas que se encuentran al margen de la FORA tengan derecho a integrar los cuerpos de responsabilidad de la misma"[91].

El núcleo de la trabazón consistía, por consiguiente, en el establecimiento a todos los niveles de órganos integrados conjuntamente por miembros del sin-

---

[88] *Ibidem*, p. 166.
[89] *Ibidem*, p. 200.
[90] *Ibidem*, p. 98.
[91] *La FORA*, p. 264.

dicato y organización anarquista. En la práctica, una vez lograda la definición ideológica anarquista del sindicato, el control de este por la organización anarquista resultaba inevitable. Tal es el programa que sobre el modelo de la FORA y en relación estrecha con sus mentores de *La Protesta,* difundirán los hombres de *El Productor* en los medios libertarios españoles, hasta forjar el sujeto encargado de poner en práctica la tal "trabazón" en tanto que instrumento de hegemonía anarquista en la CNT: la Federación Anarquista Ibérica. Importa poco que salvo en los Comités Pro-presos su aplicación estricta no se diera, dado que lo esencial de la receta fue puesto en práctica: en la Segunda República los hombres de la FAI, bajo un liderazgo del que luego hablaremos, conquistaron el poder en la CNT. El nuevo nombre CNT-FAI fue la prueba de que por encima de las formas, la "trabazón" había triunfado.

3.4. De "El Productor" a la FAI

La conservación de la correspondencia de Buenacasa y Ramón Suñé del Grupo de Blanes con Diego Abad de Santillán y López Arango refleja la intensa vinculación entre los anarquistas defensores del modelo argentino y sus mentores. Una carta del segundo, fechada el 16 de mayo de 1925, concreta su intencionalidad: "Gracias a nuestra labor crítica en España comienza a agitarse el avispero. Si se lograra hacer apear de la burra a los compañeros que defienden la organización política del anarquismo, sería fácil dar por tierra con la cuadrilla de Pestaña. Pero si los compañeros no cambian de dirección, mucho me temo que se vayan en palabras y no hagan nada práctico en el movimiento obrero. ¿Has leído las aclaraciones y rectificaciones de *Solidaridad Proletaria* a la *Carta abierta a los anarquistas?* Más que a esa carta, quieren responder a la creciente influencia de *La Protesta* entre los anarquistas de Barcelona. Será preciso, pues, continuar hasta hacerles perder los estribos"[92]. A esa intención de desarmar al sindicalismo respondió el proyecto de *El Libertario*, luego convertido en *El Productor,* "periódico de idea y combate", que con su oponente *Vida Sindical* marca una nueva etapa del debate.

El grupo editor que el 2 de octubre de 1925 firma el artículo de presentación "Lo que debe ser *El Productor"* está compuesto de cinco miembros: Joaquín Adelantado, José Alberola, Manuel Buenacasa, Ramón Suñé y Ramón Domínguez. El lugar de edición es Blanes (Gerona), aunque está impreso en Barcelona, adonde se tralada la redacción el 21 de enero de 1926. El motivo debió ser la mayor tolerancia imperante en la provincia de Gerona, para hacer arrancar desde allí la empresa. En Barcelona desaparecen unos nombres, los de Suñé, Alberola, Domínguez, e incluso Buenacasa, aunque sabemos que sigue al frente del semanario, y aparecen otros: Patricio Navarro, Ramóin Terré, Miguel

[92] Carta de Emilio López Arango a Manuel Buenacasa, 16-V-1925, en Papeles DAS. IISG. Poco antes, según García Oliver, Buenacasa había sido señalado como confidente por el Sindicato de la Madera, al que pertenecía (*El eco de los pasos,* p. 225).

Giménez, Jaime Magriñá y J. Vázquez. Costeó *El Productor* una cooperativa de dieciséis correligionarios que aportaron por igual trece duros cada uno. La tirada fue corta, pero ascendente: en el número 5 de 3.600 ejemplares (4 de diciembre), en el 7 de 3.800, a principios de febrero 4.000 en el 14 y en el momento de la suspensión los cinco mil, que para Buenacasa suponían el umbral de supervivencia económica. No era mucho, si bien no eran buenos tiempos para la prensa proletaria: el semanario del PCE, *La Antorcha*,tiraba de media menos de 5.500 ejemplares en noviembre de 1924 y 8.600 en enero de 1926. La tirada media de *El Socialista* diario era de 8.589 ejemplares en 1925.

En carta de Buenacasa a Santillán, de finales de 1925, queda claro el propósito de cumplir con su vocación polémica, a pesar de verse limitado por la censura previa[93]. Lo reflejaba el editorial del primer número: "Nuestro periódico viene a la vida y lo repetimos: 1° Para propagar el ideal anarquista. 2° Para revisar la actuación de los ácratas españoles en el sindicalismo de los últimos años. 3° Para propulsar un movimiento obrero netamente anarquista y 4° Para defender a todos los oprimidos de la tierra, y principalmente a los que se hallan encarcelados o perseguidos"[94].

Si este último apartado, aplicado implícitamente a los presos libertarios, tenía valor propio, al calor de la campaña internacional de protesta frente a la previsible ejecución de Sacco y Vanzetti, los tres primeros marcaban un claro enfrentamiento con los propósitos legalizadores de la Confederación, entonces dirigida sobre el papel por el Comité Nacional residente en Gijón desde fines de 1925, con Avelino González Mallada como secretario. Pero la capitalidad del movimiento seguía encontrándose en Barcelona y por eso contaban poco los esfuerzos desde otros lugares, como la propia *Solidaridad Obrera* de Gijón, o la revista *Prometeo* que en Madrid intenta fomentar el movimiento específico. Mayor importancia tuvo la aparición en Sevilla de un Partido Sindicalista Andaluz, en enero de 1926, un producto más de la crisis, heredero de la consigna de "todo el poder a los sindicatos" de 1923 y antecedente del giro posterior de anarcosindicalistas andaluces en dirección del PCE. El único denominador común era el deseo de acabar con la Dictadura. Los primeros meses de 1926 fueron en este sentido de intensa actividad conspiratoria, culminada con el fallido complot de la Noche de San Juan.

Para ser eficaz, la respuesta a *El Productor* tenía que venir de Barcelona. Solo se hizo esperar unas semanas. El primer día de enero de 1926 un grupo de veintidós militantes, entre ellos Pestaña, Peiró, Arnó, Narciso Marco, Ángel Abella y Camilo Piñón, partidarios de la legalización, suscribieron un manifiesto "A los trabajadores y al lector", anuncio de la salida de un nuevo "periódico de los trabajadores",*Vida Sindical*, que se puso a la venta dos semanas más tarde. "Hoy sale el órgano de los pestañistas, titulado "Vida Sindical" —comentaba irónicamente Buenacasa en carta de 15 de enero a Santillán—; veremos

[93] Carta de Manuel Buenacasa a Diego Abad de Santillán, Blanes, 12-XII-1925. Papeles DAS, IISG.
[94] "Lo que debe ser 'El Productor'", *El Productor,* año I, nº 1, 7-XI-1925.

que tal resulta; dice en su circular que viene a defender el comunismo libertario y los acuerdos del Congreso de la Comedia. ¡Será fresco! ¿Qué hacemos si no nosotros? En fin, veremos en qué queda este engendro"[95]. La breve coexistencia entre los dos periódicos no había de caracterizarse precisamente por la fraternidad.

El objetivo prioritario de *Vida Sindical* consistía una vez más en impulsar la legalización, en los términos descritos por la *Trayectoria* de Juan Peiró. Los sindicatos debían ser "entidades económicas, inalterables en su característica de neutralidad en la lucha de los partidos políticos por el poder". La novedad residía en el punto señalado por Buenacasa, al expresar "respeto y cumplimiento de los acuerdos recaídos en el Congreso celebrado en Madrid en el Teatro de la Comedia y en la Asamblea posterior de Zaragoza, en su contenido ideológico". De este modo no se rompía abiertamente con la identidad del comunismo libertario y de modo explícito la "moción política" de 1922 era ratificada. Era reiterada asimismo la necesidad de "nuevas estructuras" "teniendo en cuenta las experiencias de los últimos años". La cautela en la forma presidía el discurso. En fin, el manifiesto proponía la "exigencia de responsabilidades en el desempeño de los cargos de Junta y de Comité"[96]. Era una respuesta al anuncio por *El Productor,* también en su primer número, de "revisión severa e imparcial de las actuaciones de los anarquistas en el movimiento obrero en los últimos años"[97].

Bajo un lenguaje contenido, las palabras cortaban. Para *El Productor* se trataba de acabar con lo que juzgaban revisionismo; para *Vida Sindical,* eliminar las interferencias anarquistas "que convirtieron el organismo confederal en una rueca de tejer y destejer". Peiró censuraba abiertamente el funcionamiento del "sindicato único", negación del federalismo al sobrecargar de tareas a los comités, lo cual acababa poniendo las decisiones en manos de "reuniones de militantes" o del "ejército de ocupados en trabajos para la organización"[98]. Más duro era aún Manuel Pérez, firmante del manifiesto como "Óptimo", al dictaminar que "la CNT fue patrimonio de la escuela anarquista infectada de individualismo; he aquí lo que no debe ocurrir más"[99]. Por su parte, Pestaña insistió en la división entre organización obrera y organización ideológica, así como en la exigencia de promover la legalización, según el ejemplo de Asturias y de Galicia. El Comité Regional de Cataluña no se adhirió a la iniciativa, criticando la propuesta sindicalista, lo cual le valió los aplausos de *El Productor.*

A estas alturas, el esfuerzo más consistente en favor de la legalización corrió a cargo del prestigioso anarcosindicalista asturiano Eleuterio Quintanilla, entre diciembre de 1925 y enero de 1926, a lo largo de seis entrevistas en *Solidaridad Obrera* de Gijón, bajo el título "La crisis del proletariado español",

---

[95] Carta de Buenacasa a Abad de Santillán, 15-I-1926, en Papeles DAS, IISG.
[96] "A los trabajadores y al lector", *Vida Sindical,* nº 1, 15-I-1926.
[97] "Lo que debe ser 'El Productor'", cit.
[98] Juan Peiró, "El sindicato y su organismo", *Vida Sindical,* nº 3, 30-I-1926.
[99] "Óptimo", "Una salutación de 'Justicia Social'", *Vida Sindical,* nº 4, 6-II-1926.

parcialmente reproducidas por el diario democrático gijonés *El Noroeste*. Un artículo de Quintanilla fue publicado en *La Revista Blanca*. Su punto de partida era inequívoco: "La CN del T debe volver a actuar a la luz del día cuanto primero mejor"[100]. Censuraba tanto el funcionamiento del sindicato único como la supresión, por él combatida en el Congreso de 1919, de las federaciones de industria[101].

Quintanilla creía compatibles el sindicato autosuficiente con el individualismo anarquista, proponiendo a este la admisión de la acción política —"acción social extraparlamentaria"—, en los términos de la Conferencia de Zaragoza, lo cual significaba únicamente preocuparse e intervenir por los asuntos generales y locales sin incurrir en el parlamentarismo. Desecha "la revuelta motinesca a todo trapo" y propone un "sindicalismo integral", donde la acción económica tuviera lugar según la lucha de clases y la acción político-social[102]. Un esquema cerrado sobre sí mismo, propicio para los anarcosindicalistas catalanes, si bien exterior a los términos concretos del enfrentamiento, lo cual no le salvó de las iras de Abad de Santillán.

La ofensiva de *El Productor* se dirigió contra el Comité Nacional de Gijón, sobre el cual la correspondencia entre Buenacasa y Santillán contiene frases muy duras: "suponemos que existe", podía leerse en el número 10 del semanario nacido en Blanes. El blanco preferido era, no obstante, *Vida Sindical,* semanario obrerista que nada tendría que ver con la CNT. Los afectados calificaron a *El Productor* de escisionista, y posiblemente la fractura se hubiera producido de no prohibir las autoridades ambas publicaciones en la primera quincena de abril de 1926. Hubo antes un Pleno de delegados confederales que exigió la doble suspensión, sin que *El Productor* lo aceptara, pensando tal vez con razón que la polémica le beneficiaba. "Y esto sucedió —relata el anarquista Miguel Jiménez— en el período más álgido, cuando el interés era más grande, cuando Santillán, defensor de la anarquización del movimiento sindical y autor con Arango del discutido libro *El anarquismo en el movimiento obrero* retaba a Pestaña y Quintanilla, reto que ya no pudo salir en *El Productor...*"[103]. Buenacasa fue encarcelado durante dos meses y en el registro a su domicilio le fueron ocupados los ejemplares de *La Protesta* que tenía listos para su distribución.

Paralelamente se desarrollaba la ofensiva comunista, intentando aprovechar la crisis provocada en la CNT por aquellos a quienes consideraba portavoces del "anarquismo troglodita". Joaquín Maurín volvió sobre su tema favorito "El derrumbamiento de la CNT", en un artículo concebido como réplica a la "kilométrica entrevista de Quintanilla"[104]. Su pronóstico desde el marxismo consistía en predecir el hundimiento anarquista al progresar el capitalismo y el

---

[100] Eleuterio Quintanilla, "Un pasado oscuro y un presente confuso", *El Noroeste*, Gijón, 7-I-1926.
[101] Eleuterio Quintanilla, "Centralismo y federalismo", *El Noroeste*, 8-I-1926.
[102] Eleuterio Quintanilla, "Política social y sindicalismo", *El Noroeste*, 13-I-1926.
[103] Miguel Jiménez, "Recuerdos e inquietudes", *La Protesta*, 13-V-1927.
[104] *La Antorcha*, 25-VI a 20-VIII-1926.

proletariado: "en cada anarquista, advertía, hay alma de artesano"[105]. En el orden práctico, la Federación Local de Sociedades Obreras lanzó la iniciativa de un Congreso Pro-Unidad Sindical para el Primero de Mayo, dirigido ante todo a UGT y CNT[106]. Resultados contados, como la adhesión del Sindicato Único de Mieres.

Los preparativos de la conspiración de mayo de 1926 fueron detectados por la policía y provocaron, no solo las suspensiones de los semanarios barceloneses, sino el desmantelamiento del Comité Nacional residente en Gijón. Entre otros, fue detenido Eleuterio Quintanilla[107]. Aunque también perseguido, el anarquismo tenía en la configuración como suma de grupos dispersos una protección más eficaz que los sindicalistas, salvo que participaran de manera directa en un movimiento conspirativo. Contaban además con la posible transferencia de las reuniones a Francia, donde la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española, aun vigilada por la policía, se mantenía activa. De ahí que el auge del movimiento organizativo anarquista, entre 1926 y 1927, pudiera materializarse al mismo tiempo que las expresiones públicas, en particular las orientadas a la reorganización, caían bajo los golpes represivos. Amén del desplome del Comité Nacional gijonés, y las correspondientes detenciones, desaparecen publicaciones como *Solidaridad Obrera* de Gijón en agosto "como medida previsora de posibles males mayores"[108]. Unas semanas más tarde deja de publicarse *El Sembrador* de Igualada y sobre la corta trayectoria emprendida en Vigo por *El Despertar Marítimo,* interviene ya en el segundo número la orden del general Martínez Anido.

Una vez trasladado a Francia el Comité de Relaciones Anarquistas, tuvo lugar en Lyon, los días 14 y 15 de junio de 1925, un Congreso donde, según fuentes policiales francesas, participaron delegaciones de treinta y ocho de los sesenta grupos anarquistas actuantes en Francia, figurando entre los asistentes Séverien Ferandel, por el Grupo Internacional Anarquista, y Valeriano Orobón Fernández, director de la revista *Tiempos Nuevos*. El orden del día fue muy dilatado, con nueve temas, el principal de los cuales era la posición aislacionista o aliancista a adoptar de cara a un derrocamiento de la Dictadura después de la catástrofe de Vera en noviembre anterior. Las discusiones fueron muy violentas, sufriendo interrupciones por la asistencia de refugiados españoles, hasta que por ciento diez votos contra ochenta fue adoptada la postura aliancista, defendida por el grupo anarquista revolucionario de París, sobre la base de que "estamos firmemente convencidos de que los anarquistas, abandonados a sus propias fuerzas, no estarán en la posibilidad de preparar la revolución". Era entonces preciso unirnos para derribar la dictadura y la monarquía "con fuerzas que entiendan el nuevo orden como un régimen de amplia libertad política

[105] Joaquín Maurín, "La comuna libre y el federalismo económico", *La Antorcha,* 23-VII-1926.
[106] *La Antorcha,* 19-II-1926.
[107] Diego Abad de Santillán, *Contribución a la historia del movimiento obrero español,* t. II, Puebla (México), 1965, pp. 331-332.
[108] *Acción Social Obrera,* nº 434, 4-IX-1926.

y económica", lo cual significaba ratificar los contactos establecidos con los catalanistas de Francesc Macià. Se preveía formar un comité revolucionario de cinco miembros que a su vez designaría otro secreto de cinco, cuyos componentes asumían "el consagrarse a la obra de la revolución y, si es necesario, hacerle el sacrificio de sus vidas"[109].

Nacía la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española, era acordado cubrir el déficit de *Tiempos Nuevos,* apoyar desde el Comité pro-presos a los procesados de Vera y, en cuanto a organización, se reiteraba el modelo previo a la trabazón, ya acordado en una reunión previa que debió celebrarse en Barcelona (abril de 1925) en el curso de la cual, presente una delegación de los anarquistas portugueses, a propuesta suya fue aprobada la idea de formar la Unión Anarquista Ibérica.

Un año más tarde, un nuevo congreso organizado en Marsella en los dás 8, 9 y 10 de mayo de 1926 por la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española, vino a compensar por sus resultados la difícil situación del interior y la agravación de las polémicas en Barcelona. Asistieron representantes de la Federación de Grupos Anarquistas de Cataluña, de Andalucía y del Comité pro-presos de Pamplona, adhiriéndose la Regional de Cataluña, la CNT, un militante preso en la Modelo de Madrid (sic), y siendo leída una comunicación de los presos de la Cárcel de Barcelona. Según la reseña de R. Magriñá, participaron también representantes de la AIT, de la Unión Anarquista Portuguesa y la GI Anarquista[110]. Los debates versaron sobre dos tipos de cuestiones bien definidas: la actuación de los anarquistas en Francia y la posible alianza con otras fuerzas dispuestas a acabar con Primo de Rivera, por una parte, y por otra la posición a adoptar por los anarquistas en el interior respecto de la CNT, lo cual llevaba a plantear la constitución de la FAI.

Al margen de una serie de arreglos de cuentas, encontronazos y llamadas a la cordialidad, el núcleo del debate consistió en la actitud a adoptar por los anarquistas ante las conspiraciones contra la Dictadura. Aunque los contactos se negaban, de hecho existían. Marsella representará un giro de ciento ochenta grados respecto de Lyon. Toda inteligencia con fuerzas ajenas a la CNT fue rechazada, e incluso en esta caso si la CNT mantenía la definición libertaria. El hispano-brasileño Manuel Pérez, siempre ortodoxo, impuso la revisión frente a los representantes de una Alianza revolucionaria —debe tratarse de Juan García Oliver y de Vicente Pérez "Combina", quienes abandonaron la reunión[111].

Respecto del interior, la conferencia de Marsella prolongó la línea trazada por la *Carta abierta a los anarquistas* y por *El Productor:* la necesidad de "organizarse anárquicamente", lo cual exigía formar una organización nacional a partir de los grupos anarquistas con el fin de imponer la identidad libertaria a la CNT. "Ello clarificará —comentaba Erófilo Labrador— la turbia corriente de

---

[109] Informe de la policía francesa, Archives Nationales, Paris, F713442. Ver también Hugo Trene, "Riflessioni sul Congresso degli anarchici spagnoli rifugiati in Francia", *La Tempra,* Paris, nº 1, 20-VII-1925.

[110] R. Magriñá, "Se impone una aclaración", *Tiempos Nuevos,* Paris, nº 74, 23-XII-1926.

[111] Manuel Pérez, *30 años de lucha,* pp. 70-74.

colaboraciones con sectores ajenos al ideal, tan traídas y llevadas estos últimos tiempos y determinará una reacción en el espíritu adormecido de la CNT, ya iniciada por las Regionales de grupos y Confederación de Cataluña, levantando la voz, tan cobardemente silenciada por tanto pomposamente titulado anarquista..."[112]. El ambiente era de guerra y de momento la victoria, al menos en medios libertarios, había sido alcanzada. A fin de organizar la Federación, el secretariado de la Federación Nacional de Grupos regresó a Barcelona para convocar el Congreso constituyente.

En Marsella, la euforia anarquista alcanzó también a la convergencia orgánica con los libertarios portugueses. En circunstancias políticas diferentes entre España y Portugal de 1923 (golpe militar de Primo de Rivera) a 1926 (golpe de Gomes da Costa), los movimientos anarquistas de ambos países siguieron trayectorias de aproximación. Ello puede explicarse en la medida que ambos se encontraron ante una exigencia de afirmación después del reto planteado por la Revolución rusa, de las discusiones sobre la participación política y de la tendencia en las respectivas centrales sindicales a emanciparse de la tutela que pretendían ejercer los grupos anarquistas. Ante la común conciencia de fragilidad, los anarquistas de ambos países debieron pensar que de la unión podía surgir la fuerza.

El recorrido se había iniciado en 1923, con las respectivas conferencias que dan lugar a la formación de la União Anarquista Portuguesa (UAP) y de la Federación Española de Grupos Anarquistas, y con contactos tales como le conferencia de Évora entre representantes de la CNT y de la CGT portuguesa. "En 1923, relata Manuel Pérez, cuando el Comité Nacional estaba ubicado en Sevilla, y yo era componente del mismo, celebramos la primera reunión preparatoria, y esta fue el llamado "Pleno de Évora", al cual asistieron Sebastián Clara y Ferrer Alvarado por España y Joaquim de Souza y Santos Arranha por Portugal. En principio fue acordada la fundación de la Confederación Ibérica del Trabajo, idea esta que se abandona más tarde..."[113]. Había en cambio algunos motivos para poner en marcha el enlace entre los anarquistas, mucho más realizable. Tanto los anarquistas españoles como los portugueses eran contrarios a un sindicalismo autónomo, si bien nunca van a coincidir sobre la fórmula propuesta del "movimiento obrero anarquista" por medio de la trabazón, el cual garantizaba la pureza doctrinal al resucitar el esquema bakuniniano de la organización dentro de la organización. El anarquismo luso busca la eficacia del anarquismo por medio de la propaganda y de la actuación de los militantes libertarios, siempre manteniendo las organizaciones separadas (Ver Anexo nº 1).

La diversidad de circunstancias impidió que de las opiniones encontradas surgiera la ruptura. En Marsella, Manuel Pérez impulsó con el portugués Manuel Joaquim de Souza la próxima celebración de la conferencia fundacional de la FAI, con el Comité de Relaciones en Lisboa, a la sombra de la legalidad allí subsistente. Solo que el golpe militar cambiará la situación. El órgano de la

[112] "El Congreso de Marsella", *La Protesta*, 6-VII-1926.
[113] Manuel Pérez, *30 años de lucha*, p. 73.

UAP, *O Anarquista* describirá en su séptimo número el inmediato proceso constituyente del anarquismo peninsular.

Más allá del valor simbólico de la unión con los libertarios portugueses, mayor importancia revistió la reunión en Manresa, según J. Termes, el 20 de marzo de 1927, de un Pleno regional de la Federación de Grupos Anarquistas de Barcelona, antecedente directo de la Conferencia de Valencia. La reunión giró en torno a un cuestionario elaborado por la Federación Nacional de Grupos Anarquistas de España, en cuyo marco confluían tanto el tema de la posición política del anarquismo como la ofensiva lanzada desde *El Productor,* cuyo grupo intervino en algunos de los puntos capitales del Pleno. Entre los asistentes figuraban representantes de varias comarcales de grupos catalanes, la Federación Local de Barcelona (con cuatro grupos, uno de ellos "El Productor", léase Buenacasa), los Comités de Relaciones Anarquistas de Cataluña y de España, y a título informativo un delegado de la CRT de Cataluña.

La ambigüedad prevaleció en temas tales como las prioridades del anarquismo, prácticamente todos los posibles, incluida "la fe en nosotros mismos", o en la postura de cara a una acción contra el régimen: "en el momento de una revolución que los agitadores libertarios puedan impulsarla hacia las concepciones anarquistas". Otra cosa fue el punto sexto, sobre la conveniencia de que fuera creada un enlace entre la organización específica y la sindical, decidiendo, por iniciativa de "El Productor", y "después de un largo debate", la organización por el Comité de la CRT de Cataluña, ganado para el anarquismo, de un Pleno conjunto de ambas organizaciones "en donde se discuta y se decida la proposición presentada por 'El Productor' consistente en que las dos organizaciones complementarias, sindical y de afines, se junten, pero federativa y autónomamente, formando un organismo de enlace, esto es, federaciones generales, locales, regionales, etc. Integradas por elementos representativos de los grupos y las federaciones de erstos, y de los sindicatos y sus federaciones"[114].

De forma complementaria, el punto noveno abordaba la posible creación de una Federación Ibérica de Grupos Anarquistas "ante la española de grupos"[115]. La respuesta fue positiva. En una próxima reunión habría de constituirse la Unión o Federación Anarquista Ibérica, por fusión de la Federación portuguesa, la española y la de grupos de lengua española en Francia.

Como consecuencia del Pleno Regional se editó en Barcelona un "boletín mensual de movimiento y propaganda libertarios", titulado *El Anarquista*, del cual tuvimos en nuestro poder un ejemplar correspondiente a mayo de 1927[116]. Su objeto era impulsar la organización peninsular, desde una gran penuria de medios. El editorial "Adelante, siempre adelante" denunciaba la represión in-

---

[114] Resumen oficial de las actas del pleno, *Tiempos Nuevos*, nº 88, 16-VI-1927.

[115] *Ibidem*.

[116] El boletín se encontraba en el interior de una revista adquirida en el mercado de libros de la Cuesta de Claudio Moyano en Madrid. Pasado el tiempo, estando invitado en mi casa Casimir Martí, entonces director del Arxiu Nacional de Catalunya, le presté el ejemplar para que fuese restaurado en dicho archivo y conservada allí una copia. Nunca más volví a ver *El Anarquista*.

ternacional contra el anarquismo, desde la amenaza de extradición que en Francia recaía sobre Durruti, Jover y Ascaso, al tema Sacco y Vanzetti. El periódico se hacía eco de los intentos de reorganización confederal a partir de Francia y propugnaba el desarrollo de la "organización anarquista" en medios rurales.

En tal dirección, tuvo lugar en Valencia, el 18 de mayo de 1927, la organización de los anarquistas levantinos: la Federación de grupos anarquistas de Valencia se constituía como Federación local. Más que el detalle orgánico, contaba el énfasis puesto al comunicar el acontecimiento a *La Protesta,* subrayando el derecho del anarquismo a dirigir la CNT: "Y es por ello por lo que la Confederación, nacida al abrazo amoroso en el himeneo espiritual entre la fuerza y la idea, entre la acción y el pensamiento, es nuestra creación, y por ello tenemos el indiscutible derecho de encauzar y propiciar sin eufemismos ni equívocos nuestro propio movimiento"[117]. La CNT era, pues, propiedad del anarquismo.

La Conferencia nacional de Valencia, que en los días 24 y 25 de junio dio vida a la Federación Anarquista Ibérica, aparece así como conclusión lógica de un proceso de debate y toma de conciencia por parte de los anarquistas españoles respecto de la exigencia de ejercer su control sobre una CNT orientada al "comunismo libertario", como dictaminara el Congreso de 1919. La fórmula transmitida por los anarquistas argentinos al grupo "El Productor" supondrá antes una directiva sobre los cauces para adquirir tal hegemonía que un patrón cerrado al que la FAI ajuste su trama orgánica. La "trabazón" nunca será adoptada de acuerdo con el complicado esquema de "El Productor", pero sí significará la presencia de sus hombres en las posiciones de poder dentro de la CNT, y hasta que ese fin se obtenga entre 1931 y 1933, un ataque permanente a los líderes sindicalistas, siempre dentro de la limitación de medios que prevalece hasta el fin de la Dictadura.

La Conferencia reunió junto a la dehesa de El Saler (Valencia) —según Domingo Torres que participó por su grupo "Paso a la verdad"—, a la mayor concentración alcanzada durante la Dictadura. Asistieron delegaciones de la Federación Nacional de Grupos Anarquistas (secretariado de Relaciones), las Regionales de Levante, Andalucía y Cataluña; provinciales de Castellón y Alicante, locales de Granada, Elda, Sevilla, Madrid y Valencia, más ocho grupos valencianos y uno catalán, "Sol y Vida". También estuvieron la Unión Anarquista Portuguesa, las Regionales de Cataluña y Levante de la CNT y un delegado de la Federación Regional de Grupos Anarquistas del Sena y del Secretariado Anarquista Internacional, ambos de París. Por falta de medios no pudieron asistir, ni el secretario de la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española en Francia —"Juanel" [Juan Manuel Molina] según César M. Lorenzo—, ni agrupaciones y publicaciones libertarias (*Acción Social Obrera* de Sant Feliu de Guixols y *La Revista Blanca).* Las iniciales M.B. sugieren que tampoco estuvo Manuel Buenacasa.

[117] "Cartas de España sobre el anarquismo en el movimiento obrero", *La Protesta,* 25-VI-1927.

El acuerdo fundamental de la Conferencia fue el establecimiento de una federación cuyo ámbito comprendería toda la península ibérica, encargada de coordinar la actuación de los grupos de afinidad, libres por su parte de operar libremente en el marco de "la unidad de acción y la propaganda". Formarían el nuevo organismo la Unión Anarquista Portuguesa, la Federación Nacional de Grupos Anarquistas de España y la Federación de G.A. de lengua española de Francia. No se nombraría nuevo comité, rotándose entre los existentes a partir de la UAP. La Conferencia ratificó la negativa a establecer alianzas políticas con otro grupo que no fuera la CNT. En todo caso, se intervendría sobre el movimiento ajeno para transformarlo en una revolución libertaria, "procurando apartarlo de la dirección política y encauzar la acción popular a destruir todos los poderes y organizar libremente su vida"[118].

Sobre el tema organizativo, un punto del orden del día hubiera debido dedicarse al examen del proyecto elaborado un año antes por el anarquista ruso Piotr Archinoff, la Plataforma de Organización de los Anarquistas, que en contra del modelo pluralista del francés Sébastien Faure —"la síntesis"— propugnaba, en este aspecto próximo a Santillán, una homogeneización ideológica y orgánica de los anarquistas a efectos de acometer la revolución. Tuvo un eco limitado entre los españoles, salvo en el grupo "Verbo" de Béziers que publicó el texto de Archinoff como folleto, luego en el grupo "Redención" de Alcoy, más algún militante aislado. La criticaron en cambio Federica Montseny, Santillán y, desde *Cultura proletaria* de Nueva York, Miguel Jiménez. En la Conferencia de Valencia no pudo ser discutida por carecer aún de traducción. Luego fue olvidado, como el propio Archinoff que acabó regresando a la URSS.

En cambio, la "trabazón" fue aprobada. Habían triunfado así todos los principios enunciados desde 1922 por *La Protesta:*

> "Se entiende no ser posible la unidad de clase, que el sindicalismo persiguiéndola ha fracasado y que por ello hay que buscar la unidad anarquista. Que la organización obrera no es solo por mejorar la clase, que ha de labrar la emancipación y como esta es posible en Acracia debe hacerse por medio también del anarquismo.
>
> Que debe volver la organización obrera al anarquismo, tal como lo estuvo antes de disolverse la Federación Regional Española y crearse al margen la organización anarquista por grupos, procediendo a juntarse ambas organizaciones, pues el movimiento ácrata no solo ha de preocuparse de todos los restantes problemas, desentendiéndose del económico. Se resuelve propagar esto y que los grupos, sus federaciones y el CN inviten a la organización sindical y al Comité de la CN del T a la celebración de plenos o asambleas locales, comar-

[118] Las citas proceden de la síntesis del acta, remitida por Miguel Jiménez, autor asimismo del comentario "La unidad en la anarquía". *La Protesta*, nº 5.790, 2-XI-1927 (ver Anexo II).

cales, regionales y nacionales de ambas organizaciones, proponiendo la inclusión de la organización de sindicatos en el movimiento anarquista..."[119].

Vía *La Protesta* y *El Productor,* el proyecto de la CNT-FAI estaba ya diseñado, y según el texto de la resolución ponía de relieve, ello implicaba una recuperación de otro diseño, el de Bakunin con su Alianza para hacerse con el control de la Internacional.

3.5. De la "unión moral" al "deslinde de campos"

A partir de 1927, el exterior cuenta menos en la vida confederal, y no porque en el interior mejoren las cosas, sino porque la Federación de Grupos de Lengua Española en Francia reduce considerablemente sus actividades bajo la presión de la policía francesa. Desaparece también la Editorial Internacional Anarquista. Sus órganos de prensa procedentes de la etapa anterior, *Acción* y *Tiempos Nuevos,* son prohibidos y fracasan los intentos de cubrir su vacío, desde Limoges primero y luego desde Bruselas, con *La Voix Libertaire*. En parte, el declive se ve compensado por la actuación de los sindicalistas españoles reunidos en los "cuadros sindicales" dentro de la Confederación General del Trabajo Sindicalista Revolucionaria CGTSR, que intentan colaborar con las iniciativas del interior. Bruno Carreras desempeña allí un papel similar al de Juan Peiró en España, tratando por todas las vías de mantener la organización. Se desvanecen la conexión portuguesa, por la situación política, y la argentina, una vez logrado el objetivo y disuelto el grupo "El Productor".

Al constituirse en noviembre de 1926 la CGT sindicalista revolucionaria, escindida de la CGT y fiel al postulado de la acción directa[120], muchos anarcosindicalistas españoles residentes en Francia creyeron resuelto el problema de su militancia, formando en su interior "cuadros sindicales" con un carnet propio de "adherido a la CNT en los cuadros sindicales del extranjero". Un amplio espectro anarcosindicalista, desde Liberto Callejas y Carbó a Emilio Mira y Joan Manent, hombre próximo a Peiró, firmaron un manifiesto proponiendo "construir en cada localidad donde existan emigrados españoles un grupo de la CNT" que sirviera de estímulo a los militantes del interior y, en el futuro, de núcleo para reorganización del "formidable reducto del anarquismo español, destruido por la represión"[121]. Otras actividades, como la ayuda pro-presos españoles y la formación mediante publicaciones, serían coordinadas por un comité residente en Paris.

---

[119] *Ibidem.*

[120] Jean Maitron, *Le mouvement anarchiste en France,* II, París, 1975, pp. 77.

[121] "Los trabajadores españoles refugiados en Francia, por la Confederación Nacional del Trabajo", *Tiempos Nuevos,* nº 83, 31-III-1927.

Entre conspiraciones fallidas, encarcelamientos y suspensión de publicaciones, los intentos de reorganizar la Confederación resultaron agostados. Además la cautela sindicalista es visible cuando hacia 1927 después de un Pleno celebrado en Sabadell un Comité Nacional residente en Mataró, con Peiró al frente, trata de coordinar actuaciones con un Comité Nacional Revolucionario, formado en Badalona por grupos anarquistas y encabezado por Armando Artal. El CNR entró en contacto con el capitán Fermín Galán, recluido en Montjuïc y surgió la idea de coordinar una movilización de tropas con una huelga general. A pesar de que con Peiró se encontraban otros prestigiosos militantes —Hermoso Plaja, Antonio García Birlán 'Dyonisios' —, no hubo manera de calmarles y el fugaz entenbdimiento se rompió[122]. El verdadero problema, no obstante, residía en la nueva legislación social de la dictadura, la cual, con el decreto-ley de 26 de noviembre de 1926, establecía la Organización Corporativa Nacional.

Todos y cada uno de los elementos de la ONC tendían a imponer una pirámide de instrumentos de mediación obligatorios para resolver los conflictos laborales, en torno al eje de los comités paritarios[123]. La acción directa se volvía literalmente imposible, surgiendo así un nuevo obstáculo a la vida legal de la CNT, forzada a amoldarse a un marco normativo incompatible con sus principios. La reacción del legalista Peiró fue inequívoca, una vez respondida la crítica de cierto "Cardenio" que desde la cárcel acusaba a los dirigentes de pasividad. También desde la cárcel, recluido en la Prisión Celular de Barcelona, Peiró despejaba cualquier duda: nunca aceptaría una legalización "con olvido completo de los principios y normas de la CNT": "O reformismo o no hay organización, por lo menos en Barcelona. ¿Qué hacer, pues? Yo me quedo sin reformismo y sin organización, si ello ha de levantarse con mi contribución personal"[124].

Peiró había de mantener su posición hasta la caída de la Dictadura, y esto ya desde el primer momento apunta al enfrentamiento de 1929 con Pestaña, dispuesto a evitar la clandestinidad haciendo "las concesiones que las circunstancias nos imponen" para reorganizar los sindicatos", y que se encontró con la rápida respuesta de "Cardenio", aduciendo que subsistían sindicatos legales en Galicia, Asturias, Gerona, Palma y Andalucía[125]. Las iniciativas se sucedían, sin mayores resultados. El sindicalista Juan López puso en marcha unas "Peñas obreras de Barcelona y sus contornos", constituidas en abril de 1927 para aglutinar a los militantes confederales en torno a la ayuda a los presos, si bien parte de la recaudación fue robada por el cajero[126]. Por su parte, una vez constituido a partir de los "cuadros sindicales" el Comité Provisional de la Agrupación de Emigrados en Francia de la CNT de España (AIT-CNT-CGTSR), su secre-

[122] Pere Foix, *Apòstols i mercaders*, México, 1957, pp. 185-186.

[123] Práxedes Zancada, *Derecho corporativo español*, Madrid, s.a., pp. 234-235.

[124] Juan Peiró, "Ni dormido, ni comodón", *Acción Social Obrera*, 28-V-1927.

[125] Ángel Pestaña, "Pido la palabra", *Acción Social Obrera*, 21-V-1927; "Cardenio", "Réplica a Pestaña", *ASO*, 11-VI-1927.

[126] *Acción Social Obrera*, 21-V-1927.

tario Bruno Carreras recomendó conjugar la experiencia de los "cuadros sindicales" y la unidad moral[127]. El llamamiento fue refrendado por los presos anarquistas de la cárcel de Barcelona, entre ellos Juan García Oliver, siempre en apoyo de la unión moral[128]. La fórmula francesa pareció triunfar. "Cardenio" propuso que en todos los lugares de España se constituyeran cuadros de militantes para realizar la unión moral[129]. En el nuevo clima de optimismo, Juan Peiró llegó a proponer la reaparición de *Solidaridad Obrera*[130].

El que no estaba por favorecer la recuperación era el general Martínez Anido, dispuesto a corregir la tolerancia de sus subordinados. La publicación de una nota del Comité pro-presos de Madrid le lleva a ordenar la suspensión de *El Despertar Marítimo* de Vigo[131]. A *Acción Social Obrera,* convertida en cauce fundamental de las ideas anarcosindicalistas, le llegó su turno el 27 de octubre de 1927, esta vez por iniciativa del gobernador civil "por el espíritu revolucionario y de rebeldía que inspira alguno de los artículos últimamente publicados" e insertar sueltos previamente tachados por la censura. La suspensión era indefinida[132]. Reapareció nueve meses más tarde, el 14 de julio de 1928, lanzando de nuevo el tema de la unión moral con un artículo de Pestaña. Lo mismo iba a sucederle a *El Despertar Marítimo,* de Vigo, sucedido en marzo de 1928 por *¡Despertad!,* siempre con José Villaverde como director. La represión de las publicaciones no era tan intensa como la que recaía sobre organizaciones y militantes.

Los primeros pasos de la FAI se dieron lejos del clima de enfrentamiento vigente con anterioridad, de manera que el esbozo de trabazón no generó mayores conflictos, dado que lo esencial era aunar esfuerzos contra la Dictadura. Lo reflejan los dos plenos celebrados por la recién nacida FAI, uno en Barcelona (18 de diciembre de 1927) y otro en Madrid (enero de 1928), reunidos clandestinamente, Al primero corresponde la iniciativa de la Delegación Comarcal de Sant Feliu de Guixols sobre el tema central de "la situación política de España, la unión moral y la organización de sindicalistas y anarquistas", recuperando la consigna de "unión moral" antes planteada por Pestaña. De ahí procede la convocatoria del un Comité Nacional encargado de dar forma a "en toda España la Comités de acción regionales, comarcales y locales, con el objeto de acabar pronto con la presente Dictadura", lo cual implicaba acción conjunta de FAI y CNT, lo mismo que en los Comités pro-presos[133].

---

[127] Bruno Carreras, "Puntualizando", *Acción Social Obrera,* 9-VII-1927.

[128] "A todos", *Acción Social Obrera,* 30-VII-1927.

[129] "Cardenio", "Hacia el acuerdo", *Acción Social Obrera,* 20-VIII-1927.

[130] Juan Peiró, "Por *Solidaridad Obrera,* diario", *Acción Social Obrera,* 1-X-1927.

[131] Telegrama de 2-VI-1927, AHN, Gobernación, leg. 49 A. La suspensión se materializó el 30 de junio, según *Acción Social Obrera.*

[132] AHN, Gobernación, leg. 49 A. En el momento de la suspensión dirigía el semanario Joaquín Raurich. *Acción Social Obrera* había comenzado a publicarse en Palafrugell, siendo acordado el 23 de febrero de 1919.su traslado a Sant Feliu de Guixols por una Asamblea general de Sindicatos de la industria corcho-taponera. En Sant Feliu se publicó desde el nº 49, de 22 de marzo de 1929 a la citada suspensión y en la segunda época, de 1928 a 1932.

[133] Rafael Salazar Alonso, *La justicia bajo la Dictadura,* Madrid, 1930, pp. 220-221.

Al Pleno Regional de Barcelona asistieron ya conjuntamente delegaciones de la CNT y de la FAI, y otro tanto sucede cuatro semanas más tarde en el Pleno Nacional de Madrid, en los días 15 y 16 de enero de 1928. Estuvieron representados el Comité Regional de Cataluña de la CNT, el de la "Asociación Anarquista" (sic, debe tratarse del Comité Regional de Acción), los Cuadros Sindicales de Francia y los Comités y grupos anarquistas de Levante, Castilla y Andalucía, adhiriéndose Acción Social Obrera de Sant Feliu, y los Comités regionales de Aragón y Navarra (sic, debe tratarse del Regional de Aragón, Rioja y Navarra).

El punto primero del Pleno de Madrid consistió en la discusión del informe del delegado al Congreso de Lieja de la AIT. El nombre citado es Fargo, posible transcripción errónea de Carbó. No era el tema esencial y todo se redujo a una aprobación de las decisiones internacionales, con una reserva para reconsiderar el asunto en una ulterior conferencia. El eje del debate residió en las relaciones a establecer entre la Confederación y la recién nacida FAI, que como veremos ve rechazada en principio su propuesta de trabazón, pero luego la introducirá cuando se debata sobre cómo organizar la acción revolucionaria para derribar al régimen. Por su importancia en el proceso de vinculación de la FAI a la CNT, reproducimos los sucesivos extractos de actas, tomados de dos fuentes diferentes. La defensa inicial de autonomía de la organización sindical cederá paso a dicha vinculación cuando se aborde la acción revolucionaria, siempre en un marco de clara divergencia de posiciones, que precede a la cuadratura del círculo alcanzada, con enlace de CNT y FAI en el Comité de acción revolucionaria y recuperación de la independencia al regresar a la normalidad:

"El punto 2 se ocupó de la actitud del Comité Nacional de la CNT ante la Federación Anarquista Ibérica. Se desarrolló una larga discusión sobre este punto en torno a la posición del anarquismo respecto del sindicalismo. Mientras que los representantes de la Federación Anarquista Ibérica se pronunciaban por una colaboración entre los diferentes Comités, algunos otros delegados se pronunciaron por una independencia completa del Comité Nacional de la CNT. Finalmente fue tomada una decisión que dice:

> Considerando que la CNT es un hoy una organización de masas que aspira a la completa liberación, el Comité Nacional de la CNT es el representante idóneo para todas las conversaciones.
>
> Considerando que de acuerdo con la conferencia presente, aprobamos toda acción revolucionaria para la supresión de la Dictadura, la delegación de Galicia propone que la FAI conserve su independencia, lo mismo que la CNT. Ambas apoyan las acciones que emprenda el Comité revolucionario de acción que fue formado por estas organizaciones, compartiendo las responsabilidades. Al regresar a una situación normal, cada organización recupera la esfera de actividad que le es propia: el Comité nacional revolucionario podrá entonces considerar realizada su tarea y disolverse"[134].

[134] "Espagne", *Le Combat Syndicaliste*, nº 15, octubre 1928 (traducción de A.E.).

La propuesta de unión de todos en la actuación revolucionaria fue planteada por el comité regional catalán de acción, siguiendo el acuerdo de que trabazón fuese efectiva en el interior de los comités pro-presos:

> "(...) que el Comité pro-presos nacional, a residir en Madrid, *integrado por sindicalistas y anarquistas*, con informe de los regionales y locales, decida sobre la inocencia o culpabilidad de toda clase de presos, aunque lo sean por atraco, y a quienes ha de prestar solidaridad; recaudación de fondos en combinación con la cotización de los sellos confederales y del Único Nacional; residencia en Barcelona del Comité Nacional, creación del carnet y tirada de un manifiesto puramente revolucionario, sacando a luz todas las inmoralidades llevadas a cabo por la dictadura gobernante, para cuya tirada cuenta con la ayuda eficaz de los Cuadros Sindicales de Francia"[135].

Con mínimos cambios de redacción, el Pleno de Madrid reproducía los acuerdos del Pleno de Sant Feliu de Guixols en cuanto a organizar la acción revolucionaria. A su lado estaban el objetivo de la reorganización, con la creación del carnet y la localización del Comité Nacional en Barcelona (será probablemente el presidido por Juan Peiró). La CNT tomaba la senda revolucionaria, en la cual registrará reiterados fracasos en los dos años sucesivos. La coyuntura de clandestinidad y conspiración favorece la presencia de la FAI, sin resolver la cuestión que luego estallará y que venía agitando los medios confederales desde 1922: ¿cómo resolver el supuesto de autonomía sindical ante la presión de una organización anarquista que sobre la base de la resolución del Congreso de la Comedia exhibe la ortodoxia doctrinal? La ausencia de una vida sindical pública aplaza el conflicto hasta 1931, pero sería un espejismo creer —como proponen las interpretaciones según las cuales la FAI en su etapa inicial apenas cuenta— que su presencia no modifica ya los datos del conflicto ideológico que la CNT viene arrastrando a lo largo de la década.

Paralelamente, el centro geográfico del anarcosindicalismo español, en cuanto a la difusión doctrinal, regresa a la península. Cuenta aquí la creciente acción represiva de la policía francesa, que recurriendo a las deportaciones impide el funcionamiento normal de las organizaciones de militantes exiliados, y a partir de 1927 impide en la práctica la publicación de periódicos libertarios en lengua española. De ahí el reducido alcance de proyectos tales como la formación de cuadros sindicales dentro de la CGTSR francesa, concebidos en principio como germen de la reorganización en el interior. La prensa anarcosindicalista se ve forzada a trasladarse a Bélgica, pero los sucesivos ensayos entre 1928 y 1930 —*Rebelde, Verbo Nuevo, La Voz Libertaria*— no compensan la

[135] Rafael Salazar Alonso, *La justicia bajo Primo de Rivera*, Madrid, 1930, pp. 221-222.

pérdida de *Acción* y de *Tiempos Nuevos*. Tanto en la gestación de las conspiraciones como en la divulgación doctrinal el ámbito de actuación será España, a pesar de que se mantenga la presión de la Dictadura, cuyas consecuencias negativas gravitarán especialmente sobre el sector sindicalista, ya que la supervivencia de los grupos ofrecía muchos menos problemas que la vida sindical. Ello se traducirá, como veremos, en un estado permanente de inseguridad personal y estratégica de los dirigentes, reflejado en las crisis de 1929, primero en la confesión de fracaso de Peiró al frente del Comité Nacional y por fin en el intento a la desesperada de Pestaña, de reorganizar los sindicatos aun a costa de aceptar la legalidad de la Dictadura.

La conjunción anarcosindicalista persistió en el interior de España, por lo menos en los primeros meses de 1928. Un nuevo Pleno Nacional, reunido clandestinamente el 16 de junio de 1928 en Barcelona, congregó a las mismas entidades que el de Madrid, más otros menores de Vascongadas y Navarra, y el Regional de Galicia. La alianza sigue, al dar "un voto de confianza al Comité nacional para que marchara de acuerdo con el de Acción Revolucionaria y el de la Federación Anarquista Ibérica" y "que los tres Comités asuman la responsabilidad de la acción revolucionaria" para que una vez vueltos a la normalidad quede cada uno en el lugar que le corresponda como organismo, desapareciendo el Comité nacional de Acción Revolucionaria". Pero también "un acuerdo en firme que cada delegado deberá conservar en la memoria hasta el fin de la labor". Debía tratarse del nombramiento de una delegación de la CNT en el Comité revolucionario presidido por el exministro conservador Sánchez Guerra. En aquel Pleno, celebrado no lejos de Mataró, Peiró como secretario del Comité Nacional hubo de emplearse a fondo para vencer la desconfianza anarquista.

Una situación similar se da en Francia, con una organización de grupos anarquistas tan en caída libre que el Pleno reunido en Lyon, los días 19 y 20 de febrero de 1928, solo acuden nueve delegados, que reafirman "la forma de grupo" como la más adecuada, así como el objetivo del comunismo libertario. El aval buscado por los "cuadros sindicales" no llega y sí solo la voluntad de mantener "armónicas relaciones"[136]. También se reducen al mínimo las publicaciones libertarias en Francia, una vez prohibida *Tiempos Nuevos* el 21 de marzo de 1928 y expulsados del país sus redactores.

Solo quedó *Prismas* de Béziers, dirigida por el valenciano Francisco Morales, miembro del Grupo Verbo, que la debió mantener hasta el 25 de noviembre de 1928, sirviendo para discutir proyectos organizativos como la plataforma del grupo anarquista ruso *Dielo Truda,* y al mismo tiempo de portavoz de la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española y de la recién nacida FAI[137]. En el orden ideológico, un fondo publicado en octubre de 1927 declara su adhesión al proyecto de acción revolucionaria en la Península Ibérica,

[136] *Prismas*, Béziers, nº 11, mayo 1928.

[137] Sobre las expectativas revolucionarias de *Prismas* y su director, Archives Nationales, F7-13443.

"estudiando un plan definitivo, que intentarán llevar a la práctica, de acuerdo con la organización de España y Portugal"[138]. Esa organización era obviamente la FAI, de la cual *Prismas,* si bien no publica el acta de constitución, sí lo hace con su primer manifiesto de enero de 1928.

Se trataba de un corto comunicado "A todos los anarquistas y simpatizantes", donde el Comité Peninsular de la FAI, radicado ya en España, anunciaba nuevas publicaciones anarquistas, y no sindicalistas, para poner en marcha una suscripción destinada a editar un diario. También da cuenta *Prismas* de un germen de escisión en Valencia, porque los sindicalistas no admiten representación de los grupos en sus comités; pronto dos asistentes catalanes a la Conferencia de Valencia puntualizan que trabazón es enlace y no interferencia. Un artículo de Magriñá celebra la formación de la FAI y sus posibilidades de lucha contra el sindicalismo[139]. Menos optimista es la colaboración de Buenacasa en el mismo número, por el bajo índice de militancia. Sus cálculos son de cuatro mil trabajadores anarquistas, de ellos solo cuatro docenas escasas organizados, y de unas veinte docenas de organizados sobre veinte mil "sindicalistas libertarios" potenciales"[140].

La CNT y la FAI vivían una contienda de palabras, encaramada sobre una realidad sumamente precaria. Cobraba fuerza por consiguiente la intención de adaptarse bajo una u otra máscara a la normativa impuesta por el dictador. En un artículo cargado de desesperanza, titulado "Alea jacta est", Peiró sitúa a los confederales ante un dilema, "o someterse al sistema corporativo o desaparece como colectividad", y él elegía la desaparición. Los Sindicatos Libres lo celebraron hasta el punto de reproducir el texto de Peiró en su semanario *Unión Obrera*[141].

La única vía abierta era la de una adecuación al orden normativo vigente, y es lo que va a intentar Ángel Pestaña, partiendo de su consigna de unión moral, que preside su artículo en el número de la reaparición de *Acción Social Obrera,* en julio de 1928[142]. De hecho deshacía la aspiración de concordia reflejada en el lema, ya que su propósito consistió en fijar unos objetivos a la unión moral[143]. Lo que sí propició es un amplio debate en torno a lo que podía hacerse a partir de la unión moral. Muy próximo a Ángel Pestaña, Juan López aprovechó la ocasión para proponer de modo casi obsesivo "un deslindamiento de campos", a partir de la fijación de un objetivo claro, implícitamente el sindicalismo[144]. Le relevó Pestaña, girando siempre en torno a la unión moral,

---

[138] *Prismas,* octubre 1927.

[139] "La organización anarquista", *Prismas,* nº 8, diciembre 1927.

[140] Manuel Buenacasa, "Organicémonos", *Prismas,* nº 8.

[141] Juan Peiró, "Alea jacta est", *¡Despertad!,* nº 6, 20-V-1928, cit. apud "La CN del T y los Sindicatos Libres según el anarquista Juan Peiró", *Unión Obrera,* Barcelona, 8-VI-1928.

[142] *ASO,* nº 1, 14-VII-1928.

[143] Ángel Pestaña, "Unión moral, sí; pero, ¿para qué?", *Acción Social Obrera,* 2ª época, nº 1, 14-VII-1928.

[144] Juan López, "Alcance social del sindicalismo", *ASO,* nº 4, 4-VIII-1928; "La unidad moral debe responder a la unidad orgánica", *ASO,* nº 2, 21-VII-1928; "Acción social del sindicalismo de tendencia", *ASO,* nº 3, 28-VII-1928.

para subrayar que los trabajadores debían aceptar las exigencias de la legalización; "nosotros no podemos aceptar, si bien ello tampoco significaba quedar fuera, siendo preciso quedarse como "minoría de oposición, de orientación, de capacitación, y siempre y en todo momento, los paladines de la labor cultural a realizar"[145]. Pero la idea de fondo no ofrecía dudas: "El que no puedan ni deban reorganizarse los Sindicatos con arreglo a la estructura orgánica que tenían ayer, no niega la necesidad de organizase hoy. Al contrario"[146]. Era una rendición en toda regla, cubriendo cuidadosamente el papel de promotores de los notables de la CNT con la renuncia a los cargos directivos y, para señalar la lealtad al pasado, la constitución de una "Unión de Militantes de la Confederación", como no, a efectos de concretar la unión moral y "para realizar más eficazmente los objetivos señalados"[147]. A modo de último complemento, a fines de año fue promovido un "Grupo Solidaridad", del cual, además de Pestaña y sus más próximos, debían figurar Villaverde y Peiró[148].

La distinción entre masas y minorías dirigentes es capital en el esquema de Pestaña. Las segundas han de analizar las necesidades del conjunto de trabajadores y asumir el papel de gestores de sus intereses, por encima de las propias ideas. El manifiesto fundacional de la Unión de Militantes, en abril de 1929, responde a este planteamiento. Toda organización requiere la gestión rectora de "un jefe investido de la mínima autoridad", y en la situación presente a ello se añadía el carácter de la Unión como "una tendencia deseosa de mantener intangibles los postulados" de la antigua CNT. La definición ideológica se inclinaba hacia el sindicalismo revolucionario y a recordar la "moción política" de 1922, pues los trabajadores debían intervenir en los problemas políticos y sociales[149]. La conciliación entre sindicalismo de origen cenetista y sindicalismo corporativo era eludida, pero en el fondo constituía la razón de ser de la Unión de Militantes, nacida en la mente de Pestaña como reserva doctrinal de la minoría rectora, dada la exigencia de ceder ante una realidad desfavorable.

Sobre un fondo de cordialidad, reflejado en la carta de 4 de enero de 1929 —donde advierte "que la Unión de Militantes, según sus bases en proyecto, ha de ser fundamentalmente anarquista"[150]—, Peiró desconfía de que el verdadero fin de la maniobra de Pestaña consista en impulsar a fondo la sindicación profesional. Lo explicará en un artículo titulado "El deber de las vestales", destinado a permanecer durante décadas en las memorias de los antiguos cenetistas:

> "La CNT no debe ni puede conformarse al incoloro sistema de sindicación profesional, y mucho menos al sistema corporativo, que es ne-

[145] Ángel Pestaña, "En torno a la unión moral. Primer objetivo", I, *ASO*, nº 15, 20-X-1928.
[146] Ángel Pestaña, "Primer objetivo", III, *ASO*, nº 16, 27-X-1928.
[147] Ángel Pestaña, "Tercer objetivo", II, *ASO*, n º 19, 17-IX-1928.
[148] *Acción Social Obrera*, 15-XII-1928.
[149] Unión de Militantes, "A todos", *¡Despertad!*, 13-IV-1929.
[150] Transcripción íntegra en A. Elorza, "La CNT bajo la Dictadura (II) (1923-1930)", *Revista de Trabajo*, nº 44-45, 1973-74, pp. 343-344. El trabajo citado comprende una descripción mucho más extensa del proceso, pp. 315-405.

> gación de la libertad sindical. Tal vez la sindicación profesional y el sistema corporativo no tienen otro objeto que invalidar la personalidad de la CNT, la cual se inspira en el lado opuesto del oportunismo sistemático y es enemiga de los redentores profesionales, de los que de la caza de uno o varios cargos burocráticos han hecho la más alta de las aspiraciones"[151].

Peiró fue inmediatamente apoyado por la Federación Local de Barcelona, que sentó un criterio muy claro: "El que no está en la CNT o con la CNT debe estar al margen de ella, sin llamarse militante de la misma. No puede haber términos medios"[152]. A pesar del rigor de su posicionamiento, Peiró seguía defendiendo una actitud de tolerancia, inspirada en la unión moral y en la "síntesis" de Sébastien Faure. Algo bien diferente sucedía en medios libertarios, para los cuales la aparición de la Unión de Militantes venía a justificar una renovada oposición por parte de los partidarios del "movimiento obrero anarquista. Era así reactivada la línea intransigente de la FAI, que en el Pleno Nacional de 1928 habría anunciado una posible escisión de no confirmar la CNT su carácter anarquista[153]. El llamamiento de la FAI a la CNT de abril de 1929, por un Comité Peninsular residente en Sevilla, reitera el acuerdo de la Conferencia de Valencia, sobre la base de total afinidad entre ambas organizaciones, las cuales "al trabarse por medio de los Comités Generales, vendrán en armonizar y desarrollar tanto sus relaciones (...) como sus actividades"[154]. El objetivo final sería alcanzar "no solo la unión, sino la fusión" con la CNT, e incluso con las organizaciones portuguesas, dentro de la Confederación Ibérica del Trabajo[155].

El anarquismo andaluz había tomado ya la iniciativa, aun cuando veteranos como "Óptimos" (Rafael Peña) sigan defendiendo la unidad moral. En cambio, la serie "Por el movimiento obrero anarquista", publicada por José Rodríguez en *¡Despertad!,* resucita el planteamiento de *La Protesta*: contra la idea de un movimiento obrero "neutralista" la solución residía en el "movimiento obrero anarquista" forjado mediante la trabazón[156]. Más rotundo era aun Manuel Rivas, futuro secretario faísta del Comité Nacional en 1933, y que ahora escribe desde Sevilla: al "movimiento obrero anarquista" le correspondía el cometido de anular a "esta minoría que viene a combatir y a destrozar nuestro movimiento obrero anarquista"[157]. El documento contra la Unión de Militantes, firmado por cuarenta anarquistas sevillanos el 31 de enero de 1929, llevaba un título inequívoco: "¡Sí, puede haber escisión!"[158]. Algún tiempo después, la Fe-

---

[151] Juan Peiró, "El deber de las vestales", *ASO,* nº 28, 18-I-1929.
[152] Federación Local de Barcelona, "Hay que puntualizar bien", *ASO,* nº 30, 2-II-1929.
[153] Cit. por Juan López, "Las tendencias deben agruparse y definirse", II, *¡Despertad!,* 23-III-1929.
[154] "La Federación Anarquista Ibérica a la Confederación Nacional del Trabajo", *¡Despertad!,* 6-IV-1929.
[155] "La Federación...", *¡Despertad!,* 13-IV-1929.
[156] José Rodríguez, "Por el movimiento obrero anarquista", I, *¡Despertad!,* 13-X-1928.
[157] Manuel Rivas, "Consideraciones", *¡Despertad!,* 3-XI-1928
[158] J. Hernández, M. Rivas, y otros, "¡Sí, puede haber escisión!", *¡Despertad!,* 23-II y 2-III-1929.

deración Regional de Grupos Anarquistas de Andalucía cubría de insultos a los inspiradores de la Unión de Militantes —lo que propició un giro en la actitud de Peiró[159]—, en tanto que "fantasmas negros", "espíritus negadores", "espíritus mezquinos", "santones" "jefes" y autoritarios. De forma un tanto caótica, al incluir el sindicalismo en el denominador común de la anarquía, así como al reivindicar la inevitable unión moral, la Federación anarquista andaluza ve la solución en que la CNT, "hija espiritual de aquellos que a la FAI se deben integralmente", actúe "preñada por la savia ideal que por conducto directo de la FAI converge para sus entrañas por influencia de sus militantes"[160]. En una palabra, la CNT pertenecía a la FAI.

Por razones que desconocemos, una circular posterior de la FAI, en agosto de 1929, marca un distanciamiento respecto del "movimiento obrero anarquista" y del manifiesto de los grupos anarquistas andaluces[161]. Las aguas vuelven a su cauce con el último manifiesto faísta antes de la caída de Primo de Rivera, firmado en diciembre de 1929 y escrito como respuesta a las acusaciones de mediatización formuladas por Pestaña, donde los redactores se limitan a reproducir el esquema de la trabazón, con el consiguiente desenlace armonista, matizado eso sí con la concesión de autonomía: "De aquí la necesidad que tiene la CNT, si verdaderamente desea que su acción sea trascendental y demoledora, en el sentido más vasto y amplio de la palabra, de buscar un nexo con aquel organismo que coincidan sus procedimientos tácticos y que concuerden con su principio postulado, sin que por ello, repetimos, pierda su peculiar independencia"[162].

Entre tanto el debate en torno a la sindicación profesional veía sucederse réplicas y contrarréplicas, sobre el telón de fondo de la agonía de la CNT. Aplazada unos meses tras las polémicas que sigue a la aparición de la Unión de Militantes, la crisis del sector sindicalista estalla en la segunda mitad de 1929 como desenlace lógico de la dualidad de opciones ante las que se encontraba por la vigencia de la organización corporativa. Además las conspiraciones contra la dictadura fracasaban una tras otra. En enero de 1929, los sindicalistas apoyan sin grandes costes, salvo el intento de huelga general en Alcoy, el frustrado golpe encabezado por políticos constitucionales y militares bajo el liderazgo de José Sánchez Guerra. Pocos meses más tarde, teniendo en cuenta que el régimen tenía prevista una demostración de prestigio y de estabilidad al inaugurar la Exposición Internacional de Barcelona, una asamblea anarcosindicalista reunida el 3 de marzo en Barcelona, tomó el acuerdo de ir a la huelga general, contando supuestamente con apoyo militar, pero tropezó con la negativa del Comité Peninsular de la FAI, que desde Sevilla rechazaba la participación al intervenir

---

[159] Juan Peiró, "La lucha entre tendencias", *ASO*, 6-VII-1929.

[160] "La FAI, la CNT y la U. de M.", *ASO*, 8-VI-1929.

[161] "A todos los individuos y organismos adheridos a la Federación Anarquista Ibérica", *¡Despertad!*, 31-VIII-1929.

[162] "La Federación Anarquista Ibérica ante la Confederación Nacional del Trabajo", *¡Despertad!*, 28-XII-1929.

elementos políticos en la conspiración. Hacia la segunda quincena de mayo dimitió el Comité Nacional dirigido por Peiró. El camino quedaba abierto para que Pestaña relanzara el proyecto de sindicación profesional, a favor asimismo de su presencia en el nuevo Comité Nacional.

Su posibilismo sindicalista es explicado en una serie de artículos en *¡Despertad!* de Vigo, aparecidos entre el 1 de junio y el 23 de noviembre de 1929, bajo el rótulo común de "Situémonos". La curva iniciada con los debates sobre la "unidad moral" llegaba a su término. Para Pestaña, la única fórmula capaz de resolver el divorcio entre la minoría de leales a la CNT y la clase obrera, consistía en el retorno como fuera a la vida legal. La resolución del Pleno de Regionales de marzo de 1929, admitiendo que los Comités de la durmiente CNT "puedan mantener relaciones oficiosas con las entidades legalmente constituidas", formando incluso minorías de oposición en las mismas, servía de plataforma a Pestaña para impulsar la constitución de sindicatos profesionales[163]. Una renuncia hecha pensando en mantener "la multitud que ha de nutrir las filas sindicales de mañana"[164]. Para evitar el ingreso forzoso en los comités paritarios, bastaba con no plantear conflictos laborales.

Desde la primavera de 1928 funcionaba ya una Asociación del Arte Fabril de Barcelona y su Radio, con *Nuestra Voz* como órgano de prensa, que mantuvo "una actuación ficticia" llevada a cabo "con honradez", sin mencionar nunca a la CNT, hasta que pudo hacerlo en asamblea de 15 de marzo de 1930, tras la caída de Primo de Rivera[165]. Sobre su modelo nació en agosto de 1929 una Sociedad Obrera de la Industria Fabril y Textil de Sabadell, a la que sucedieron el Sindicato del Arte Rodado y el Sindicato Profesional de Zapateros en Barcelona. El 20 de octubre de 1929 tuvo lugar la constitución pública de la Unión Local de Asociaciones y Sindicatos Obreros (UASO), en la calle Guardia nº 12, que luego serviría de domicilio confederal.

Los notables del sindicalismo distaron de aprobar la maniobra de Pestaña. "Yo antes licenciaría las huestes, es decir, disolvería transitoriamente la organización", declaró Eleuterio Quintanilla[166]. Un editorial sin firma de *Acción Social Obrera* habla de las "conductas dudosas" de algunos "individuos que se reclaman del anarquismo y del Sindicalismo Revolucionario, y que llevan a cabo actividades relativamente privadas... en sentido inverso"[167].

El papel de fiscal correspondió, según era de esperar, a Juan Peiró, quien sin nombrarle ya había acusado a Pestaña en "El deber de las vestales", de llevar a la Unión de Militantes "por derroteros equivocados e impropios". Ahora, en la serie "Deslinde de campos", desde *Acción Social Obrera,* la calificación es aun más dura: "oportunismo suicida"[168]. La búsqueda de la legalidad dentro

[163] Ángel Pestaña, "Situémonos", VII, *¡Despertad!,* 23-XI-1929.
[164] Ángel Pestaña, "Situémonos", *¡Despertad!,* 10-X-1929.
[165] "El traspaso", *Nuestra Voz,* Barcelona, nº 23, marzo 1930, p. 1.
[166] "Un hombre y una idea", *ASO,* 12-X-1929.
[167] "Hay que desembozarse", *ASO,* 17-VIII-1929.
[168] Juan Peiró, "Deslinde de campos. Oportunismo suicida", III, *ASO,* 5-X-1929.

del orden corporativo nada tenía que ver con el propósito de mantener la vida legal en 1923: "y es precisamente esta diferencia que existe entre las dos legalidades —concluye—, lo que me hace insistir afirmando que la CNT no debe ni puede, en honor a su origen y a su historia, someterse a las imposiciones legales presentes". No hacía falta obstaculizar la sindicación profesional, si los trabajadores la deseaban, pero sin que los militantes de la CNT admitiesen una relación orgánica, salvo que tuviera lugar el regreso a la acción directa[169].

En medio de una tormenta de declaraciones encontradas, no faltaron quienes pusieron por delante la necesidad de acabar la polémica por entrañar ésta un riesgo de desaparición definitiva. Tal será la postura, inclinada hacia Pestaña, de los decaídos Cuadros Sindicales de emigrados en Francia[170], acompañados en el declive por la Federación anarquista, destrozada por los arrestos y las expulsiones[171].

Otros, como los militantes astur-leoneses, verosímilmente bajo la guía de Quintanilla, exigían a quienes actuaban como mentores de los "desviados" "que no lo hagan en nombre de la CNT, implícita ni explícitamente, y menos teniendo cargos en el Comité Nacional o en la CNT, o proclamándose afectos a ella o a sus principios"[172]. Por su parte, Peiró se mostraba cada vez más irritado, renunciando a toda entrevista con Pestaña que pudiera llevar a la conciliación, y más aún ante los ataques personales recibidos (de Juan López, Fontaura y Saltor). En carta dirigida al Comité Regional catalán, su condena se extendía al Comité Nacional del que Pestaña formaba parte: "yo no quiero reconocer, tratando con él, a un CN que tolera en su seno al causante de esa desviación incalificable, lo que me da derecho a suponer que todo el CN coincide en aceptar como buena esa misma desviación". "Ellos han escindido a la CNT —concluye— y con esa gente no cabe más que la guerra"[173]. El 4 de enero de 1930, el Comité Regional de Cataluña hacía llegar a José Villaverde, director de *¡Despertad!* un comunicado para suspender la inserción de notas sobre la polémica para "no desmoralizar a la clase obrera afecta a la CNT"[174]. Una semana después, la Federación Comarcal de Sant Feliu de Guixols hacía pública una medida similar[175].

A fines de 1929 la victoria del régimen sobre la CNT parece completa. El Comité Nacional publica un manifiesto en *¡Despertad!* "ante las dificultades del

---

[169] Juan Peiró, "Deslinde de campos. La CNT y la organización en los actuales momentos", IV, *ASO*, IV, 12-X-1929.

[170] Juan Soler, José Garroset y otros, "Lo que no puede continuar", *¡Despertad!*, 4-I-1930.

[171] La infiltración policial por medio de confidentes impedía toda actividad continuada. Entre 1929 y 1930 el Comité de Relaciones de la Federación de Grupos de Lengua Española residía en Lyon, probablemente a partir del Congreso de febrero de 1928. Al llegar la República fue disuelto, reconstituyéndose en 1932. Ver Archives Nationales, F7-13444 y siguientes. En todo caso, su incidencia sobre el interior en estos años fue nula.

[172] "Los militantes asturianos y leoneses de la CNT de España ante una polémica", *ASO*, 28-XII-1929 (reproducido también en *¡Despertad!*). Firmaban el documento cuarenta y tres militantes.

[173] J.P. [Peiró], "Al Comité de la CRT de Cataluña", 20-XI-1929. Reproducido en facsímil por A. Elorza, "La CNT bajo la Dictadura", II, p. 344.

[174] *¡Despertad!*, 4-I-1930.

[175] *Acción Social Obrera*, 11-I-1930.

momento", donde constata la pasividad de las organizaciones regionales, que responde a un "estado de descomposición". Andalucía "no da fe de vida", "con Galicia tampoco hay relación", en Baleares predomina "el decaimiento", desde Aragón, Rioja y Navarra "dicen que puede hacerse muy poco", de la Regional Norte no se sabe si existe, en ambas Castillas tienen "un radio de acción limitadísimo y que cada día se estrecha más", e incluso el Comité Regional de Cataluña no alcanza a mantener la relación con las organizaciones supervivientes. "Con lo que ingresa por cotizaciones no tiene ni para satisfacer los gastos de correspondencia", de modo el Comité se mantiene con los donativos de organizaciones profesionales que aceptan la legalidad, por lo cual el Comité recomienda confirmar la tolerancia acordada a tales sindicatos en el Pleno de regionales de marzo de 1929 y formar "cuadros sindicales" dentro de los mismos[176].

A fin de cuentas, "una enorme depresión en los ánimos en todos los lugares, lo que ofrecía el espectáculo de una gran desbandada"[177]. Al siguiente mes, la caída de Primero de Rivera vendría a resolver de modo inesperado la agónica situación. De hecho el Manifiesto de diciembre fue conocido como "el acta de defunción" de la CNT. Juan Peiró lo calificó como "el más vil de los testamentos"[178].

Para el general Emilio Mola, director general de Seguridad en 1930, la "presión gubernativa" había sido un éxito total: "A la Dictadura, en constante régimen de suspensión de garantías constitucionales, le fue relativamente fácil mantener sometida a la masa obrera. En honor a la verdad, no hay que negar que también contribuyó a la paz social, y no poco, cierta habilidad que se dio el marqués de Estella en atraerse a la Unión General de Trabajadores, sin que apareciese como comparsa de la UP; el apoyo decidido que prestó, sobre todo en Cataluña, a la Confederación de Sindicatos Libres de España (Sindicato Libre), y, por último, la guerra sin cuartel a la Confederación Nacional del Trabajo (Sindicato Único), que se disolvió de hecho ante la imposibilidad de imponer la cotización y la impotencia a que fueron sometidos sus directivos, terminando temporalmente con la pesadilla de esa organización sindical..."[179]. Solo que como él mismo admite, esa presión gubernativa no podía ser mantenida tras la caída del dictador.

3.5. Entre sindicalismo y naturismo

En el plano político, el pensamiento anarquista no cambia respecto de las formulaciones anteriores a 1927. Una excepción sería el artículo de Diego Abad de Santillán en la revista *Mañana,* donde pone en cuestión la creencia dominante entre los anarquistas en una revolución apocalíptica ejecutada por la es-

---

[176] "Sobre cuadros sindicales", *Acción Social Obrera,* 6-X-1929.
[177] "El Comité de la CNT ante las dificultades del momento", *¡Despertad!,* nº 80, 7-XII-1929.
[178] Juan Peiró, "Cosas veredes", *¡Despertad!,* nº 82, 21-XII-1929.
[179] Emilio Mola Vidal, *Lo que yo supe,* p. 229.

pontaneidad de las masas. El hispano-argentino subraya el papel de las minorías en el proceso revolucionario y desplaza la importancia del anarquismo hacia la vida cotidiana[180]. El estancamiento ideológico aparece también en la única declaración doctrinal que hace la FAI en 1930, respondiendo a una encuesta de *¡Despertad!* de Vigo sobre el contenido ideológico de la CNT. Nada nuevo más allá de las condenas habituales al sindicalismo "neutro" y al marxista, ni contra el pasado confederal limitado a la reivindicación económica. Lógicamente, la función del sindicalismo sería como "organismo humano y social" ejecutar "la abolición inmediata de "las clases de los gobernantes, de los explotadores, de los potentados y vividores"[181].

La novedad surge de los contactos entre anarcosindicalistas y militares que van a generar una línea ideológica singular, cuyos portadores son jóvenes oficiales, para quienes la asociación conspirativa se traduce en una singular receptividad teórica. Les parecerán necesarias la crítica del capitalismo y una gestión obrera de los medios de producción, en cuanto medio para conseguir una racionalización del sistema económico. Tanto en la escritura como en la conspiración, los capitanes Alejandro Sancho y Fermín Galán, figuran asociados en el empeño. Ambos morirán antes del cambio de régimen. Galán es fusilado tras su sublevación en Jaca y Sancho muere en marzo de 1931, según las crónicas de resultas de su encierro en Montjuïc.

Alejandro Sancho, hombre de buena preparación técnica, militar e ingeniero, realiza uno de los más considerables esfuerzos por introducir en medios sindicalistas el concepto de racionalización económica. Para ello, bajo el pseudónimo de "Fernando Castillo", colabora en la revista *Mañana* con una serie de artículos. A la necesaria adecuación entre estrategia obrera y racionalización del sistema económico, Sancho la denomina "realismo económico": "La racionalización —define—, en cuanto a su naturaleza, es la realización de la actual estructura económica del mundo, correspondiente, según el marxismo, al grado actual de la evolución de las fuerzas productoras materiales, nueva estructura que determinará sus correspondientes sistemas jurídicos y políticos"[182]. Sobre esta base, Alejandro Sancho adopta una posición historicista, al proponer el ajuste de las soluciones políticas al requerimiento de la estructura económica. No es, pues, una adopción plena de las posiciones sindicalistas, sino la oferta de la racionalización como tema a abordar por las organizaciones obreras. Si rechaza al corporativismo de la Dictadura, es por su carácter de "sistema burocrático e incapacitado". En un discurso ambiguo, con vagas menciones a la gestión por los sindicatos de los medios de producción. Presenta una respuesta al impacto de las transformaciones capitalistas en los años veinte, actitud recogida asimismo en las propuestas elaboradas por Juan Peiró sobre la adecuación del sindicalismo a la industrialización.

---

[180] Diego Abad de Santillán, "El Ideal y la Metodología anarquistas", *Mañana*, nº 1, mayo 1930, pp. 9-16.
[181] "La FAI contesta a la encuesta iniciada por el semanario *¡Despertad!*, *¡Despertad!*, 7-VI-1930.
[182] "Fernando Castillo", "Naturaleza, Realismo y Táctica de la Racionalización", *Mañana*, nº 2, junio 1930, p. 1.

Fermín Galán es quien mejor encarna este entrecruzamiento de posiciones anarcosindicalistas y de militares disconformes con la realidad del Ejército español. Sus experiencias como teniente de la Legión en la campaña del Rif le habían inspirado una novela de título bien expresivo: *La barbarie organizada.* El general Mola, director general de Seguridad en 1930, reproduce en su libro *Lo que yo supe* algunos de los proyectos revolucionarios escritos de puño y letra por el sublevado de Jaca. Entre los decretos previstos, en su mayoría de índole militar, figura uno sobre "trabajo e industrias" que vagamente prevé el establecimiento de un sistema de producción de tipo autogestionario. Para Galán, la revolución política requería el establecimiento de un "nuevo régimen económico". En espera de que el cambio fuese legalizado, propone la constitución en todo taller, tienda, fábrica o industria, de un Comité de productores presidido por un técnico, o, de no existir este, por persona de reconocida aptitud profesional. Este "comité director" asume la dirección y la administración de cada unidad industrial. El "personal parasitario", esto es, el burgués, definido como "beneficiario del trabajo de los demás", pasa a una situación ambigua, "atendido" por el comité director o acogido a una ley de pensiones sociales[183]. Los comités de productores se encargarían de mantener el nivel de la producción, según un esquema que los anarcosindicalistas de la época no estaban preparados para asumir.

En su libro *Nueva creación,* publicado póstumamente y muy difundido en los albores de la República, Fermín Galán desarrolla un programa influido por el anarquismo, pero que rechaza tanto a Marx como a Bakunin por no admitir la existencia de una legalidad en la evolución social, que solo se moverá hacia el progreso por el "impulso revolucionario", guiado a su vez por un racionalismo cientifista. Es preciso, dirá, "modelar un nuevo presente que sea el comienzo del porvenir racional humano"[184]. Las transformaciones deberán abarcar la vida física, la moral, la economía y el Estado.

El esquema se acerca al comunismo libertario, pero pone el acento en la totalidad del cambio, y por otra parte el Estado —que en su forma actual "todo lo destruiría"— sobrevive como titular de una propiedad que cede en usufructo a los gestores de la economía. La pieza clave es aquí el sindicato, con una duplicidad de funciones administrativas, en cuanto gestor del capital, y técnicas, al ocuparse de la organización del trabajo; cada una con su comité, fundiéndose ambos en una junta sindical ejecutiva. La explotación colectiva de la agricultura admitirían que una minoría conservase la propiedad individual, en espera de integrarse voluntariamente en aquella. A partir del sindicato surge la pirámide federativa, culminada con un Consejo Federal de Economía. Como contrapartida del dictado de la racionalización industrial, Galán prevé una "descongestión de los grandes núcleos de población". Por fin, el cambio afectaría a todas las esferas de la vida social, desde "la transformación racional del ma-

[183] Cit. en Emilio Mola Vidal, *Obras completas,* pp. 534-535.
[184] Fermín Galán, *Nueva Creación,* 3ª ed., Madrid, 1931, p. 47.

trimonio", incluyendo un "matrimonio de ensayo", hasta la extinción progresiva de la Iglesia por obra de "la educación científica sistemáticamente organizada"[185].

Si el brote de utopismo militar, cercano al anarcosindicalismo, resulta efímero, el cambio registrado en la mentalidad anarquista a lo largo de la Dictadura, por lo que concierne a los aspectos culturales, adquiere un alcance muy superior, y sus efectos han de prolongarse hasta la guerra civil. La publicación de revistas como *Generación consciente*, primero en Alcoy y luego en Valencia, y *Ética* en Barcelona, reflejan el peso creciente que alcanzan preocupaciones vinculadas a la vida cotidiana de las clases trabajadoras y a la idea de un reencuentro con la naturaleza. Las polémicas sobre el "revisionismo anarquista" que animaran hacia 1924 y 1925 la *Revista Nueva* de Antonio García Birlán ("Dyonisios") y *Cultura proletaria* del viejo Pedro Esteve, cederán paso a otro tipo de problemas.

Es importante subrayar que a pesar de la persecución de dirigentes y militantes, el cierre de sindicatos y la censura previa impuesta a la prensa, la propaganda anarquista pudo sobrevivir sin mayores problemas por medio del folleto y del libro. La correspondencia conservada en el archivo de Diego Abad de Santillán demuestra que es justamente en esos años cuando Federico Urales contempla un auge considerable de su actividad editorial. *La Revista Blanca* tiraba seis mil ejemplares, de los cuales dos mil iban a América y quinientos a Francia. En Europa, los envíos se hacían solo por suscripción, salvo a Bélgica, que recibía para venta directa cincuenta ejemplares. Por orden decreciente de ventas, siempre a partir de Barcelona, se encontraban Buenos Aires, La Habana, Detroit y París. En España el orden era Barcelona, Tarrasa, Sabadell, Valencia, La Coruña, Madrid, Gijón y Jerez. "Las ediciones de nuestros libros —informa Urales— han sido de seis mil hasta ahora. Te envío un ejemplar de cada título para que te hagas cargo y no tengas necesidad de escribirlos. Allí también verás las ediciones que se han hecho de cada obra solo en España. Digo solo en España, porque ya sabes las que se han hecho en América de *Sembrando flores* y *Los hijos del amor*. De *Sembrando flores*, la Casa Maucci hizo una (la quinta) de diez mil ejemplares, y ahora estoy haciendo dos más: una popular, de diez mil ejemplares, y otra, de cierto lujo, de seis mil"[186].

Al lado de *Sembrando flores*, el gran éxito económico e ideológico de Urales consistirá en una colección de novelas breves, "La Novela Ideal", que comienza a publicar en 1925. Se trataba de narraciones muy sencillas, de corte sentimental, en el cual se diluía un contenido anarquista y, en alguna ocasión, anticlerical. Urales comenzó tirando quince mil ejemplares de cada novelita, que con 32 páginas costaba 15 céntimos (sobre el modelo de colecciones como "La Novela Semanal" y "La Novela Corta"), confiando en alcanzar pronto los veinte mil. Era consciente de que su producción se dirigía a un público de escasos recursos económicos, por lo que rara vez —con *El último Quijote*— se

[185] *Ibidem*, p. 119.
[186] Carta de Federico Urales a Diego Abad de Santillán, 26-V-1925, en Papeles de DAS, IISG.

aventuraba a superar el precio de dos pesetas, y nunca si era obra teórica y no novela. "Si nosotros vendiéramos los libros a más de dos pesetas —explica a Santillán— no expenderíamos tanto, y si los libros no fuesen novelas, venderíamos aún menos"[187].

Muy pronto, en el marco de la labor editorial de *La Revista Blanca,* tendrá lugar una intensificación de la literatura de propaganda con la incorporación de la hija del veterano publicista, Federica Montseny, quien a su modo plantea el tema de la emancipación femenina, en novelas como *La Victoria* (1926), su continuación *El hijo de Clara,* y con una dimensión autobiográfica *La Indomable* (1928).

En los relatos de Federica Montseny, la novedad residía más en el tema que en un tratamiento inspirado en la novela folletinesca. Los protagonistas son portadores de posiciones ideológicas definidas desde un primer momento y la autora se limita a enlazar sus trayectorias mediante una serie de encuentros, un poco al modo de justas en que los paladines cruzan lanzas y luego se repliegan a las posiciones de partida. Con aires de novela-manifiesto *La Victoria* resume su contenido en un corto de proposiciones: la emancipación femenina se funde con la de la clase explotada, desde la perspectiva de la mujer, pero tropieza con la barrera de los prejuicios masculinos con los que carga tanto el propagandista obrero como el burgués ilustrado. De ahí que requiriendo el amor una relación entre afines, cada intento de aproximación desemboque en una declaración de principios previa a la renuncia definitiva. La liberación es vista como un reencuentro con la naturaleza, que se supone obstaculizado por la existencia de una sociedad de clases, y sobre todo como una exaltación del propio idealismo: "Yo quiero una vida más elevada para todos. Yo quiero la reintegración del hombre y de la mujer en la libertad y en la Naturaleza. Deseo una vida más superior, más grande, más feliz y más libre..."[188]. Se trata de una visión anclada en un dualismo moral, con seres como la protagonista que tratan de sobresalir y otros que se conforman con su suerte. Tampoco en el plano de la libertad sexual Montseny va más allá de la generalización. El único personaje practicante del amor libre con los obreros del Ateneo, en *La Victoria,* es poco menos que una prostituta, contrapunto de la "seriedad" e idealismo que presiden el trato con los hombres de la protagonista.

Centros de producción ideológica próximos al anarquismo eran en Barcelona, bajo la Dictadura, la Editorial Maucci, que editó *La sabiduría riente* de "Han Ryner"; el también editor Santiago Costa; la Tipografía Cosmos, que dirigía Martín Barrera, ex-administrador de *Solidaridad Obrera,* en cuyas prensas se editó, en buena parte para la exportación, el libro de Abad de Santillán y López Arango *El anarquismo en el movimiento obrero*, del cual fueron enviados 500 ejemplares a México y 2.500 a *La Protesta*. Como librería, la del veterano Tomás Herreros siguió desempeñando un papel fundamental en cuan-

[187] *Ibidem.*
[188] Federica Montseny, *La Victoria,* 2° ed., Barcelona, 1930, p. 156.

to a la venta y préstamo de publicaciones libertarias. El propio Herreros servía además de enlace con anarquistas como Abad de Santillán, a quien comunica el éxito de su libro: "El libro de Arango y tuyo ha sido muy bien recibido por los compañeros que ya estaban bien preparados por la labor de *La Protesta,* que, aunque solo recibí cuatro ejemplares, pasaban de mano en mano hasta que se rompían los dobleces"[189].

Más próximas a las necesidades inmediatas de la clase obrera, revistas como *Generación consciente,* su sucesora *Estudios,* o las naturistas *Ética* e *Iniciales,* dan cuenta de unas perspectivas doctrinales de menor alcance, y sin exhibir la etiqueta libertaria— por ejemplo, *Estudios* es "revista ecléctica"—, pero probablemente se encuentran más ajustadas a los deseos de quebrar los moldes de la sociedad burguesa. En *Generación consciente*, de sesgo neomalthusiano, la atención se vuelve hacia temas de salud, desde una perspectiva de medicina naturista, y con una vocación de atender de modo inmediato a las necesidades expresadas por los lectores por medio de consultas, a las que responden cuatro médicos naturistas y un fisiatra-trofólogo: Isaac Puente, más tarde teórico del comunismo libertario, Roberto Remartínez, Eusebio Navas, L. Álvarez y E. Alfonso. La colaboración sobre otros temas es muy extensa, con una clara orientación libertaria. Todavía Isaac Puente no aborda los temas que han de convertirle en el más popular propagandista del comunismo libertario y se ocupa de divulgación médica, con atención especial hacia las enfermedades sexuales y los temas biológicos. Algunas de sus colaboraciones sobre este último tema se recogen en *Embriología,* un folleto donde ofrece una visión evolucionista —el evolucionismo es para él "concepción que abarca y explica la vida toda"[190]—, que luego aplicará a sus reflexiones sobre el futuro orden anarquista de la sociedad.

Tanto *Generación consciente* como su heredera *Estudios* respondían al deseo de alcanzar un conocimiento enciclopédico, con atención preferente al tema sexual, algo que preocupaba a la juventud trabajadora. A lo primero responde uno de los intentos más valiosos de divulgación cultural del momento, los *Cuadernos de cultura,* publicados desde 1930 en Valencia por Marín Civera, un editor autodidacta, futuro sucesor de Ángel Pestaña al frente del Partido Sindicalista. La línea dominante fue el sindicalismo, tema sobre el cual el propio Civera escribió un folleto de gran difusión —*El Sindicalismo, su organización y tendencia*—, pero en su casi centenar de títulos respondiendo a cuestiones y posiciones doctrinales muy variadas, desde Pestaña a Edmundo González-Blanco. En 1932 Marín Civera editará *Orto,* una revista de mayor ambición teórica, abierta hacia la exposición del marxismo y el anarquismo, que no llegó a superar el segundo año de existencia por dificultades económicas.

El final de los años veinte contempla asimismo la expansión de las corrientes naturistas, que alcanzan pleno desarrollo en la Segunda Republica. Son pri-

[189] Carta de Tomás Herreros a Diego Abad de Santillán, 15-I-1926, Papeles IISG.
[190] Isaac Puente, *Embriología,* 2ª ed., Valencia, s.a., p. 8.

mero grupos libertarios aislados, como el barcelonés "Sol y Vida", y luego publicaciones más combativas que otras como las vegetarianas. La trayectoria es trazada en este plano sucesivamente por las revistas *Ética* e *Iniciales*. Son testimonios de un anarquismo individualista, cuyo punto de referencia es la obra del pensador francés Henri Ner ("Han Ryner"). La filosofía no impide la militancia y así los editores de *Ética,* José Elizalde, traductor de Ner, y Alfonso Ballano, caerán en la oleada de detenciones de 1928. En 1930 Elizalde fue secretario del Comité Peninsular de la FAI, siendo expulsado de la organización en el curso de la Conferencia anarquista de Madrid de junio de 1931. Posiciones naturistas y anarquistas se fundían en el individualismo radical de *Ética,* dando un giro al naturismo terapéutico que venían predicando revistas como *Naturismo* y *Pentalfa* en Barcelona, y *Helios* en Valencia. Aun compartiendo con ellas sus simpatías vegetarianas y hacia los idiomas universales esperanto e "ido", el naturismo es concebido en el marco de una perspectiva revolucionaria, cuyas raíces se encontrarían en la vida cotidiana. Con una doble proyección, pues al lado de la vertiente médica o alimentaria se encuentra la propensión al nudismo. A efectos de una mayor propaganda, y de encubrir las actividades subversivas, el grupo fundador de *Ética* creó en 1927 un Ateneo Naturista Ecléctico (convertido en "Libertario" durante la República), local de lecturas y conferencias para divulgar las ventajas del naturismo[191]. El grupo "Sol y Vida" pasó a ser su sección excursionista.

El Ateneo Naturista Ecléctico se dedicó a impulsar a coordinación de las corrientes naturistas en Cataluña. El 15 de abril de 1928 tuvo lugar una Fiesta de la Primavera, con exhibiciones de atletismo y rítmica, discutiéndose la formación de una Federación Naturista, de cuya comisión organizadora formó parte Elizalde. Tras muchas discusiones, el 3 de junio quedó constituida, con Elizalde como presidente[192]. El Ateneo sirvió al mismo tiempo de sede para preparativos revolucionarios, de manera que un registro policial reveló las relaciones con la Federación Local de Grupos Anarquistas. En las reuniones clandestinas allí celebradas, tomaba parte Alejandro Gilabert, que ocupa puestos relevantes en la FAI desde 1931. El director del Ateneo fue detenido[193]. Por un mes *Ética* no llegó a sus lectores, si bien su desaparición en enero de 1929 fue debida a la quiebra económica.

Su puesto fue ocupado por *Iniciales,* a la cual *Ética* traspasó "todos sus valores morales y materiales", incluida la fidelidad a Henri Ner, a su individualismo radical y a su antibelicismo. Pasó muchas dificultades, sin llegar a los dos mil lectores necesarios para cubrir gastos, hasta su despegue en la Segunda República[194].

El naturismo avanzaba entre conflictos, pues por una parte estaban quienes veían en él la autosuficiencia para la liberación humana, y por otra los gru-

---

[191] "Ateneo Naturista Ecléctico", *Ética,* nº 2, febrero 1927, p. 20.
[192] "A todos los naturistas", *Ética,* 19-VII-1928, p. 9.
[193] Rafael Salazar Alonso, *La justicia bajo la Dictadura,* pp. 215-216 y 224-225.
[194] Suplemento a *Iniciales,* Barcelona, año II, nº 4, agosto 1930.

pos anarquistas adheridos a la corriente. La división pudo comprobarse en el IV Congreso naturista español, de septiembre de 1929, clausurado con una excursión a Las Planas. En el mismo mes *Iniciales* emprendió una intensa campaña en pro del desnudo integral como forma emancipadora. Las respuestas a una encuesta destacaban las ventajas del desnudo integral para el cuerpo humano, así como sus valores morales. Un anarquista, bajo el pseudónimo de "Silvestre del Campo" insistía, ante el "gran placer estando desnudo en pleno bosque", sobre el enlace entre desnudo y emancipación del trabajador: "Solo con verme despojado de mi modesta indumentaria de explotado, parécenme que han deshaparecido (sic) para mi todas las leyes fabricadas para amargarnos la existencia y no quedan otras que las que encarnan (sic) la naturaleza. La ropa representa esclavitud en unos y tiranía en otros; solo el desnudo representa al hombre anárquico rebelde a todas las normas, desligado de los prejuicios de atavío de la sociedad del dinero"[195]. En los últimos meses de 1929 tuvieron lugar los primeros ensayos de nudismo integral en los alrededores de Barcelona.

Por las mismas fechas, también la corriente sindicalista de la CNT ensayaba una mutación doctrinal, si bien de muy distinto signo, aunque coincidiendo con las publicaciones naturistas en el rasgo común de la penuria económica. El nuevo grupo de anarcosindicalistas ideológicamente afines "Solidaridad", —curiosa evocación de "Los Solidarios", de signo opuesto—, con Ángel Pestaña como promotor, había anunciado el propósito de publicar una *Revista Obrera* ya en junio de 1928[196]. Las convocatorias en petición de ayuda se prolongaron por espacio de año y medio, y a pesar de la calidad de las colaboraciones, el año de vida de *Mañana,* título que tomará la "Revista Obrera", estuvo presidido por una extrema penuria, hasta desaparecer coincidiendo con la llegada de la República.

El esfuerzo de elaboración doctrinal por parte de los que fueran llamados por sus enemigos los "santones" del sindicalismo[197], respondió a un doble propósito: colocarse en un plano de igualdad frente a la FAI al plantear una revisión del anarquismo, y responder a las exigencias del cambio económico experimentado en la década. En cuanto a lo primero, la solución de Juan Peiró se inspiraba en el clásico esquema de la articulación del brazo y del cerebro utilizada por Salvador Seguí en su conferencia de La Mola, con una prioridad en la exposición otorgada al sindicato. En la serie de artículos titulada "Ideas sobre sindicalismo y anarquismo", que publica en *¡Despertad!* de Vigo entre diciembre de 1928 y julio de 1929, Peiró dibuja ya el organigrama de las Federaciones de Industria que luego enriquecerá a fines de 1930 desde las páginas de *Solidaridad Obrera* de Barcelona, base del dictamen presentado finalmente al Congreso de la CNT en junio de 1931. Su objetivo consiste en colocar a la organización obrera en el mismo nivel alcanzado por la organización capitalista: "son, en todo sentido, el mejor medio para hacer frente a la burguesía en cual-

[195] "Encuesta sobre nudismo", *Iniciales,* II, nº 4, p. 42.
[196] *¡Despertad!*, nº 9, 16-VI-1928.
[197] Francisco de P. Calderón e Isaac Romero, *Memorias de un terrorista,* Barcelona, s.a., p. 333.

quiera de sus actividades contra los intereses del proletariado"[198]. Peiró suscribe sin reservas a las tesis de la racionalización del sistema económico y a la consiguiente hegemonía del industrialismo: "El principio sería este: máquinas, muchas máquinas; pero para hacer más humana y libre la vida del proletariado"[199].

Expresión directa de la voluntad de los trabajadores, el Sindicato tiene una finalidad última revolucionaria, asumir la gestión del sistema económico una vez vencido el capitalismo por medio de la huelga general. Pero para mantener esa orientación, admite Peiró, hace falta "que los anarquistas traten en todo momento de proyectar su espiritualidad ideológica sobre el movimiento sindicalista"[200]. Siempre distinguiendo entre "intervención material" e "influencia espiritual". El anarquismo resulta así acotado a "valor moral orientador y de impulsión", en la línea de Seguí. La diferencia de fondo con la FAI era mantenida. En consecuencia, la "agrupación específica es un lugar de estudio", y dado el bajo nivel cultural de a Ángel Pestaña, *Sindicalismo. Su organización y tendencia* [nº IX de los Cuadernos de Cultura, de Marín Civera], Valencia, 1930.aquellos que denomina "caricato-anarquistas", para superar lo cual harán falta "buenas bibliotecas y centros de cultura". La tijera con la mentalidad del mundo anarquista de su época se abre cada vez más, aunque también resulte fijada la distancia con otros notables del sindicalismo, como Juan López, futuro treintista, quien reivindica la autonomía plena de la CNT por encima de las diferentes escuelas doctrinales[201].

Expresada en un lenguaje más llano, la visión de Ángel Pestaña es similar, conjugando la acción reivindicativa con la reclamación del "derecho de organizar la producción y la distribución de la riqueza"[202]. También lamenta la incomprensión del tema en España por falta de cultura, y como Peiró ve en las Federaciones de Industria la fórmula del futuro para la CNT[203].

La expresión más completa del revisionismo se da en el manifiesto del "Grupo Solidaridad" que pretende reunir planteamientos comunes en torno al anarcosindicalismo, de cara a la publicación de *Solidaridad Obrera*, tarea para lo cual Peiró había sido ya designado director por el Pleno Regional de Cataluña. La propuesta consiste en partir del concepto de anarquismo, cuyo contenido nuclear, respecto del hombre, sería "desarrollar su personalidad prescindiendo de todo elemento coercitivo que no sea el de su propia conciencia y el derivado de la convivencia social natural y libremente consentida". El anarquismo no debe ser dogmático, limitándose a negar al Estado y a la moral religio-

---

[198] Juan Peiró, "Ideas sobre sindicalismo y anarquismo", V, *¡Despertad!*, núms. 27 a 58, 1-XII-1928 a 6-VII-1929.

[199] Juan Peiró, "La racionalización y la oposición obrera", II, *Mañana*, nº 5, septiembre 1930, pp. 6-9. También la serie "La organización de tipo industrialista", *Solidaridad Obrera*, octubre 1930.

[200] Juan Peiró, "Ideas...", X, *¡Despertad!*, cit.

[201] Juan López, "La preparación de las masas para la organización de mañana", *Acción*, II, nº 43, 7-III-1931.

[202] Ángel Pestaña, *Sindicalismo. Su organización y tendencia* [nº IX de los Cuadernos de Cultura de Marín Civera], Valencia, 1930.

[203] Ángel Pestaña, *Normas orgánicas (Federaciones de Industria)*, Barcelona, marzo de 1930.

sa, y se apoyará en "principios básicos y fundamentales, abiertos a todas las inquietudes renovadoras". Ello supone renunciar a una forma orgánica "funestísima" en el pasado, la federación de grupos de afinidad, e incluso tales grupos, de no ser públicos y legales, y respetar en cambio "la intervención de multitudes organizadas". La referencia al enlace entre anarquismo de grupo y pistolerismo resulta inevitable: "Actos reprobables, condenables desde cualquier altura moral que se los considere, han sido cometidos por individuos sedicentes anarquistas y avalados, justificados y ensalzados por grupos organizados que también se decían anarquistas"[204]. El grupo "Solidaridad" nacía para enfrentarse a lo que había representado otro grupo, el de "los Solidarios".

Para terminar, es rechazada la propuesta bakuniniana de una implantación repentina de la anarquía. En la línea de Seguí, la "economía comunista libertaria" había de ser fruto de "un período forzoso de transición", en cuyo curso la amenaza de contrarrevolución fuera conjurada. También en la misma línea, muy propia de Peiró, el anarquismo tiene la misión, ante el sindicato y la cooperativa, "de influenciar uno y otra para convertirlos en los colaboradores de su obra". Un enlace armónico que el grado de enfrentamiento alcanzado entre sindicalistas y anarquistas, haría del todo imposible.

3.6. Hacia la República

Al caer la dictadura de Primo de Rivera, el general Bazán, director general de Seguridad saliente, entregó al general Dámaso Berenguer un informe sobre la situación social en España. Como es usual en las fuentes policiales, no faltan errores de bulto, incluso en la denominación de las organizaciones (la CNT como "partido sindicalista", por ejemplo). Lo cual no impide que en el informe figuren datos relevantes. Así, una valoración positiva de la UGT y del PSOE, a quienes contempla como bastiones del orden social y político: "La actuación socialista durante los seis últimos años, especialmente en la creación de los Comités Paritarios, ha sido causa determinante de que, pese a la enorme crisis de trabajo, los obreros afiliados al Socialismo hayan resistido insinuaciones y gestiones, y se hayan negado sus jefes en repetidas ocasiones a colaborar en los movimientos de revuelta y agitación política para los que muchas veces fueron requeridos"[205]. La imagen crítica forjada a fines de 1930 por Joaquín Maurín de los dirigentes socialistas como "los hombres de la Dictadura", encontraba su aval en el informe de Bazán.

En cuanto al anarcosindicalismo, el informe se hacía eco del intento de la Unión de Asociaciones y Sindicatos Obreros (UASO), intentando adaptarse a la legislación vigente, a fin de equilibrar el predominio socialista o del Libre en los comités paritarios. A Bazán no le gustaba, al ver en la concesión táctica

---

[204] *Manifiesto del Grupo "Solidaridad"*, 23-VIII.1930.

[205] "Situación política y social de España en la actualidad", cit. por Dámaso Berenguer, *De la Dictadura a la República*, Madrid, 1946, pp. 52-53.

de Pestaña "un peligro para el país por su actuación revolucionaria [alusión a su fondo anarcosindicalista], y porque su fuerza está callada, pero que puede manifestarse con la mayor intensidad al menor descuido"[206]. A ojo de buen cubero, el general evalúa en doscientos mil los trabajadores pertenecientes a la CNT, nada menos que cuarenta y cinco mil en Vizcaya. No anda descaminado en cambio al reseñar la hegemonía anarquista en Valencia y Zaragoza, así como el equilibrio en Asturias, y sobre todo la "fortuna" de la implantación comunista en Andalucía. Bazán destacaba el papel del Ateneo de Divulgación Social en la reconstrucción del anarcosindicalismo madrileño, así como la escasa potencia de la FAI.

La táctica del nuevo jefe de gobierno, general Dámaso Berenguer, secundado por su director general de Seguridad, el también general Emilio Mola, consistió en intentar un regreso controlado a la vida constitucional. En esta normalización entraba la política sindical y esto supieron verlo los dirigentes confederales, quienes apenas producido el cambio de gobierno buscaron el resultado inmediato de una legalización que les permitiera reemprender la actividad interrumpida desde septiembre de 1923. Como siempre, ahí estaba Pestaña en la secretaría del Comité Nacional, en enero de 1930, y también Pedro Massoni[207]. Su protagonismo en los primeros meses de 1930 quedó reflejado en la entrevista con Mola que dio luz verde a la deseada legalidad.

La primera medida consistió en recuperar la comunicación con los trabajadores, iniciando la publicación del semanario *Acción* en Barcelona, a partir del 15 de febrero de 1930, para informar de inmediato sobre los objetivos del CRT de Cataluña: olvidando "sus rencores y disidencias", lo urgente era "el retorno a las organizaciones sindicalistas tal y como estaban antes de la Dictadura[208]. Simultáneamente los sindicatos profesionales encuadrados en la UASO rechazaban la organización corporativa[209]. De inmediato, en los días 16 y 17 de febrero, un Pleno de regionales, con asistencia del Comité Nacional, estableció las pautas para una rápida reorganización: los sindicatos legales nombrarían sus comités, los cuadros sindicales ya constituidos se transformarían en sindicatos y los sindicatos totalmente desorganizados, empezarían por designar una comisión reorganizadora. En cuanto a los insertos en la organización corporativa, aquellos que contasen con "minorías de oposición" confederales, a partir de ellas emprenderían el retorno pacífico a la CNT[210].

Al Pleno de Regionales fue presentada, con carácter oficioso, una propuesta de Eleuterio Quintanilla que recuperaba sus planteamientos de cuatro años antes en la entrevista de *Solidaridad Obrera* de Gijón, y ponía sobre la mesa la cuestión candente que acompañará durante un año a las discusiones internas: la

---

[206] *Ibidem*.

[207] Ángel Pestaña, "Impresiones y comentarios de viaje", *Sindicalismo*, nº 10 a 14, 21-IV a 19-III-1933.

[208] CRT de Cataluña: "A todos los trabajadores en general y a los de Cataluña en particular, *Acción*, nº 1, 15-II-1930.

[209] "A la opinión pública y a la clase trabajadora", *Acción*, nº 1, 15-II-1930.

[210] "La Confederación Nacional del Trabajo a los Comités Federales, a los Sindicatos y militantes", *Acción*, nº 2, 22-I-1930.

CNT era política según la moción de 1922 y en consecuencia "debería proclamar su solidaridad circunstancial con todas las fuerzas políticas y sociales que coincidan en el punto concreto de exigir la convocatoria de una Asamblea constituyente que liquide el pasado y abra nuevo cauce a las corrientes del pensamiento moderno"[211]. Con todas las cautelas terminológicas propias del caso, la proposición de Quintanilla llevaba a vincular la CNT con las fuerzas republicanas.

En la misma línea, el 1 de abril aparecía en *El Diluvio* de Barcelona un manifiesto del Comité Nacional donde eran expuestos los fines políticos y económicos de la Confederación, ambos revolucionarios, desde los supuestos del sindicalismo revolucionario. Como consecuencia, la CNT debía luchar por una "nueva estructuración política y jurídica del Estado español", a alcanzar mediante la convocatoria de Cortes Constituyentes. Restablecimiento de garantías constitucionales y derechos, libertad sindical, jornada de ocho horas y liberación de presos político-sociales, completaban el programa[212].

Era un clima de entendimiento que estuvo en la base del "manifiesto de Inteligencia Republicana", animado desde el catalanismo de izquierda y el semanario *L'Opinió,* y a cuya reunión constituyente del 6 de marzo fue invitado el Comité Nacional de la CNT, según una convocatoria que se encuentra entre los papeles de Ángel Pestaña, antes en el Archivo de la Guerra Civil. La fórmula adoptada fue la convocatoria de una reunión de hombres representativos de los partidos y de las organizaciones obreras, para proponerles un programa mínimo, la redacción de un manifiesto y la designación de un Comité de relaciones encargado de determinar la estrategia[213]. La heterogeneidad del espectro de firmantes, que cubría desde una derecha catalanista poco entusiasta (Rovira i Virgili) hasta seis sindicalistas ligados o no a la CNT —Peiró, Pere Foix, Martí Barrera, A. Borràs, Guardiola, Murtra, Trilles— estuvo en la base del escaso éxito de la iniciativa[214]. En julio podía darse por fracasada[215]. Pero la polvareda levantada en medios anarquistas por la firma de Peiró sí tuvo consecuencias inmediatas. De poco sirvió el aval de Pestaña: "hem vingut propugnant —declaraba a principios de marzo— per una Intel.ligència de les forces d'esquerra"[216]. El hecho es que Peiró hubo de entonar un *mea culpa*, asegurando que su firma era estrictamente personal, hasta el punto de para lo sucesivo a todo cargo en la CNT, "pasando a ser, por consiguiente, uno más entre los muchos que silenciosamente siguen a las vanguardias que guían a nuestros medios"[217].

---

[211] Eleuterio Quintanilla, "La CN del T y el actual momento político", *¡Despertad!,* 8-III-1930.

[212] "Nuestra posición en el momento actual", *ASO,* 5-IV-1930.

[213] "La veritat sobre intel.ligència d'esquerres", *L'Opinió,* Barcelona, 25-VII-1930.

[214] *L'Opinió,* 2-V-1930. "Intel.ligència republicana", Barcelona, març 1930 (reproducción facsímil en A. Elorza, "La CNT bajo la Dictadura", cit., p. 411).

[215] "La veritat...", *L'Opinió,* 1-VIII-1930.

[216] Àngel Pestaña, "Aquest és el camí", *La Campana de Gràcia,* batallada 3.166, 1-III-1930. Mola informa de que en un Pleno a mediados de abril se ventilaron "los antagonismos entre los partidarios de Pestaña y Peiró". Cf. *Lo que yo supe,* p. 338.

[217] *Acción,* nº 9, 12-IV-1930.

Unas semanas más tarde se vio absuelto por la aclamación de los asistentes a un mitin que anunciaba el regreso a la vida legal[218].

El apoliticismo, ya que no antipoliticismo, seguía siendo un dogma inquebrantable. Para el Comité Peninsular de la FAI, en carta-circular que reproduce parcialmente el general Mola, seguía vigente la indiferencia ante las formas de gobierno. Les interesaban la liberación de los presos político-sociales y la formación de una Legión Roja destinada a la lucha insurreccional, posiblemente heredera de los Grupos de acción aprobados en enero de 1928[219]. Por el momento, contaba más la persistencia del clima antipolítico que forzó la autocrítica de Peiró. Así que tocó una vez más a Ángel Pestaña rizar el rizo con unas puntualizaciones, donde se declaraba que "la CNT es apolítica", pero sin renunciar a la toma de posición sobre "cuestiones de justicia y de libertad"; en consecuencia "hará una política suya"[220]. No sirvió de mucho, ya que en la reunión del Pleno Nacional celebrado clandestinamente en Blanes, los días 17 y 18 de abril, la Federación Nacional de Grupos Anarquistas lanzó una ofensiva en toda regla y "con caracteres violentos" contra toda relación con opositores políticos, y personal contra Peiró, por su firma, y Pestaña, por una visita al ministerio de Gobernación para legalizar a la CNT. Lograron que fuera aceptada la acción clandestina, aun legalizados, y organizar una campaña de amnistía. Lo más que consiguieron los sindicalistas, tras una discusión de nuevo violenta, fue autorizar la colaboración "en aquellos casos de injusticias cometidas por los gobiernos'"[221]. La consecuencia fue que el Comité Nacional tuvo que publicar una "aclaración" al manifiesto del 1 de abril, advirtiendo que la convocatoria de Cortes Constituyentes sería apoyada "mediante la acción en la calle", con lo cual todo acuerdo político resultaba excluido[222].

Los anarquistas coincidían con el director general de Seguridad, general Mola, a la hora de desear una CNT apolítica. Primero tuvo lugar la entrevista entre Mola y Pestaña, en una sala reservada anexa al despacho del gobernador de Barcelona, general Despujol. Pestaña explicó que la CNT quería salir de la clandestinidad y que su único fin era luchar contra "la explotación del hombre por el hombre", resolviendo sus conflictos por medio de la acción directa. "Los Comités paritarios no les interesaban", confirma el general[223]. Pestaña dio a Mola garantías de apoliticismo, de manera que este pudo pensar que la concesión de legalidad serviría para alejar a la CNT de los republicanos catalanistas. Solo cuando en la segunda mitad del año, la proliferación de huelgas le descubre la "gimnasia revolucionaria" que sigue a la reorganización, regresa a una posición de intransigencia. Cuando unas semanas más tarde, el 30 de abril, el gobernador Despujol legalice los estatutos de la renacida CNT, lo hacía a cambio de la ga-

---

[218] *Acción*, nº 12, 3-V-1930.
[219] Emilio Mola, *Lo que yo supe*, p. 337.
[220] Ángel Pestaña, "Ellos y nosotros. Jugando al equívoco", *Acción*, nº 9, 12-IV-1930.
[221] Según información de un confidente de Mola. Cf. *Lo que yo supe*, pp. 338-339.
[222] Comité Nacional: "Aclaración al Manifiesto de la CNT", *ASO*, 26-IV-1930.
[223] *Lo que yo supe*, p. 283.

rantía ofrecida en el artículo segundo de los Estatutos, de que la lucha de los sindicatos tendría lugar "en el más puro terreno económico", "despojándose por entero, además, de toda injerencia política o religiosa"[224].

Tres días antes, el 27 de abril, la CNT había vuelto a la vida pública con un mitin multitudinario en el Teatro Nuevo, cuyo elenco de oradores reflejaba la situación de poder en la renacida organización: Pestaña, Peiró, Pedro Massoni y Sebastián Clara. De hecho el visto bueno oficial venía a refrendar un polimórfico proceso de reorganización ya en marcha desde principios de marzo, en el marco del cual los principales problemas se producirán, no en Cataluña, sino en Sevilla donde se afirma la táctica comunista de "reconstrucción de la CNT" casi siempre fracasada en el resto de España[225]. No dejaron de existir problemas por las acusaciones a los dirigentes de contaminación política, aun cuando fueran disimulados los motivos para las exclusiones: fue el caso de Pestaña en la asamblea constitutiva de la Metalurgia, privado de ser elegido el 1 de junio para el Comité Nacional, aduciendo que era componedor de relojes y que no podían ser elegidos quienes se ganasen el jornal fuera de la casa del burgués[226]. Algunos sindicatos, como el de la Construcción, bastión más tarde del radicalismo y protagonista de un importante conflicto laboral en agosto, quedan en manos de anarquistas como Ricardo Sanz, uno de los "Solidarios"[227].

El 27 de junio se constituye definitivamente el Comité Nacional, con el anarcosindicalista Progreso Alfarache al frente; a su lado figura Manuel Sirvent, miembro del Comité Peninsular de la FAI. Un mes antes, al ser acordada la reaparición de *Solidaridad Obrera,* fueron nombrados Peiró como director y Pedro Massoni administrador. Un predominio sindicalista, que no excluía la existencia de una fuerte corriente de desautorización contra quienes seguían fieles a la "moción política" de la Conferencia de Zaragoza en 1922. Lo explicaba un manifiesto anarquista de la época, trazando la línea crítica que ha de mantenerse en lo sucesivo:

> "La represión de la Dictadura y sus medios empleados habrán podido desplazar, hasta pervertirlas, algunas conciencias de individuos mal llamados anarquistas o sindicalistas revolucionarios. No obstante, la Confederación Nacional y sus nobles principios persisten hoy con más tesón y entusiasmo en la conciencia de sus abnegados militantes y persistirán mañana, porque no es razón que si unos individuos abjuran de sus principios y han fracasado, sea el fracaso de ideales que dijeron sustentar"[228].

---

[224] Confederación Nacional del Trabajo, *Estatutos,* 30-IV-1930. Los Estatutos habían sido presentados el 18 de febrero en el Gobierno Civil (CN de la CNT, "El Gobierno y la CNT", *Acción,* nº 6, 22-III-1930).

[225] Una descripción más amplia, en A. Elorza "La CNT bajo la Dictadura", cit., pp. 414-420.

[226] "Asambleas sindicales", *Acción,* nº 17, 7-VI-1930.

[227] *Ibidem.*

[228] Cit. en *Boletín de Información Social del Ministerio de Trabajo y Previsión,* año I, nº 1, agosto, Madrid, 1930, p. 9.

El 6 de julio de 1930 tuvo lugar la primera Conferencia Regional de Sindicatos de la CNT en Cataluña, en el centro sindical de la calle Galileo de Barcelona. Estuvieron representadas veintiuna localidades y el tema central fue *Solidaridad Obrera*, para la cual Pestaña conseguirá más tarde 15.000 de las 25.000 pesetas necesarias para la publicación, logrando que la Federación Local de Manresa hiciera el préstamo a costa de renunciar a la construcción de su Casa del Pueblo. Fue designada una redacción anarcosindicalista, con Peiró (director) y como redactores Carbó, Magre, Pere Foix y Clara. Artes Gráficas presentó una propuesta de debate sobre el contenido ideológico, rechazada por el Regional aduciendo que la CNT ya estaba vinculada al comunismo libertario[229].

Trasladado el Comité Regional de Badalona a Barcelona, con una composición variopinta, en la que pronto reapareció Pestaña, pero también estaban los faístas Climent (Artes Gráficas), Manuel Hernández (Madera) y Luzbel Ruiz (Barberos), pronto se establecieron las relaciones con un Comité político revolucionario, integrado sobre todo por catalanistas de izquierda y socialistas (de Unió Socialista y del PSC). Jaime R. Magriñá fue el designado para mantener el contacto y pronto desconfió de su eficacia[230]. Más allá de los fracasos puntuales, la propensión conspirativa de la CNT tropezaba siempre con el dogma del antipoliticismo, de manera que la Confederación quedará siempre fuera de los centros de decisión política, pero no del coste de una intervención mediante huelgas y participación insurreccional. Ello equivaldrá a asumir los riesgos de la conspiración, sin recibir a cambio compensación alguna ante la eventual llegada del nuevo régimen.

De ahí que en la segunda mitad de 1930 menudeen las relaciones con políticos y militares antimonárquicos y al mismo tiempo comités y dirigentes desmientan públicamente esa implicación. Puede servir de ejemplo el Manifiesto significativamente titulado "Ni pactos ni compromisos": la CNT estaría únicamente entregada a la reorganización, una "magna obra de desarrollo espiritual y material"[231]. Cuando en octubre se acerque un levantamiento republicano con apoyo militar, Pestaña inmediatamente desmentirá la participación de una CNT que confiaría solo en "una conjunción de fuerzas de izquierda que merezca garantías de solvencia y seriedad" a fin de "ayudar a cualquier intento de transformación del régimen jurídico y social de España"[232]. Desde la dirección general de Seguridad, Mola calificó el artículo como "un modelo de cinismo y habilidad", un ejercicio de "juegos malabares" en contradicción con los datos de que él disponía[233]. El peso de los anarquistas en las asambleas disuadía de negociar con republicanos a efectos de establecer pactos políticos. Por eso Peiró pudo afirmar que al firmar-

[229] *Acción*, nº 22, 12-VII-1930.

[230] B(ernardo) Pou y J(aime) R. Magriñá, *Un año de conspiración (antes de la República)*, Barcelona, 1933, pp. 40-41.

[231] *Ibidem*, pp. 90-92. Véase el relato de J. Termes, *Historia del anarquismo*, pp. 386-394.

[232] Ángel Pestaña, « Falsos rumores. Saliendo al paso », *Solidaridad Obrera*, 23-X-1930.

[233] Emilio Mola, *Lo que yo supe*, p. 415.

se el Pacto de San Sebastián "la CNT no tenía ningún trato con los elementos políticos"[234]. Aunque envió observadores: Alfarache y Vidiella.

Frente a tal afirmación, el 4 de octubre encontramos de nuevo a Juan Peiró entre las firmas de cabecera de un *Manifiesto a los trabajadores*, impulsado desde un Comité Pro-Libertad localizado en el Centre Català d'Esquerres y cuyos cinco primeros nombres eran Jaime Aiguader, Luis Companys, Manuel Carrasco Formiguera, Juan Peiró y Joaquín Maurín. Reivindicaban la restauración de "las garantías constitucionales y la vuelta a la normalidad, que hace siete años nos falta y que convierte a nuestro pueblo en un rebaño de parias", así como la liberación de los presos político-sociales, y sobre todo el retorno del expulsado Francesc Macià[235]. Peiró ingresaba sin reservas en el área del catalanismo republicano.

Por su parte, la FAI prefería la relación con los conspiradores militares, pero sus dirigentes no dejaron de entrar en relaciones que al siguiente año la Conferencia de Madrid, de junio de 1931, valoró como desviaciones, llevando a la expulsión de Manuel Sirvent, Manuel Hernández y José Elizalde[236].

El episodio se desarrolló en octubre de 1930, con un Comité Revolucionario de Cataluña, de carácter técnico militar y enlazado con la Regional Catalana, con el capitán Alejandro Sancho como figura clave, un estudiante y oficial de telégrafos (Rafael Escrig), Hernández por el Comité Peninsular de la FAI, y Pou y Magriñá por el Comité Regional[237]. Quedaba por representar el Comité Nacional de la CNT y la gran baza consistía en la competencia de Escrig, capaz de intervenir las conversaciones entre la Dirección General de Seguridad y el gobierno civil de Barcelona. Sancho elaboró el plan completo de la insurrección y de los cambios posrevolucionarios. En la última reunión preparatoria, de 8 de octubre, se condicionó el inicio al establecimiento de enlaces en todo el país. El 11 de octubre, Mola cursó una circular a los gobernadores, notificándose la orden de detención "del Comité ejecutivo que lo componen conocidos anarquistas y sindicalistas, todos ellos afiliados a la CNT, a más de otros elementos que sin ser obreros, simpatizan, apoyan y colaboran en el movimiento"[238]. Entre los detenidos figuraron el propio Sancho, pronto fallecido en su prisión de Montjuïc, Escrig, los catalanistas Companys y Lluhí i Vallescà, Ramón Franco, más varios anarcosindicalistas (Pestaña, Sirvent, Pere Foix, Clara). Y de acuerdo con el juego pendular vigente desde 1924, el fracaso de la conspiración militar-faísta recondujo a la CNT hacia los republicanos.

Al mismo tiempo, y en lucha abierta con los Sindicatos Libres, los sindicatos confederales incrementaron la presión huelguística, una vez reorganizados. Una gran huelga, la de la Metalgraff en Badalona, reconstruirá el esquema triangular de 1923, con violencias a cargo de los anarcosindicalistas, de los

---

[234] Cit. por José Peirats, *La CNT en la revolución española*, t. I. 2º ed., Paris, 1971, pp. 48-49.
[235] "Manifiesto. A los trabajadores", *Solidaridad Obrera*, 4-X-1930.
[236] *El Luchador*, Barcelona, 19-VI-1931.
[237] Pou y Magriñá, *Un año...*, p. 95; E. Mola, *Lo que yo supe*, p. 410.
[238] *Lo que yo supe*, p. 413.

"libreños" y de la represión policial. Un movimiento de solidaridad con la muerte de un obrero de la construcción en la calle Alonso Cano de Madrid, el 12 de noviembre, llevó a una huelga general que solo termina el día 22. La Federación Local de Barcelona puede celebrarlo: "los que dudaban en la potencialidad de la CNT se habrán convencido de que siete años de dictadura no han bastado a abatir la fuerte espiritualidad combativa del proletariado confederal"[239]. Fue también la ocasión para que los anarquistas evidenciaran su voluntad de desbordamiento, por medio de su periódico *Tierra y Libertad,* cuando la Federación Local acuerda suspender el paro.

Lejos de los tiempos felices del homenaje a Martínez Anido durante la Dictadura, los dirigentes del Sindicato Libre se lamentaban en octubre de 1930 por verse literalmente arrollados por sus adversarios reaparecidos: "En todos los ramos se coacciona descaradamente a los nuestros para que se afilien a los Sindicatos Únicos. Pistoleros en cuadrilla recorren incesantemente fábricas y talleres, obligando a cotizar para los tristemente famosos Sindicatos Únicos"[240]. En una conversación recogida en sus memorias, Mola da cuenta del malestar de un dirigente del Libre que le recomienda sobre todo prohibir la sindicación por ramos, y volver a la práctica de 1923, impidiendo las cotizaciones en los centros de trabajo[241]. Mola intentará imponer estas medidas al clausurar los sindicatos tras la huelga general de diciembre.

Volvieron los contactos con republicanos, tras el fracaso del complot con los militares, siempre con las reservas impuestas a las palabras y a los contenidos. A fines de octubre, Peiró y Massoni se entrevistaron con Miguel Maura y Ángel Galarza, preparándose una nueva entrevista con los Comités nacional y Regional. Hubo que esperar a la autorización de un Pleno de Regionales, de 15 (o el 5) de noviembre, para "establecer una inteligencia con los elementos políticos al objeto de hacer un movimiento revolucionario". Peiró tuvo allí que rizar el rizo, proponiendo "inteligencia" en lugar de la palabra maldita "pacto", frente a quienes como la delegación de Levante rechazaban "pactos, colaboración, intervención y relaciones". Peiró no tenía otro remedio, para lograr que se aceptase "la inteligencia", que suscribir la posición anarquista de que "el pueblo, llegado el momento, se lanzará a la calle con la aspiración de derrocar el régimen"[242].

Tal y como había probado la reunión caótica de delegados para una Conferencia nacional no celebrada el 15 de octubre, lo que contaba para los anarquistas era que no hubiese dudas acerca del antipoliticismo. Aquellos que acudieron a Madrid ratificaron en un manifiesto su postura tradicional: "niegan eficacia a las colaboraciones políticas, y ni ahora ni nunca la CNT puede realizar un pacto de ninguna naturaleza con los partidarios del Estado, sea este del

---

[239] "Manifiesto del Comité de la Federación Local de Sindicatos Obreros", *El Diluvio,* 23-XI-1930.

[240] Cit. en A. Elorza, "Los sindicatos libres en España: teoría y programas", *Revista de Trabajo,* nº 35-36, 1971, p. 351.

[241] *Lo que yo supe,* pp. 422-426.

[242] *Solidaridad Obrera,* 7-XII-1930

color que sea"[243]. Más allá de este o aquel comité, la divisoria entre anarcosindicalismo fiel a la moción de 1922 y antipoliticismo anarquista seguía dominando el paisaje político de la CNT. Desde *La Revista Blanca,* la publicación de los Urales, el ataque a los políticos, designados como "los correligionarios de Pestaña" se situaba ya en el terreno de la difamación y del insulto personal, anticipando el sesgo de sus campañas durante la Segunda República. Sus propósitos serían "convertir a la Confederación en un partido político para ser ellos sus jefes y vivir explotándole". "¡Que se vayan de una vez con los charlatanes políticos!", concluía el artículo[244]. Nadie iba a atender a las reflexiones de Peiró en la *Soli* sobre la reestructuración de la CNT en federaciones de industria[245].

En tal ambiente, no han de extrañar las cautelas y ambigüedades de los textos "políticos" del Comité Nacional y de los artículos publicados en *Solidaridad Obrera*. En el manifiesto que sigue al Pleno Nacional, el CN justifica un levantamiento contra el régimen, pero añade que tendrá lugar al modo anarquista y fuera de los partidos políticos. Anuncia también la convocatoria de una Conferencia Nacional para el 17 de diciembre, cuyo orden del día es ya un bosquejo del que ordenará los trabajos del Congreso Nacional de junio de 1931. El punto octavo era ya "posición de la CNT frente a la crisis social de España", eufemismo para no mentar la bicha de la política[246]. El ejemplar de 6 de diciembre de *Solidaridad Obrera* es una excelente muestra de esa dualidad. El editorial titulado "Las dos revoluciones" contrapone la revolución "de fondo" de los anarquistas a la revolución "de forma" de los republicanos. En cambio, en el mismo número, Antonio Rodríguez —probablemente Progreso Alfarache— defiende una "intervención condicionada" en el cambio político: "No se trata, pues, de hacer de 'caballo blanco', de 'sacar las castañas del fuego' a nuestros adversarios, sino la de contribuir a la creación de unas condiciones políticas que permitan a la CNT vivir y desarrollarse"[247].

La ocasión llegó con los sucesos revolucionarios de diciembre. La señal dada por los militares sublevados en Jaca fue la oportunidad para que la CNT pusiese su capacidad combativa al servicio del cambio de régimen. El 15 de diciembre de 1930, el Comité Nacional decidió declarar la huelga general, con carácter nacional, sobre la base de "actuar de común acuerdo con los elementos organizados del frente antidinástico, con el fin de que una conjunción de esfuerzos haga más breve la lucha", mientras donde no haya instrucciones en contra se mantendría la acción pacífica. Era una inmersión consciente en un frente

---

[243] "Un conato de conferencia", Suplemento de *La Revista Blanca*, nº 179, 1-XI-1930, p. VIII.

[244] "Los correligionarios de Pestaña", *La Revista Blanca,* nº 181, 1-XII-1930, p. 321.

[245] El 3 de octubre de 1930, Peiró inicia la publicación como folletín en el diario confederal de su serie "La organización de tipo industrialista". Como siempre, Peiró tropezó con Buenacasa, para quien las federaciones de industria eran incluso una sumisión a criterios organizativos comunistas ("¿Federaciones de industria?", *Solidaridad Obrera,* 11-X-1930). Otro artículo en contra, del faísta Arturo Parera, vino a probar una vez más que la concepción orgánica de la CNT reflejaba estrictamente la divisoria ideológica.

[246] "La Confederación Nacional del Trabajo a todos los adheridos y a los trabajadores en general", *Acción,* nº 29, 23-XI-1930. "Conferencia Nacional de Sindicatos", *Solidaridad Obrera,* 12-XII-1930.

[247] A. Rodríguez, "La Conferencia Nacional de Sindicatos de la CNT", *Solidaridad Obrera,* 6-XII-1930.

burgués, obligado "porque se juega el porvenir político de la nación"[248]. El blanco ofrecido a ulteriores críticas era enorme, y además el movimiento fracasó, incluso en acciones menores como el asalto al aeropuerto del Prat organizado por el Comité Regional. La convocatoria de huelga fue seguida tibiamente en Barcelona, en tanto que los anarcosindicalistas protagonizaron los sucesos en poblaciones como Gijón.

Mola aprovechó la ocasión para ordenar el cierre de sindicatos, "lo que constituía una verdadera necesidad"[249]. Rechazó con desdén las visitas de sus dirigentes solicitando la legalización, pero sus prohibiciones no tenían el mismo efecto que las de 1923. La República estaba próxima e incluso los patronos accedían a la percepción de cotizaciones en fábricas y talleres[250]. Afines de diciembre se reanudaron los contactos entre anarcosindicalistas y republicanos, lo que invitó a Mola a mantener la "estrecha vigilancia", por suave que fuera el tono de *Solidaridad Obrera,* en comunicación dirigida el 17 de enero al gobernador civil de Barcelona. Una carta-circular del día 31, dirigida a los gobernadores civiles, enumeraba estrictas condiciones para una eventual legalización, reproduciendo normas de marzo de 1923[251]. Sus propósitos se vieron contrariados por el restablecimiento de las garantías, y por tanto de la ley de Asociaciones de 1887, el 7 de febrero de 1931, al abrirse el período electoral. De nuevo el control ministerial de los sindicatos cedía paso al de los gobernadores civiles.

Solo quedó la baza de la dilación, inducida por Mola, que en una circular de 10 de marzo de 1931 ordenaba a los gobernadores que estuviesen a la espera de instrucciones para aprobar los estatutos. Francisco Arín, del Comité Nacional, viajó a Madrid y firmó un manifiesto por el mismo para protestar contra el obstáculo de las instrucciones nunca remitidas[252]. El tema dominó el mitin del teatro de Bellas Artes barcelonés, de 29 de marzo, celebrado con la restauración de las garantías constitucionales, lo mismo que el Pleno Nacional de los días 28 y 29 de marzo. De paso "los trabajadores de Barcelona expresaron su elocuente protesta contra el régimen" y el último orador del mitin, Juan Peiró, planteó la negativa a seguir esperando la apertura y pronunció una rotunda descalificación: "desde la Corona hasta el último guardia de Seguridad, todo son poderes facciosos"[253]. La asamblea terminó en medio de "un entusiasmo indescriptible".

El jueves 2 de abril grupos muy numerosos de militantes, con sus Juntas a la cabeza, forzaron los precintos de los locales y procedieron a la reapertura de varios sindicatos (Construcción, Metalurgia, Fabril y Textil). La

---

[248] Cit. por Pou y Magriñá, *Un año de conspiración,* pp. 266-268.
[249] Emilio Mola, *Tempestad, calma, intriga y crisis,* en *Obras completas,* p. 567.
[250] *Ibidem,* p. 588.
[251] *Ibidem,* pp. 622-623.
[252] "Por el funcionamiento legal de la Confederación Nacional del Trabajo", *Solidaridad Obrera,* 24-III-1931.
[253] "El mitin del domingo en Bellas Artes", *Solidaridad Obrera,* 31-III-1931.

situación era similar en otros puntos de España, y representaba un grave riesgo en Andalucía, por la presencia del "escisionismo" comunista en el área sevillana[254]. En Cataluña, la debilidad del comunismo ortodoxo[255] y la decisión del Bloc Obrer i Camperol de Joaquín Maurín, permaneciendo como minorías dentro de los sindicatos confederales, sin escisión[256], aminoraba el problema.

Análoga dilación fue aplicada a los cuarenta y cuatro presos de la CNT en la cárcel de Barcelona, muchos de ellos gubernativos, entre los que se encontraban Progreso Alfarache y Ángel Pestaña.

De nuevo la oscilación del péndulo fue hacia el otro polo, por el fracaso de diciembre, que llevó al Comité Peninsular, desde Sevilla, a insistir en el rechazo de una alianza con las fuerzas antimonárquicas, con "sus debilidades y desaciertos" y a plantear la inevitable acción revolucionaria propia, "apoyándose en los sindicatos" y para alcanzar el comunismo libertario[257]. Incluso para anarcosindicalistas del justo medio, como José Villaverde, era preciso tomar nota del "sainete político" y cerrar los oídos ante el clamor suscitado por las inminentes elecciones[258]. A propuesta de la Regional andaluza, en el Pleno de marzo fue decidido no participar en mitin electoral alguno. El 11 de abril un editorial de *Soli* insistía sobre la inexistencia de pacto alguno con los grupos republicanos, a su entender desacreditados en diciembre[259]. Al día siguiente, otro editorial reproducía el tema clásico de la literatura anarquista sobre la farsa electoral y la ilusión de libertad que obtiene el pueblo mediante el voto, pero sin dejar de consignar el entusiasmo electoral ante las votaciones inminentes[260]. El combate ritual contra las elecciones era llevado a cabo sin entusiasmo alguno.

El despertar del espíritu de 1922 llegó al tener noticia de la victoria republicana. Los titulares de *Solidaridad Obrera* en el 14 de abril de 1931 fueron inequívocos: "El triunfo de los republicanos ha demostrado cuál es la voluntad del pueblo". Una vez hecha la concesión de que la República no resolvería los problemas del proletariado, llegaba la hora de reconocer la exigencia de dar "satisfacción a las víctimas de los numerosos atropellos e injusticias que está cometiendo (sic) la Monarquía". Los protagonistas del cambio de régimen son los trabajadores, acompañados por la pequeña burguesía y los intelectuales, en un "clamor popular contra la Monarquía y todos sus gobiernos"[261].

---

[254] "Se reunió el Pleno Confederal durante los días 28 y 29 de marzo, tomándose importantes acuerdos sobre la legalización de los Sindicatos y otras cuestiones de actualidad", *Solidaridad Obrera*, 4-IV-1931.

[255] Jules Humbert-Droz, *De Lénine à Staline. Dix ans au service de l'Internationale Communiste, 1921-1931*, Neuchâtel, 1971, p. 405.

[256] Francesc Bonamusa, *El Bloc Obrer i Camperol (1930-1932)*, p. 238.

[257] Comité Peninsular de la FAI, "Fijando actitudes", *Solidaridad Obrera*, 25-I-1931.

[258] José Villaverde, "¿Carece de sentido político la Confederación Nacional del Trabajo", *Solidaridad Obrera*, 1-IV-1931.

[259] "Ni pactos ni conferencias", *Solidaridad Obrera*, 11-IV-1931.

[260] "Lobos en el llano", *Solidaridad Obrera*, 12-IV-1931.

[261] "El triunfo de los republicanos...", *Solidaridad Obrera*, 14-IV-1931.

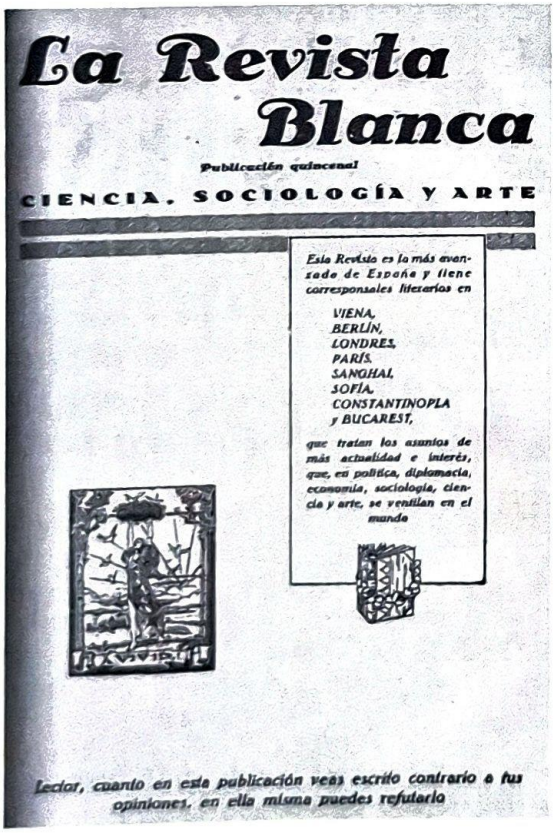
A partir de este momento, aparecen las cláusulas de cautela. La CNT se declara "en actitud expectante", anuncia una huelga general preventiva, pronto desconvocada, exige la libertad de los presos, y proclama que "si la República ha de consolidarse, será indudablemente con la organización obrera". Para instalarse en un juego con dos barajas: "Todos en pie de guerra con la República, y contra la República si fuese preciso"[262]. En las dudas, *Solidaridad Obrera* abre sus páginas a la demagogia desenfrenada de Ramón Franco, dispuesto a degollar a diestro y siniestro[263]. Al cabo de las vacilaciones, prevalecerá el optimismo, al celebrar el primer Primero de Mayo como fiesta oficial, "en este mayo republicano cuando todos los pechos rebosan entusiasmo y alegría"[264].

Gracias al *Eco de los pasos* de Juan García Oliver, protagonista de los sucesos, sabemos cómo se desarrolló la provocación que convirtió la fiesta en "un Primero de Mayo sangriento"[265]. Había que destruir la herejía del "mayo republicano" de la CNT y se hizo a punta de pistola. Fue también la presentación pública de la CNT-FAI.

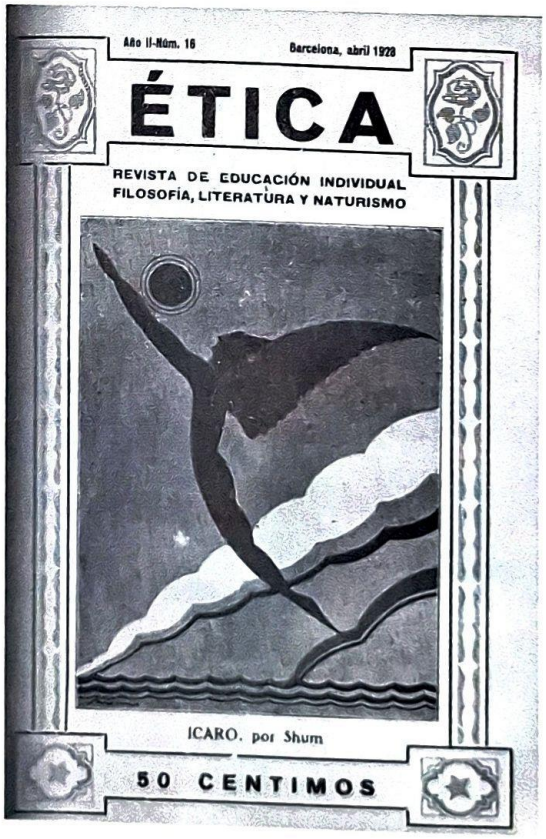
La "Star", la pistola mítica de la FAI.

[262] "La Confederación Nacional del Trabajo toma posiciones", *Solidaridad Obrera,* 16-IV-1931.
[263] Ramón Franco, "Garantías constitucionales", *Solidaridad Obrera,* 17-IV-1931.
[264] "Un nuevo mayo para la CNT", *Solidaridad Obrera,* 1-V-1931.
[265] «Un Primero de Mayo sangriento », *Solidaridad Obrera,* 3-V-1931.

"El último Quijote", de Federico Urales.



"La Revista Blanca".



Revista "Ética".

Anexo I

La FAI y el anarquismo portugués

La denominación sugiere en si misma una convergencia de los anarquismos español y portugués en un solo marco orgánico que hubiera llevado a forjar una estrategia conjunta, fundada sobre la vieja idea federal de la Unión Ibérica, solo que trasladada al movimiento libertario. La realidad es mucho más modesta: no parece que tenga detrás más que cierto grado de comunicación y los buenos deseos de conjugar en el futuro la acción de los respectivos anarquismos, cuyo punto de arranque fue una entrevista en Évora de dos delegaciones, de la CGT y de la CNT[266]. Una escasa relación que nos fue comentada por varios veteranos militantes lusos —Emidio Santana, Adriano Botelho y Francisco Quintal—, a quienes entrevistamos en Lisboa en los meses que siguieron a la Revolución de los claveles.

De entrada, el anarquismo portugués contaba con una plataforma organizativa más sólida que el español, aun cuando sus efectivos fueran mucho más reducidos. Las dos organizaciones nacionales habían nacido el mismo día, el 18 de marzo de 1923. Pero mientras que en España la conferencia, impulsada al parecer por el grupo "Los Solidarios" de Durruti y celebrada en el local madrileño de la calle Doctor Forquet, reunió solo a catorce delegados y tuvo por único resultado el nombramiento de un Comité de Relaciones, importante solo como antecedente de la futura FAI[267], en Portugal la conferencia de Alenquer tuvo repercusiones más hondas, a pesar de que la asistencia tampoco fue numerosa: doce grupos anarquistas de ocho localidades (Lisboa, Póvoa de Varzim, Santarém, Beja, Palmela, Setúbal, Coimbra y Espinho). Datos de *La Revista Blanca,* inferiores a los que nos facilita sobre la conferencia Francisco Quintal[268]. De ella surgió la União Anarquista Portuguesa, que explícitamente marcaba la ruptura con "el anarquismo romántico e intelectual" y respondía sobre todo al intento de que la central sindical, la CGT, no se apartase de la línea anarcosindicalista.

---

[266] El escritor anarquista luso-brasileño Edgar Rodrigues —pseudónimo de Antônio Francisco Correia— menciona un antecedente significativo, aunque la relación se establece entonces entre representantes de la CGT portuguesa (José da Silva Santos y Manuel Joaquim de Souza) y de la CNT (Manuel Pérez Fernández, J. Ferrer y Sebastián Clara), reunión en Évora (Portugal) de organizaciones obreras de la Península ibérica, de la cual habría surgido, por iniciativa de Souza apoyado por Pérez, la propuesta de formar un "Movimento Confederal e Libertário da Peninsula Ibérica". En un nuevo encuentro de Manuel Pérez, anarquista hispano-brasileño siempre ortodoxo, y de Souza en el Congreso de Marsella, de mayo de 1926, estudiado ya con anterioridad en este trabajo, se habría acordado ya con nombre incluso constituir la Federación Anarquista Ibérica, con Lisboa como residencia del Comité. Estamos en vísperas del golpe militar de Gomes da Costa en Portugal. Cf. Edgar Rodrigues, *História do movimento anarquista em Portugal,* texto procedente del Archivo de Historia Social de Edgar Rodrigues (www. recollection books/ Historia anarquista POR).

[267] Apenas hubo ecos del cónclave libertario, cuyos propios patrocinadores aragoneses de *Cultura y Acción* prácticamente ignoraron. En *El Sol* de 21 de marzo, Ramón Gómez de la Serna redactó un comentario irónico, que luego fue utilizado con una intención crítica en el semanario *La Batalla,* de Joaquín Maurín, en Barcelona.

[268] Suplemento a *La Revista Blanca,* nº 84, 15-XI-1926, p. II.

Francisco Quintal tuvo la amabilidad de confiarnos unos apuntes destinados a *A Ideia,* periódico anarquista de lengua portuguesa en Francia, de los que tomamos la siguiente descripción de la conferencia de Alenquer: "A Conferência, clandestina, a pesar de estarmos em regime democratico, porque os senhores democratas de então não eram para brincadeiras e só o bafo dos seus agentes nos causavam nauseas, realizou-se naquela localidade, por ser habitada pelo velho camarada Campelo, que ali tinha mercearia e uma paderia, com a respectiva casa do forno. E foi neste ambiente pitoresco, com as pás ao alto, com se a Natureza, no seu recôndito nos dissesse —Salvé, Anarquia!— ali, encostadas as paredes enegrecidas e em volta da mesa comprida onde assentavam os tabuleiros, que os camaradas, delegados de Grupos e individuos isolados se assentaram. A Ordem dos Trabalhos era a seguinte:

1° Leitura do Relatório do Comité de Iniciativa, que era então composto por Fernando de Almeida Marquesa, José Pires de Matos e Francisco Quintal, sobre os preparativos da Conferëncia e razões que a isso os levaram. 2° Concepção do Anarquismo aperante la Revolução Social e a Ditadura do Proletariado, 3° A posição dos Anarquistas em face do Sindicalismo Revolucionário. 4° A organização anarquista. A propaganda, 5° A Questão agraria. 6° A Imprensa Anarquista. 7° Relações internacionais. (Estas teses foram apresentadas pelo Comité de iniciativa). 8° Diversos —Nomeação do Comité da UAP e Sede. Encerramento". Fue presentada también una tesis sobre el aumento del salario en el capitalismo, redactada por C. De Carvalho y Manuel Joaquim de Sousa, un hombre clave en las negociaciones que llevaron a la conferencia fundacional de Valencia en 1927.

Asistieron a la reunión de Alenquer cuarenta y cinco anarquistas, siendo elegida Lisboa como sede del Comité de Relaciones, y como miembros del mismo Pires de Matos, Hilário Marques, Joaquim Gonçalves y Francisco Quintal. Este último, nacido en Funchal (Madeira) en 1889, desempeñó la secretaría hasta su regreso de la conferencia fundacional de la FAI, a la que asistió. Las cosas ya habían cambiado entonces, con el triunfo del golpe militar de 1926 que abre para Portugal casi medio siglo de dictadura. Poco después de su viaje a España, Quintal fue deportado a Angola, en agosto de 1927. Le sustituyó el periodista Constantino de Figueiredo. Pero la era dorada del anarquismo portugués con la UAP quedaba atrás por la represión, y ligada a la figura de Quintal: fundación de *O Anarquista,* participación en el nacimiento de la FAI —cuya idea primera había procedido de los anarquistas españoles, en comunicación recibida por la UAP el 16 de junio de 1923—, y en fin conferencia de Lisboa, el 10 de mayo de 1925, de la que surge la idea de crear tres Federaciones regionales —Norte, Central y Sur—, que acabarán convirtiendo la UAP en Federação Anarquista da Região Portuguesa (FARP)[269].

A pesar de la defensa de la ortodoxia que caracteriza en 1925 y 1926 la línea editorial de *O Anarquista,* y de sus críticas dirigidas contra el desviacionis-

[269] Ver el texto citado de Francisco Quintal, "Ecos do passado" y "Dados para a Historia do Movimiento Anarquista em Portugal", *Aurora,* Oporto, 1930.

mo político de los sindicalistas revolucionarios de *A Batalha*, que acercan a libertarios lusos y españoles, las relaciones entre anarquismo y sindicalismo no alcanzaron el mismo grado de conflictividad que en España, sirviendo de prólogo a la fundación de la FAI. Ante todo, hubo un rechazo explícito del modelo "trabazonista", y por otra parte fue evidente el disgusto de la FORA argentina frente a la UAP, a la que calificó de partido político anarquista respecto del sindicato. Como explicaba en abril de 1925 Quintal, en su calidad de secretario de la UAP, en el orden práctico la organización anarquista ciertamente daba prioridad a la acción sindical dentro de la CGT, a efectos de impedir que ésta se desviara hacia el bolchevismo o hacia "el sindicalismo neutro", pero tampoco podía limitarse a intervenir en la lucha económica. Además, por el reducido número de sus efectivos, no podía aspirar a la definición anarquista del sindicato[270].

La definición ideológica del órgano de prensa de la UAP se ajusta a tales planteamientos desde su primer número: "Dentro do movimento operário agimos e dentro dele formarse-ha a parte mais solida da nossa revolução social. Mas criticamos e criticaremos sempre com razão esse sindicalismo organisativo pretensão a futuro Estado proletariano, com un comité federal a fazer o papel de Presidente da República. Criticaremos asperamente esses ingênuos desejos de unionismo sindical perante tendências sociais, e ainda essa outra ridícula pretensão de que o Sindicalismo é, por si só, una doutrina emancipadora, em que os seus órgãos sâo já as celulas de produção e consumo da sociedade futura"[271].

La idea de la unión ibérica aparecía ya en el segundo número, al plantear que la revolución social solo podría ser realizada mediante la unión de anarquistas españoles y portugueses, lo que exigía que en España cesasen los enfrentamientos entre sindicalistas y anarquistas[272]. Lo cual no impedía que *O Anarquista* censurase duramente "las desviaciones" de la CGT en su país. En el último número que hemos visto de *O Anarquista* los ataques son durísimos contra el Consejo federal de la CGT, "porque as suas simpatias teem sido todas para um Sindicalismo estéril, um Sindicalismo que pode dar quando muito menos horas de trabalho e mais escudos de salário, mas que é completamente incapaz para desenvolver a Revolução entre as massas trabalhadoras"[273]. Las reivindicaciones económicas resultaban así abiertamente menospreciadas. Lo cual no suponía aceptar la "trabazón". En el mismo artículo citado, donde se insiste en las críticas contra el sindicalismo de la CGT y en la necesidad de que sus dirigentes abandonen el reformismo y sigan los principios de la AIT de Berlín. La propaganda es el medio para forzar el cambio.

Los anarquistas hispano-argentinos, guardianes de la ortodoxia, celebrarán los avances conseguidos desde la conferencia de Alenquer por sus corre-

---

[270] Francisco Quintal, "El movimiento anarquista en Portugal", *La Revista Internacional Anarquista*, nº 7, 15-V-1925, pp. 162-163.

[271] "O propositos do Anarquista, *O Anarquista*, año I, nº 1, Lisboa, 28-II-1926.

[272] "A Revolução Social na Iberia", *O Anarquista*, nº 2,

[273] "Continuamos pugnando para que a Confederação Geral do Trabalho se integre na acção revolucionária", *O Anarquista*, nº 9, 8-VIII-1926.

ligionarios portugueses, pero rechazando la dualidad UAP-CGT que a su entender aproximaba la UAP a la condición de partido político que intervenía, pero era ajeno al movimiento sindical. Los libertarios lusos creían que el objetivo debía consistir en un movimiento obrero donde la CGT fuese orientada hacia un estricto anarquismo. Consecuencia: "para armonizar la acción de los anarquistas, basta la prensa anarquista; sobra la organización específica"[274].

Entre tanto, las nuevas condiciones surgidas del golpe de Estado del general Da Costa, en mayo de 1926, dificultarán tanto la vida de la UAP como la puesta en práctica del propósito de fundir las dos organizaciones anarquistas de la península. El primer congreso de la UAP, a celebrar el 1 de julio de 1926, aniversario de la muerte de Bakunin, parece no haber sido aplazado. Al lado de una serie de cuestiones organizativas, vendría a ratificar el acuerdo del Congreso organizado en Marsella del 8 al 10 de mayo, solo unos días antes del golpe en Portugal, con la presencia de los inevitables Manuel Pérez y Manuel Joaquim de Souza, para organizar la conferencia fundacional de la Federación Anarquista Ibérica, cuyo Comité de Relaciones hubiera debido residir en Lisboa[275]. Tal vez el Congreso de Lisboa llegó a reunirse, de un modo u otro, preparando la participación en la Conferencia de Valencia.

El rechazo de la "trabazón" y de las tácticas argentinas se mantiene en los años de declive y represión que tanto para los anarquistas como para la CGT siguen al golpe militar de 28 de mayo de 1926[276]. En sus catorce meses de vida, esta situación es reflejada por la revista *Aurora*, que se publica mensualmente en Oporto entre septiembre de 1929 y octubre de 1930, coincidiendo primero con el momento más difícil de la CNT española bajo la Dictadura, y luego con su reconstrucción que separa ya en lo sucesivo a los anarcosindicalistas de ambos países. El primer número de *Aurora* está presidido por la imagen de la derrota, desde su editorial de presentación "evocando um passado glorioso de esforços e sacrifícios em pro da libertação do pensamento humano êle parentela, além disso, aqueles que, a través de todas as vicisitudes e contrariedades se teem conservados firmes no seu posto de combate, uma série ininterrupta de ensinamentos e de recordações..."[277]. En la citada línea, el artículo de Quintal, firmado como el anterior bajo pseudónimo —"Meridional"— y con un título bien elocuente, "Desorientação e desorientados", reproduce el propósito del "Dormidos y comodones" publicado en España por "Cardenio" dos años antes para los anarquistas españoles: se trata de reafirmar las ideas anarquistas frente a quienes se vuelven temerosos por las persecuciones y a aquellos que han perdido toda ilusión[278].

---

[274] Diego Abad de Santillán, "Contrarréplica", *El Productor*, nº 17m 26-II-1926.

[275] "O Congresso de Marselha", *O Anarquista*, nº 7, 20-VI-1926.

[276] Véase Manuel Joaquim de Sousa, *Ultimos tempos de acção sindical livre do anarquismo militante (1926-1938)*, en *Voz Anarquista*, enero 1975, Almada, nº 1 y siguientes.

[277] "No dealbar...", *Aurora*, nº 1, septiembre 1929.

[278] "Meridional" (F. Quintal), "Desorientação e desorientados", *ibidem*.

En este ambiente depresivo tuvo lugar la última polémica que conocemos en el anarquismo luso en torno al "movimiento obrero anarquista". Las posiciones anteriores son confirmadas. El pretexto viene dado por un artículo del francés Jean Grave defendiendo la autosuficiencia del movimiento sindical en la lucha económica[279]. En su respuesta, Quintal consideraba como falsas soluciones tanto la autosuficiencia sindical propugnada por Grave como la fusión entre anarquismo y movimiento obrero: "E como não queremos, de forma alguna, confundir totalmente o movimento anarquista, que abrange outros meios, nâo operários ou asalariados, com o movimento operário, este pôde continuar a chamarse Sindicalismo e revolucionário (visto que é tam difícil ir contra o poder das palavras) mas debe comprender claramente qual e a sua missão, o seu papel, as suas atitudes o o seu revolucionarismo"[280].

Desde estos supuestos, si bien el anarquismo portugués se apartaba de la fórmula del MOA, también lo hacía de proyectos de tolerancia recíprocas de corrientes ideológicas dentro del espacio libertario, en la línea de la "síntesis" propuesta por el francés Sébastien Faure de las tres tendencias principales del anarquismo: anarcosindicalismo, comunismo libertario e individualismo anarquista. Para Quintal, la colaboración anarquista con otras corrientes quedaba excluida, puesto que los anarquistas debían animar un sindicalismo ajeno a la colaboración de clases. Esto era compatible con el rechazo del MOA; no se trataba de conquistar la organización sino de influir sobre "um determinado número de proletários segundo o método anarquista". Terció también en el debate Adriano Botelho, condenando por imprudente la propuesta de un "movimiento obrero anarquista" que solo serviría para obstaculizar la labor abierta de los anarquistas en cuanto tales dentro de los sindicatos[281]. A pesar de su participación en el acto fundacional de la FAI, los anarquistas portugueses rechazaban su patrón organizativo. Pronto la fuerza de las cosas dejaría tales discusiones sobre el papel como algo totalmente inútil, por la represión sufrida, mientras en España los problemas de 1927 cobraban mayor actualidad que nunca en el ambiente de libertad de la Segunda República.

Era lógico que en tales circunstancias, los libertarios portugueses buscasen refugio en España. En torno a 1929-1930 fue fundada la Federação de Anarquistas Portugueses Exilados (FAPE), "com o fim de reunir todos os camaradas exilados o residentes no Estrangeiro". Su secretariado general se instaló primero en París, desempeñándolo José Marques da Costa, con un secretariado en Barcelona, en el cual actuaba Eduardo Miranda, uno de los fundadores. Una vez expulsado Marques da Costa de Francia, el secretariado se trasladó a Madrid, donde lo llevaron dos militantes, uno de ellos Germinal de Souza, quien más tarde será nombrado secretario del Comité Peninsular de la FAI. El secretariado publicó un órgano de prensa, *Rebelião*, suspendido por culpa de un en-

[279] Jean Grave, "O Sindicalismo e o Problema Social", *Aurora*, nº 4.

[280] "Meridional" (F. Quintal), "Considerações a propósito de um artigo de Jean Grave", *Aurora*, nº 5, enero 1930.

[281] "B. Inâcio" (A. Botelho), "O Movimento Operário Anarquista", *Aurora*, nº 8, abril 1930.

frentamiento personal ente el arriba citado Marques da Costa y Roberto das Neves. En 1933 la persecución de las autoridades españolas llevó a la salida hacia Francia de Marques da Costa y de Germinal de Souza, entonces encargados del secretariado. Al regresar clandestinamente a Madrid el año siguiente Marques da Costa, se reconstituyó el secretariado con él mismo, Custodio B. de Lima, Eurico y José Correia Pires, hasta que la oleada de detenciones de octubre de 1934 provocó una nueva huida a Francia. Con España como escenario, y a menor escala, se repetía para los anarquistas portugueses la misma historia vivida por sus correligionarios españoles en Francia entre 1924 y 1930.

Gracias a la ayuda de anarquistas españoles, el secretariado pudo resurgir precariamente, reducido a José Correia Pires y a José Rodrigues Reboredo. De la escasez de recursos, da idea el fracaso del intento de publicar nuevamente *Rebelião,* como simple boletín dactilografiado. El secretariado se traslado a Sevilla, donde tuvo el apoyo del grupo "Humanidade Livre". Ahora sí reapareció *Rebelião*, con siete números entre marzo de 1935 y junio de 1936.

Fueron regularizadas las relaciones entre los grupos anarquistas portugueses existentes en España: "Os Inadaptáveis", "Intransigentes", ambos de Coruña, "Os Conquistadores Modernos", de Noya, "Os Rebeldes" de Madrid, y otros dos más en Huelva y en Lugo. En mayo de 1936, la autodisolución del grupo "Humanidade Livre" llevó a nuevo cambio de residencia, un azar favorable ante la proximidad del golpe militar de julio que triunfó en Sevilla. Instalado en Madrid, el secretariado fue ahora asumido por el grupo "Os Rebeldes".

En los meses anteriores a la guerra, la FAPE había mantenido relaciones regulares con la FAI, tratando sin demasiado éxito que los anarquistas españoles tomasen en consideración seriamente el problema de Portugal, tanto en el Pleno de la FAI de enero de 1936 como en el Congreso confederal de Zaragoza. Los libertarios portugueses intentaron emplear como portavoz el periódico brasileño *A Plebe*, dada la escasa atención que alegando falta de espacio concedían *Solidaridad obrera* y *Tierra y Libertad* a las colaboraciones portuguesas. Pero *A Plebe* fue pronto suspendido. Con la guerra las posibilidades se incrementaron, siendo fundado en agosto de 1936 en Madrid un Núcleo Cultural Portugués, dirigido a canalizar las acciones de los simpatizantes libertarios portugueses al tiempo que se intensificaba la propaganda antisalazarista[282]. La presencia de Germinal de Souza como secretario del Comité Peninsular de la FAI compensó, por lo menos a nivel simbólico, la débil presencia portuguesa en una organización que formalmente actuaba en un ámbito ibérico.

[282] Datos procedentes de José Rodrigues Reboredo, *Informe do Secretariado Geral da Fape relativo a vida da mes até septembro de 1936. A apresentar ao Pleno da Fape, a realizar em 4 de abril de 1937*. Mss en Archivo Guerra Civil, Salamanca.

Anexo II

Conferencia constitutiva de la FAI (24 y 25 julio 1927)

Síntesis del acta de la Conferencia Nacional celebrada en Valencia los días 24 y 25 de julio de 1927(*)

Asisten las delegaciones siguientes: Federación Nacional de G.A. de España (Secretariado de Relaciones), Federación Regional de G.A. de Levante, F. Regional de G.A. de Andalucía y Local de G.A. de Granada, F. Regional de G.A. de Cataluña, F. Provincial de G.A. de Castellón, F. Provincial de G.A. de Alicante y Local de Elda, F. Local de G.A. de Sevilla, F. Local de G.A. de Madrid, F. Local de G.A. de Valencia, Grupos A. de Valencia "Jóvenes Rebeldes", "Cultura y Acción", "Luz y Vida", "La Antorcha", "Los Inquietos", "El Sagitario", "Los Forjadores de la Idea", "Paso a la Verdad" y algunas individualidades; Unión Anarquista Portuguesa, Confederación Regional del Trabajo de Cataluña y Confederación Regional del Trabajo de Levante.

Asiste una delegación directa de la organización de G.A. de Cataluña nombrada al efecto en su último Pleno Regional y se encuentran representados camaradas del G. "Sol y Vida" de Barcelona.

Llega tarde a la Conferencia el representante de los organismos Federación Regional de G.A. del Sena (París) y Secretario Anarquista Provisorio, y telegrafía serle imposible comparecer al delegado de la Federación Local de G.A. de Málaga, que lleva la representación del G.A. "Los Forjadores del Porvenir" de Marsella.

No asisten por falta de medios y se adhieren a la Conferencia: la F. Nacional de G.A. de Lengua Española de Francia (Secretariado); Federación Local de G.A. de Zaragoza; "A Batalha" y Confederación General del Trabajo de Portugal; Asociación Internacional de los Trabajadores, de Berlín; U. Anarquista Comunista y "Le Libertaire", Paris; Internacional Antimilitarista y Bureau Internacional Antimilitarista, Holanda; Federación Regional de G.A. de los Pirineos Orientales, Aude y Ariège; Federación Local de G.A. de San Juan de Luz; G.A. "Flores Nacientes" de Toulouse; Comité propresos y Grupos A. de Vizcaya; los periódicos Cultura Proletaria, *de Nueva York;* Acción Social Obrera, *de San Feliu de Guixols*; La Revista Blanca, *de Barcelona, y los camaradas M.B., de Cataluña; E.L., de Toulouse; J.P., de Sevilla; R.O., de La Línea; J.A., de Baleares, y la compañera A.M., de Cataluña.*

(*) *La Protesta*, Buenos Aires, nº 5.790, 2 de noviembre de 1927. Presenta la síntesis del acta un comentario de Miguel Jiménez, "La unidad en la anarquía".

Primera sesión

1. Abre la Conferencia el Comité Nacional provisorio, saludando a los delegados. En un extenso discurso son saludados los camaradas lusitanos y vieneses que han muerto por la libertad, los compañeros Sacco y Vanzetti, y demás compañeros y presos del mundo, y las delegaciones a la Conferencia.

2. Lectura de las credenciales de los delegados y de las listas de las fuerzas. Son leídas las de los delegados mencionados.

3. Exposición por el C.N. de los trabajos realizados y del estado presente de la organización. Intervención de los delegados y contestación del C.N. Es hecha una detallada exposición, siendo aprobada con un voto de confianza presentado por Cataluña la actuación del C.N.

4. Fin de la actuación del C.N., reintegrándose sus miembros a la Regional Catalana. (A partir de este momento la Conferencia se desenvuelve sin Comité Nacional).

Así lo hacen por entender que dan a la Conferencia una sensación de más libertad.

Es leído y aprobado un informe del G. "Sol y Vida" propiciando la propaganda e intercomunicación de los pueblos por medio de excursiones campestres.

Segunda parte

1. Nombramiento de mesa. Es formada por la F.L. de Valencia.

2. Lectura de los dictámenes. Son leídos todos de los organismos representados y adheridos.

Tema 1º. De los problemas importantes del anarquismo y de las características y desarrollo del movimiento anarquista

Es presentada por las delegaciones de Valencia y rechazada una proposición incidental pidiendo solo se discutan los temas 3º y 6º. Son considerados importantes todos los problemas de la vida y deseado que los grupos no solo estudien y discutan, que hagan obra de educación, propaganda y agitación, creando y difundiendo la hoja, la revista, la escuela, la biblioteca, el ateneo, etc.

a) Sobre la contextura de los grupos y sus actividades

Es aprobada una proposición de Madrid que establecer la libertad de darse cada grupo la misión o actividades de su agrado, procurándose por la Federación la unidad en la acción y la propaganda.

b) Ante las corrientes lingüísticas, vegetarianas, etc., ¿se deben formar agrupaciones naturistas, esperantistas, etc. dentro del movimiento anarquista?

Se resuelve ir a esas agrupaciones y aceptarlas, respetándose a la labor por ellas más preferida, con tal que al adherirse sean ante todo anarquistas.

Tercera sesión

Tema 2º. Del cooperativismo:

a) Posición ante el movimiento cooperativista;

b) ¿Debe propiciarse una organización de cooperativas de consumo, de talleres comunes y de colonias agrícolas unida a la organización de grupos y dentro del movimiento anarquista?

Son discutidos ambos apartados juntos. Es hecha una moción de no oponerse a que se den a estos ensayos y organización cooperativistas aquellos que la consideren buena, pero siempre autónoma, mas no aislada, a fin de evitar toda desviación.

Tema 3º. Del movimiento obrero

a) Posición ante las centrales sindicales C.N. del T y U.G. de los T.

Se acuerda tratar lo que afecta a la C.N. del T., por entender que no hay por qué preocuparse por el organismo reformista, y se entra en el apartado b).

b) ¿Debe tenderse a que la organización de Sindicatos, como medio también del anarquismo, se trabe con la organización de grupos conservando cada una su autonomía y sus federaciones, por medio de federaciones y consejos generales, dentro del movimiento anarquista?

Se entiende no ser posible la unidad de clase; que el sindicalismo, persiguiéndola, ha fracasado, y que por ello hay que buscarla unidad anarquista. Que la organización obrera no solo es por mejorar la clase, que ha de labrar la emancipación, y como esta es posible en Acracia, debe hacerse por medio también del anarquismo.

Que debe volver la organización obrera al anarquismo, tal como lo estuvo antes de disolverse la Federación Regional Española y crearse al margen de la organización anarquista de grupos, procediendo a juntarse ambas organizaciones, pues el movimiento ácrata no solo ha de preocuparse de todos los restantes problemas, desentendiéndose del económico. Se resuelve propagar esto, y que los grupos, sus federaciones y el C.N. inviten a la organización sindical y

al Comité de la C.N. del T. a la celebración de Plenos o Asambleas locales, comarcales, regionales y nacionales de ambas organizaciones, proponiéndose la inclusión de la organización de Sindicatos en el movimiento anarquista y su enlace a la organización de grupos, sin confundirse ni perder sus características, formando federaciones generales que sean expresión de este amplio movimiento anarquista, con sus Consejos Generales, llamados así por ser integrados por representantes de la organización de Sindicatos y la de grupos, cuyos consejos se dividan en comisiones de educación, propaganda, agitación y los demás problemas que interesan por igual a ambas organizaciones.

Tercera sesión

Se acuerda pasar a los temas 6º y 7º por hacérsele tarde a la delegación portuguesa.

Tema 7º. De la Federación Ibérica. a) Ante la afinidad existente entre la U. Anarquista Portuguesa y la F.N. de G.A. de España, ¿se debe constituir definitivamente la Unión o Federación Anarquista Ibérica?

Se acuerda dar constitución firme a la Federación Anarquista Ibérica, compuesta por la Unión Anarquista Portuguesa, la F.N. de G.A. de España y la F. de G.A. de lengua española de Francia; que no es provechoso por eso crear nuevo Comité, sino que uno de los tres de estos organismos asume temporalmente la representación de la Federación Anarquista Ibérica; que el cargo de Comité Peninsular se traslade periódicamente de un punto a otro, entre Portugal, Francia y España, y que el Comité de la Unión Anarquista Portuguesa tome ahora a su cargo el Comité Peninsular, con el auxilio y la información de los Comités de Francia y España.

Tema. De la dictadura

a) Ante el presente de dictadura, ¿qué medios hemos de adopta los anarquistas para provocar un esfuerzo internacional o parcial en la Península Ibérica?

Se acuerda desarrollar una extensa campaña de agitación entre el pueblo a fin de que, caldeado el ambiente, se produzca un movimiento popular que sea determinado por el espíritu libertario.

b) De ser provocado por otros sectores, ¿qué medios ha de adoptar la minoría anarquista para lograr ser el factor determinante de la revolución?

La Conferencia ratifica el acuerdo recaído en el Congreso de Marsella (mayo de 1926) de no mantener ningún pacto, colaboración o inteligencia con elementos políticos, y solo estar en inteligencia con la C.N. del T.

Se acuerda intervenir en todo pronunciamiento que surja, procurando apar-

tarlo de la dirección política, y encauzar la acción popular a destruir todos los poderes y organizar libremente su vida.

Es aprobada una proposición de Alicante de confeccionar un folleto claro y enérgico para que el obrero sepa que hacer en su acción revolucionaria.

c) ¿Existe dentro de nuestro movimiento la capacidad precisa para una obra reconstructiva sobre bases antiautoritarias y federalistas?

Se cree en su existencia y en la necesidad de desarrollarlo y organizarnos para que tenga nuestro movimiento la máxima solvencia que le conquiste la voluntad popular.

d) ¿Debe formarse un Comité de Acción por la organización sindical y la de grupos, o solamente por esta última?

Se acuerda lo primero, imitando a Cataluña, y solo en donde a la organización sindical no le sea posible o se niegue a hacerlo, lo segundo.

Tema 4º. De los presos y perseguidos. a) ¿Deben los C.P.P. todos estar formados por la organización sindical y la de grupos, cuando esta última no posea sus propios C.P.P.?

Se resuelve trabajar para que los C.P.P. lo integren representantes de las dos organizaciones, invitando a ello a la C.N. del Trabajo y dándoles autonomía y administración propia.

Tema 8º. De las Internacionales

a) ¿Qué concepto nos merece la Plataforma de Organización de los Anarquistas (proyecto)?

Esperándose, pero no habiéndose podido traducir este proyecto de los anarquistas rusos y ante la falta de exacto conocimiento del mismo, es dejado para la próxima reunión de la Conferencia Nacional, prometiendo Madrid que lo tendrá traducido.

b) Posición de los organismos internacionales antiautoritarios A.I.T., C.I.A. y U.A. Universal.

La Conferencia se adhiere a las dos [primeras], desconociendo la última, que cree no actúa.

c) *¿Debe trabajarse por la unión de estos organismos en una sola internacional anarquista?*

Se resuelve tender a ello por medio de una Conferencia mundial.

Tercera parte

1. *Movimiento de mesa.* Continúa la anterior.

2. *Residencia del nuevo Comité Nacional efectivo.*

Unánimemente se pide la continuación del C.N. transitorio, dándole carácter efectivo, pero se niega aduciendo que debe nombrarse otro, pues el C.N. no debe residir siempre en una parte y que la crisis y la represión los ha dejado carentes de elementos en los momentos presentes.

Después de ser propuestas varias localidades que no aceptan, se propone a Sevilla, que lo acepta, después de hacerle Barcelona la promesa de poderse encargar de nuevo una vez reorganizada.

Promete el Comité saliente trasladas la documentación a Sevilla, una vez despachados todos los asuntos pendientes, y hecha el acta de la Conferencia, encargándose transitoriamente Sevilla del Comité de acuerdo con Barcelona.

3. *Atribuciones, medios y labores de este Comité.*

Se encarece que las delegaciones hagan por que en sus organismos se comprenda que sin el aporte voluntario, pero continuo, no es posible el buen desenvolvimiento y la precisa labor de este C.N.

4. *Asuntos generales.*

Cataluña propone se haga un boletín que sea la expresión de la obra de nuestro movimiento obrero anarquista, siendo aprobado.

Se levanta la sesión con un saludo a los presos y perseguidos y al mundo revolucionario.

El Secretariado.
Barcelona, 18-9-1927.

Esquina de las calles de la Cadena y de San Rafael, donde fué asesinado el «Noy del Sucre». En el suelo, é indicando el lugar sobre el cual se desplomó Seguí, unas piadosas y amorosas manos de mujer han depositado un manojo de flores

LAS TRÁGICAS LUCHAS SOCIALES EN BARCELONA

El «Noy del Sucre» muerto á balazos

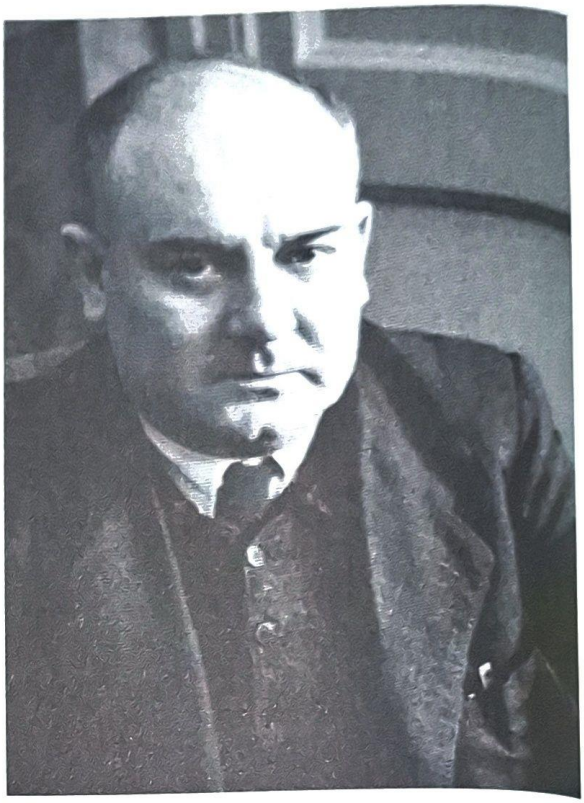
Salvador Seguí, el famoso «Noy del Sucre», muerto á tiros en Barcelona por sus adversarios, en esas terribles luchas sociales que vuelven á ensangrentar diariamente la capital catalana, era una gran figura del sindicalismo obrero, en esta época, tan triste y tan estéril, en la que todas las clases de la sociedad aparecen alzadas unas contra otras, en una vesania de egoismo que hace anteponer los intereses de grupo á todos los intereses, no sólo nacionales, sino humanos.

Como tantos otros, Seguí ha muerto por un ideal, y nada merece en el mundo mayor respeto que una muerte así. Pero no basta morir en belleza. Es menester que el sacrificio sea fecundo, y ¿podrán serlo, acaso, los incontables sacrificios de esta índole que al paso de los días van sucediéndose en la historia roja de Barcelona?

Salvador Seguí, el «Noy del Sucre», pronunciando uno de los discursos de sus ruidosas campañas sociales

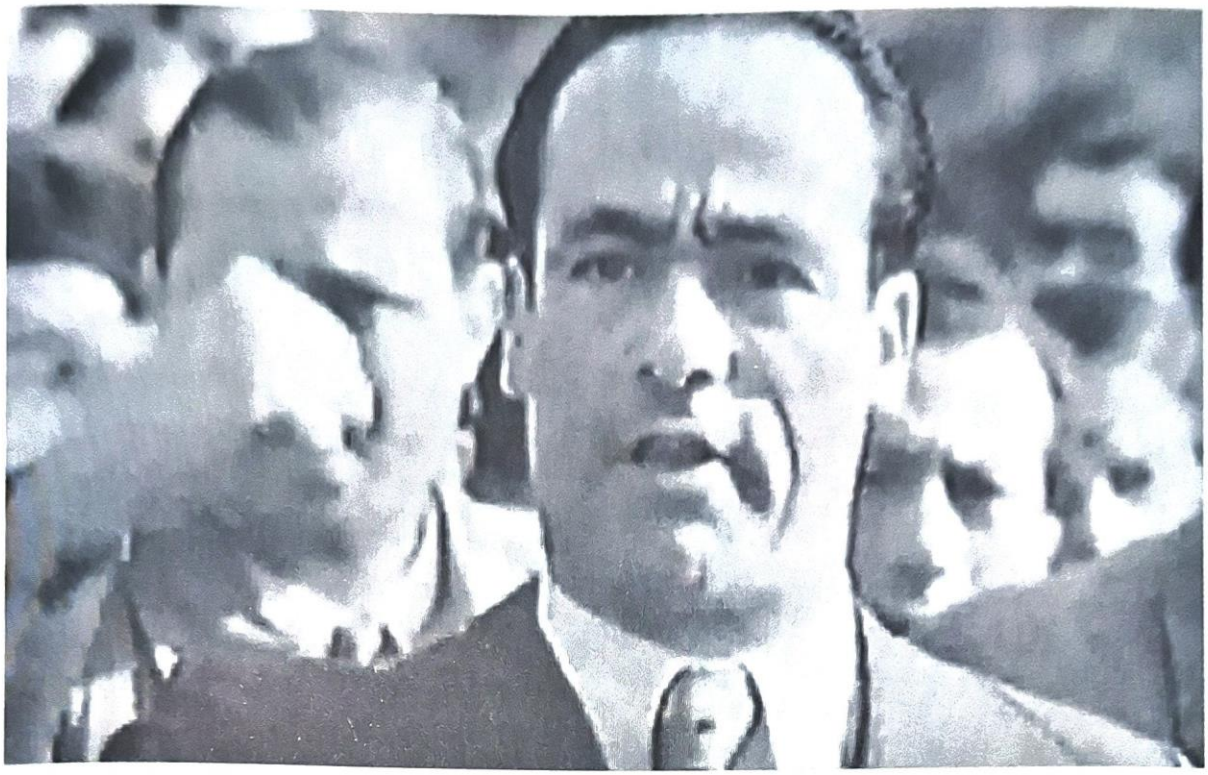
Salvador Seguí, el Noy del Sucre.

Manuel Buenacasa.



Juan Peiró.

Ángel Pestaña inaugura el Congreso de la CNT (junio de 1931).

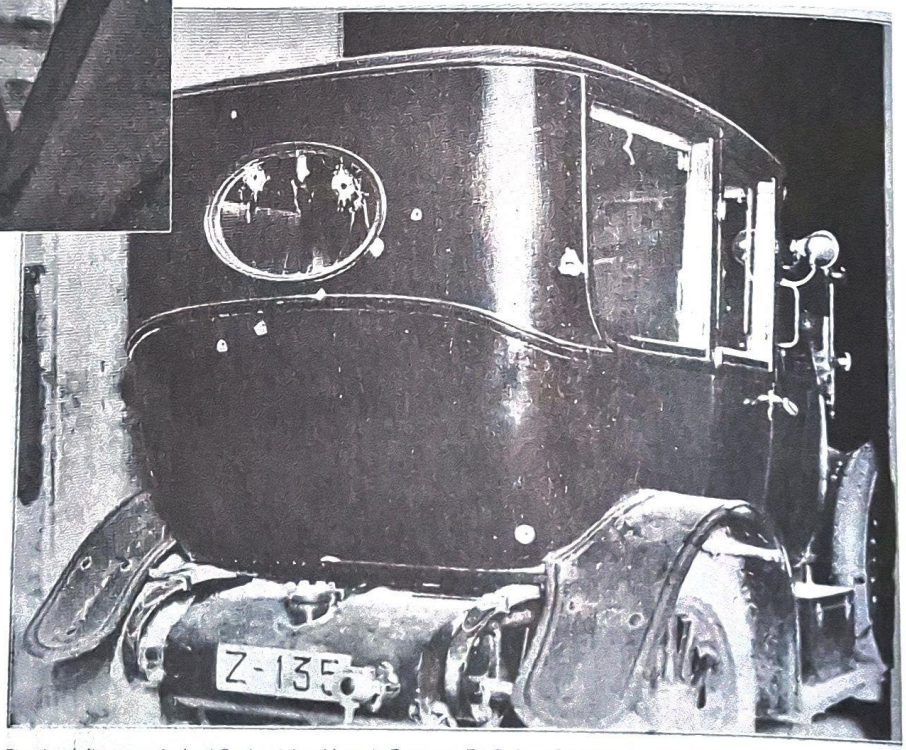


García Oliver ante la tumba de Durruti: "los reyes de la pistola obrera de Barcelona".

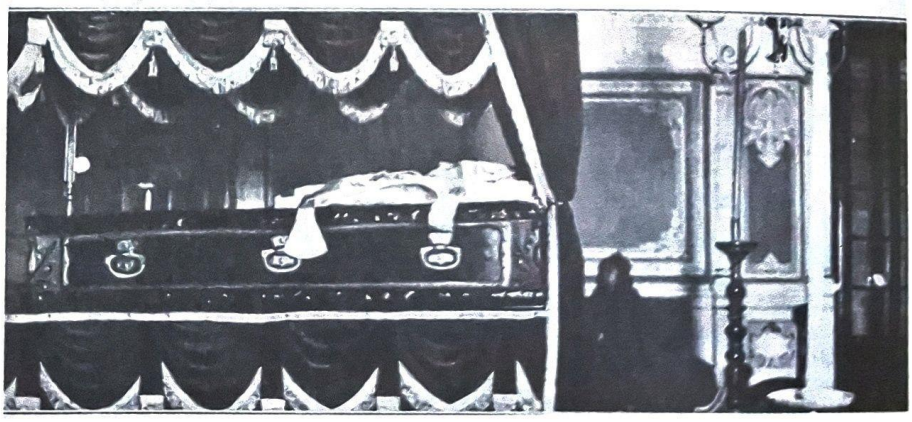
D. MANUEL BRAVO PORTILLO
Inspector de Policía de Barcelona, que ha sido asesinado en aquella capital, el día 5 del corriente, por varios desconocidos que hicieron sobre él numerosos disparos

Dos figuras de la criminalidad oficial contra el sindicalismo (fotos en paralelo del comisario Bravo Portillo y el general Martínez Anido).

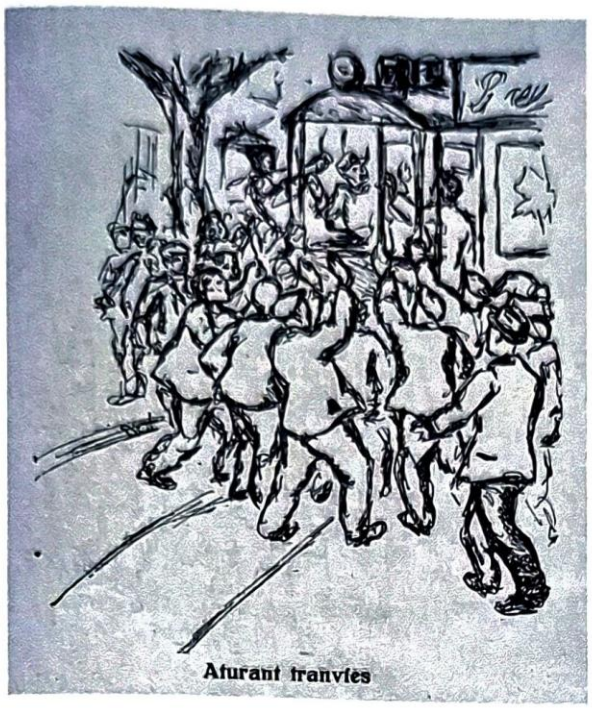
Pedro Mateu y Luis Nicolau, asesinos de Eduardo Dato (1923).

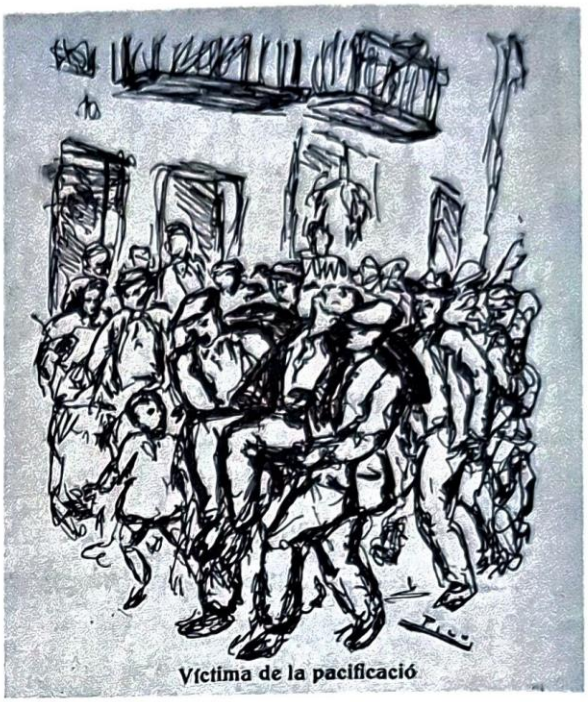


El automóvil que conducía al Cardenal Arzobispo de Zaragoza, Dr. D. Juan Soldevila, al ser agredido, en el que se ven algunos los impactos de los numerosos proyectiles que dispararon los asesinos, que causaron la muerte al ilustre prelado y heridas familiar Sr. Leires y al conductor del coche



Asesinato del Cardenal Soldevila (1923).





Estampas de huelga general, L'Opinió, *Barcelona, noviembre de 1930, (dibujo a lápiz).*

"Los tres mosqueteros": García Oliver, F. Ascaso y Durruti, con dos compañeros franceses. Barcelona, 1931.

Detenidos en Zaragoza con motivo de una huelga anarquista en 1931.

Federica Montseny y García Oliver, ya ministros, en 1936-1937.

Enero 1933. Matanza de Casas Viejas.

EL GOBIERNO HACE ABORTAR EN CATALUÑA LA HUELGA REVOLUCIONARIA

Desperfectos que los revolucionarios causaron en la línea del ferrocarril Manresa-Suria. Los raíles fueron cortados por diversos lugares con objeto de impedir la comunicación ferroviaria.

Solidaridad Obrera

ÓRGANO DE LA CONFEDERACIÓN REGIONAL DEL TRABAJO DE CATALUÑA — AIT — FUNDADO EN LA CONFEDERACIÓN NACIONAL DEL TRABAJO DE ESPAÑA

Año III-Época VI — Barcelona, viernes 12 agosto 1932 — Número [illegible]

Sanjurjo ha sido derrotado por las fuerzas confederales

La C. N. T. y la F. A. I. se imponen en Andalucía.—Los afiliados al organismo confederal asaltan y queman los centros militares, foco de la reacción monárquica

Se levanta la clausura de los Sindicatos y se liberta a los presos sociales por las condiciones impuestas en presencia de los diputados llegados de Madrid. — Con igual firmeza se hace fracasar el movimiento militar en la región andaluza.—La C. N. T. da un mitin monstruo en la Plaza de Toros de Sevilla

IMPRESIONES

Evitemos el confusionismo

El general rebelde dirigió un bando al pueblo de Sevilla

La voz del pueblo

Solidaridad Obrera, agosto de 1932.

Una gran previsión de la fuerza armada de Barcelona impidió el desarrollo del plan del desatentado movimiento revolucionario

Merced a la organización policíaca barcelonesa se evitó un terrible día de luto para la capital catalana y para España. Todas las posibilidades acometivas de los revolucionarios estaban frustradas por la gran organización de la fuerza pública, que desde los primeros momentos tomó las Ramblas y todas las calles de gran actividad de Barcelona, llegando incluso a detener la circulación de automóviles, para ejercer una investigación perfecta. Una escena de éstas reproduce la foto, y a la derecha, los tres guardias que detuvieron a cuatro pistoleros con armas y municiones

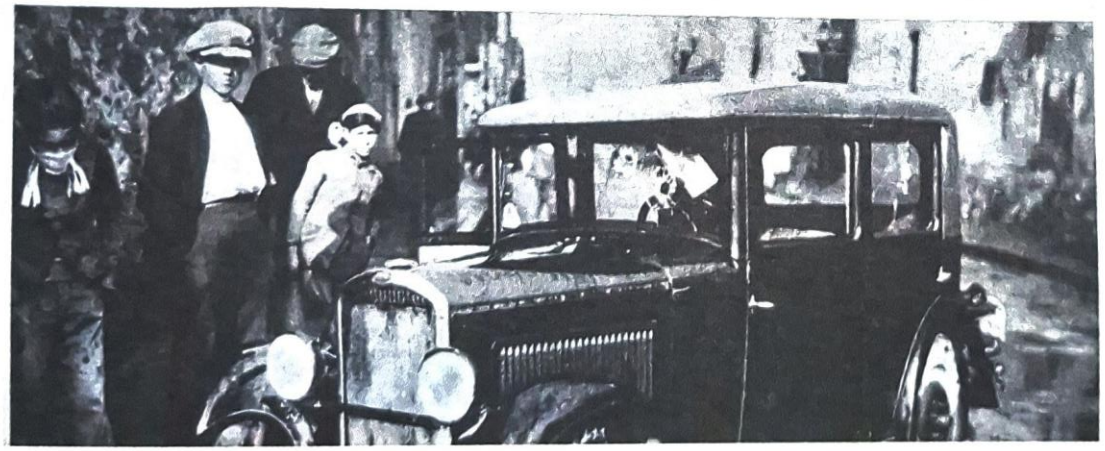
En el cuartel de San Agustín, donde fué herido el centinela por los extremistas, se formó inmediatamente la defensa, que malogró el intento de los asaltantes (Foto Badosa)

Insurrección de enero de 1933. Barcelona.

Sucesos de enero de 1933: la República cosecha bombas anarquistas (de "L'Esquella de la Torratxa").

Del movimiento revolucionario anarcosindicalista en Barcelona.

El mercado de la barriada de Hospitalet, en el que los revolucionarios incendiaron algunos puestos de venta y trataron de volar un poste de conducción de fuerza eléctrica para dejar a obscuras dicha barriada.



La casa donde se hallaba el local de la F. A. I. en Prat de Llobregat, y desde la cual los anarquistas tirotearon a la Guardia civil, matando al guardia don Felipe Vega e

Insurrección de diciembre de 1933.

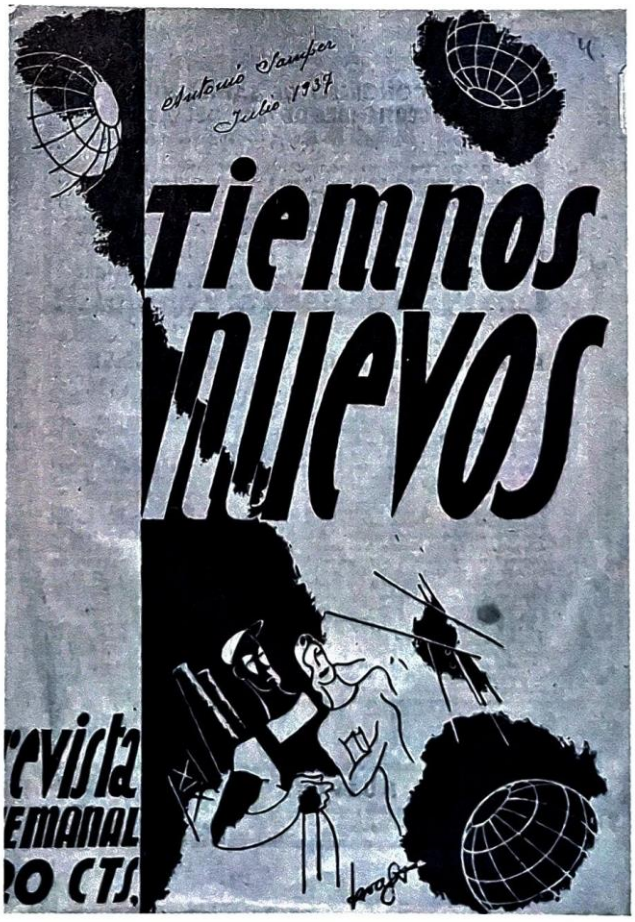
Bandera roja que ondeó en el balcón central del Ayuntamiento de Tabernes de Valldigna durante los sucesos revolucionarios.

Bandera incautada en Tabernes de Valldigna (sucesos de enero de 1933).

Libros con fórmulas para la fabricación de explosivos, caretas contra los gases, mecha de pólvora, fulminantes, líquidos, metralla, tubos... que se utilizaron para preparar las llamadas bombas de inmersión halladas en la casa de la calle de Mallorca, de Barcelona.

Arsenal de los revolucionarios en Barcelona (sucesos de enero de 1933).

Portada de "Mujeres Libres".



Portada de "Tiempos Nuevos".

Estampas de excursiones libertarias.

Grupo "Sol y Vida".

Anarquistas de Salamanca.

Diego Abad de Santillán con Lluís Companys.

El grupo "Nosotros": Severino Campos, Ricardo Sanz, Aurelio Fernández, Juan García Oliver, Gregorio Jover y García Vivancos (julio, 1936).

Capítulo IV

El sueño insurreccional (1931-1936)

4.1. Contra la República

En *El eco de los pasos*, Juan García Oliver describe en clave autobiográfica los primeros meses de la trayectoria de una intensa actuación política que lleva a invertir las relaciones de poder en la CNT. Al ser proclamada la Segunda República, en medio de un entusiasmo que gana a muchos anarquistas, las posiciones claves son desempeñadas por veteranos partidarios de prolongar discretamente la línea de la "moción política" de 1922: el Comité Nacional, el Regional de Cataluña, la Federación Local de Barcelona, la dirección de *Solidaridad Obrera,* más grandes sindicatos como Trabajadores del Puerto o Metalúrgicos[1]. García Oliver acaba de salir de la cárcel de Burgos gracias al cambio de régimen y todavía no ha recuperado la relación que le convirtiera en voz del grupo "los Solidarios", al lado de Buenaventura Durruti y de Francisco Ascaso. Como contrapartida, el germen de la oposición al reformismo, que encarnara la fundación de la FAI, está lejos de apagarse. De momento impera el desorden en medios libertarios, pero sus primeros contactos le revelan ya la irritación de sus correligionarios ante lo que consideran una traición a los principios de la CNT, establecidos en el Congreso del Teatro de la Comedia en 1919. La moderación del tono de la *Soli*, su abierta simpatía por el cambio de régimen, favorecen los bulos. Un viejo militante con el que cambia impresiones da por bueno el rumor de que los "reformistas" han adquirido compromisos con los partidos políticos reunidos en el Pacto de San Sebastián.

Para los anarquistas de la FAI a quienes encuentra en Barcelona, Arturo Parera de Banca y Bolsa, Juan Manuel Molina "Juanel" de Construcción, Luzbel Ruiz "el Barberito" de Peluqueros, Castillo de Artes Gráficas, tales compromisos no ofrecen dudas y son la justificación de una entrada en guerra inmediata contra "Pestaña y otros líderes sindicales", "Los compañeros que se

---

[1] Juan García Oliver, *El eco de los pasos,* p. 114.

reunían en el local de la Construcción —nos cuenta García Oliver— eran la expresión activa de lo que se había salvado del anarquismo militante: algunos grupos de afinidad en Barcelona, en Cataluña, en España. Eran la FAI, la Federación Anarquista Ibérica. Por ellos tuve conocimiento de los motivos y de las circunstancias que dieron nacimiento en Valencia en 1927 a la FAI. Su aspiración era impedir que el aventurerismo político y reformista se apoderase de la CNT. Me acogieron cálidamente. Esperaban mi apoyo a su línea de militantes revolucionarios. Me puse totalmente a su lado. Y nos pusimos a laborar"[2].

Desde su fundación en 1927, la FAI tuvo dos componentes, uno orgánico, subordinado a otro principal, finalista, de convertir a la CNT en un sindicato dirigido en línea recta hacia la revolución libertaria. Respecto a lo primero, en términos estrictos, la FAI como organización no llegó a configurar una estructura precisa ajustada al patrón bakuninista, aquí actualizado mediante la trabazón. Desde el principio FAI significa CNT anarquista. Lo que contaba, amen de su asombroso éxito como símbolo, era la articulación implícita de los grupos que combatían sindicato a sindicato a los sindicalistas con la FAI a modo de estandarte, bajo la dirección efectiva, en cuanto a la estrategia, de quienes ya antes de la Dictadura fueron "los reyes de la pistola obrera". También la firmeza en mantener el control de las citadas claves del poder en la CNT, una vez conquistadas. Por eso no importa que García Oliver, Ascaso o Durruti formalmente pertenecieran a la FAI. Sus directrices se convertirán en indiscutibles, en función del cumplimiento de un objetivo de raíz bakuniniana: la destrucción de la República y su sustitución por el comunismo libertario, revolución mediante. Si aspiraban a alcanzar dicho objetivo, lógicamente tenían que eliminar antes a quienes García Oliver llamaba "los viejos sindicalistas" y fomentar una mentalidad de combate en los militantes por medio de la "gimnasia revolucionaria".

La ofensiva contra la República y contra los sindicalistas se abre de inmediato. A los diecisiete días de proclamado el nuevo régimen, el Primero de Mayo de 1931, por iniciativa de García Oliver, los anarquistas barceloneses organizan un gran mitin en el paseo del Arco de Triunfo de Barcelona, a doscientos metros del Teatro de Bellas Artes, donde celebra el suyo la Confederación. Se trata de romper ya la baraja. El mitin está presidido por grandes banderas rojinegras —o rojas y negras, según otras fuentes— donde podían leerse asociadas por vez primera las siglas CNT-FAI con el lema *made in García Oliver* "Primero de Mayo. Fiesta de la gimnasia revolucionaria". El grupo fundacional de oradores estaba compuesto por los anarquistas que recibieran al líder a su llegada a Barcelona y entre el auditorio destacaba buen número de los componentes de los grupos de acción anteriores a 1923. La pistola y el bakuninismo se asociaban de nuevo. "Desde el camión-tribuna —cuenta nuestro hombre— dirigí una mirada a los cuatro lados de la multitud y grosso modo, conté no menos de cien compañeros que, con su pistola entre pantalón y barriga, solo es-

[2] *Ibidem*, p. 115.

peraban la oportunidad de lanzarse, a su manera, a la práctica de la gimnasia revolucionaria"[3]. Y según cabía esperar, al mitin sucedió una manifestación dirigida hacia la Generalitat y "se desencadenó un gran tiroteo". Curiosa manera de amansar a sus huestes: García Oliver y el faísta Arturo Parera trataron de convencer a los guardias de que les abriesen las puertas del Ayuntamiento y de la Generalitat. Allí fueron recibidos para entregar sus peticiones y desde el balcón García Oliver ordenó que cesasen los disparos. Los atentados eran sustituidos por la lucha de calles, siempre bajo el signo de "la pistola obrera".

Las reseñas de la prensa cambian algunos aspectos del relato, y no ha de extrañar la confusión porque lo sucedido sorprende a todo el mundo, incluida la Generalitat, que atribuye el tiroteo a pistoleros del Libre. El mitin se habría celebrado en el Bellas Artes, con ocho mil asistentes dentro y otros tantos fuera, y es al final cuando un hombre subido en un camión —García Oliver— señala el objetivo para una manifestación que iría hacia la Generalitat, a entregar las conclusiones del mitin. También se habla de una repetición del mitin en el exterior, pero los oradores no coinciden y se menciona fuera del teatro a un orador Urrutia, que pudiera ser Durruti. Lo innegable es el sesgo faísta y violento de la manifestación, con tres camiones con banderas rojas y negras, más el ataque físico y el robo de pistola a un sargento de Seguridad. Cuando llegan a la Plaza de Sant Jaume una pequeña delegación es admitida a ese efecto, pero al cerrar la entrada de la Generalitat a los demás, se inician los disparos, hasta entablarse una batalla campal de veinte minutos en torno a la plaza y de tres cuartos de hora en los aledaños. Las autoridades no habían previsto nada y los cientos de disparos, de tiradores bien distribuidos, proceden primero de las *stars,* de las pistolas de los anarquistas armados, dispuestos de antemano a emprender el ataque. Muere un guardia de seguridad y la investigación posterior no aclara nada[4]. Reaparecía el anarquismo violento vinculado a la CNT. Volvieron los pistoleros.

El espejismo de un movimiento romántico se desvanece. A falta de mejores razones, la pistola —la "star" de *Siete domingos rojos*— es el primer protagonista de este renacimiento del anarquismo. Volvamos al relato de García Oliver, cuando define la clave de su estrategia de raíz bakuniniana: "Hice una glosa de la significación revolucionaria del concepto del 'gimnasia revolucionaria', que aparecía en la octavilla que se había distribuido profundamente, dejando sentado que la clase trabajadora solo lograría triunfar de las fuerzas de represión de la clase burguesa si con una práctica de la gimnasia revolucionaria se liberaba del fetichismo de los uniformes"[5]. El procedimiento era bien sencillo: ensayar una y otra vez la insurrección anárquica hasta que llegara a triunfar a favor de los entrenamientos sucesivos, de la "experimentación revolucionaria".

Para ello resultaba imprescindible desplazar a los dirigentes y a los cuadros anarcosindicalistas. Pocas semanas más tarde, el Congreso extraordinario

[3] *Ibidem, según* p. 117.
[4] *La Vanguardia,* 3-V-1931; *El Diluvio,* 3-V-1931.
[5] *Ibidem,* p. 116.

de la CNT, celebrado en el Teatro del Conservatorio —hoy María Guerrero—, será la ocasión para intentarlo por vez primera, a pesar de que las fuerzas "faístas" no están todavía organizadas, y según García Oliver —falso, porque allí estaban quienes acababan de celebrar la conferencia de la FAI— solo cuentan como portavoz con el mismo, delegado por el Sindicato de la Madera de Barcelona. Como sucede en otros pasajes de sus memorias, García Oliver sufre olvidos selectivos, porque en el Congreso, y para discutir el mismo tema en que incide García Oliver, interviene José Alberola, maestro racionalista aragonés que acaba de participar y firmar una carta con Federico Urales, en la conferencia plenaria de la FAI, que acababa de reunirse los días 8 y 9 de junio de 1931 en Madrid. La organización de la Conferencia dio pruebas ya de inamistad, al privar al Comité Nacional de la CNT del local sindical de la calle San Marcos.

En la conferencia de la FAI se redactaron ponencias que luego serían presentadas como alternativas en el comicio confederal. Frente al tópico de esa FAI inexistente, otra cosa es desorganizada, cabe pensar que en la asamblea se preparó el ambiente de oposición radical a la dirección de la CNT, en los tres puntos álgidos del juicio: sobre la gestión del Comité Nacional, las Federaciones Nacionales de Industria y la posición de la CNT frente a las Constituyentes de la República (tema que para la ortodoxia anarquista constituía por su simple planteamiento una inaceptable vulneración de los principios).

Son ya de uso corriente en medios confederales los dos tópicos que justificarán la destrucción de la imagen anarcosindicalista: la traición política por unirse a los republicanos y la renuncia a la revolución libertaria. La ocasión para mostrar la eficacia de tales acusaciones llegará en las convulsas sesiones del Congreso extraordinario que la CNT reúne en Madrid del 10 al 16 de junio de 1931, aun cuando todavía las actas revelan una insuficiente cohesión en los adversarios de la dirección sindicalista, casi siempre localizados en las representaciones de los sindicatos de la Construcción, amen de la labor personal de Juan García Oliver, según él desde el Sindicato de la Madera de Barcelona, en realidad, según la memoria del Congreso, de la Federación Local de Reus. Su capacidad para alterar el normal funcionamiento de las sesiones fue en todo caso muy alta: el Congreso discurrió de bronca en bronca.

Además, el suelo que pisaban los dirigentes sindicalistas distaba de ser seguro, al estar obligados a conjugar, y en silencio, la lealtad al apoliticismo con la idea de que la República podía abrirse a las reformas sociales. La rapidez de los cambios políticos había impuesto su ley a la CNT en reorganización. Una Conferencia Nacional de Sindicatos, prevista inicialmente para octubre de 1930, había sufrido sucesivos aplazamientos hasta que en vísperas de las elecciones municipales de abril de 1931 un Pleno Nacional, reunido en los días 28 y 29 de marzo, había incluso fijado el orden del día de la Conferencia, que con rectificaciones menores será luego el del Congreso de junio[6]. Los temas principales, como la nueva estructura por Federaciones de Industria o la organización

[6] "Conferencia Nacional de Sindicatos", *Solidaridad Obrera*, 16-IV-1931.

de los trabajadores de la tierra, están ya ahí. Una vez producido el cambio de régimen, el de la "posición de la CNT frente a la crisis social de España" pasará a ser posición ante las Constituyentes republicanas, y por la misma causa, la liberación de los presos, perderá sentido el de la "campaña pro amnistía de nuestros camaradas condenados", así como el "funcionamiento de los Comités pro-presos". De ahí que para actualizar la convocatoria y examinar la nueva situación política, se reuniese el 23 de abril en Madrid un nuevo Pleno Nacional, al que asistieron representantes de las regionales, y entre ellos algunos de los más relevantes defensores de la línea anarcosindicalista: Juan Peiró por Cataluña, Domingo Torres por Valencia y José Villaverde por Galicia.

Todavía no se había apagado el optimismo suscitado por el fin de la monarquía y el conjunto de medidas y acuerdos suponía, en líneas generales, una adecuación al marco republicano. En este sentido destacaba la resolución de respaldar a la República frente a cualquier intento separatista en Cataluña y en Galicia, llegando a declarar la huelga general y la insurrección armada. Desde el mismo ángulo puede juzgarse el nuevo planteamiento de cara al Congreso extraordinario, que por decisión del pleno sustituiría a la frustrada Conferencia Nacional, en cuanto al tema octavo del orden del día, redactado ahora como "posición de la Confederación ante la convocatoria de Cortes Constituyentes". El sindicalista gallego José Villaverde, encargado de redactar el dictamen a debatir en el Congreso, adelantó el sentido del mismo en el curso de su intervención en el mitin del Teatro Fuencarral, celebrado como colofón del Pleno. Lo recoge en extracto el periódico de la CNT: "Argumenta sobre la necesidad de adoptar una posición frente a las Cortes Constituyentes. Habrá que hacer reconocer las aspiraciones del proletariado. Por eso, en vez de inclinarse por la participación en ese hecho histórico, se acordó levantar frente al poder burgués representado en las Cortes, el otro poder, el del pueblo, representado por el Congreso de la CNT para marchar, si es necesario, sobre la capital de España e imponer los derechos del proletariado". Por su parte, y en el mismo acto, Juan Peiró presentó la otra cara de la moneda, negando que el apoliticismo confederal equivaliese a indiferencia: "la CNT planteará y defenderá las aspiraciones del proletariado frente a las Cortes Constituyentes"[7]. Iba a tener grandes dificultades para hacerlo.

El sosiego y el optimismo del breve período de preparación del Congreso fueron sustituidos por un clima de enfrentamiento generalizado apenas reunido este. Los dos protagonistas del esfuerzo por mantener una línea reformadora, Ángel Pestaña, presidente de la sesión de apertura, y Juan Peiró, autor de la ponencia más polémica, sobre las Federaciones de Industria, herederos de Seguí, se vieron obligados a ejercer una y otra vez de cortafuegos, tanto para que el desarrollo de las sesiones escapara de un caos permanente como para replicar a las acusaciones difamatorias de que eran objeto ellos mismos, por haber sido los protagonistas de la precaria gestión confederal de la Dictadura y en ese mis-

[7] *Solidaridad Obrera*, 26-IV-1931.

mo momento las figuras de proa del Comité Nacional. Las notas publicadas por Ángel Pestaña describen ese panorama de enfrentamiento permanente, que hace del Congreso el punto de partida de una crisis de la CNT que solo se cerrará en marzo de 1933, una vez lanzada la dinámica insurreccional, con la hegemonía indiscutible de la nueva CNT-FAI y la expulsión de los sindicalistas.

La FAI no tenía aun la fuerza suficiente para ser una alternativa en el Congreso, pero sí como vimos para impedir que sus sesiones se celebrasen en el local madrileño de la calle San Marcos, ocupado por la organización anarquista, y también para que sus simpatizantes intentaran una y otra vez la descalificación de los dirigentes, a quienes nadie agradeció en momento alguno el esfuerzo por mantener en pie a la Confederación frente a la Dictadura, ni la cascada de encarcelamientos sufrida.

A la conferencia anarquista, celebrada los días 8 y 9 de junio, asistieron 130 delegados, recibiendo 27 adhesiones[8]. Al decidir la publicación de un periódico con el título de *Tierra y Libertad,* los nombres de los eventuales redactores sirvieron ya para conocer el peso del anarquismo clásico, que seguirá dominando la escena doctrinal durante la Segunda República: Felipe Aláiz, Germinal Esgleas, Evelio G. Fontaura, Palmiro de Soto, Miguel Bayón, Arturo Parera, Manuel Medina González, Federica Montseny, Manuel Buenacasa, T. Cano Ruiz y Mauro Bajatierra. Dos veteranos prestigiosos, José Alberola y Federico Urales, hicieron notar sus nombres al firmar en nombre de la FAI una réplica al diario *El Sol*[9]. La Conferencia acordó también expulsar de la organización a tres miembros, uno de ellos Eleizalde, por desviaciones presumiblemente políticas, anuncio de la actitud que los faístas adoptarán en el Congreso confederal. La "política" iba a ser el eje de la presión anarquista en el curso del mismo.

El Congreso del Conservatorio reunió 440 delegados, en nombre de 602.986 trabajadores, según la Mesa del mismo[10]. Pero el éxito de convocatoria no fue respondido en los resultados. Un "barullo indescriptible", no reflejado en las actas, estalló desde el momento en que Ángel Pestaña, en nombre del Comité Nacional, declaró inaugurado el Congreso y propuso a los delegados el nombramiento de mesa de discusión: "Todo el momento quería proponer. Todo el mundo quería imponerse. Todo el mundo, exceptuando algunos delegados, quería que se aceptase su propuesta y afirmaba haber sido el primero en proponer (...). No había medio de poderse entender. Que el griterío era infernal. Que los delegados se increpaban duramente y que, en fin, no había medio de obtener calma y silencio para nombrar un presidente". Lo mismo ocurrirá en sesiones sucesivas: "el nombramiento de presidente de mesa era un verdadero pugilato, una lucha a brazo partido"[11]. Las distintas tendencias veían en el ac-

---

[8] "Después de la Conferencia Anarquista", *El Luchador,* nº 24, 19-VI-1931.

[9] "Conferencia de la Federación Anarquista Ibérica celebrada en Madrid durante los días 8 y 9 de junio", *El Luchador,* nº 24, cit.

[10] *El Luchador,* nº 29, 24-VII-1931.

[11] Ángel Pestaña, "Impresiones de un Congreso", *Solidaridad Obrera,* reproducido en *Memoria del Congreso del Conservatorio, Revista de Trabajo,* nº 53 (1), p. 207.

ceso a la presidencia de mesa, explica Pestaña, un medio para ver así favorecidas sus posiciones.

Otro caballo de batalla fue el intento casi inmediato de proponer la intervención de la FAI como tal en las sesiones del Congreso, presente solo a título informativo. Ni las notas de Pestaña ni las actas aclaran demasiado sobre el tema, salvo para reseñar "el tumulto" que siguió a su aplazamiento, forzado por la delegación asturiana que puso por delante el debate sobre la huelga minera: "El escándalo es indescriptible. Las injurias y los insultos, a la orden del día. Y en esta actitud se pasa el tiempo sin poder llegar a tomar resolución alguna"[12]. Tal vez por vengarse de los asturianos, la discusión sobre la huelga minera sufrió también interrupciones, de manera que al término de la primera sesión solo se había logrado nombrar la comisión revisora de credenciales. Un duro enfrentamiento tuvo lugar entre los sindicalistas, con Juan Peiró como portavoz, defensores del voto proporcional, favorable a los mayores sindicatos, y el voto por sindicatos, propugnado por García Oliver en nombre de los anarquistas: se impusieron los primeros por un discreto margen: 50% contra 43% por sindicatos, casi el 60% contra 36% atendiendo a los trabajadores representados.

A trancas y barrancas, en las tres sesiones siguientes, con veinte horas de debate, solo se alcanzó a desarrollar la procelosa puesta en cuestión del Comité Nacional —que por otra parte, llevaba solo dos meses de vida, y con únicamente dos miembros procedentes de tiempos anteriores, de hecho un ataque en toda regla al sindicalismo político, tal y como lo definiera la Conferencia de Zaragoza en 1922. Fue al final de la quinta sesión cuando pudieron ser nombradas las ponencias para estudiar los temas del orden del día. Entre tanto, surgían conflictos adicionales, como la negativa a aceptar como delegado a Hilario Arlandis, ya militante comunista, y la expulsión por alborotador de Federico Urales, el viejo propagandista enfrentado desde tiempo atrás con el anarcosindicalismo y con el Comité Nacional.

La ofensiva contra el Comité Nacional se desencadenó en torno a su contaminación política, un terreno resbaladizo porque a lo largo de la Dictadura tanto confederales como anarquistas habían participado en relaciones y conspiraciones con políticos, y a veces, cuando en 1928 los Comités de acción comprendían a miembros de la CNT y de la FAI, unos y otros de manera confusa. A veces se habló de presión política de la FAI, pero que no habría sido sino obra de miembros de la FAI, sin ser la FAI[13]. Solo que ahora quienes estaban sometidos a juicio eran los primeros, y con tanta mayor intensidad cuanto que desde la instalación del Comité Nacional en junio de 1930 habían menudeado los contactos con los republicanos, y en consecuencia se había divulgado el rumor de que participaron en el Pacto de San Sebastian. La desviación política se habría consumado.

---

[12] *Ibidem*, p. 208.
[13] *Ibidem*, p. 275.

De nada sirvió que los propios intervinientes republicanos en el pacto lo negaran, ni que un miembro entonces del Comité Nacional, explicase con pelos y señales que la participación no había tenido lugar, siendo rechazadas las ofertas políticas, entre ellas la de integrarse en el Gobierno provisional: "El Comité Nacional contestó, después de reunirse nuevamente, que respondiendo a los acuerdos y a los postulados de la CNT, no podía en modo alguno entrar en ninguna combinación de orden político por radical que esta combinación fuera, pero que la CNT, eminentemente revolucionaria, si los partidos políticos de izquierda estaban firmemente resueltos a hacer un movimiento de carácter revolucionario nacional, la Confederación y los Sindicatos afectos a ella estarían presentes en el movimiento revolucionario, pero en la calle"[14].

A pesar de la proclamación de apoliticismo, lloverán las críticas, casi siempre procedentes de delegados de los Sindicatos de la Construcción, con trabajadores no especializados y de orientación anarquista. Uno de ellos, no identificado, rompe el fuego exigiendo la condena "por entender que ha obrado en contra de los postulados de la CNT"[15]. Dobló el golpe Construcción de Málaga, poniendo en entredicho todas las intervenciones en los movimientos conspirativos contra Primo de Rivera, "siendo la Confederación antimilitarista y antipolítica"[16]. El representante de Moncada fue más allá, declarando que "el Comité Nacional fue responsable de las persecuciones de la Dictadura"[17]. Una intervención de Peiró deja ver hasta que punto la confusión imperaba, por la aludida intervención pro-política de elementos "que hablaban en nombre de la FAI", ahora desautorizados por la misma FAI. Lo acepta, "aunque no nos explicamos claramente estas cosas"[18].

Más allá de los discursos, las actas reflejan que todo se desarrolla en medio de "lamentables incidentes"[19]. El representante de la Madera de Sevilla logró finalmente la concordia al recordar que "nosotros buscamos en todos los momentos el medio revolucionario para determinar la caída de la dictadura", pero careciendo de recursos para lograrlo por si solos, el uso de otros medios resultaba inevitable. Acudió en fin al ejemplo de lo que podían hacer los anarquistas en Italia para derribar a Mussolini. La pregunta final era si debían negarse a colaborar con otras fuerzas. "¡No!, contesta unánimemente la asamblea". Una retórica eficaz acabó así en un momento con la tensión de horas. "No podemos condenar a los compañeros del Comité —concluyó—, porque todos hemos incurrido en este mismo mal, que era un bien, porque nos conducía a la revolución"[20]. El salvavidas final no impidió el desgaste producido por la lluvia de ataques a los dirigentes sindicalistas. El Comité Nacional dimitió. Pero por si acaso, el portavoz del Comité Regional de Cataluña, probablemente el

[14] *Memoria*, p. 264.
[15] *Ibidem*, p. 268.
[16] *Ibidem*, p. 268.
[17] *Ibidem*, p. 269.
[18] *Ibidem*, p. 280.
[19] *Ibidem*, p. 285.
[20] *Ibidem*, p. 289.

anarquista Arturo Parera, avisó de que "a partir de este Congreso, cualquier Comité que no siga las normas marcadas (sic), será automáticamente depuesto"[21]. No fue atendida la protesta de Pestaña, partidario de seguir la discusión a efectos de que fuera contrarrestado el desprestigio del Comité Nacional, fruto las acusaciones anteriores.

La declaración de guerra a todo contacto político fue presentada por los delegados de la pasada conferencia de la FAI asistentes al Congreso. Partía de que las "intervenciones políticas" eran "un hecho consumado" y prohibiéndolas para lo sucesivo, incluidas las simples entrevistas. Para concluir "que habiendo incurrido el actual Comité en los defectos que en la proposición se señalan, o sea habiendo prescindido de la Confederación para abrogarse funciones directivas que no había pedido, ni nadie le había dado, sea relevado de sus funciones"[22]. La línea de actuación futura de la FAI quedaba trazada.

La sucesiva ponencia sobre la reorganización confederal por medio de Federaciones Nacionales de Industria, presentada por Juan Peiró sobre la base del proceso de concentración capitalista, tenía necesariamente que provocar la oposición libertaria. El dictamen se situaba en la estela de Salvador Seguí, al presentar la reorganización industrialista, no solo como respuesta a la evolución del capitalismo, sino como adelanto de la futura organización económica posrevolucionaria: "el Sindicato de Industria complementado por la Federación Nacional, es el tipo de organización insuperable, no solo como instrumento de resistencia frente al capitalismo, si que también como valor para suplantar a éste en la hegemonía y en la dirección de la sociedad"[23]. Las Federaciones locales habían de transformarse, asumiendo una composición especializada, por sectores de actividad: economía y trabajo, instrucción y cultura, organización, "cuestiones internacionales" (sic). Sobre ella se alzaría la pirámide de comités a escala comarcal, regional y nacional, de acuerdo con una orientación corporativa dirigida a responder a los retos del sistema capitalista. La fórmula organizativa de 1919, el Sindicato Único, era reservada "para las pequeñas poblaciones" caracterizadas "por el estado incipiente de las industrias" y el corto número de trabajadores de diferentes especialidades[24]. La cuestión residía en saber si el atraso económico de España, la focalización industrial y la mentalidad de los trabajadores sindicalistas, respondía al salto adelante propuesto por Peiró, en cuyo marco lógicamente no cabía la solución insurreccional.

Frente al dictamen oficial se alzó el rechazo del "industrialismo", en nombre de la emblemática seña de identidad anarquista: la comuna libre. El voto particular presentado por Julio Roig, del Sindicato de la Construcción de Santander planteaba de entrada la necesidad de mantener la lealtad a Bakunin:

---

[21] *Ibidem*, p. 290.
[22] «II Congreso de la Confederación Nacional del Trabajo", EL, nº 27, 17-VII-1931.
[23] *Memoria*, p. 317.
[24] *Ibidem*, p. 333.

> "Es condición precisa e ineludible para la CNT, si ha de ser continuadora de la doctrina que informó a la Primera Internacional de Trabajadores en su rama bakouninista, defender en el orden fundamental los principios de autonomía y federalismo, tanto en lo político como en lo económico. Teniendo por aspiración y persiguiendo como fin en la lucha que tiene entablada la CNT contra la sociedad capitalista el *comunismo libertario,* es decir, no un comunismo homogéneo nacional de Estado o sin él, sino *comunas libres de productores* y consumidores a la vez inteligenciadas entre sí para el cambio e intercambio de sus servicios y productos en el orden económico-social a los fines de la vida humana"[25].

A partir de aquí, la ofensiva redobló de intensidad. El argumento principal de los oponentes conjugó el señalamiento de las federaciones como fruto del marxismo y la constatación de que resultaban inútiles por el atraso industrial del país. El portavoz santanderino abrió esta vía crítica, que pronto se vio reforzada por el argumento de que si las federaciones eran una respuesta al capitalismo, se encontraban mediatizadas por su sistema económico. Frente a ello, Vicente Ballester, del Sindicato de la Madera de Cádiz, fue tajante: "es preciso ir a la economía libertaria"[26]. De esta manera, la propuesta industrialista produjo un efecto bumerán, desde una oscilación pendular que llevaba a diseñar por primera vez los rasgos de una utopía libertaria. José Alberola, miembro de la FAI, tomó la iniciativa de plantear un cuadro opuesto a las federaciones de industria, sobre la base de la idea bien simple de que la revolución de la CNT no debía adecuarse al capitalismo, sino acabar de un golpe con él:

> "Vayamos a la comuna libre. Se trata de destrozar la organización del capitalismo para después. Defendamos la Confederación Nacional; obremos con arreglo a sus principios básicos. Tengamos un ideal, que es en definitiva el que viene tarde o temprano a ahogar ese engranaje capitalista. No aceptemos nada que parezca un estatismo, porque todo estatismo propende indefectiblemente a convertirse en un hecho de fuerza"[27].

El antiestatismo bakuniniano mantenía las esencias de 1870. Toda organización que no respondiera al objetivo de instaurar la anarquía, como el proyecto industrialista de Peiró, implicaba falta de "fe en el factor fin", revolucionario, y desviación hacia el estatismo. Frente a ello, el papel de la CNT consistía

---

[25] « II Congreso...", *El Luchador,* nº 33, 28-VIII-1931.
[26] *Memoria,* p. 339.
[27] *Ibidem,* p. 339.

en destruir el capitalismo, la estructura económica presidida por el capitalismo, para al otro lado de la revolución ver cómo se constituía de modo espontáneo el comunalismo libertario. En su descripción de cómo será el nuevo mundo de las comunas libres, el anarquista aragonés demuestra tener las ideas de Bakunin bien marcadas en su cabeza: los campesinos recibirán "el producto íntegro de su trabajo", "hay que abolir el derecho de herencia", "la tierra debe tenerse a título de posesión y no de propiedad"[28]. El de Alberola es un mundo agrario donde "el reparto equitativo y la concesión al común" se harán mediante reuniones en la plaza pública del municipio. Y por encima de todo "las comunas libres son algo que no está basado en un principio de producción, sino también de liberación", siendo la aportación mediante el trabajo mínima para así "dar una expansión a la inteligencia, a la idea, al pensamiento"[29].

El breve relato utópico de Alberola encontrará un respaldo apasionado en la intervención de Juan García Oliver. Bakunin en este caso se esconde detrás de la teoría de los caracteres o "almas" nacionales. Por eso rechaza las Federaciones de Industria, que siendo una propuesta de la AIT residente en Berlín "vienen de Alemania y parece que han salido de un barril de cerveza" (referencia a la AIT). A cada alma nacional le corresponde una forma de organización no transferible: de ahí que los sindicatos únicos fracasasen al ser traspasados de España a Francia y a Argentina. El mundo se divide en áreas de "influencias de orden espiritual", que de acuerdo con este despliegue de erudición a la violeta, serían cuatro: "la una, la India magnífica; la otra, el fascismo que orienta las tácticas de la burguesía; otra, Rusia, y la otra, la Confederación Nacional del Trabajo"[30]. En el marco de este despliegue de erudición a la violeta, tal vez capaz de asombrar a una parte de su auditorio, García Oliver propone que tampoco los intelectuales —cita a Unamuno, a Ganivet y a Azorín— saben nada de España. Es la CNT lo que se identifica con España: "es producto auténtico de nuestro país". De ahí que sea el único sujeto revolucionario posible, expresión del "alma española". España idéntica a CNT y CNT idéntica a pueblo revolucionario. "Nuestra organización —resume— es puramente española y los pueblos se preparan para hacer una revolución de masas"[31].

Basta a su juicio actuar de acuerdo con ese impulso revolucionario, el cual, sin que se nos explique cómo y porqué surge, anida en un conglomerado informe, listo para ser movilizado en la lucha definitiva contra el Estado. Involuntariamente, García Oliver deja al descubierto el fondo elitista de su pensamiento, tomando como punto de partida la célebre conferencia de Seguí: "Todas las organizaciones del mundo tienen dos formas: una representa la cabeza y otra el brazo", y él se coloca sin lugar a dudas en el primero. Es un "nosotros" encargado de activar la explosión en "la masa que nosotros tenemos siempre dispuesta para arrojarla contra el Estado"; hay que "echarse encima de lo que nos de-

[28] *Ibidem*, p. 340.
[29] *Ibidem*, p. 340.
[30] *Ibidem*, p. 347.
[31] *Ibidem*, p. 347.

bemos echar, con nuestras hordas de obreros"[32]. La concepción estratégica del anarquismo descansaba en García Oliver sobre un tremendismo primario.

El objetivo central de la filípica no era solo echar abajo el dictamen sobre las federaciones de industria, sino sobre todo encausar al grupo dirigente sindicalista. Desde su baremo idealista, lo que él juzgaba el fracaso de la Confederación, sin ulteriores precisiones, se habría debido a "la falta de inteligencia revolucionaria en los militantes más destacados de ella". Mirando hacia el pasado, García Oliver evocaba las esperanzas revolucionarias de los primeros años veinte, desde una comparación con la Revolución rusa que se ajustaba a su consideración como "anarco-bolchevique": "España creía que tenía un Lenin y creía también que tenía un Trotsky", en Salvador Seguí y en Ángel Pestaña respectivamente. "No estuvieron a la altura de las circunstancias", concluyó, olvidando el asesinato del Noi del Sucre y dando lugar a una fácil réplica de Ángel Pestaña[33]. Nueva oleada de protestas. Pestaña actuaba en todo momento como moderador de las discusiones, interviniendo siempre.

Las Federaciones de Industria fueron aprobadas por 302.343 votos contra 90.671 y 10.957 abstenciones, pero dado el clima en que se movió el Congreso nada tuvo de extraño que su constitución fuera muy lenta: solo cinco estaban ya en marcha al final de la República. En tales condiciones, resultaba imposible el acuerdo sobre el punto del orden del día dedicado a fijar la "posición de la Constitución frente a las Cortes Constituyentes". Ni siquiera era admitido el debate sobre el punto, ya que ello implicaba "colaboracionismo". Progreso Fernández, portavoz del Sindicato de la Construcción de Valencia, presentó una moción declarando un terminante "no ha lugar"[34]. El voto particular de oposición al dictamen fue presentado incluso antes de que fuera leído al Congreso. Por encima de todo estaba la doctrina sagrada asumida ya en el Congreso de Barcelona de 1870, y ratificada en 1919 durante el Congreso de Barcelona: "el solo enunciado del tema que tratamos implica una derivación clara y rotunda de los principios apolíticos y antiparlamentarios de la Confederación"[35]. La mayoría de las intervenciones giró en torno al respeto infranqueable a los principios y por ello sirvió de poco el esfuerzo del redactor principal del dictamen, el anarcosindicalista José Villaverde, por situar a la CNT en la realidad política del país al mismo tiempo que reafirmaba el apoliticismo, de manera tajante: el lugar de la CNT sería "la lucha en la calle", para ella es indiferente que las Constituyentes legislen o no "en sentido reaccionario o democrático", "la CNT ha de seguir siempre sus normas de acción directa" y, como última consecuencia "la CNT debe darse, urgente e inmediatamente, a la organización de sus valores revolucionarios y a una acción eminentemente antielectoral"[36].

---

[32] *Ibidem*, pp. 347-348.
[33] *Ibidem*, p. 347.
[34] *Ibidem*, p. 400.
[35] *Ibidem*, p. 381.
[36] *Ibidem*, p. 380.

A pesar de tan clara declaración de antipoliticismo, las concesiones al realismo, en el sentido de que "era preciso un período de tiempo de amplia libertad", en el curso del cual preparar "la sociedad libertaria", reivindicar los derechos de reunión y de huelga, proteger la "libertad individual", y, en fin, "escuelas, muchas escuelas; maestros, muchos maestros"[37]. Reivindicaciones que para los ortodoxos equivalían a otras tantas transgresiones. Germinal Esgleas subrayó que el solo hecho de hablar de reivindicaciones equivalía a "reconocer el valor de las Cortes Constituyentes". Hablar de escuelas, argumentaba Feliciano Benito, de Hormigón de Madrid, defendiendo el voto particular contrario, era "puro colaboracionismo". Incluso las críticas han de evitarse, ya que pueden llevar a "que aquellos individuos obren bien" en las Constituyentes y se consolide la República. El objeto de la CNT debía ser "que esa revolución se convierta en una revolución social"[38]. Los anarcosindicalistas estaban encerrados por un movimiento en pinza. Si planteaban reformas, aunque fuesen las más radicales, incluían en la herejía política; si aceptaban el apoliticismo, abrían la puerta a la hegemonía inmediata de las corrientes radicales.

Para atender a la presión anarquista, fue finalmente añadido al dictamen un texto que anulaba toda posibilidad de actuación de cara al régimen republicano, y de paso eliminaba las dosis de realismo del mismo dictamen. La revolución social a corto plazo pasaba a inscribirse en el orden del día:

> "Que el espíritu que brilla en la ponencia y que caracteriza a la CNT es aceptar la lucha en la calle con los medios propios: acción directa y revolucionaria; por lo tanto, se ratifica una vez más en los principios fundamentales escritos en el año 1919 en el Teatro de la Comedia. Así pues, suceda lo que suceda, quiere decir que legislando o no las Cortes constituyentes en sentido reaccionario o democrático, la CNT ha de seguir siempre sus normas de acción directa, impulsando al pueblo en un sentido francamente revolucionario hacia el comunismo libertario..."[39].

4.2. "Los reyes de la pistola obrera" (II)

Tal era la plataforma de lanzamiento para la FAI, con las características peculiares que describe su apóstol García Oliver, y también con su buena dosis de engaño, ya que nada autoriza a pensar que la escalada de la organización anarquista fuera solo fruto de la espontaneidad: "Pero si la FAI era prácticamente inexistente —escribe—, cobraba diariamente resonancia el ser *faísta,* o sea, partidario de realizar la revolución social enseguida, sin esperar a mañana ni a después"[40]. Y añade de manera perfectamente ilustrativa: "gritar '¡viva la FAI'!

---

[37] *Ibidem,* pp. 376-380.
[38] *Ibidem,* p. 383.
[39] "II Congreso...", *EL,* nº 47, 27-XI-1931.
[40] *El eco de los pasos,* p. 123.

era afirmar clara y concretamente la participación en un movimiento libertario cuya finalidad era la implantación del comunismo libertario"[41]. El esquema revolucionario previsto por García Oliver, luego actuante como pauta de acción para los militantes anarquistas de la CNT, era de una enorme sencillez. La revolución social constituía una necesidad histórica y correspondía además al "alma española". El pueblo la hará realidad por medio de un movimiento de masas contra el poder existente, contra el Estado, secundando el protagonismo de la CNT, a su vez guiada por los anarquistas revolucionarios hacia ese exclusivo fin, dejando de lado todo reformismo económico. Aun cuando fallara un "ensayo revolucionario", serviría de experiencia para el siguiente. Tal era el sentido de la "gimnasia revolucionaria" propugnada por García Oliver. Las fuerzas del adversario, la coyuntura política o económica, no contaban. El voluntarismo era la clave de la revolución. El radicalismo y la sencillez hicieron de García Oliver la referencia indiscutible de los jóvenes anarquistas revolucionarios: "era para nosotros el líder por excelencia; lo admirábamos, más aún lo idolatrábamos"[42].

Un optimismo ilimitado preside la entrevista de García Oliver con Eduardo de Guzmán en *La Tierra,* a fines de 1931, definiéndose por oposición al reformismo sindicalista, personificada en Pestaña y Peiró:

> "Los anarquistas (...) discrepábamos de ellos, afirmando que los problemas sociales solo podrían encontrar solución en un movimiento revolucionario que, al par que destruía las instituciones las instituciones burguesas, transformaría la economía.
>
> Sin precisar fecha, nosotros propugnamos el hecho revolucionario, despreocupándonos de si estamos preparados o no para hacer la revolución e implantar el comunismo libertario, por cuanto entendemos que el problema revolucionario y sí de voluntad, de quererlo hacer, cuando circunstancias como las que atraviesa España abonan toda tentativa de revolución.
>
> Sin despreciar del todo la preparación revolucionaria nosotros la relegamos a segundo término (...) La FAI en el momento que vive España, representa el fermento revolucionario (...); es la exaltación del Anarquismo, aspira a la realización del comunismo libertario"[43].

Nada más sencillo para los dirigentes faístas que lanzar a "las hordas de obreros" hacia una revolución que triunfaría por su propia necesidad, sin que requiriera condicionamiento alguno. Tras el prólogo del Alto Llobregat en enero de 1932, a lo largo de 1933 los ensayos revolucionarios se repetirán, con

---

[41] *Ibidem*, p. 125.

[42] Fidel Miró, *Anarquía y anarquistas*, México, 1979, cit. por Josep Termes, *Historia del anarquismo en España (1870-1980)*, p. 416.

[43] Entrevista de Juan García Oliver con Eduardo de Guzmán, *La Tierra*, 3-X-1931.

otros tantos fracasos. Hasta entonces lo prioritario había sido desplazar a los sindicalistas de los puestos de dirección en los comités confederales y marginarles luego de la vida de la CNT. Fuera obstáculos.

Con mayor o menor despliegue retórico, en el mismo sentido se mueven los sucesivos manifiestos hechos públicos por la FAI. La República habría ya fracasado y la fruta estaba madura: para el Comité Peninsular de la FAI solo había que recogerla mediante una resuelta acción revolucionaria: "Frente a los que creen que el poder político no está desprestigiado y esperan que se debilite (...) nosotros opinamos que ya es hora de intentar destruirlo por una acción de conjunto por la cual luchamos desde hace tiempo"[44]. La revolución, explicaba uno de los hombres destacados de la FAI, no es problema de organización, sino "de audacia, lo que en un momento dado pone en juego la impetuosa fuerza enraizada en el corazón de las masas"[45].

Varios factores se entrecruzan a partir del Congreso del Conservatorio para favorecer la conquista de la CNT por la FAI. La primera es que en el Congreso quedó ya de manifiesto la eficacia de las acusaciones de connivencia con la política, con la consiguiente negativa a adoptar una actitud ante la República que no fuese de choque frontal. La impotencia de la CNT, sometida antes a la persecución durante la Dictadura, constituía también un buen pretexto para condenar sin juicio a los dirigentes que ahora volvían a estar en las posiciones decisorias. En un mar de huelgas y bajo la depresión económica, tampoco cabía esperar que la vida sindical se normalizase[46]. Y para desacreditar a la República bastaba con introducir la violencia en la lucha social, provocando de este modo una respuesta represiva por parte de las autoridades, lo cual parecerá abonar la idea de que nada había cambiado desde los tiempos de la monarquía.

A este respecto, no cabe olvidar la intervención del ya presidente Manuel Azaña en Consejo de Ministros, ante la insurrección del Alto Llobregat en enero de 1932: "un levantamiento comunista-anarquista, dirigido por la FAI y secundado por la CNT; banderas rojas, asalto de fábricas, barricadas, etc. etc.". El propio Azaña da fe de sus palabras en la anotación de diario correspondiente al 23 de enero de 1932: "Aquella mañana tuvimos Consejo en Palacio, como segundo jueves del mes. Informé al Presidente [de la República] de lo que sucedía y de los antecedentes que teníamos, y mostré mi resolución de proceder con toda rapidez y con la mayor violencia a reprimir la rebelión. Como Fernando [de los Ríos] me oyó decir *que se fusilaría a quien se cogiese con las armas en la mano*, quiso disentir; pero yo no le dejé, y con mucha brusquedad le repliqué que no estaba dispuesto a que se me comiesen la República. Todos los demás ministros aprobaron mi resolución" (Subrayado A.E.)[47]. Si bien Azaña

---

[44] "Federación Anarquista Ibérica", *EL*, nº 38, 25-IX-1931.

[45] Alejandro G. Gilabert, *La CNT, la FAI y la Revolución española*, Barcelona, s.a., p. 14. Cit. por J. Brademas.

[46] Un buen resumen "de las huelgas y desórdenes" en el verano de 1931, especialmente de la huelga de la Telefónica y de la del Puerto de Barcelona, en John Brademas, *Anarcosindicalismo y revolución en España (1930-1937)*, Barcelona, 1974, pp. 70-77.

[47] Manuel Azaña, "Memorias políticas y de guerra (1931-1939)", *Obras completas*, México, 1968, p. 311.

no pronunció la frase de los tiros a la barriga un año más tarde, su declaración de enero de 1932 no era precisamente un ejemplo de respeto a los derechos humanos. La intensidad y la violencia de la acción gubernamental dieron lugar a una dinámica de acción-represión-acción del todo favorable para la condena de la República pronunciada desde su proclamación por los anarquistas.

Aunque era conocedor de la difícil situación de Pestaña "entre los revolucionarios", Azaña no se mostró dispuesto a concederle nada cuando el 27 de febrero el aun secretario del Comité Nacional le visita con el objeto de "pedir clemencia para los deportados [por los sucesos de enero] del *Buenos Aires*". "Casi no le he dejado hablar, y aunque la entrevista ha sido larga, me lo he dicho yo todo". No está dispuesto a tomar partido en el pleito confederal. "Sobre todo, paz social, y si no la respetan, la impondré", concluye[48]. Azaña no percibe que precisamente Pestaña y otros sindicalistas eran el único muro de contención contra la ola de violencia que él mismo aspiraba a detener.

Es así como entre junio de 1931 y marzo de 1932, retirada de los sindicalistas ya minoritarios en el Pleno Regional de la Meridiana, en Barcelona, tiene lugar una dinámica escalonada donde a cada enfrentamiento violento de anarquistas con la fuerza pública sucede una oleada represiva, la cual a su vez justifica la protesta de los primeros contra los cuadros sindicalistas, acusados de pasividad o complicidad, y la consiguiente presión para desalojarles de los puestos que desempeñan en la CNT. Al iniciarse el proceso, el Comité Nacional de la CNT, el Comité Regional de Cataluña y el diario *Solidaridad Obrera* están en poder de los dirigentes moderados, con Pestaña y Peiró siempre a la cabeza. Pero una a una, crisis de violencia tras crisis de violencia, van siendo eliminados: Juan Peiró como director de la *Soli* en octubre de 1931, y más tarde Emilio Mira del Regional y Pestaña del Nacional, con una caída como fichas de dominó de otros sindicalistas, ya que una dinámica paralela tiene lugar en las direcciones de los principales sindicatos. Lo explica Eulália Vega en *La CNT a Catalunya (1930-1936).*

Fue una ofensiva sin descanso, favorecida por el creciente número de huelgas, una de ellas, la de Telefónica desde el 6 de julio, de ámbito nacional. El Pleno de la Regional Catalana, celebrado del 2 al 4 de agosto en el local de la calle Cabañas, giró en torno a tres cuestiones principales: ahondar en las críticas contra la supuesta blandura del Comité Nacional ante la República, secundado por la redacción de *Solidaridad Obrera,* dirigida por Juan Peiró, la reivindicación de una respuesta radical, constituyendo la organización armada, los cuadros de defensa confederal, y, por fin, retrasar el cumplimiento de los acuerdos del Congreso del Conservatorio, en los aspectos inaceptables para los anarquistas, caso de las Federaciones de Industria. La vanguardia de la oposición anarquista incluía todos los pesos pesados, aprovechando la representación del Sindicato Fabril y Textil de Barcelona, integrada nada menos que por García Oliver, Durruti y Prades, con el respaldo de treinta mil afiliados. Les secunda-

[48] *Ibidem*, p. 339.

ban Marcos Alcón, del Sindicato del Vidrio barcelonés, con dos mil quinientos afiliados, Otro sindicato bajo control radical, pronto convertido en protagonista, Construcción de Barcelona, contaba con veinticinco mil afiliados. En el círculo estaba también el sindicato de Fígols, pronto implicado en la insurrección de enero de 1932, A Juan Peiró, como director de *Solidaridad Obrera,* le tocó el papel de saco de los golpes y de defensor de la actitud más arriesgada: podía ser necesaria la oposición a la República, pero eso no significara suscribir la estrategia de una revolución a corto plazo.

Nada más iniciadas las discusiones, Vidrio de Barcelona propuso la formación del instrumento paramilitar, los cuadros de defensa, y la expulsión del gobierno de Miguel Maura y de Largo Caballero. Siguieron las denuncias de la persecución gubernamental, "las infamias de la fuerza pública": Construcción de Sabadell confirma que "no solo se debe combatir a los patronos, sino también a la guardia civil"[49]. La consecuencia de este clima será el dictamen que propone "una respuesta inmediata", es decir, revolucionaria, frente a la impunidad de la acción gubernamental. El grupo de Fabril y Textil —García Oliver y Durruti— la apoya, frente a una segunda proposición que "entiende que, no habiendo la preparación debida" solo cabe "hacer la revolución en el momento que la psicología de las masas esté dispuesta a ella"[50]. La mayoría radical se impuso: 65 votos contra 35. Al director de la *Soli* se le reprochó no haber llevado a cabo la campaña antiparlamentaria decidida en el Congreso. Se plantea ya su sustitución y Peiró se situó a la defensiva: "pidió que no se les tenga por traidores"[51]. Juan García Oliver remachó el ataque, refutando la idea de *Soli* de que el cambio no era posible. Peiró insistió: "aun no existe la debida preparación para la Revolución Social"[52]. La redacción del periódico quedaba bajo sospecha y el Comité Regional apuntaba a su control.

En el curso del Pleno, el hecho decisivo tuvo lugar en la sesión secreta donde García Oliver y Durruti propusieron que pasase al Comité de Defensa, que ellos dirigían, la cuota extraordinaria acordada en el Congreso de junio para adquirir una rotativa destinada al diario *CNT.* Como más tarde recordará García Oliver, el Comité de Defensa era un reducto suyo, no sometido a control alguno del sindicato que querían convertir en instrumento revolucionario a corto plazo. En la sesión los "reyes de la pistola obrera" presentaron su "plan revolucionario". La proposición fue rechazada "por estimarla como infracción a los acuerdos del Congreso Nacional, pero en el ánimo de los delegados hizo impacto"[53].

Los anarcosindicalistas se sentían sitiados. Su reacción consistió en redactar un documento, que por el número de sus firmantes ha pasado a la historia como el *Manifiesto de los Treinta.* Estaban todos los notables, cuadros compro-

[49] *Memoria de los comicios de la Regional catalana,* Barcelona, 1931, p. 60.
[50] *Ibidem,* p. 69.
[51] *Ibidem,* p. 94.
[52] *Ibidem,* p. 97.
[53] Juan López, "Sobre el treintismo confederal", *Revista de Trabajo,* 1972, nº 38, p. 159.

metidos con la dura vida de la CNT desde la segunda década de siglo, empezando por los futuros ministros confederales Juan López y Juan Peiró. También Ángel Pestaña, secretario del Comité Nacional, Progreso Alfarache, Camilo Piñón, Ricardo Fornells, Pedro Massoni, Francisco Arín, Narciso Marcó. Entre los firmantes figuraba el equipo de redacción de *Solidaridad Obrera*: Clara, Peiró, Fornells y Gibanel, y para potenciar su efecto decidieron publicar un semanario, *Cultura Libertaria,* dirigido por Gibanel. A partir de una reunión en el Sindicato del Transporte, Pestaña hizo una primera redacción en forma de "descarnada denuncia", juzgada excesiva. Tras varias reuniones, una ponencia compuesta por Gibanel, Alfarache y Fornells, llegó al texto definitivo, trabajando sobre el borrador de Pestaña[54].

El núcleo argumental del Manifiesto era la crítica del voluntarismo revolucionario que en nombre de la FAI abanderaba García Oliver. "Somos revolucionarios —proclamaban—, pero no cultivadores del mito de la revolución". Rechazaban de arriba abajo la posibilidad de que la revolución pudiera ser impulsada por "unos cuantos individuos", que consistiera en "la violencia por la violencia" y que la propia revolución consistiera en "la algarada, el motín". Para los firmantes, pronto conocidos como *los treintistas*, era absurdo pensar que con "lanzarse a la calle" resultaba posible "vencer a un mastodonte: el Estado". Además el recurso a la violencia, desde la creencia en "los milagros de la santa revolución", la idea de que la revolución fuera algo fácil, casi una fiesta, suponía ignorar que toda revolución es "un hecho doloroso y cruel". Como consecuencia, el voluntarismo no solo conducía al fracaso, sino que incluso abría el camino para una dictadura, tal vez en la forma de "un fascismo republicano"[55].

Las previsiones "treintistas" eran claras y habían de verse confirmadas por la experiencia posterior de la CNT. La principal limitación del manifiesto residía en que su alternativa apenas ofrecía base para un relato que compitiera en atractivo con el "peliculero" confiado en las "minorías audaces" de García Oliver. No iban más allá de consignar que la revolución "sea un movimiento arrollador del pueblo en masa, de la clase trabajadora caminando hacia su liberación definitiva, de los sindicatos y de la Confederación, determinando el hecho, el gesto y el momento preciso de la revolución"[56]. En lugar de la revolución anarquista, el treintismo confiaba en la revolución sindicalista, sin que tampoco tuviera claro cómo los sindicatos agrupados en la Confederación iban a materializarla. Y más allá de la renuncia al voluntarismo, los demás elementos del esquema de los Treinta —"ordenado, previsor y coherente"— coincidían: revolución del pueblo, decidida y ejecutada bajo la guía de la CNT. El objetivo era además la "desaparición" del Capitalismo y del Estado. Como marco económico, la profecía se apoyaba en una descripción apocalíptica de la situación republicana y en el rechazo de la política.

---

[54] *Ibidem*, p. 160.
[55] *Manifiesto de los Treinta*, agosto de 1931.
[56] *Ibidem*.

La descalificación del proyecto revolucionario exhibido por la FAI aparecía entonces como renuncia culpable a una misión histórica, cuyo fondo sería el distanciamiento del anarquismo, seña de identidad de la Confederación, y el rechazo de la revolución en nombre de la prudencia. Los faístas encontraron fácil presentar a los Treinta como los infiltrados políticos que pretendían apagar el incendio revolucionario: "bomberos" o *apagallums*. Un hombre próximo a Durruti, Ricardo Sanz, fue más lejos, publicando un panfleto titulado *Los treinta Judas*. La buena acogida del "treintismo" por parte de la prensa burguesa, tanto catalanista como republicana, hizo el resto: ya se sabía al servicio de quien estaban estos tipos, será el juicio condenatorio repetido de mil maneras. El Manifiesto solo sirvió para agudizar la condición de sus firmantes como defensores de una fortaleza sitiada.

Apenas iniciado septiembre de 1931, los enfrentamientos en torno a la huelga general de Barcelona dieron un nuevo giro de tuerca, perfectamente documentado por conservarse en el Archivo Histórico Nacional las conversaciones del gobernador civil de Barcelona, Oriol Anguera de Sojo, con el ministro de la Gobernación, Miguel Maura, entre el 4 y el 7 de septiembre de 1931. Quedan así al descubierto tanto el grado de violencia armada que acompaña a las actuaciones de los sindicatos como la voluntad de las autoridades republicanas de aplicar a fondo la pura y simple represión. Ante el anuncio de huelga, el 3 de septiembre un bando del gobernador civil definía la posición adoptada por el gobernador: quienes atentaran contra la práctica normal de los servicios públicos serían considerados "perturbadores del orden público" y sus actos "atentados contra la salud pública". Al día siguiente, día 4, pedía "urgente envío de fuerzas" y anunciaba el traslado de los detenidos a los vapores-prisión del puerto.

En la conversación de las 11 de la mañana, Anguera de Sojo informa ya de la persecución de "una partida" que abandonó trece rifles y un saco con explosivos, y a las cuatro y cuarto de la batalla entablada en torno al Sindicato de la Construcción: "He ordenado esta mañana un registro en el Sindicato de la Construcción en la calle de Mercaders; la policía ha sido recibida a tiros. Tres Guardias heridos. El edificio ha sido cercado, tomándose todas las alturas y se ha reproducido el tiroteo. En el interior se han parapetado con armas y con el General de la División hemos tomado todas las medidas para reducirlos por la fuerza". Hasta la rendición. El ministro felicitó al gobernador por su firmeza en el mantenimiento del principio de autoridad, sin "diálogo con los revoltosos", más clausura del Sindicato, encarcelando a los detenidos y sometiendo a la jurisdicción ordinaria a los que se enfrentaron con la fuerza pública. A las diez y cuarto de la noche, nuevo informe: al ser trasladados por la calle a un cuartel, primer destino antes de los buques requisados, varios detenidos que habían guardado armas iniciaron un tiroteo; tres de ellos murieron, otros quedaron heridos, así como varios guardias. Los desórdenes se habían extendido a otros lugares de la ciudad y el balance del día era seis muertos y de 25 a 30 heridos entre los "revoltosos", por seis guardias heridos, dos de ellos graves. Era una guerra social. El día 5 huelga y enfrentamientos amainaron para acabar al día siguiente.

De acuerdo con el ministro, el gobernador optó por responder a la fuerza con la fuerza. Su consigna es "ordeno que se reprima con la mayor severidad", por lo cual se suceden disposiciones siempre rígidas: "hoy procederé a detenciones de elementos significados", ante una mediación en el Sindicato "he contestado que les daba veinte minutos para salir, uno a uno, con brazos en alto y ser detenidos", "voy a decretar la inmediata captura de los militantes del mismo", etc. La Federación Local de Sindicatos dispuso el día 4 la reanudación del trabajo: "a pesar de ello he dicho a los periodistas que no tendré parlamentos con una corporación que se ha colocado fuera de la ley". Ante rumores de una mediación del presidente Maciá, Anguera de Sojo informa al ministro de que él solo consulta con el General de la División, el de la Guardia Civil y el Jefe de Policía. Y serán ellos los que finalmente le convenzan de que levante la suspensión a *Solidaridad Obrera,* eso sí, con el añadido propio de un "apercibimiento de suspensión definitiva"[57]. Las autoridades republicanas no distinguían entre "treintistas" y faístas.

Los muertos y detenidos en la huelga de septiembre de 1931 supusieron el primer golpe a favor de la conquista del poder anarquista. La conversación entre el ministro de Gobernación, Miguel Maura, y el gobernador civil de Barcelona, explica hasta que punto la inconsciencia de las autoridades la favoreció, al optar ciegamente por una represión a ultranza. Apenas publicado el Manifiesto de los Treinta, sus autores quedaban desbordados, y la falta de espíritu militante de *Solidaridad Obrera* convirtió la lucha por el control del diario en un asunto crucial. Todavía a fines de agosto había tenido lugar un mitin de apoyo a los presos en el Palacio de las Artes Industriales de Barcelona, con predominio anarquista, signo de cómo la FAI iba copando posiciones (Parera preside, Buenaventura (sic) por Fabril y Textil, Cano Ruiz por *Tierra y libertad*, García Oliver por el Comité pro-presos), pero también presencia sindicalista, incluido Clara por *Solidaridad Obrera*[58]. La sangre derramada en la huelga del 4 al 6 de septiembre acabó con tal convivencia. Federica Montseny se lanzó de inmediato a capitalizarla, redactando el primero de la serie de artículos de violencia verbal exacerbada, con el objeto de impulsar la revolución mediante el sacrificio y descalificar a quienes en la Confederación rechazaban la vía de la violencia. Los culpables son la Federación Local, que el 6 de septiembre ordena la vuelta al trabajo y la "Soli" que lo comenta en un "documento histórico de admirable dobles y bajeza de alma". Pestaña es asociado al ministro Maura y a los republicanos y catalanistas. Son "miserables" e "inconscientes", desconocedores de que la fuerza de los anarquistas, de la FAI, reside en ese pueblo "asesinado traidoramente"[59].

El ataque fue eficaz. Los treintistas propusieron la candidatura de Juan Peiró para la dirección del diario, pero el Pleno Regional de sindicatos, reunido el 11 de octubre, después de una discusión de dieciséis horas, eligió a Felipe Alaiz

---

[57] Archivo Histórico Nacional, Gobernación, Barcelona, log. 40.
[58] «Mitin», *El Luchador,* nº 35, 4-IX-1931.
[59] Federica Montseny, «Después de otra tragedia», EL, nº 36, 11-IX-1931.

con una mayoría de ciento sesenta y ocho votos[60]. El triunfo de la FAI se vio confirmado en la elección de redactores: los de siempre, Cano Ruiz, Liberto Callejas, Germinal Esgleas, José Alberola, Erófilo Labrador, Carbó, Fontaura, más Federica Montseny y García Oliver que renunciaron. El Comité Regional fue censurado por no respetar el federalismo al declarar la huelga. Entre tanto *El Luchador* mantenía una intensa campaña contra "la barbarie gubernamental" y la FAI consideraba los sucesos de septiembre como una revolución que "se ha abortado por medio del asesinato, de la persecución, de la calumnia, del engaño"[61]. El encierro de los presos anarquistas en los tres barcos habilitados para cárceles en el puerto de Barcelona aparecía como testimonio evidente de la intensidad de esa represión. Todo estaba listo para el siguiente aldabonazo. En el Pleno Regional celebrado en Lérida, en diciembre, los treintistas protestaron por las críticas que desde *Soli* se dirigían contra el Comité Nacional. El mitin de clausura, con Emilio Mira, por el Regional, y Pestaña, por el Nacional, fue aun de tono conciliador. Tarea imposible fue apaciguar a Federica Montseny, quien desde el semanario familiar, *El Luchador*, exaltaba el próximo advenimiento de la revolución de tipo bakuniniano: "La revolución, el incendio, se irá propagando, extendiendo día a día"[62].

Iniciado el 18 de enero de 1932, aunque por motivos económicos, el levantamiento del Alto Llobregat marcó el punto de inflexión, logrando los anarquistas a partir de entonces una hegemonía indiscutible. Fueron hechos confusos, precedidos de una campaña de propaganda, en cuyo curso, acompañado de Parera y Vicente Pérez (Combina), "Durruti dijo a los mineros que la democracia burguesa había fracasado, que era necesario realizar la revolución", aconsejando "a los mineros de Fígols que se prepararan para la lucha final y les enseñó la manera de fabricar bombas con botes de hojalata y dinamita"[63]. El conflicto tuvo como arranque una huelga en Berga, al no aceptar la Patronal las bases establecidas en Barcelona, a lo que siguió el salto cualitativo de la huelga insurreccional en Fígols, con desarme de los *somatens,* reunión de cuatrocientos mineros armados, rumores de que en toda España se ha proclamado en comunismo libertario, y proyección sobre los pueblos cercanos, Berga incluida. En Suria se alza la bandera de la FAI y es proclamada la Constitución (sic) anarquista, y otro tanto sucede en Cardona. hasta que el 23 de enero llegan las fuerzas del ejército, dirigidas por el general Batet, y proceden a la sumisión pueblo a pueblo[64]. Pudo haber sido la primera puesta en práctica del método Durruti de convertir un conflicto en movilización insurreccional, sobre el supuesto de que la revolución ha triunfado en toda España. Siguió un intento frustrado de huelga general en Barcelona, y se inician los traslados de detenidos —hubo ciento cincuenta— al trasatlántico *Buenos Aires*. El 15 de febrero los

[60] «Impresiones del Pleno regional», *El Luchador,* 23-X-1931.
[61] "La FAI a los libertarios y a la opinión pública en general", EL, nº 40, 9-X-1931.
[62] "El proceso revolucionario deEspaña", EL, nº 52, 1-I-1932.
[63] A.G. Gilabert, *Durruti, un anarquista íntegro,* cit. por Josep Termes, *Historia del anarquismo en España (1870-1980),* Barcelona, 2011, p. 425.
[64] *La Vanguardia,* 20 a 23-I-1932.

anarquistas cercaron el cuartel de la Guardia Civil y tomaron el Ayuntamiento en Tarrasa. Una batalla campal: en el proceso se habló de penas de muerte, que fueron reducidas a veinte años. A principios de año los ciento ochenta y dos prisioneros de huelgas anteriores fueron trasladados desde los barcos-prisión, *Antonio López* y *Dédalo,* a las cárceles de Vic y Mataró.

La insurrección de Fígols, Sallent, Berga, Cardona y Suria, provocó la mencionada pérdida de los nervios por parte del gobierno Azaña, desencadenando una oleada represiva, y de paso sirvió de ejemplo a los defensores de la revolución anarquista, al ofrecer una variante del modelo bakuniniano de incendio universal. El pueblo tenía el cometido de hacer la revolución, y por sangrientas que fueran las consecuencias de cada acto insurreccional, constituían una experiencia insoslayable. Un "¡viva la muerte!" libertario. Federica Montseny lo proclamaba desde las páginas de *El Luchador*, desde el supuesto apocalíptico de que "sobre las ruinas sabremos construir un nuevo mundo":

> "¡Morirán, moriremos quizá muchos, muchos, muchos!... ¡Qué importa! También mata el hambre, el sol, la sed, la peste y hasta la gripe. ¡En la marcha cruenta caerán, caeremos, quizá, muchos! ¡Qué importa!...
>
> ¡Adelante, pues, por encima de las tumbas! Cuando las tierras, las almas son estériles, la sangre, el abono humano, las hacen fecundas"[65].

Con otras palabras, y sin pasión necrófila, tal es la intención del elogio pronunciado por Juan García Oliver desde *Tierra y Libertad*. La insurrección del Alto Llobregat esa el primer paso para una revolución que llegaría por aproximaciones sucesivas:

> "Nunca como en nuestros tiempos se pudo tener fe en la posibilidad de realización de nuestros ideales anárquicos. Después de la experimentación comunista libertaria, nuestros pechos deben desbordar de entusiasmo, porque estamos muy lejos ya de aquellos otros en que el ser anarquista suponía el sacrifico de la libertad y de la vida, hecho en holocausto de una sociedad que solamente conseguirían ver las generaciones sucesivas. Hoy luchamos para nosotros mismos"[66].

La escalada de la represión servirá de aliciente para justificar el mantenimiento de la ofensiva, a pesar de la primera derrota. Al zarpar el 10 de febre-

---

[65] "Pueblos míseros y pueblos heroicos de España", *El Luchador,* nº 58, 12-II-1932.

[66] Juan García Oliver, "Desde la línea de fuego", *Tierra y Libertad,* 8-IV-1932.

ro el vapor "Buenos Aires", llevando hacia África ciento ocho presos anarquistas, Federica Montseny pudo afinar el blanco de su acusación, dirigida en primer término contra los "treinta firmantes del Manifiesto famoso, que dejó al descubierto al sector irresponsable de la Confederación"[67]. Ellos eran los culpables de todo: "delatores directos o indirectos", "saboteadores de todos los acuerdos", "traidores de todos los movimientos", que enviaron sus compañeros a las cárceles y nada menos "que han hecho perderse tres posibilidades revolucionarias en España" (sic). La irritación de la hija de Urales no tenía límites. Una réplica suya a la crítica formulada contra el artículo desde *Solidaridad Obrera* de Galicia, proponiendo la reunión de un Pleno donde se zanjasen las diferencias y las acusaciones contra Pestaña, permite conocer de qué manera iba creciendo el pliego de cargo contra los dos dirigentes a eliminar, el propio Pestaña del Comité Nacional, y Emilio Mira del Regional de Cataluña. Contra éste las acusaciones procedían sobre todo del levantamiento de Fígols; contra Pestaña, el informe fiscal del ya encarcelado García Oliver, delegado de Fabril y Textil de Barcelona en el Comité, así como los manifiestos del propio Comité Nacional[68]. La acusación del sindicato de Fígols contra Mira se basaba en un Pleno reservado del Comité Regional catalán, lo cual confirma el doble papel de archivero y de fiscal asumido por la Montseny.

Del episodio la hija de Federico Urales no salió bien parada. Al constituirse un nuevo Comité Nacional, preocupado por la acritud de los enfrentamientos, su secretario general, Manuel Rivas se dirigió por carta al grupo editor de *El Luchador* para indicarle que cesase "toda campaña que pueda zaherir susceptibilidades a compañeros que pertenecen a nuestra organización"; cualquier acusación que tendría su lugar en el interior de las organizaciones sindicales, las encargadas de acordar sanciones. La Montseny eludió aceptar abiertamente el cese de la campaña. De ahí que se celebrara el 28 de febrero una entrevista en casa de los Urales, con delegados del Regional, de los cuales Sebastián Flor sirvió de secretario de actas. Federica no pudo aportar prueba alguna de la difamación publicada: "manifiesta, ante los datos concretos extraídos de su artículo, que no posee pruebas concretas de cuanto decía, pero que era de dominio general que Mira era capaz de ello", "tiene el convencimiento pleno de su carencia de escrúpulos", habiendo declarado el 24 de enero por su cuenta el fin de la huelga general de solidaridad con los trabajadores del Alto Llobregat. "La actuación de un compañero, de un Comité, de un Sindicato, de quien sea, no puede estar a merced de suposiciones de nadie", zanjó el Comité Regional, ratificando su confianza en Mira[69], en cualquier forma pronto sustituido.

No era cuestión de detenerse por el descubrimiento de una calumnia. Ante la proliferación de militantes encarcelados, el ataque definitivo procedió de una reunión de presos sociales en la Cárcel Modelo de Barcelona, el 9 de marzo,

---

[67] Federica Montseny, "¡Yo acuso!", EL, nº 59, 19-II-1932.

[68] Federica Montseny, "Después de mi '¡Yo acuso! A los compañeros, a los militantes todos", El, nº 63, 18-III-1932.

[69] "Historia y liquidación de una campaña", EL, nº 65, 1-IV-1932.

en principio con el objeto de contestar al artículo "Ante una campaña", firmado por Pestaña en *Cultura Libertaria*. Una vez más la voz cantante correspondió a García Oliver, quien acusó a Pestaña de haber abusado de su liderazgo en el Comité Nacional, el 9 de febrero, bloqueando una petición de responder a las deportaciones con una huelga general. Habría cursado una circular, a la cual respondieron cinco, cuatro en positivo —Levante, Galicia, Asturias, más Aragón Rioja Navarra—, a pesar de lo cual optó por "una gran campaña de propaganda". Para García Oliver, se trataba de "un engaño alevoso y premeditado al proletariado confederal", que hacía a Pestaña merecedor de la expulsión, tanto del Comité Nacional como de la CNT[70]. A partir de ahí no sería tolerada campaña alguna de Pestaña y de los treinta a favor de los presos. Seguían 189 firmas. Una carta de Pestaña publicada el 8 de abril anunciaba su decisión de cesar en toda actividad sindical mientras no se solventase el asunto. El siguiente paso fue la acusación planteada el 27 de abril por la Montseny contra Mira, ya exsecretario, en el Pleno Regional celebrado en Sabadell. La Federación Local de Sabadell fue el ariete antianarquista, hasta el punto de retirarse sus delegaciones cuando fue nombrado el faísta Antonio G. Gilabert como secretario del Comité Regional[71]. Las comunicaciones de los deportados de febrero a Villa Cisneros, en el Sahara español, servían de telón de fondo a la campaña. La solidaridad sentimental con los deportados había de desempeñar muy pronto un papel decisivo.

La rueda del poder giró definitivamente ciento ochenta grados entre marzo y abril de 1932. Los ataques a Pestaña provocaron a mediados de marzo su sustitución por Manuel Rivas, de la FAI, como secretario general, rodeado de hombres de estricta obediencia anarquista, entre ellos Ricardo Sanz, autor de *Los treinta Judas* y seguidor inmediato del trío dirigente[72]. De nada valió que las acusaciones de García Oliver nunca fuesen probadas, ni discutidas en una asamblea confederal, salvo en un Pleno Regional celebrado en Madrid, donde la gestión de Pestaña fue aprobada. Todo inútil. Juan Peiró insistió en lo que su juicio había detrás de esa táctica de acusaciones de traición no probadas: "traidores de la CNT lo están siendo los que, con ignominiosa e intolerable dictadura" mediatizan a la CNT, "obrando a su vez al dictado de la FAI"[73]. El relevo estaba hecho. Una última batalla tuvo lugar en el Pleno Regional de la CRT, inaugurado en Sabadell, bastión anarcosindicalista, el 24 de abril de 1932. Los sucesivos combates fueron resolviéndose a favor de los faístas, con Felipe Aláiz ratificado en la dirección de *Solidaridad Obrera;* tras una áspera discusión, fueron aplazados los debates sobre las acusaciones de García Oliver a Pestaña, y de la Montseny a Mira, con lo cual persistió la condena moral, y sobre todo al elegir nuevo secretario regional, Antonio G. Gilabert, de la FAI, se impuso con 111 votos a Joan Manent, mano derecha de Juan Peiró en Badalona, con 74. La

[70] "Por los fueros de la verdad", EL, nº 64, 25-III-1932.
[71] "El Pleno Regional de Sindicatos de Cataluña", EL, nº 71, 13-V-1932
[72] Eulàlia Vega, *El trentisme a Catalunya*, Barcelona, 1980, p. 153.
[73] Joan Peiró, *Escrits*, p. 380.

votación se había hecho en contra del procedimiento acordado por la CNT en su Congreso de 1931 y luego por el Pleno regional de Lérida. Tras una protesta de la Federación comarcal de Igualada, la Federación Local de Sabadell se retiró de la asamblea, al ver confirmada la elección de Gilabert[74].

Fue el comienzo de una crisis más honda, ya que la Federación de Sabadell acordó más tarde suspender el pago del sello confederal y acabó siendo expulsada de la CNT el 24 de septiembre por el Comité Regional[75]. Al frente de los treintistas, Sabadell se negaba a aceptar la tutela de la FAI, que llegaba hasta transferir el importe del sello confederal a los Cuadros de Defensa, esto es, a la organización armada, y como respuesta, desde su control de la CRT, la FAI emprendía su caza de brujas. El prolongado combate ofensivo se cierra en marzo de 1933, a la sombra de la represión de Casas Viejas, en el Pleno Regional celebrado en el barcelonés Cine Meridiana, de 5 a 12 de marzo de 1933[76]. La expulsión de Sabadell es confirmada, acompañándola la de los sindicatos comunistas de Lérida. Los treintistas abandonaron las sesiones, consumando la escisión, al agruparse en los Sindicatos de Oposición, con fuerza en importantes localidades catalanas y en los principales sindicatos de la Regional de Levante, amen de un apéndice en Huelva (debido a la presencia allí de Juan López).

A partir del Congreso del Conservatorio, la dinámica de los acontecimientos había seguido una secuencia regular. Primero, en cada caso concreto, el desencadenamiento de la violencia, impulsada por los Cuadros de Defensa, es objeto de una respuesta desmedida por parte de la fuerza pública, a instancia de las autoridades. Sigue una fase de represión, en el curso de la cual entran en escena las campañas de prensa anarquistas contra los dirigentes históricos que tratan de controlar los acontecimientos, y son en consecuencia acusados de pusilánimes y traidores. Finalmente, es en las asambleas sindicales, tanto a nivel local y regional como de sindicato de ramo, donde como en un juego de dominó van cayendo las piezas, esto es, las posiciones de poder, e incluso el mantenimiento de la militancia, de los etiquetados como treintistas[77]. Durruti defenderá más tarde el carácter abierto de tales decisiones, sin tutela alguna de la FAI: "las asambleas son la soberanía de nuestro movimiento sindical"[78]. La afirmación es válida por lo que se refiere al ascenso de la mentalidad revolucionaria como respuesta a la agudización de los conflictos y a la represión, y ello se refleja en los acuerdos de las asambleas, pero oculta que todo el proceso no es fruto del azar, sino de una estrategia determinada de convertir a la CNT en instrumento de la revolución anarquista, siendo para ello imprescindible la eliminación de los veteranos líderes anarcosindicalistas.

Como resultado de tales planteamientos, entre 1932 y 1933, siguiendo una escalada de acción violenta, los anarquistas, bajo la guía del grupo dirigente in-

---

[74] *Solidaridad Obrera*, 3-V-1932. Ver E. Vega, *op. cit.*, 154-158.
[75] *Ibidem*, p. 165.
[76] Una extensa reseña en *Solidaridad Obrera*,
[77] "Por qué fue expulsado Ángel Pestaña", *CNT*, 11-IV-1933.
[78] *Solidaridad Obrera*, 17-XI-1933.

tegrado por García Oliver, Ascaso y Durruti, los llamados "tres mosqueteros", intentarán derribar el orden social vigente, y de paso la República, por medio de una secuencia de huelgas e insurrecciones coordinadas[79]. La lectura de los periódicos confederales, como el diario *Solidaridad Obrera* en Barcelona, *CNT* en Madrid, y los semanarios *El Luchador* y *Tierra y Libertad,* órgano de la FAI en Barcelona, ofrecen la imagen de un estado insurreccional latente. Entre preparativos, denuncias, detenciones, deportaciones, choques con las fuerzas del orden, sin olvidar las críticas furiosas contra republicanos y socialistas, sobresalía una cosa: la inminencia de la revolución. Como escribía en *CNT* el faísta David Antona, en vísperas del alzamiento de enero de 1933: "Nada se salvará. Nuestra lucha en campos y ciudades acabará con todo el estamento burgués. El fuego purificador lavará la carroña milenaria que arrastra y embrutece a los pueblos"[80]. La crisis del capitalismo mundial era solo un dato más a favor del optimismo revolucionario. Solo variaban los aspectos formales de las predicciones. Y como consecuencia, los militantes esperanzados consumían crecientes dosis de libros, folletos y semanarios de propaganda. Lo explica a Federico Urales un informador suyo de Sanlúcar de Barrameda: "Se siente un hambre voraz de pan espiritual. Se reparte profusamente *El Luchador, Tierra y Libertad, El Libertario, La Soli, La Revista Blanca, Estudios, La Novela Ideal,* folletos y libros anarquistas"[81].

Lo que es más importante, el esquema que presidirá la ofensiva insurreccional de 1933 está ya fijado, sobre ese telón de fondo de una mentalidad cada vez más radicalizada de los militantes. Especialmente en Cataluña, los puestos claves de los sindicatos van siendo ocupados por anarquistas, pertenecientes a la FAI o en nombre de ella. Pero el protagonista de los preparativos es otro: la organización paramilitar, los Cuadros de Defensa, siempre en manos del grupo dirigente constituido por Durruti, Ascaso, y sobre todo en ese momento, Juan García Oliver. Eran los herederos de los grupos de acción previstos en el Pleno de Madrid, de 15 y 16 de enero de 1928, y en principio —no en la práctica—, "no disponían de poder ejecutivo alguno". Según relata un observador de la AIT, Alexander Schapiro,"tenían por único objeto preparar las armas necesarias en caso de sublevación, organizar los grupos de choque en los diferentes barrios populosos, organizar la resistencia de los soldados en los cuarteles, etc."[82]. En una palabra, eran órganos de lucha armada.

Amen de poseer las armas, su primera ventaja es formar parte de las otras dos organizaciones, simbólicamente aun de la FAI, de pleno derecho en la CNT,

---

[79] La denominación fue comunicada por Federica Montseny a John Brademas en entrevista de 1952. En torno a ellos estaba el grupo anarquista de "los Indomables", que en reuniones semanales tomaban acuerdos a trasladar a la Federación Local de Grupos Anarquistas. Formaban parte del mismo Joaquín y Domingo Ascaso, Aurelio Fernández, Gregorio Jover, García Vivancos, Manuel Rivas, Antonio Ortiz y "dos más". Ver J. Brademas, *Anarcosindicalismo y revolución en España,* p. 59, n. 6.

[80] «"Verbo rojo", "Los campesinos y la CNT"», *CNT,* 7-I-1933.

[81] *España 1933,* Barcelona, 1933, p. 181.

[82] *Informe Schapiro sobre la crisis de la CNT,* en *Estudios de Historia Social,* nº 5-6, 1978, p. 469. Original en el IISG de Amsterdam.

aun cuando dominen sirviéndose de intermediarios (caso de Manuel Rivas, secretario del Comité Nacional). En esa convergencia orgánica, la clave del poder del trío consiste en que ellos no dependen de ninguna de ellas: "Los tres pertenecíamos al Comité de Defensa Confederal de Cataluña —recuerda García Oliver, hablando de él y de sus dos compañeros respecto del verano de 1934—, que tenía la ventaja sobre los demás organismos de la CNT de no tener que dar cuentas de lo que hacía en materia de preparación revolucionaria. Nunca estaba en crisis, aunque los Comités regionales de quienes dependía fueran renovados por dimisión o emprisionamiento (sic) de sus componentes"[83]. Autónomos, pero no desligados: en ese mismo momento, Ascaso es secretario del Comité Regional de Cataluña.

En este contexto, resulta irrelevante la noticia proporcionada por García Oliver en sus memorias, de que es en ese período de auge cuando el núcleo del antiguo grupo "Los Solidarios", Durruti, Ascaso y García Oliver, secundados por Gregorio Jover y Ricardo Sanz, decide adoptar la etiqueta de "Nosotros" y discute el ingreso formal en la FAI, eso sí "sin formar grupo y sin compromiso de grupo". El engaño de García Oliver reside en el olvido deliberado de "los Indomables". Al decidir el ingreso, componen "Nosotros" los cinco citados, más Ortiz y Antonio Martínez, "el Valencia"[84]. El liderazgo de "los tres mosqueteros" era ya indiscutible y lo que contaba era su papel rector del organismo armado, los mencionados Cuadros de Defensa Confederales, catalanes en la forma, barceloneses en la realidad, entregados a la lucha armada y a la preparación de próximo levantamiento revolucionario. Su establecimiento, al margen de cualquier acuerdo, tiene lugar "desde los primeros días de la República"[85]. La organización era piramidal, con cuadros de diez militantes, uno de ellos como responsable, aislados entre si pero dependientes para la entrada en acción de las instrucciones del Comité de defensa de barriada, el cual a su vez dependía del Comité de defensa local, formalmente de Cataluña. La composición de éste no ofrecía dudas: García Oliver, Ascaso, Durruti, Sanz, Jover y Aurelio Fernández.

Con el propósito de ilustrar su funcionamiento y objetivos, García Oliver relata el intento fallido, llevando armas largas, de una marcha sobre Barcelona aprovechando una huelga de la Construcción. El trío de vanguardia pasa la noche cerca del local del sindicato y por la mañana, con el refuerzo de dos cuadros, entabla un tiroteo que dura "más de seis horas" para favorecer la huída de los cercados en el local por la policía[86]. En los relatos falta un componente al que aluden otras fuentes, e incluso de modo indirecto *La Soli*: los atracos. El 18 de septiembre de 1932 Durruti y Ascaso son acusados de un atraco cometido el día anterior en la Casa Batlló, luego absueltos, mientras la prensa confederal clama contra la idea calumniosa de que "el honrado Durruti" pudiera ser

[83] *El eco de los pasos*, p. 155.
[84] *Ibidem*, p. 133.
[85] *El eco de los pasos*, p. 171,
[86] *Ibidem*, p. 130.

un atracador[87]. No fueron los únicos anarquistas implicados en asuntos similares. Según el periodista Josep María Planes la FAI practicaba los atracos para recaudar fondos al servicio de la preparación del comunismo libertario. Habla de unos cien grupos con más de mil afiliados[88]. Fuera o no exacta la información, todo indica que como en 1923, el pistolerismo resultaba inseparable de la revolución anarquista.

A partir de una serie de estudios recientes, J. Termes demuestra el predominio de inmigrantes no catalanes en las filas faistar. El papel de los sindicatos de la construcción actúa en el mismo sentido. Pero tal vez, sobre la base del libro de José Luis Oyón, *La quiebra de la ciudad popular,* destaca la deriva de la "acción directa" a formar estrictas de delicuencia: "asaltar talleres para exigir trabajo, reivindicar un sueldo por un trabajo que ningún propietario habia encargado, requisa de alimentos en el campo, en las tiendas o en los mercados, robos y asaltos, actos de delincuencia a mano armada que eran la manifestación de una ética proletaria donde anarquismo e ilegalidad se daban la mano" *(Historia del anarquismo español,* p. 427).

Cualquiera que sea el orden del día, los congresos regionales y comarcales insisten en la inminencia del cambio revolucionario. El 30 de enero de 1932, la CRT de Cataluña publica un manifiesto donde se anuncia que "en un futuro cercano" será establecido "el comunismo anarquista", sistema que garantiza la satisfacción de las necesidades en la medida en que el progreso lo permite, y destruye el actual, mantenido por el capitalismo"[89]. En el Primer Congreso de la Federación Comarcal de Agricultores de Jérez, celebrado el 17 de enero de 1932, una vez tratados los temas de la fundación de escuelas racionalistas y del periódico *La Voz del Campesino*, la delegación de Paterna de Ribera, con toda probabilidad encabezada por Miguel Pérez Cordón, ofreció un cuadro completo de cómo se articularían las distintas fórmulas productivas después de la revolución —individual, cooperativa, municipal o sindical—, coordinadas en el marco de un Consejo de Producción Agrícola[90]. En los mítines que se suceden, el comunismo libertario se contrapone al comunismo de Estado, no sin algún incidente, bien con contradictores comunistas, bien con la fuerza pública. No faltan Miguel P. Cordón y Celestino Alvarado. Uno de ellos, nocturno, tiene lugar en Casas Viejas el 8 de marzo: "En este pequeño pueblo —nos dice la reseña— se desbordaron los entusiasmos. Mujeres, niños y hombres escucharon la voz cálida y emocionada de nuestros compañeros"[91].

---

[87] *Solidaridad Obrera*, 22 y 29-IX, 7 y 9-X-1932.
[88] Cit. por J. Termes, *Historia*, p. 431.
[89] "Manifiesto", *El Luchador,* nº 58, 12-II-1932
[90] "Los Comicios de la CNT", *El Luchador,* nº 60, 26-II-1932.
[91] "Desde Cádiz", *El Luchador*, nº 62, 11-III-1932.

4.3. 1933: los experimentos revolucionarios

a) De la insurrección a la tragedia

La proposición central de la teoría de la revolución en García Oliver descansa sobre un principio que la hace irrefutable. La acción revolucionaria responde a la exigencia ineludible de destruir el orden social vigente y el Estado, puesto que "fuera de la revolución proletaria todos los caminos están cerrados", y ha de ser intentada una y otra vez a la menor oportunidad. Además su fracaso no es nunca tal, ya que cada nuevo intento supone una experiencia de cara a futuras acciones, así como una "gimnasia revolucionaria" para quienes toman parte en ella. "La aplicación de la 'gimnasia revolucionaria' —explica nuestro hombre— tuvo sus vaivenes: unos hay que tomarlos como fracasos para ser objeto de estudio (sic) y otros como de resultados prometedores"[92]. Incluso los primeros no deben ser considerados tales, según advierte al narrar el intento de marcha sobre Barcelona durante la huelga de la Construcción: "para los objetivos de la lucha revolucionaria nunca existía fracaso"[93]. En marzo de 1932 opina que "después de la experimentación comunista libertaria del Alto Llobregat, nuestros pechos deben desbordar de entusiasmo", pues la anarquía está al caer[94].

Razón de más para pensarlo después de la sublevación de Sanjurjo en agosto, cuando "la Confederación ha sido durante veinticuatro horas dueña de España"[95]. Y para tomar la iniciativa contra la legislación republicana sobre Asociaciones y Orden Público, que a su juicio implica una declaración de guerra a la CNT; frente a ello "la CNT y la FAI harán un llamamiento a la revolución social", proclama en el mitin multitudinario del Palacio de Exposiciones de Montjuïc[96]. Es septiembre de 1932, y en esta ocasión, en el mismo mitin, envuelto en la ola de entusiasmo provocada al tomar la palabra, es Durruti quien expone su pleno acuerdo con las tesis de García Oliver: "Es hora de que nos levantemos de una vez para siempre. Invoca a la CNT y a la FAI diciendo que ya no es hora de discutir la revolución, sino de hacerla". Al ejército del Estado habrá que oponer el ejército "sin jefes (sic), el ejército revolucionario"[97]. Hay que preparar la revolución y a ese efecto resulta necesario militarizar a la CNT, "convertirnos en soldados". Estaban al caer las elecciones al primer Parlamento catalán, finalmente celebradas el 20 de noviembre, y no era cosa de dejar que la democracia representativa se consolidase.

Los propósitos sindicalistas de frenar la ofensiva revolucionaria carecían ya de toda posibilidad de éxito. Lo intentó Juan Peiró desde las páginas de la *Soli,* a las que se le permitió asomarse por un momento, pero su posición era

---

[92] *El eco de los pasos,* p. 130.
[93] *Ibidem,* p. 130.
[94] *Ibidem,* p. 147.
[95] *Tierra y Libertad,* 16-VIII-1932, cit. en *El eco de los pasos,* p. 148.
[96] "Cien mil trabajadores asistieron ayer al mitin organizado por la CRT para manifestar la posición de la CNT", *Solidaridad Obrera,* 16-IX-1932.
[97] *Ibidem.*

débil, ya que desde el sindicalismo revolucionario, solución de todos los problemas, "arma universal", seguía proponiendo "organizar la economía sobre la base del comunismo libertario" y actuar "en ausencia del Estado y contra el Estado", oponiendo "una coacción constante" de la CNT a la política republicana[98]. El lamento por no haber influido en el 31 sobre la fase constituyente de la República debilitaba aun más su posición, lo que hizo posible la inmediata acusación de Federico Urales: Peiró desconocía "las ideas que sustentan la C.N. del T." y además "nada hicieron Peiró y los que como él piensan para impedir las deportaciones"[99]. Era un treintista más. Finalmente el secretario del Comité Regional, Antonio G. Gilabert, cortó toda veleidad de reconciliación y de presencia de Peiró en el diario, a la vista de su "obcecación y maldad"[100].

No era momento de reflexionar, sino de militarizar, como proponía Durruti. Es justamente lo que va a tener lugar en los meses que preceden al levantamiento del 8 de enero de 1933, una vez resuelto el pleito interno con la expulsión de la Federación Local de Sabadell, el 10 de octubre[101], a la que seguirá una campaña de depuración, culminada con la exclusión de Ángel Pestaña[102]. Una vez adquirido el control de la Regional Catalana, la FAI puede negar la acusación de tutor de la CNT y expresar su satisfacción: la trabazón es olvidada, les basta con asistir a los congresos confederales a título informativo. Eso sí, "es preciso que los trabajadores todos depositen la máxima confianza en nosotros, como viene sucediendo en gran parte"[103]. El 20 de septiembre, una redada policial detiene a buen número de anarquistas, entre ellos García Oliver, en el local del Fabril y Textil; a su lado se encuentran personajes conocidos como revolucionarios y atracadores, como Dionisio Eroles, *el Nano*, que acababa de ser juzgado por un atraco y luego en la guerra civil destacará como personaje siniestro del terror desde las "patrullas de control"[104]. La puesta en marcha de los preparativos insurreccionales se vio favorecida por el anuncio a primeros de diciembre ante el Pleno de Regionales, reunido en Madrid, de una futura huelga general por reivindicaciones económicas por parte de la Federación Nacional de la Industria Ferroviaria (FNIF), para lo cual solicitaba ayuda de la CNT. Aun cuando no controlase suficientemente el sector, siendo claramente minoritaria la FNIF respecto de la UGT, su declaración hubiese favorecido en gran manera los propósitos de paralizar el país. La huelga había de ser notificada el 20 de diciembre a las Compañías ferroviarias.

Entre tanto, la prensa confederal anunciaba la próxima revolución a bombo y platillo: "Somos enemigos vuestros —anunciaba a fines de noviembre el órgano diario de la CNT—. ¡Defendeos burgueses! Nunca fuimos tan de temer. Si no nos aplastáis, seremos nosotros los que os aplastaremos"[105]. Un mes más

---

[98] Juan Peiró, "Misión del sindicalismo revolucionario", *Solidaridad Obrera*, 1-IX-1932.
[99] Federico Urales, "Entre amigos. Orientando a J. Peiró", *Solidaridad Obrera*, 4-IX-1932.
[100] A.G.G., "Cada cosa en su lugar", *Solidaridad Obrera*, 29-IX-1932.
[101] C.R. del T. de Cataluña, "A todos los trabajadores de la Región", *Solidaridad Obrera*, 12-X-1932.
[102] Sobre las expulsiones de treintistas, ver Eulàlia Vega, *El trentisme a Catalunya*, pp. 168-169.
[103] FAI: "A todos los Comités regionales...", *Solidaridad Obrera*, 19-X-1932.
[104] *La Vanguardia*, 22-IX-1932, *Solidaridad Obrera*, 9-X-1932.
[105] "Caminos de dictadura y rutas de revolución", *CNT*, 26-XI-1932.

tarde, bajo el título de "La revolución en marcha", la amenaza se concretaba, ya que a pesar de incrementarse las medidas represivas, "es tarde para impedir la llegada de lo que está en marcha"[106]. Se acerca "lo inevitable": "pronto entraremos en una era de vida más racional y más justa"[107]. Era "la revolución social que se nos viene encima". Incluso es anunciada la vinculación entre esa revolución preparada "a la luz del día" y los resultados que cabe esperar de la declaración de huelga de la FNIF, con titulares bien expresivos: "La huelga ferroviaria acordada pondrá fin a una época de inmoralidades y vergüenzas"[108]. Daba la impresión de que alguien en el periódico se esmeraba en avisar al gobierno de la insurrección inminente, so pretexto de preparar el ánimo de los militantes. "Hoy más que nunca pensamos en nuestra revolución", había anunciado el Comité Nacional[109].

Muy pronto, sin embargo, el Comité Nacional de la CNT, en reunión de 16 de diciembre, pudo percibir que disminuía la voluntad de la FNIF por declarar la huelga y que los ferroviarios de la UGT no la secundarían. Ahora era el Comité Nacional quien presionaba sobre la FNIF por la huelga ferroviario, mientras el gobierno se disponía a declarar el estado de sitio en caso de que la misma fuese declarada. Sobre esta base, "el C.N. informaba a las Regionales, mediante una carta fechada el 29 de diciembre, que en el caso de que una Región cualquiera izase la bandera de la rebelión, las demás Regiones deberían entrar en liza y sublevarse"[110].

El puntual cronista que es Alexander Schapiro, enviado de la AIT, al elaborar su informe sobre los hechos, aporta datos suficientes para fijar las responsabilidades de que el movimiento se desencadenara cuando ya su soporte material, la huelga ferroviaria, no iba a tener efecto. A última hora, los ferroviarios decidieron presentar la notificación de huelga para el 9 de enero, el Comité Nacional, al borde ya de la insurrección, les pide que la adelanten, y al no lograrlo, propone que los Comités de Defensa sean quienes se detengan. "A pesar de esta advertencia, el Comité Regional de Defensa [léase García Oliver] notifica al secretario del CN de la CNT que la revolución será desencadenada el domingo 8 de enero a las 8 de la tarde. El Secretario del CN de la CNT *que era al mismo tiempo secretario del CN de Defensa*, le declara que en tanto que representante de la CNT se oponía al movimiento así precipitado, pero que en tanto que militante y anarquista, estaba de corazón con ellos"[111]. Así que como secretario del CN de Defensa, pero siéndolo del CN de la CNT, aplicando la circular de 29 de diciembre, cursó a las Regionales la orden de sublevarse. La confusión fue aun mayor en otros casos, como en el de la Regional de Levante, que recibió una comunicación el día 8 firmada por la FAI, a una dirección

---

[106] "La revolución en marcha", *CNT*, 24-XII-1932.
[107] "Lo inevitable", *CNT*, 28-XII-1932.
[108] *CNT*, 7-XII-1932.
[109] "Ni con monárquicos ni republicanos, hacia la revolución social", *CNT*, 2-XII-1932.
[110] *Informe Schapiro*, p. 470.
[111] *Ibidem*, p. 471.

en principio conocida solo por el Secretario general de la CNT, por lo cual tomó a este como remitente y procedió a disponer la movilización insurreccional[112].

El aparente caos no era tal, sino un resultado de que, por una parte, ya que no en la forma, el principio de la trabazón se había afirmado plenamente, por lo menos en Cataluña, ocupando los anarquistas de la FAI los puestos claves en los Comités, y *last but not least,* una vez consolidada esta fusión, una segunda, la de la organización armada con los comités superiores de la Confederación, proporcionaba a aquella una capacidad de decisión por encima de cualquier órgano deliberante, incluso de composición anarquista. El "desdoblamiento de personalidad" de Manuel Rivas, secretario del Comité Nacional de la CNT y del CN de los Cuadros de Defensa, no fue fruto de la casualidad, sino el resultado de la hegemonía absoluta alcanzada por el trío García Oliver-Durruti-Ascaso sobre el conjunto de las organizaciones. Los "tres mosqueteros" podían ser las figuras de proa de la FAI, pertenecer y ejercer un protagonismo en los respectivos sindicatos, pero ya era excesivo que presidieran el Comité Nacional de la CNT. Para ello contaba García Oliver con Manuel Rivas, a quien vimos entre "los Indomables", que será su secretario cuando ejerza como ministro de Justicia durante la guerra civil. El dilema declarado por él entre su oposición al levantamiento como líder confederal y su adhesión al mismo en tanto que anarquista, refleja simplemente el funcionamiento de una ley de sustitución en cuyo marco la dirección de la CNT es suplantada en una decisión trascendental por la organización de cuadros, es decir por nuestros "reyes de la pistola obrera" que la controlaban a través del Comité regional catalán, el único que contaba, en Barcelona.

Para una instrumentalización a fondo de la CNT, resultaba muy útil que el Comité Nacional de Cuadros tuviera a su frente a Rivas, pues al carecer de competencias por encima del CR de Cuadros catalán, se situaba al mismo nivel que la dirección de la CNT, y así, llegado el caso, resultaba posible dar lugar a una confusión de fachada, lanzando a las Regionales a la insurrección por encima de cualquier limitación orgánica. De paso quedaba probado que la FAI era la máscara y la organización de Cuadros el centro de decisión. En vísperas de la misma, el Regional de Cuadros, esto es, García Oliver, había insistido ante el Comité Nacional para que a toda costa decretase la sublevación "pues era demasiado tarde para dar marcha atrás". A pesar de ello, el Comité Nacional decidió el aplazamiento, en espera de la huelga ferroviaria. Como sabemos, de nada valió.

La insurrección tendría así dos ámbitos: Barcelona como epicentro, con los cuadros de defensa en calidad de fuerza insurreccional, y las Regionales que atendieran a la falsa directriz del Comité Nacional de la CNT, otros tantos focos de sublevación que según las erróneas previsiones de García Oliver y Durruti, llevarían a la proclamación generalizada del comunismo libertario. La or-

---

[112] *Ibidem*, pp. 471-472.

[113] "Abel Paz" (Diego Camacho), *Durruti. Le Peuple en armes*, Paris, 1972, p. 192.

ganización del levantamiento en Barcelona refleja sin lugar a dudas donde reside y quien ejerce el poder insurreccional. A efectos de poner en marcha la sublevación, la capital catalana fue dividida en tres sectores, los cuales quedarían al mando de García Oliver, Durruti y Francisco Ascaso respectivamente, por si hubiera duda alguna acerca de donde residía el centro de poder[113]. La atención a la conquista de los centros neurálgicos del poder militar y de la vida ciudadana responde a la calificación que sería utilizada, singularmente para García Oliver, de "anarco-bolchevismo". El asalto a cuarteles hubiera debido proporcionar armamento, con el que atacar a la jefatura de policía, teléfonos, telégrafos, hasta ocupar la estación de radio del Tibidabo. El hecho es que la policía estaba preparada, depósitos de armas habían sido incautados y el propio García Oliver fue detenido en uno de los taxis, cargados de granadas, que la policía interceptó[114]. La lucha se desencadenó a las ocho de la mañana del día 8 y a las doce estaba terminada. A pesar de la incidencia lograda con la conquista temporal de varios pueblos en Valencia y en Andalucía, singularmente en la provincia de Cádiz, la insurrección había sido un espectacular fracaso.

La mejor prueba fue la declaración emitida el 10 de enero por el Comité Nacional, desvinculándose abiertamente de lo sucedido: "los referidos acontecimientos han sido de pura significación anarquista, sin que para nada haya intervenido en ellos el organismo confederal"[115]. Todos los órganos institucionales y de opinión intervinieron en el mismo sentido: "esta revolución no es la nuestra", explicaba el diario *CNT,* el 9 de enero. "Nadie puede sospechar, porque sería ridículo y aventurado, que la Confederación Nacional del Trabajo haya intervenido en este movimiento", confirmaba el Comité Regional de Cataluña[116]. "La organización confederal no ha lanzado ninguna consigna de paro", hacía eco la Federación Local[117]. Únicamente *Solidaridad Obrera,* el día 10, era más ambigua: "Nosotros no podemos condenar el movimiento del domingo; no podemos, por otra parte, aceptarlo como un acto de la Confederación Nacional del Trabajo, por cuanto ella es ajena a los sucesos". "Estas luchas cruentas, como la del domingo, en las que no puede ir a demostrarse más que un valor personal y una generosidad que lleve al sacrificio, no son nuestra revolución. Nuestra revolución, la revolución, se hará"[118]. En el manifiesto de la Regional, algo dejaba entrever el subtítulo: "El movimiento revolucionario del domingo". El desdoblamiento de personalidad de Manuel Rivas, en silencio tanto entonces como en 1936, seguía siendo útil a la hora de negar toda responsabilidad confederal.

El número y la entidad de los pueblos sublevados fueron muy escasos. En Valencia, Ribarroja, Bétera, Pedralba y Bugarra. En Andalucía, "hechos" en Ar-

---

[114] *La Vanguardia,* 10-I-1933.

[115] "La Confederación Nacional del Trabajo, ante los acontecimientos ocurridos estos días", *Solidaridad Obera,* 10-I-1933.

[116] "La Confederación Regional del Trabajo de Cataluña, a la opinión pública y a la clase trabajadora", *Solidaridad Obrera,* 10-I-1933.

[117] "La Confederación Regional del Trabajo de Cataluña, a la opinión pública y a la clase trabajadora", *Solidaridad Obrera,* 10-I-1933.

[118] *Informe Schapiro,* pp. 472-473.

cos de la Frontera, Utrera, Málaga, La Rinconada, Sanlucar, Cádiz, Alcalá de los Gazules, Medina Sidonia y Casas Viejas. En Rioja, Arnedo. José Peirats describió en su libro clásico la dinámica insurreccional para Levante. De entrada, a la hora prevista, los militantes comprometidos desarman a la gente de orden, toman las armas e incitan al pueblo a la revuelta. "El pueblo, amedrentado, permanece neutral". El alcalde entrega las llaves del Ayuntamiento, desde cuyo balcón los anarquistas proclaman el Comunismo libertario, izan la bandera rojinegra, "declaran suprimidas la moneda, la propiedad privada y la explotación del hombre por el hombre". Asimismo intiman a la Guardia Civil a rendirse; si no accede, atacan el cuartel, hasta que llegan al pueblo unidades de la fuerza pública que restauran el orden, con más o menos resistencia, e inician la persecución de los rebeldes[119]. Balance revolucionario a escala nacional: nulo.

El conocimiento de los sucesos de Casas Viejas, así como de otros actos de violencia represiva, provocó un giro copernicano en la actitud de los órganos confederales de gobierno y de prensa. Al tener las primeras noticias de la tragedia, *Solidaridad Obrera* titula ya que "el movimiento revolucionario no ha sido aun sofocado"[120]. El 15 de enero, un nuevo manifiesto del Comité Nacional explica lo sucedido en términos de respuesta inevitable del pueblo ante la persecución que el gobierno llevaba a cabo contra la CNT y los trabajadores. "Nadie más contrario a la violencia que los anarquistas —advierte—; empero, ¿cómo combatir la violencia organizada de los de arriba?[121]. Entre tanto, se intensifican las protestas contra la represión, que suponía la clausura de los sindicatos de Barcelona. En este clima, el intento "treintista" de exigir responsabilidades a la dirección confederal, realizado por el Sindicato de la Metalurgia de Manresa con un manifiesto, iba a ser inmediatamente rechazado, y el texto no llegó a ver la luz en *la Soli* [122]. Conforme iban descubriéndose los perfiles de la tragedia, la protesta lógicamente crecía. El 15 de febrero los titulares eran "El crimen brutal de Casas Viejas". En el mismo número, Pío Baroja dejaba clara su opinión sobre lo sucedido: "una monstruosidad"[123]. Al día siguiente el Comité Nacional anunciaba una campaña nacional que culminaría con una huelga general de protesta de 48 horas.

El 10 de febrero, la FAI asume por fin "que nos hacemos responsables de cuanto ha ocurrido en los días 8 y siguientes como violenta protesta contra las demasías y arbitrariedades"[124]. Un texto cargado de cinismo, porque el verdadero objetivo, la revolución social, es del todo olvidado, y sobre todo lleva fecha posterior en un mes a un mes lo sucedido. Casas Viejas hacía presentable la intentona.

---

[119] *La CNT en la revolución española*, I, pp. 68-69.

[120] *Solidaridad Obrera*, 13-I-1933.

[121] "La Confederación Nacional del Trabajo a la opinión española", 15-I-1933.

[122] "Carta abierta a los sindicatos de la CNT y en particular los de la Regional catalana", *Solidaridad Obrera*, 29-I-1933.

[123] "Una conversación con Pío Baroja", *Solidaridad Obrera*, 15-II-1933

[124] *Solidaridad Obrera*, 10-II-1933; *CNT*, 11-II-1933.

De este modo, la insurrección de enero de 1933, con la matanza de Casas Viejas, marca el paso definitivo en la declaración de guerra anarquista a la República y al "treintismo" La primera página de *El Luchador*, de 27 de enero de 1933, se encuentra presidida por el artículo de fondo, "Casas Viejas", firmado por Federica Montseny. Es un canto al ímpetu revolucionario de Juan Seisdedos, el héroe y mártir, y una condena implacable del comportamiento criminal de la fuerza pública, a las órdenes "de un Gobierno que se llama democrático". Como después de los sucesos de Fígols, un año atrás, Federica Montseny insiste en el significado redentor de la sangre: "Nada es tan fecundo como la sangre. Nada ha triunfado sin la base dolorosa y cruenta de las víctimas. En el edificio de las sociedades, la argamasa se hace con líquido de las humanas venas y los cimientos se levantan sobre centenares, sobre miles de cadáveres. Pero así triunfan todas las ideas"[125]. Envuelto de nuevo en la versión libertaria del ¡viva la Muerte!, el esquema bakuniniano confirmaba su validez, con el pueblo español "sediento de libertad y de justicia" rebelándose contra la opresión para dar vida al "mundo que hemos concebido y que construimos con nuestra sangre los anarquistas".

De acuerdo con esa visión, no importa una derrota como la registrada en las insurrecciones de enero, ya que se trata de otros tantos ensayos destinados a multiplicar cada uno en el siguiente la fuerza redentora. En el siguiente artículo, Federica se centra en la exaltación de esa onda expansiva:

> "¡Pueblos que proclamaron el comunismo libertario! No son ya solo los del Alto Llobregat, los de la ribera del Cinca; aquel puñado de pueblos un buen día levantados. Son ahora un centenar de pueblos sobre las armas; durante unas horas dueños de si mismos; después de esas horas de libertad entrevista, masacrados, diezmados, de nuevo sometidos, aunque no vencidos"[126].

"Pueblos que proclaman el comunismo libertario", exclama, "nos dais la pauta a seguir"[127]. El coste humano no importa, de acuerdo con esa idea de que la sangre es el riego fecundo de la revolución. El trágico fracaso tampoco, ya que es un signo de que "un león en reposo", el pueblo, el proletariado, se ha despertado y acabará venciendo. "Esta es la enorme fuerza, el triunfo moral y material de esta movimiento aparentemente perdido", pero de "incalculable potencia irradiadora", concluye[128]. A efectos de impulsarla, la familia Montseny publicó un volumen de reportajes sobre el levantamiento de enero, con el título de *España 1933. La barbarie gubernamental*. La denuncia de "las horroro-

---

[125] *El Luchador*, nº 95, 27-I-1933.
[126] Federica Montseny, "Pueblos que proclaman el comunismo libertario", *El Luchador*, nº 96, 3-II-1933.
[127] *Ibidem*.
[128] *Ibidem*.

sas brutalidades cometidas por algunas autoridades españolas" se convertía en el mejor apoyo de las expectativas revolucionarias. "El fascismo no viene; está ya en el poder", proclamaba Federica Montseny coincidiendo con la aparición de los primeros grupos fascistas en España[129].

La otra cara de la moneda es la condena de la labor anti-insurreccional de los Treinta, ahora ocupados en impulsar la Federación Sindicalista Libertaria, a modo de tardía barrera opuesta al predominio faísta. Pero en sus declaraciones a *El Sol,* Ángel Pestaña deja ver con claridad que sus posiciones han mermado de forma sustancial: les quedan Sabadell, Mataró, Manresa, Valls, parte de la provincia de Tarragona y Levante, Galicia, San Sebastián. Pestaña habla de que "unos grupos de criminales armados, al mando de profesionales del asesinato y de la hecatombe", esto es, la FAI, con "no más de trescientos hombres armados tienen secuestrada por el terror a la mayoría de las masas sindicalistas de Barcelona y Cataluña". La convivencia de sindicalistas y faístas dominantes en el seno de la CNT se hacía imposible. A fines de marzo, una vez reiterada la posición sindicalista en un manifiesto hecho público por la Federación Local de Manresa, es sometida a debate la posición de Sabadell, siendo confirmada la expulsión. El domingo se consuma la fractura, con los sindicatos de Manresa abandonando la sala ante las manifestaciones de un miembro del Regional ese mismo día en un mitin celebrado en la localidad. La resolución definitiva del problema treintista en Cataluña no impide que las acusaciones sigan, como cuando el 28 de mayo, semanas después de la huelga general convocada por la CNT-FAI el 9 de mayo, los faístas intentan boicotear un mitin treintista en Valencia. Federica dictamina: es "el fascismo sindicalista". "La persistencia en llevar a la CNT de catástrofe en catástrofe, juzga por su parte Peiró, comentando otro despropósito, culminó en el fracasado movimiento de mayo [la huelga de protesta de 48 horas]"[130]. Como respuesta, tanto *la Soli* como *CNT,* y las declaraciones oficiales de los comités, tanto de la CNT como de la FAI insistirán una y otra vez en responsabilizarles en primer plano de la represión como "judas" o "traidores y renegados".

A mediados de 1933, el discurso anarquista había recompuesto sus piezas, presentando los acontecimientos de enero como un ejemplo afortunado de experimentación libertaria:

> "En una veintena de pueblos se ha proclamado el Comunismo Libertario durante más o menos tiempo. En ese corto espacio de vida libre, se han realizado en principio todas nuestras previsiones. Sin violencias, sin desequilibrios, se ha organizado espontáneamente la producción, el consumo y, en fin, la vida en general (...) Esa breve experiencia realizada ha colmado nuestras esperanzas y ha demostrado la practicabilidad de los ideales que sustentamos"[131].

---

[129] Federica Montseny, «En plena anticipación del fascismo», EL, nº 104, 31-III-1933.
[130] Joan Peiró, *Escrits,* p. 439.
[131] Federación Anarquista Ibérica, "Al pueblo", *CNT,* 4-VII-1933.

En contra de tales ilusiones, el levantamiento de 8 de enero de 1933 había sido técnicamente un desastre, tanto en su planteamiento como en su ejecución. Aun cuando todas las Regionales se movilizaran en una sublevación, el enorme desorden causado no garantizaba la victoria, habida cuenta de los vacíos de implantación de la CNT en el mapa español, y menos si la implicación era solo parcial y sobre consignas confusas. La tragedia de Casas Viejas fue lo que salvó a los promotores del episodio, quienes por lo demás contaban con su cantinela de que los fracasos no eran tales, ya que suponían otros tantos ensayos o experimentos de cara al asalto definitivo. Así que a excepción de los anarcosindicalistas asturianos, presentes aun en la CNT, pero decididos a seguir su propia vía de alianzas revolucionarias con otras organizaciones, enero de 1933 fue solo un alto en el camino, a partir del cual, una vez recuperadas las fuerzas, había que reemprender la vía insurreccional.

b) Durruti: el último intento

El desgaste de la Confederación había sido enorme. Tres regionales singularmente afectadas por la derrota —Cataluña, Levante y Andalucía, sobre todo Cádiz—, sindicatos clausurados y militantes en prisión. La suerte de los tres principales dirigentes fue una muestra de ello: García Oliver inmediatamente detenido, Durruti y Francisco Ascaso encarcelados en abril. La mayoría del grupo "Nosotros" se encontraban en la cárcel: García Oliver, Jover, "Valencia", Ortiz, desde la primera oleada; Ascaso, Durruti y Aurelio Fernández, más tarde. Las detenciones habían sido masivas. Peiró evaluará en un 80% el porcentaje de obreros que habían abandonado el Sindicato de la Industria Fabril y Textil, "baluarte de la FAI" y centro de operaciones de García Oliver[132]. De ahí que si bien la legitimación de un nuevo ensayo revolucionario era mayor que nunca, los recursos faltaban. Ello explica que a pesar del eco logrado por el crimen de Casas Viejas, la campaña nacional prevista el 16 de enero tuviese como desenlace previsto una huelga general de simple protesta. A fines de febrero, la Federación Local de Barcelona declaró abiertamente en un mitin su "solidaridad", ya que no la responsabilidad, de "los pasados sucesos del 8 de enero"[133].

Si 1932 había sido el año de los deportados a Villa Cisneros, 1933 lo será de los encarcelados, designados habitualmente como "los nueve mil presos", objeto de todo tipo de campañas dentro de las restringidas posibilidades de reunión y de expresión. Hasta el 22 de septiembre no puede celebrar el gran mitin pro-presos en la Monumental y cuatro días más tarde Durruti y Ascaso protestan por la aplicación de la ley de Vagos. La proximidad de las elecciones generales favorecerá las salidas de la cárcel y la reapertura de sindicatos. Una hábil defensa en el proceso, apoyada en alguna rocambolesca maniobra y en la ya tradicional oscilación pendular de la justicia republicana respecto del anar-

[132] Joan Peiró, *Escrits*, p. 440.
[133] *Solidaridad Obrera*, 28-II-1933.

quismo revolucionario, hicieron que para octubre de 1933 nuestro grupo dirigente estuviera de nuevo en libertad y en disposición por consiguiente de planificar una nueva ofensiva[134]. Es la ocasión para que Durruti tome el relevo. Si la intentona del 8 de enero había respondido al criterio de García Oliver, consistente en practicar a toda costa la "gimnasia revolucionaria", ahora el de Durruti, inspirador de la insurrección del 8 de diciembre, consistía en el deber moral de responder al triunfo de la derecha en las elecciones, contando con la fe en el contagio revolucionario. A su juicio, el pueblo siempre estaba dispuesto a acometer la revolución; la debilidad de la mayoría de las Regionales, empezando por Cataluña, no importaba. "España camina directamente hacia la Anarquía", proclamará A. G. Gilabert, dirigente de la FAI, el mismo día en que tiene lugar la nueva insurrección preparada desde Zaragoza[135]. Al culminar la campaña antipolítica, ante las elecciones generales de noviembre de 1933, *CNT* presenta la imagen de un trabajador que salta sobre la urna, "el puchero electoral", para aplastarlo. A su lado, un Manifiesto del Comité Nacional explica que las elecciones no importan, ni siquiera el éxito previsible de la derecha, pues es lo mismo "el fascio blanco o rojo". Hay que estar listos para el golpe decisivo: "cerremos nuestras filas y estemos prestos a saltar cuando el organismo confederal lo diga" "y vayamos a la anulación de todo Estado para implantar el régimen de amor y libertad que es el Comunismo Libertario"[136].

Es así como Buenaventura Durruti anuncia la próxima revolución en dos mítines anti-electorales celebrados en noviembre en Barcelona, uno por la CNT y otro por la FAI, siempre como orador principal. En el primer discurso, advierte a los periodistas de que no toquen el tema de los presos confederales y se dirige contra los universitarios, apuntando la exigencia del castigo necesario a infligir a la República: "La República tiene una deuda de sangre con el pueblo y todos son responsables"[137]. Al hablar en nombre de la FAI, los rasgos del proyecto revolucionario cobran forma y dejan ver la carga de ilusiones que le rodea. También la intensa violencia que subyace a su discurso, cuando trata de tomar distancia de los atracos y advierte que "la FAI practica el atraco colectivo, expresión de la revolución expropiadora", o explica que "el momento político y social de España es de suma gravedad; todo el mundo espera con el arma en la mano". Durruti era un anarquista y un pistolero, cargado de buena conciencia revolucionaria. Piensa que "las multitudes" le acompañarán en la revolución, y que ésta es un deber moral: "si en un momento la revolución nos reclama, como un solo hombre debemos responder". Consecuencia: "Vamos a la revolución"[138].

El tema fue discutido en el interior del grupo "Nosotros" y todos sus componentes, salvo Durruti, según García Oliver, se mostraron contrarios a la rein-

---

[134] *Durruti*, p. 199 y ss.
[135] A.G. Gilabert, "España, hacia la Anarquía", *CNT*, 8-XII-1933.
[136] *CNT*, 28-XI-1933.
[137] "La CNT en la entraña del pueblo", *Solidaridad Obrera*, 7-XI-1933.
[138] *Solidaridad Obrera*, 17-XI-1933.

cidencia, lo cual de nada sirvió[139]. El Pleno Nacional había decidido contrarrestar el seguro acceso de las derechas al poder, designando al propio Durruti y a otro hombre de acción, Cipriano Mera, para integrar un Comité Nacional Revolucionario, del cual formó parte el médico y propagandista Isaac Puente.

En el plan esbozado por Durruti, resultaba ya evidente que de verdad solo se contaba con la insurrección aragonesa, ya que la Regional de Aragón, Rioja y Navarra era la única con plenitud de efectivos, y donde se manifestaba aun el entusiasmo revolucionario. Al resto se le encomendaba una labor de agitación mediante huelgas y sabotajes, en espera de que la llama del incendio revolucionario se difundiese. A Zaragoza se había trasladado la sede del Comité Nacional en octubre. Una vez desencadenado, y aunque los ecos duraron una semana, y lograron una sorprendente intensidad en puntos como Logroño, la derrota fue total. "El movimiento que llevaron a cabo fue de escasa importancia y de nulos resultados —resume García Oliver en tono sarcástico—. El Comité, que se condujo a la antigüita, dando órdenes desde el sótano de una casa, fue finalmente detenido, pasando sus componentes a la cárcel de Zaragoza sin pena ni gloria"[140]. El coste humano, sin embargo, fue alto, especialmente en Aragón y en la Rioja, y la historiografía le otorga un alcance muy superior. En el cinturón de Barcelona, abundaron los tiroteos, se alzaron barricadas y fue ocupada una tenencia de alcaldía, con los habituales vivas a la FAI y al comunismo libertario[141]. En Zaragoza, reseña J. Casanova, "los incidentes continuaron hasta el 14 de marzo", intentándose en varios pueblos la proclamación del comunismo libertario: Belver, Albalate de Cinca, Beceite, Valderrobles, Mas de las Matas (con detención de guardias civiles y concejales, sacerdotes, secretario de Ayuntamiento y propietarios, proclamando el comunismo libertario no sin antes quemar los archivos, nombrando un comité administrativo, más abolición de moneda y propósito de organizar la producción, cuando llegaron cien guardías civiles). En Mas solo se registraron cien detenciones. Hubo brotes insurreccionales "en puntos aislados de Extremadura, Andalucía y la zona minera de León"[142]. Según una estimación no contrastada, hubo ochenta y siete muertos, setecientos condenados y unos seis mil detenidos[143]. A pesar de ello, en mayo de 1934 Buenaventura Durruti se encontraba ya en libertad.

El insurreccionalismo había agotado su crédito, aunque no su capacidad de control sobre organizaciones y mentalidades. Lo prueba el fracaso transitorio de sustituirlo por otra vía, la de la alianza entre distintas fuerzas revolucionarias para derribar el gobierno de centro-derecha y abrir paso al socialismo. Los "treintistas" la eligieron, no sin recelo, y desde su firma en el pacto de Alianza Obrera de 28 de marzo de 1934, la Regional Asturiana sellará así su oposición a la línea anarquista revolucionaria que desde 1931 había presionado has-

[139] *El eco de los pasos*, p. 135.
[140] *El eco de los pasos*, p. 135.
[141] *La Vanguardia*, 10-XII-1933.
[142] Ver Julián Casanova, *De la calle al frente*, pp. 118-122.
[143] *Durruti*, p. 291 nº 64.

ta lograr apropiarse de la Confederación. La iniciativa llegó de un intelectual anarquista, situado desde los años 20 al margen de las guerras internas, Valeriano Orobón Fernández, quien el 4 de febrero de 1934 publicó un extenso artículo en *La Tierra,* el diario filo-anarquista de Madrid. Partía de considerar el "profundo cambio en el panorama social de España", observable en el conjunto de las organizaciones de clase y en sus bases sociales, las socialistas en primer término, frente a la democracia republicana y por la revolución social. A su juicio, la CNT no podía permanecer al margen de ese proceso que debiera forjar "el bloque granítico de las fuerzas obreras", por medio de una alianza revolucionaria en que los participantes renunciaran a toda lógica partidista. El objetivo no es ya, obviamente, el comunismo libertario, sino una "democracia obrera revolucionaria", al modo de la formación de consejos obreros en Baviera, en 1919, en que todos participasen. La experiencia sería acorde con el papel asignado por Bakunin a la violencia revolucionaria[144].

La vocación unitaria no estaba aun suficientemente difundida, ni siquiera limitándose al plano sindical, según puso de relieve el acuerdo del Pleno de Regionales de febrero, con posiciones enfrentadas del antialiancismo de Cataluña y de la opción asturiana por la Alianza. Bajo la apariencia de ceder ante la perspectiva de unidad, la resolución la hacía imposible, no solo por consistir en un "emplazamiento a la UGT" para que manifestase "clara y públicamente cuáles son sus aspiraciones revolucionarias", sino por exigir que el objetivo de la unidad de acción fuera "la supresión total del capitalismo y del Estado"[145]. Es decir, la UGT debía constituirse en instrumento de la revolución anarquista.

Tal posición se ratifica en un nuevo Pleno Nacional de 23 de junio, donde es condenado el pacto de Alianza Obrera suscrito por la Regional Asturiana en marzo. Salvo en el Principado, la CNT se mantendría al margen de la insurrección revolucionaria de 6 de octubre de 1934. Solo en algunas poblaciones industriales, como Badalona, Tarrasa, San Cugat del Vallés y Granollers, las crónicas hablan de participación activa "de la FAI", casi siempre cuando las fuerzas catalanistas hubieron decaído en su empeño. Los verdaderos protagonistas en la provincia habrían sido los miembros de la Alianza Obrera, de la que formaban parte los treintistas. El éxito transitorio del movimiento en Sabadell sería una muestra[146]. El final de la historia no fue muy brillante, cuando el 8 de octubre un representante de la CNT, con la autorización del general Batet, utiliza los micrófonos de Capitanía para emitir un mensaje de vuelta al trabajo[147]. En ese momento un hombre de la FAI, Ascaso, desempeñaba la secretaría del Comité Regional. Para el discurso oficial, todo esto importó poco. La CNT-FAI hacía siempre lo que tenía que hacer: "Estamos donde estábamos ayer. Nada

---

[144] Valeriano Orobón Fernández, "Alianza revolucionaria, ¡sí!, oportunismo de bandería, ¡no!", *La Tierra*, 4-II-1934.

[145] Cit. por José Peirats, *La CNT en la revolución española*, t. 1, p. 89.

[146] J. Costa i Deu y Modest Sabaté, *La veritat del 6 d'octubre*, Barcelona, 1936, pp. 25-26, 81 y 105-124.

[147] Manuel Cruells, *El 6 d'octubre a Catalunya*, Barcelona, 1970, p. 196.

aconseja cambiar los ideales antiestatales de la CNT, ni modificar sus tácticas de lucha"[148].

4.4. El "comunismo libertario"

a) De la utopía como finalidad...

Las expectativas revolucionarias del primer bienio republicano se encuentran asociadas al florecimiento de una literatura utópica, consistente en pequeños folletos donde se describe el funcionamiento idílico de la sociedad libertaria. Cabe pensar que la novedad surge de la exigencia de competir con el enorme éxito que la imagen de la URSS obtiene en la mentalidad de la izquierda revolucionaria. No es irrelevante que el primer diseño de la sociedad posrevolucionaria de signo anarcosindicalista surgiera en el Congreso de la Comedia, de 1919, en la forma de documento secreto distribuido a los delegados[149]. Para el proletariado sometido a la crisis económica de los años 30, y sirviéndose de un aparato perfecto de propaganda, la URSS, en tanto que "patria del socialismo", ofrecía un modelo aparentemente perfecto de una sociedad donde el proletariado había logrado su emancipación y construía incesantemente la felicidad de sus miembros mirando al futuro.

La propaganda comunista había logrado construir un relato sumamente atractivo y eficaz sobre la construcción del socialismo en Rusia, cuya validez se mantendrá durante décadas. Así las cosas, no había otro remedio para los anarquistas que emularles, y a falta de una referencia material, recurrieron a las construcciones imaginarias, tanto más necesarias cuanto que para muchos la revolución ácrata era inminente. La pauta será dada una vez más por García Oliver. Era necesario mostrar, de acuerdo con su óptica de los caracteres nacionales, que la revolución en España sería algo muy distinto de la soviética: los anarquistas iban a probar las distancias geográficas y psicológicas existentes entre los dos países, "haciendo una revolución que no tenga ningún parecido con la rusa"[150]. En la misma línea, otro vocero de la FAI, Diego Abad de Santillán, proclamaba que una vez destruido "el mito de Rusia", surgía "para las huestes progresivas, para los esclavos insumisos del mundo, el símbolo español"[151]. Federico Urales estaba de acuerdo sobre este punto: "la revolución social española no puede tomar por modelo ninguna revolución extranjera", dado que "la historia española es la historia del motín perpetuo"[152].

El diseño del orden perfecto nacido de la revolución ácrata constituía un complemento indispensable de la fe de tantos anarquistas en una revolución que estaba al llegar. Servía también para salvar el obstáculo nada fútil que plantea-

---

[148] «La CNT y la política», *Solidaridad Obrera,* 13-I-1935.
[149] Original en Archives Nationales, París, F7-13.441.
[150] "La FAI ante el momento español", *La Tierra* 3-X-1931.
[151] Diego Abad de Santillán, "España en el mundo".
[152] Federico Urales, "El tipo de nuestra revolución", EL, nº 65, 1-IV-1932.

ba el cómo hacer dicha revolución. La atención se desviaba entonces hacia los rasgos que debía asumir el nuevo orden, de modo que la transferencia de preocupaciones operó con total éxito. "Hoy no hay tertulia, conversación o polémica que no tenga un rato para dedicarle al estudio de las posibilidades de implantación del comunismo libertario"[153]. La revolución vendría por si misma, su preparación había de ser meramente técnica —organización pre-insurreccional y propaganda—, por lo cual no cabe concesión alguna a la política, envuelta en la descripción detallada del ensueño posrevolucionario.

Lo explicará el más popular de los propagandistas, el médico Isaac Puente, en su respuesta a otro fabricante de pequeñas utopías, el ingeniero Antonio Martínez Rizo: "Me planteas una cuestión profesional en tales términos, que es sencillísima de resolver. Una embarazada, la sociedad capitalista estatal. Un feto viable (el Comunismo libertario). Síntomas de gravedad tales (agitación y hambre campesina, incremento del paro forzoso, impaciencia de los que sufren y de los que solo esperan la decisión de los demás, ya que para ellos no hay problema, etc.) que comprometen, no la vida de la madre, que en este caso no nos interesa, sino la más preciosa vida del feto. No tengo por qué dudar ante el parto prematuro (cuando el feto es viable, ya no se llama aborto)"[154]. Puente no contaba con la posibilidad de que el aborto se produjera y de que la madre, es decir, la colectividad revolucionaria, sufriese las consecuencias del fracaso.

Antes incluso de que fuera proclamada la República, las expectativas entonces difusas de revolución habían dado lugar a los primeros brotes de utopismo. Es así como en enero de 1931 la necesidad de reavivar el ideal se aprecia desde el primer número de la publicación de *El Luchador,* semanario con el cual la familia Urales intenta responder desde la óptica de la ortodoxia anarquista a los problemas de urgencia política que la *Revista Blanca* no cubre. Se trata por una parte de ejercer una crítica permanente sobre la actuación de los sindicalistas que controlan el Comité Nacional en vísperas de la República. Por otra, de recordar los principios libertarios que ahora cobran un nuevo sentido al acercarse la caída de la monarquía, con lo cual cabe esperar la inauguración de una coyuntura revolucionaria. La utopía servirá de aliciente para el paso a la acción.

Con esta intención redacta Federico Urales el editorial que abre el primer número. Una vez que consuma el desmantelamiento de todas las expectativas que pudieran ser abrigadas en la acción política y el Estado, Urales pasa a la descripción de un mundo feliz, sin poder, donde los hombres asociados se encargarían de todos los problemas sociales, en un marco que aun Urales denomina en francés, "la commune libre". Sin gobernantes ni administradores, propietarios ni trabajo individual, sin impuestos y en un régimen de abundancia. Nace para los anarquistas españoles de la Segunda República la utopía del comunalismo libertario:

"Ante el fracaso de todo Gobierno y de todo Estado, nuestra bandera

---

[153] José Villaverde, "Posibilidades para hacer realidad el comunismo libertario", *CNT,* 17-XI-1932.
[154] *Solidaridad Obrera,* 9-X-1933.

> es la *commune* libre, el municipio libre. El municipio libre y dueño de su término— Todos los habitantes del municipio dueños de su término. No reparto de tierras entre los campesinos ni de fábricas y talleres entre los obreros. Esto sería crear, es crear, nuevos propietarios, nuevos egoístas y eternizar la lucha por la vida.
>
> El municipio libre y dueño de todas las riquezas. No habrá de pagar impuestos de ninguna clase. Todos los municipios tendrán sobrados medios para cubrir sus gastos. Entre ellos no ha de haber más que cambios de productos según la abundancia de unos y según la escasez de otros. Para las conveniencias de carácter regional y nacional, pactos"[155].

En el Congreso del Conservatorio, el anarquista aragonés José Alberola volverá, en su intervención contraria a las Federaciones de Industria, sobre la urgencia de una revolución que diera lugar al nuevo orden social en torno a la comuna libre. Los términos son casi los mismos que en el editorial de Urales, con quien Alberola había coincidido durante el Congreso de la FAI en junio, firmando ambos conjuntamente una réplica al diario *El Sol*. A lo largo de 1931, el vademecum revolucionario se repite en la prensa libertaria, y especialmente en las páginas del semanario de la FAI, a partir de 4 de julio "órgano de la revolución social en España". Consistiría esta en la abolición de la propiedad privada y del Gobierno siguiendo la pauta de Bakunin, por medio de asociaciones libres de productores, que declararían la guerra y al patriotismo; reconstituirían la familia sobre la base del amor libre[156]. Van apareciendo las fórmulas de la insurrección: ésta había de partir de los municipios agrarios, puestos en pie de guerra por "un puñado de camaradas audaces o un pequeño sindicato rural", corriendo a cargo de los obreros de las ciudades declarar la huelga general con el objetivo de retener a la fuerza armada[157].

Los anarquistas de procedencia urbana insisten sobre la base rural de la revolución, siguiendo el patrón trazado en 1931 por Diego Abad de Santillán, regresado temporalmente de Argentina, y más tarde crítico radical del ruralismo y del mito de la espontaneidad revolucionaria. Pero ahora lo ve todo con la máxima sencillez: "Tiene España, además, una base revolucionaria superior, que es el municipio rural, expresión casi biológica de la comuna libre"[158]. Atendiendo a que la población española se concentra en pequeños municipios, la reorganización en sentido libertario "es de lo más sencillo que imaginarse pueda; su integración a la revolución se hace automáticamente con solo quebrantar el centralismo estatal, del cual los municipios no conocen más que las cargas[159]. Acabar con el estatismo equivale a liberación. En ningún momento se plantean estos propagandis-

---

[155] "El Luchador" a la opinión', *El Luchador,* nº 1, 9-I-1931.

[156] "Nuestro programa", *Tierra y Libertad,* nº 26, 15-VIII-1931.

[157] I. Puente, « Como debe ser nuestra Revolución", *Tierra y Libertad,* nº 60, 22-IV-1932.

[158] Diego Abad de Santillán, «Ante una revolución inevitable y ante un gran pueblo que va a romper sus cadenas», *Tierra y Libertad*, nº 25, 8-VIII-1931.

[159] *Ibidem*.

tas la posibilidad de que esos municipios rurales en su mayoría no se rebelen.

Para los más radicales, tampoco hacen falta previsiones concretas acerca del orden posrevolucionario. La supuesta proximidad de la revolución aconseja a Federico Urales intensificar su acción de propaganda comunalista, con la publicación de dos folletos sucesivos, *El ideal y la revolución*, anunciado como folleto en enero de 1933, y *Los municipios libres*. Desde un individualismo radical, niega toda construcción doctrinal anterior a la revolución, salvo para demoler los falsos sistemas de emancipación, como el soviético. La única solución es el comunismo anarquista, fruto de la acción directa, espontánea del pueblo, eliminando todo intermediario. "El comunismo anarquista le dice al pueblo: considera como el mayor de tus enemigos, como el mayor enemigo de la revolución social, al que te diga que necesitas directores, administradores"[160]. A diferencia de su correligionario Alberola, Urales no cree necesaria la cultura. El protagonista de la revolución corresponde al nivel cultural de trabajador entusiasta del ideal y escasamente alfabetizado que nos revela la correspondencia del archivo de *La Revista Blanca*[161]. "No solo no necesitas de la cultura —aconseja Urales al obrero—, ni de la sabiduría burguesas para implantar el comunismo libertario, sino que hemos de rechazarla por perniciosa; para establecer el comunismo anarquista, no necesitamos más que bondad y buena fe, y de bondad y buena fe disponemos más los pobres que los ricos"[162]. De ahí que no sean necesarios cálculos para los intercambios, y menos el dinero. Basta con "la necesidad de los municipios y la buena voluntad de los individuos"[163].

En el modelo de anarquismo expuesto por Urales, y siguiendo sus pasos por su hija Federica, se funden una visión antropológica optimista con la exaltación del marco rural como supuesto para la plena libertad y para la convivencia armónica. Coronando la imagen, el Municipio libre, sobre el cual no cabe autoridad alguna, ya que cualquier limitación a sus facultades equivaldría a coartar la soberanía de los individuos que lo componen. Lo explica en un editorial de 1934 *La Revista Blanca*:

> "El comunismo libertario es aquel comunismo que emancipa al individuo de la tiranía y de los gastos que representa el Estado (...) Lo principal en el comunismo libertario no es el Estado, es el individuo, que junto con otros individuos, fundan el Municipio y disfrutan en común de los bienes del término municipal. Y así como en el comunismo el Estado dispone de los bienes y de las personas que componen el país, en el comunismo libertario es el Municipio que dispone de si mismo y sobre el cual no existe voluntad superior alguna"[164].

---

[160] *El ideal y la revolución*, Barcelona, 1933, p. 22.
[161] Correspondencia conservada en Archivo de la Guerra Civil, PS-Barcelona, 831(2).
[162] *El ideal y la revolución*, p. 24.
[163] Federico Urales, "El funcionamiento de los municipios libres", EL, nº 51, 25-XII-1931.
[164] "¡Qué es el comunismo libertario!", *La Revista Blanca*, nº 262, 25-I-1934, p. 163.

No resulta preciso detenerse en su funcionamiento; incluso fijar la atención sobre este problema implica una desviación hacia el burocratismo: "¿Cómo funcionarán estos municipios? Ante todo, amor y solidaridad han de ser las bases fundamentales de la sociedad futura. Con amor humano y solidaridad no habrá dificultades ni poder que la destruyan..."[165]. Los acuerdos habrían de adoptarse públicamente en asamblea de toda la comunidad; para resolver las cuestiones de trabajo "se atenderán las indicaciones de los más viejos y de los que más hayan trabajado". Del universo anarquista quedan desterrados el burócrata y el teórico. La vida social ha de ser simplificada al máximo, de manera que sobren "los hombres indispensables, los hombres de mando, los burócratas"[166]. Solo los incapaces de realizar trabajo manual pueden ejercer el intelectual y cualquier preferencia en este sentido ha de ser penalizada con el destierro.

Urales cree posible el progreso técnico en el marco de una repoblación de los campos, de manera que la industrialización de los municipios rurales, "descongestionando" las grandes ciudades, supondría además el triunfo de la autarquía, según el principio de que cada uno es más libre si no depende de los demás: "está mejor que cada municipio se baste a si mismo y, si pudiera ser, que sobrase para ofrecerlo a los demás"[167]. Para cerrar el sueño, la aplicación de todos al trabajo había de permitir el descenso de la jornada hasta un máximo de tres o cuatro horas, destinándose el tiempo libre al "bien y recreo personal". El paraíso sobre la tierra.

La forma de la revolución responde al mismo patrón utópico aplicado a la descripción del orden social futuro. Cada municipio proclamará por su cuenta el comunismo libertario, sin esperar directriz alguna. La revolución "habrá de empezar en los pueblos, que es donde hay más esclavitud y más posibilidades de triunfo"[168]. Se proclamarán los municipios de utilidad general, renunciarán a todo sistema de cambio que no sea el trueque y acabarán con los parásitos y los dominadores. Urales admite que la reacción puede triunfar en las ciudades, debiendo entonces los obreros revolucionarios de la industria replegarse a los municipios rurales. El realismo solo entra en escena cuando afirma que cree inevitable el derramamiento de sangre. Son palabras publicadas después de Casas Viejas y que encajan a la perfección con la apología del martirio revolucionario que preside los escritos de Federica Montseny.

El pensamiento de Urales encaja con la idea, ampliamente difundida en medios de la CNT-FAI, de que no hace falta alguna plantear los problemas de un orden posrevolucionario que funcionaría por si mismo. En vísperas de la intentona anarquista de diciembre de 1933 insiste sobre ello el diario confederal madrileño: "Los anarquistas no tenemos programa, no grandes articulados que imprimen derechos y deberes a cumplir, pero tenemos un medio de convivencia basado sobre el esfuerzo individual y la solidaridad que redunda en benefi-

---

[165] *El ideal y la revolución*, p. 25.
[166] *La Revista Blanca*, 15-VIII-1933.
[167] Federico Urales, *Los municipios libres*, Barcelona, 1933, p. 30.
[168] *Ibidem*.

cio de la colectividad. Esta puede vivir sin necesidad de leyes, ni bandos, ni códigos. Poseemos, en fin, el sustantivo de la revolución, que es el comunismo libertario"[169]. En el semanario anárquico de Madrid, *El Libertario,* un año antes, las ideas eran las mismas y expresadas de manera aun más rotunda que por Urales: no debía pensarse en "fórmulas definitivas de organización social", ya que bastaba con que "los hombres sean capaces de vivir en comunidades libres, sin poderes autoritarios, ni clases privilegiadas y gobernantes"[170]. Germinal Esgleas, vinculado a los Urales, insistirá en ello una y otra vez: "El ideal anarquista jamás puede significar una limitación (...) Reducir la anarquía a un programa más o menos sintético y esquemático, reducirla a cuatro frases hechas, es obra en absoluto negativa"[171].

La demanda de los militantes iba más allá, y será satisfecha por las frecuentes colaboraciones en la *Soli* y por el folleto de divulgación del médico vasco Isaac Puente, *El comunismo libertario,* del cual se venderán miles de ejemplares en 1933. El acierto de Puente consiste en aunar la exigencia de sencillez requerida por el principio de la espontaneidad revolucionaria del pueblo y el diseño de un entramado, también sencillo y convincente, de los criterios que habían de regir el orden posrevolucionario. Desde las páginas de *Solidaridad Obrera* plantea ya esa convergencia en septiembre de 1932: en principio, como para Urales, no hacen falta programa, ni planes generales, siendo preciso "huir de lo que parezca un molde". Pero al mismo tiempo se aleja del supuesto de que todo ha de dejarse a la buena voluntad del individuo, ya que afirma la necesidad de contar con dos instituciones sobre las cuales se forjará el nuevo orden: el Municipio libre, expresión del "pasado agrícola", y el Sindicato, encarnación del "progreso industrial"[172]. La idealización del medio rural no desaparece, solo que articulada con la iniciativa del proletariado industrial, lo cual conviene mejor a la pluralidad de los destinatarios del mensaje. Tal será el núcleo de su afortunado folleto de propaganda:

> "El *comunismo libertario* es la organización de la sociedad sin Estado y sin propiedad particular. Para esto no hay necesidad de inventar nada, ni de crear ningún organismo nuevo. Los núcleos de organización alrededor de los cuales se organizará la vida económica futura, están presentes en la sociedad actual: son el Sindicato y el Municipio libre.
>
> El Sindicato, donde hoy se agrupan espontáneamente los obreros de las fábricas y de todas las explotaciones colectivistas.
>
> Y el Municipio libre, asamblea de antiguo abolengo, en el que, espontáneamente también, se agrupan los vecinos de los pueblos y aldeas,

[169] "El dinamismo ideológico y constructivo de la revolución", *CNT,* 7-XII-1933.
[170] E.L.A., "El anarquismo", *El Libertario,* 30-VII-1932.
[171] Germinal Esgleas, "Anarquismo sin adjetivos", *La Revista Blanca,* nº 288, p. 588.
[172] Isaac Puente, "Hacia el comunismo libertario", *Solidaridad Obrera,* 7-IX-1932.

> y que ofrece cauce a la solución de todos los problemas de convivencia en el campo"[173].

Espontaneidad y sencillez siguen siendo los criterios básicos de funcionamiento. Una vez suprimido el Estado, el orden industrial será organizado por las Federaciones de Industria y el Municipio libre por "la asamblea de los trabajadores"; el dinero será sustituido, no por el trueque, sino por el carnet de productor. La misma coacción económica que hace a los hombres colaborar como trabajadores, lleva a la sintonía entre municipios y sindicatos en el seno de la economía nacional, mediante un enlace que no debe ser coordinación, y menos dirección o planificación.

La confianza en la espontaneidad y el rechazo de la "aristocracia intelectual", próximo al de Urales, se proyectan sobre la imagen de la revolución: no cabe "anteponer el conocimiento a la experiencia". La revolución ha de surgir de un proceso inverso: "viviendo el comunismo libertario es como aprenderemos a vivirlo"[174]. Es un planteamiento que encaja con la secuencia insurreccional definida por la FAI. De acuerdo con la misma, cada levantamiento incrementa el bagaje de experiencias y, siquiera por un momento, muestra la posibilidad de vivir en comunismo libertario. Implicado en la gestación de un nuevo movimiento insurreccional, del que en diciembre formará parte desde el vértice Isaac Puente, el Comité Peninsular de la FAI funde en un comunicado las dos dimensiones de su planteamiento, la confianza en la espontaneidad de una revolución de la cual surgiría un orden social caracterizado por la simplificación, y la base experimental que para el mismo representa la fugaz vivencia del régimen anárquico:

> "No faltan vacilantes y apocados que dudan de la capacidad económica y constructiva del proletariado para regular el desenvolvimiento de la producción y el consumo y atender aquellas necesidades y problemas que llevará consigo una transformación como la que propiciamos.
>
> Nosotros, al contrario, creemos al proletariado perfectamente capacitado para vivir sus propios destinos.En la revolución que se avecina no vamos a complicar la vida, vamos a simplificarla (...) Los pueblos que han proclamado el Comunismo libertario nos han marcado la pauta: igualdad de derechos y deberes, distribución equitativa de la riqueza, derecho al goce de los frutos del trabajo; deber de contribuir a él en lo que corresponde y permitan las disposiciones de cada uno; todo regulado y controlado por las comisiones de control y de estadística, sin autoridad alguna, poniendo en práctica el conocido axioma de sustituir el gobierno de los hombres por la administración de las cosas.

[173] Isaac Puente, *El comunismo libertario,* Barcelona, s.a., p. 6.
[174] *Ibidem,* p. 11.

> No existe organización alguna en el mundo con un programa tan amplio y racional como el sustentado por nosotros, con unas bases políticas y filosóficas tan profundas"[175].

Vuelve a ser de actualidad la idea ilustrada de un orden racional, que cobra forma de manera inmediata, mediante la simple destrucción del Estado. La idea de la revolución en los años 30 encaja con la cosmovisión heredada del siglo de las Luces y con el conjunto de valores y aspiraciones de la mentalidad anarquista, compartidos por amplios sectores de la clase obrera allí donde, como en la Cataluña urbana, llegan a constituir una micro-sociedad en torno a la vida cotidiana, el trabajo y la militancia. Lo recuerda el hijo de dos destacados anarquistas, "Juanel" y Lola Iturbe, al evocar el medio en que se desarrolló su infancia, las Casas Baratas de Horta, habitadas en su mayoría por anarquistas, una barriada donde no había ni guardias civiles ni curas: "El vecindario vivía en completa fraternidad. Las noches de verano, sentados en corros a las puertas de las casas, cantábamos canciones revolucionarias"[176]. La utopía revolucionaria no funciona así en el vacío, sino que se consolida asentada sobre la red de sociabilidad constituida por los Ateneos libertarios, y sobre la difusión de publicaciones cuyo contenido, por una parte contribuye a resolver cuestiones acuciantes para la existencia de las clases populares, caso del sexo y de la procreación; por otra prefigura, al divulgar el naturismo, el nudismo o el esperantismo, los rasgos positivos de la nueva sociedad, liberada de las ataduras de la sociedad burguesa.

El naturismo y el sexo se encuentran unidos en la producción de escritores anarquistas, como el propio Isaac Puente, y en las revistas de mayor difusión, del tipo de *Generación consciente,* nacida en 1923 y que más tarde se convertirá en *Estudios*[177]. El excursionismo, habitual en los usos de las clases populares, cobra un nuevo sentido de búsqueda de la comunión espiritual y de adoctrinamiento en el curso de la gira libertaria. La formación y la expansión de los Grupos "Sol y Vida" fue el reflejo de ese camino hacia la integración en el mundo natural.

El médico Isaac Puente, colaborador de *Generación consciente* desde la primera hora, explica la complementariedad existente entre anarquismo y naturismo, entre "el enfermo que busca su curación en la Naturaleza y el proletario que acude al Anarquismo como un náufrago a la tabla salvadora". El apartamiento de la naturaleza y la explotación del trabajo producen similares efectos negativos sobre el obrero. Es preciso desarrollar el culto a la naturaleza, preservando así la salud y la vida. Al mismo tiempo que la maternidad

---

[175] *Tierra y Libertad,* nº 137, 13-X-1933.

[176] Testimonio de Helenio Molina, recogido por Sonya Torres y Antonia Fontanillas, en *Lola Iturbe Arizcuren. Vida e ideal de una luchadora anarquista,* Barcelona, 2006, p. 45.

[177] Ver Xavier Díez, *El anarquismo individualista en España (1923-1938),* Barcelona, 2007, pp. 132-161.

consciente, Puente defiende el neomaltusianismo, pues el control de la natalidad contribuye a mejorar el nivel de vida del obrero y "el del proletariado al no aumentar el número de los sin trabajo". En este sentido, tratará de extremar el didactismo para que sus lectores puedan aplicar con precisión las prácticas anticonceptivas[178]. La preocupación por los diferentes aspectos de la vida sexual, desde la impotencia a las citadas medidas anticonceptivas, pasando por la sífilis, poblarán los consultorios de las revistas anarquistas o eclécticas de los años 30, ilustradas frecuentemente con imágenes de desnudos, en principio con intención de mostrar la espontaneidad y el valor estético del cuerpo humano, posiblemente también como atracción de cara a los posibles compradores.

Las preguntas son un indicador, tanto de la preocupación de los jóvenes trabajadores por la sexualidad como de su escaso nivel cultural. No faltan quienes preguntan si el embarazo se evita cuando la mujer camina descalza sobre el suelo después del acto o si "se puede eyacular sin participación del cerebro"[179]. En *La Revista Blanca,* donde quien responde es el mismo Urales bajo el seudónimo de "doctor Klug", la consulta abarca desde los temas médicos, sobre picores o pesadillas, a los ideológicos, como si hay que declarar el anarquismo cuando un recién nacido es registrado[180]. Las respuestas son ilustrativas del nivel de conocimientos de la época: así, a quien pregunta al especialista de *Estudios* si un "invertido" sexual puede curarse, la respuesta es que acudiendo a la hipnosis[181]. Resulta muy significativa la respuesta a quien se interesa por la posibilidad de saber si el "invertido" es tal. El especialista le confirma que sí en el caso de ser pasivo, por existir rasgos que denotan su "perversión", por haber efectuado "la cópula contra Natura"[182]. Lo esencial es siempre ajustarse a "las leyes sabias e inmutables" de la naturaleza[183].

El nudismo aparece como consecuencia lógica de ese planteamiento, si bien su práctica fue mucho más restringida que el naturismo, y con la aludida ambigüedad en las publicaciones entre la voluntad liberadora y el imán comercial del desnudo. Puede servir de ejemplo *Iniciales,* "revista mensual de los espíritus libres", anarquista individualista, anunciada como "revista gráfica que publica fotos, el papel superior, de desnudos del natural, tomadas en campos nudistas, en España y en el extranjero". Los pies de las fotografías tienen un cierto aire de coartada, al proclamar que "el vestido es una prisión que oculta la belleza", por lo cual "para nosotros es moral cuanto tienda al perfeccionamiento e inmoral cuanto retrase el perfeccionamiento; por lo cual se precisa ser un mojigato o un tartufo para llamar inmoral al nudismo"[184]. La propaganda libertaria en temas como la oposición a la guerra, el comunismo libertario o ex-

[178] Isaac Puente, "El método anticoncepcional de Ogino", *Estudios,* nº 144, agosto 1935, pp. 14-16.
[179] R. Remartínez, "Preguntas y respuestas", *Estudias,* nº 116, abril 1933, p. 37.
[180] "Consultorio general", *La Revista Blanca,* 18-X-1935, pp. 1005-1007.
[181] "Preguntas y respustas", *Estudios,* nº 123, octubre 1933, p. 45.
[182] "Preguntas y respuestas", *Estudios,* nº 154, agosto 1935, p. 28.
[183] R. Remartínez, "Principios fundamentales de medicina naturista", *Estudios,* nº 115, marzo 1933, p. 30.
[184] *Iniciales,* febrero 1933.

hibiendo el *casteller* formado por los presos sociales de la cárcel de Barcelona, amen de las informaciones sobre maternidad consciente, contraconceptivos o educación sexual, permite cubrir los aspectos doctrinales.

El nudismo se convierte en rasgo específico del excursionismo practicado por los grupos "Sol y Vida", surgidos en el marco de los Ateneos Libertarios. Un llamamiento de los nudistas valencianos en 1933 marca de forma muy clara la vinculación del "desnudismo" con la utopía revolucionaria. No es cuestión de estética, ni de moral. Se trata de asentar una "libre cultura" y "contribuir en la medida de nuestras fuerzas al triunfo definitivo y rotundo de la nueva moral en el nuevo orden social que se está gestando"[185].

El aspecto más innovador del utopismo anarquista corresponde al feminismo, resultado de la inteligencia y de la entrega de un grupo de mujeres, que en buena parte pagarán muy cara después de la guerra esa dedicación al ideal. La mujer que mayor relieve ha de adquirir en el movimiento libertario durante la República fue Federica Montseny, quien sin embargo sostenía una visión tradicional —"la misión de la mujer es crear los hijos y el mundo para los hijos", que en todo caso llevaba a impulsar la militancia femenina dentro del movimiento revolucionario. Una militante más activa que ella, Lola Iturbe, fiel practicante como compañera y revolucionaria, era sin embargo consciente de que las cosas resultaban más complicadas, dado el machismo que imperaba en los pensamientos y en los hechos de los anarquistas como hombres, por encima de las buenas palabras: "los compañeros, tan radicales en los cafés, y hasta en los grupos, suelen dejar en la puerta de su casa el ropaje de amantes de la liberación femenina"[186]. En otro momento hemos narrado el episodio de los dos anarcosindicalistas que delante de José Peirats ensalzaban el reconocimiento de la mujer, pero sin que uno de ellos admitiese que la compañera pudiera fumar en su ausencia.

A título individual, las impulsoras del movimiento anarquista "Mujeres Libres", a partir de 1934 y de mayo de 1936 (cuando aparece la publicación) van mucho más lejos. Se trataba de acabar con la situación de la mujer como simple testigo de cuanto ocurre, dado que "en la mujer tiene la Humanidad su reserva superior". Por si acaso, la colaboración en la revista estaba vedada a los hombres. En sus páginas, la médica Amparo Poch y Gascón defenderá el amor libre, sin coacción institucional alguna, y la personalidad más relevante del movimiento, la poetisa Lucía Sánchez Saornil, verá en la ruptura radical con el orden existente que el comunismo libertario iba a representar, la mejor garantía para la plena afirmación de la mujer. En su "Canto nuevo" de 1920 anunciaba ya la utopía en toda su plenitud: "triunfaremos, desnudos y blancos como las estrellas". Para concluir: "Nosotros edificaremos las pirámides invertidas"[187].

---

[185] "Desnudismo", *Estudios*, nº 115, cit., p. 31.

[186] Cit. por Sonya Torres y Antonia Fontanillas, *Lola Iturbe Arizcuren. Vida e ideal de una luchadora anarquista*, p. 48.

[187] Cit. por el blog de Arturo Borra, "Poéticas en diáspora".

b) ...a la utopía como refugio

Hasta diciembre de 1933, el relato utópico cubre la necesidad de una dimensión teleológica firme para justificar la insurrección revolucionaria, De acuerdo con el esquema bakuniniano la FAI, reproduciendo el papel de la Alianza en la Primera Internacional, se constituye en impulsora de unos levantamientos donde la CNT actua como ejército de maniobra. No importa demasiado conocer el grado de cohesión interna de aquella, ya que la existencia de un grupo dirigente —aunque ello repugne a la mentalidad anárquica—, con Durruti, García Oliver, Ascaso, al frente, y de un entorno que ocupa posiciones claves, más la conquista de la hegemonía en el interior del sindicato, garantiza, cuando no el éxito, sí la puesta en marcha de la movilización insurreccional. En estas circunstancias, el tópico de que el pueblo —o el proletariado— es de por sí revolucionario, unido a la negativa a asumir toda responsabilidad por parte de los dirigentes faístas, hará posible que en ningún momento, hasta el Congreso de Zaragoza de 1936, sea abordada una revisión de las responsabilidades por los espectaculares fracasos. Cierto que ya no podrán repetirse las catastróficas experiencias de enero y diciembre, pero ahí estará la represión gubernamental para intervenir como muro protector de los causantes de aquellas y factor justificativo de la violencia en la calle.

El papel de la utopía cambia, aun cuando no del todo, porque si bien faltan los recursos para abordar nuevos intentos insurreccionales, la CNT-FAI no renuncia al discurso de la revolución necesaria. Aparecen, eso sí, las primeras reflexiones críticas desde el interior del campo ácrata. En febrero de 1934, el conocido anarquista holandés Rudolf Rocker pone en tela de juicio la estrategia seguida por la FAI hasta la última intentona, por su inconsistencia ideológica, poniendo implícitamente en tela de juicio la ingenua conciencia revolucionaria basada en la inmediata llegada de un nuevo régimen de felicidad generalizada. Acertadamente sitúa al pensamiento faísta en el ámbito de las religiones políticas: "La creencia de que la revolución traerá todo consigo misma y que solo necesita abandonarse a la iniciativa y a la acción espontánea de las masas no me sugestiona (...). Es verdaderamente fatal imaginarse que la revolución lo realizará todo e implantará el paraíso sobre la tierra"[188]. Despuntaba también la revisión en cuanto a la estrategia política, aquí desde Madrid, por la pluma de Valeriano Orobón Fernández en referencia a las relaciones con la UGT, y sobre todo por la divergencia cada vez más clara de la Regional Asturiana de la CNT, enfrentada ya a la FAI en el Congreso del Conservatorio y que ahora emprende el camino de la inserción en las Alianzas Obras, igual que los sindicatos treintistas, que llevará a la participación en otro movimiento insurreccional, el de octubre de 1934.

La nueva coyuntura no altera, sin embargo, la fe anarquista en la materialización del cambio revolucionario. Convendrá, por lo menos, establecer con

[188] Rudolf Rocker, "En torno a la lucha contra la reacción internacional", *Solidaridad,* nº 2, 14-II-1934.

mayor precisión las características de la nueva sociedad. Un hombre siempre situado en primera fila del movimiento, Antonio G. Gilabert, afirma la necesidad de hacerlo, apoyándose en un cuestionario del antes citado Pleno de la FAI de 29 de octubre de 1933, donde se nombró una ponencia de "cuatro compañeros de los más competentes del movimiento anarquista ibérico" a fin de que apoyándose en los teóricos precedentes concretaran todos los aspectos del programa anárquico, desde "la significación del comunismo libertario" hasta "cómo se realizará en sus menores detalles la producción, la distribución y el consumo"[189]. Las diferencias de años anteriores seguían, sin embargo, vigentes, y muy pronto la pretensión de Gilabert se vio rechazada desde la revista *Acracia* de Lérida, y luego desde el propio semanario *Tierra y Libertad*. Llegados a este punto, intervino Isaac Puente en apoyo del anarquismo constructivo: "En la crítica de la sociedad capitalista y estatal, hemos llegado al máximum (...). Pero no nos basta decir: la Anarquía dará la felicidad y el bienestar a todos o el Naturismo cura todas las enfermedades. Hay que decir cómo"[190]. A pesar de los dos espectaculares derrotas registradas en 1933, nadie piensa en rectificar las tácticas revolucionarias ensayadas, ni siquiera en mencionarlas.

De manera que el cambio ideológico no afecta al planteamiento de la revolución, sino a la concepción del orden posrevolucionario. Es como si un sector anarquista percibiera la inefectividad de las tácticas precedentes, pero no se atrevieran a romper abiertamente con la camisa de fuerza bakuniniana. El caso más claro es el de Diego Abad de Santillán, inspirador diez años antes desde Argentina de la fórmula del "movimiento obrero anarquista", soporte de la FAI, traductor más tarde de las *Obras completas* de Bakunin y fiel a la ortodoxia anarquista cuando regresa a España. Es así como en el Congreso de la AIT de junio de 1931, celebrado a continuación del de la CNT, polemiza con el sindicalista francés Pierre Besnard, defendiendo encarnizadamente la revolución sin programa previo[191].

Besnard y Cornelissen, el maestro de Seguí, se encuentran detrás de las construcciones utópicas que entre 1931 y 1933 hacen públicas los treintistas, en parte quizás para subrayar la propia fe en la revolución social, y también para poner en tela de juicio la precipitación anarquista. Juan Peiró prologó en 1931 el libro *Los sindicatos obreros y la revolución social* y aprovechó para reivindicar una "organización autodisciplinada" frente a la dictadura de las minorías[192]. Cuando la escisión se consuma en 1933, y es constituida la Federación Sindica-

---

[189] A. G. Gilabert, "Se impone realizar un dictamen sobre estructura del comunismo libertario", *Tierra y Libertad*, 13-VI-1934.

[190] Isaac Puente, "Los programas, la anarquía y la perfección", *Tierra y Libertad*, 13-IX-1934.

[191] La polémica se plasmó en una serie de artículos publicados por *Solidaridad Obrera*: "¿Preparación e improvisación?" (12-VII-1931), "Explicación definitiva" (25-VII-1931), ambos de Besnard, e "Inciso explicativo" (17-VII-1931) y "Anarquismo y sindicalistas" (30-VII-1931), ambos de Santillán. Las propuestas de Besnard ante el IV Congreso de la AIT fueron publicadas por el sindicalista Marín Civera en las páginas de su revista mensual valenciana *Orto*, entre mayo de 1932 ("Los principios y las bases de la sociedad nueva") y marzo de 1933.

[192] J. Peiró, prólogo a Pierre Besnard, *Los sindicatos obreros y la revolución social*, Barcelona, 1931, p. 14.

lista Libertaria, Peiró insiste en que la revolución no reside solo en el ataque el Estado, sino que a "la conquista de los medios creadores de la riqueza social" "es necesario saber utilizarlos inmediatamente, sin solución de continuidad"[193]. La fórmula es "la revolución social sostenida, dirigida y articulada por los propios sindicatos"[194]. Lo cual significa colocarse en los antípodas el anarquismo individualista: "la vida social —afirma Peiró— no se concibe sin la transigencia del individuo en aras del bien general de la colectividad"[195]. Desde la vertiente anarquista, Horacio Martínez Prieto llega a una solución similar[196]. La utopía sindicalista enlaza con el dictamen sobre las Federaciones de Industria del Congreso del Conservatorio, ya que a ellas corresponderá organizar la producción y la distribución[197]. El planteamiento de la FSL admite la coalición con otras fuerzas revolucionarias, en el marco de la Alianza Obrera, y en este sentido prolonga la línea trazada por Seguí, pero no la transformación en un partido político, como ensayará con escaso éxito Ángel Pestaña al fundar el Partido Sindicalista a partir de la misma Federación[198].

El viraje de Abad de Santillán tiene un radio de aplicación más amplio que el del sindicalismo revolucionario. El punto de partida es doble: de un lado, la necesidad de ajustar el pensamiento anarquista a los imperativos económicos y de otro, el hartazgo frente a la idealización del ruralismo en el utopismo vinculado a las expectativas revolucionarias anarquistas. El cambio se había gestado en Argentina en 1932[199], antes de instalarse en Barcelona en enero de 1934, cuando su grupo "Nervio" capitaneó la oposición a los faístas "anarcobolcheviques"[200] y asumió la dirección de *Tierra y Libertad* el 16 de febrero de 1934 tras el fracaso del "volcán revolucionario". "La revolución no es fruto de improvisaciones ni de espontaneidad milagrosas —advierte Abad de Santillán—; no la trae la providencia o el destino: es hija de la voluntad y de la voluntad consciente de los revolucionarios"[201]. Las críticas dirigidas hacia esa fe en la espontaneidad revolucionaria son siempre expuestas con cautela. El acento es puesto sobre la necesidad de reelaborar el proyecto del sistema económico que ha de sustituir al capitalista. Abad de Santillán tuvo la suerte de contar con una pareja de anarquistas de impecable ejecutoria y una excepcional dedicación: Juan Manuel Molina, "Juanel", quien ya en 1922 había asumido la secretaría del Comité de Relaciones Anarquistas y luego hizo lo mismo con la FAI hacia 1931, y su compañera Lola Iturbe. La tirada del semanario *Tierra y Libertad* alcanzará los veinte mil ejemplares.

---

[193] *Sindicalismo,* nº 10. 21-IV-1933.
[194] *Sindicalismo* (sin firma), nº 7, 6-VI-1935.
[195] *Sindicalismo,* nº 30, 8-IX-1933.
[196] Horacio Martínez Prieto, *Anarco-Sindicalismo. Como afianzaremos la revolución,* Bilbao, 1932.
[197] *Sindicalismo,* nº 17, 9-VI-1933.
[198] Ver A. Elorza, ed. de Ángel Pestaña, *Trayectoria sindicalista,* Madrid, 1974.
[199] Ver A. Elorza, « La utopía anarquista bajo la Segunda República", *Revista de Trabajo.,* nº 32, 1970, pp. 220 -229 y estudio preliminar a Diego Abad de Santillán, *El anarquismo y la revolución en España. Escritos 1930/1938,* Madrid, 1976, pp. 33-43.
[200] César M. Lorenzo, *Les anarchistes espagnols et le pouvoir,* París, 1969, p. 71.
[201] Diego Abad de Santillán, "Propaganda y organización", *Tierra y Libertad,* 9-VI-1934.

Para reforzar la vertiente doctrinal, a partir de *Tierra y Libertad,* Abad de Santillán publica desde mayo de 1934 una revista, *Tiempos Nuevos,* que servirá de cauce a su revisión teórica, enfrentada a los esquemas ruralistas de Urales y de Isaac Puente. El propósito es bien claro: reservar para el anarquismo el trazado de las "exigencias espirituales" y ajustar su construcción a las condiciones de una situación económica determinada. La técnica y la economía imponen sus leyes: "la fábrica no es un organismo aislado, con vida propia; es un eslabón de un complicado engranaje que sale de la fábrica, de la localidad, de la región, que sale muchas veces de los límites nacionales; la característica de la vida económica es la cohesión por sobre todas las fronteras. El localismo económico ha pasado y debe pasar, donde no lo hizo ya, al museo de antiguallas"[202]. La utopía adquiere rasgos poscapitalistas, en la forma de lo que más tarde se llamará una organización económica basada en la autogestión de los trabajadores. Es lo que Abad de Santillán, a partir de la reunión de sus artículos de *Tiempos Nuevos,* formula en su libro *El organismo económico de la revolución,* en la primavera de 1936. La obra alcanzó un notable eco, si bien no consiguió alterar la mentalidad dominante, conforme se comprobará en el Congreso de Zaragoza.

Tampoco ganó adeptos la nueva fórmula de sintonía revolucionaria, acuñada por Abad de Santillán a partir de la revolución de octubre de 1934. Seguía vigente la consideración anterior de la revolución como un experimento, solo que en este caso la pluralidad de fuerzas revolucionarias, actuantes al unísono, debería dar lugar a la coexistencia posterior de las mismas, de acuerdo con el principio de "la libre experimentación en socialismo". Octubre de 1934 habría probado[203] que la revolución social en España resultaba imposible sin la participación de la CNT, de la misma manera que antes fracasaron los intentos anarquistas en solitario. De ahí que el compromiso de mutuo respeto fuese imprescindible[204]. Luego cada organización podría desarrollar sus propias formas de poder, e incluso los socialistas poseer *su* parlamento, ya que "son hipótesis a ensayar"[205]. El sueño de la coexistencia pacífica posrevolucionaria, válido al menos para suspender de momento el antipoliticismo de cara a las elecciones, parecía tan irrealizable como los proyectos insurreccionales de 1933. Sin embargo, la variable inesperada del golpe militar lo convertirá en algo efectivo, si

---

[202] Diego Abad de Santillán,"Sobre la anarquía y las condiciones económicas", *Tiempos Nuevos,* I, nº 7, 5-XI-1934.

[203] El impacto de octubre de 1934 fue enorme sobre la mentalidad anarquista, en un sentido favorable a la unidad de acción. Lo explicaba el Comité Regional Catalán en enero de 1936: «No puede sustraerse ninguno de los componentes de este comité al ambiente de la calle que necesariamente ha de responder (...). Hoy empiezan a creer muchos camaradas que acaso habíamos sustentado una posición equivocada en todos los sitios en que ha de predominar el ambiente revolucionarios sacando como bandera el enrolamiento el 6 de octubre [de 1934]". Cit. por Richard Vinyes, *La Catalunya internacional,* Barcelona, 1983, pp. 218-219.

[204] Diego Abad de Santillán, "Por un amplio acuerdo para la liquidación social de un régimen", *Tiempos Nuevos,* III, nº 2, 1-II-1936.

[205] Diego Abad de Santillán, "La libre experimentación en socialismo", *Tiempos Nuevos,* II, nº 8, 1-XII-1935.

bien con un grado de conflictividad muy superior al previsto por el anarquista hispano-argentino.

La sensación que se deriva de la trayectoria revolucionaria de la CNT-FAI es de un constante desgarramiento, que en principio haría inexplicable la supervivencia de su implantación de masas hasta la misma guerra civil. Vistas las cosas desde fuera, en la polémica de 1931-1933 debían haberse impuesto los anarcosindicalistas, militantes veteranos que habían mostrado una gran entereza en la defensa de la supervivencia confederal a lo largo de los años 20, pasando una y otra vez por la cárcel, asumiendo el riesgo de caer bajo las balas de un pistolero "blanco" ("libreño") y comprometidos tanto con la lucha antidictatorial como luego en la reorganización de la CNT entre 1930 y 1931. Sin embargo, ganó la partida la deriva irracionalista de los anarco-bolcheviques como Juan García Oliver o de la apocalíptica Federica Montseny, entusiasmada con los frutos revolucionarios que habían de resultar de la muerte ajena.

Al aproximarse la celebración de un nuevo Congreso de la CNT, convocado el 30 de enero de 1936 por el Pleno de Regionales reunido en Madrid, volvió a figurar en el orden del día la elaboración de un contenido a dar al comunismo libertario[206]. La revolución a corto plazo tenía que ser discretamente dejada de lado, pero la perspectiva de una alianza con la UGT, ahora en manos de Largo Caballero, hizo posible seguir pensando en un futuro posrevolucionario, por lo menos en el mundo de las ideas. Los tres temas centrales del Congreso serían la readmisión de los Sindicatos de Oposición, la alianza revolucionaria con la UGT y la concepción del comunismo libertario. Para una mejor documentación de los militantes, el 4 de marzo inicia *Solidaridad Obrera* la publicación de una extensa "Memoria que el Comité Nacional presenta al Congreso Extraordinario que se celebrará en mayo de 1936", que proseguirá hasta el 12 de abril. El 19 de marzo *la Soli* ofrecía en primera plana el orden del día definitivo del Congreso, cuya inauguración tendría lugar en Zaragoza el 1° de Mayo.

El punto octavo del orden del día era el "concepto confederal del comunismo libertario". El Comité Nacional precisaba al efecto: "Sin ánimo de aminorar la valía de los demás temas, podemos decir que este es el de más envergadura que ha de abordar el Congreso". Sin ser un "dogma intangible" serviría de "orientación necesaria para todos los militantes". En los mismos términos se había expresado poco antes Alejandro Gilabert, insistiendo en una idea manifestada dos años antes: había que llenar de contenido la finalidad proclamada en el Congreso de 1919[207]. Sin embargo, en semanas sucesivas, las referencias a la cuestión fueron escasas. Un editorial de 27 de marzo apuntaba "hacia una sociedad de productores libres"; otro de 16 de abril se pronunciaba "por un planteamiento a fondo de los problemas de la reconstrucción económico social". Al día siguiente, solo a dos semanas de la inauguración del Congreso, comenzaba

[206] *Solidaridad Obrera*, 2-II-1936.
[207] A.G. Gilabert, "La finalidad de la CNT: el Comunismo libertario", *Solidaridad Obrera*, 13-III-1936.

la publicación de los dictámenes elaborados sobre el tema bajo responsabilidad sindical, con el del Sindicato de la Construcción. Siguieron otros, casi todos procedentes de Barcelona. Eran una pequeña parte de los ciento cincuenta que serán presentados al Congreso.

En el abanico de dictámenes publicados, prevalece una elaboración más compleja que el sencillo esquema propuesto por Isaac Puente, aun cuando no falte el regreso al individualismo radical de Federico Urales en el presentado por el Sindicato de Profesiones Liberales, con las firmas del propio Urales, de Carbó y de Juan Puig Elías,a quien se debieron las precisiones sobre la pedagogía libertaria. Fue publicado en *La Revista Blanca* y no en *Solidaridad Obrera*[208]. El dictamen del Sindicato de la Construcción, con Gilabert como primer firmante, reflejaba el avance hacia una idea de autogestión generalizada, con la pirámide integrada por sindicatos de industria, comités de empresa y comités de taller o de fábrica organizando la producción, mientras que a los municipios tocaría regular el consumo[209]. En una línea similar, pero con mayor énfasis en el municipio, se movía el texto del Sindicato del Transporte, en gran parte borrado por la censura[210]. El de Artes Gráficas, suscrito por Abad de Santillán, desarrollaba las tesis contenidas en *El organismo económico de la revolución,* precedidas como aval por una profesión de fe bakuninista, citando los acuerdos del Congreso de Saint-Imier en 1872: "la destrucción del poder político es el primer deber del proletariado", no cabe poder político alguno de transición y la acción revolucionaria ha de permanecer "al margen de toda política burguesa". La modernización en las ideas económicas era compatible con el apoliticismo[211].

El dictamen más extenso es el del Sindicato Fabril y Textil de Barcelona, cuyos planteamientos habrán de servir con frecuencia de base al dictamen final aprobado en Zaragoza, aunque sometidos a las modificaciones impuestas por el resto de la comisión. El texto es la expresión de la filosofía política del portavoz habitual del sindicato, Juan García Oliver, con su inevitable deriva autoritaria. Partiendo del esquema dual de Isaac Puente, el doble protagonismo de comuna y sindicato, si aquella es la base de la administración, ello no implica que deje de estar subordinada a la federación de comunas "para la realización de objetivos de carácter general". Únicamente "aquellas comunas que refractarias a la industrialización acuerden una convivencia naturista-desnudista podrán tener derecho a una administración autónoma desligada de los compromisos generales". Por lo demás, un Consejo Confederal, "por democrática elección directa" de sindicatos y comunas, regularía la producción, de acuerdo con un plan económico. No trabajar sería delito y la jornada de trabajo, fijada por los órganos superiores. La propiedad, comunal; la enseñanza elemental, obligatoria, y la superior, según méritos; la familia, asentada sobre la igualdad de los cónyuges y la libre disolución; la justicia, ejercida por tribunales populares; la "defensa de la revolución", a car-

[208] *La Revista Blanca*, 8-V-1936, pp. 371-375.
[209] *Solidaridad Obrera*, 17-IV-1936.
[210] *Solidaridad Obrera*, 26-IV-1936.
[211] *Solidaridad Obrera*, 24-IV-1936.

go de un ejército revolucionario. La política "deja de tener razón de existencia". El enemigo concreto es otro: "la Revolución deberá operar violentamente sobre la Religión en lo que está representada por ritos, privilegios e instituciones". "Los templos de Dios, concluye, para los que en Dios crean, serán el Universo"[212].

La discusión sobre el tema tuvo lugar el 9 de mayo de 1936, durante la decimoctava sesión del Congreso de Zaragoza. Intervinieron dieciocho delegaciones y en la redacción final puede apreciarse el peso del dictamen de Fabril y Textil, con párrafos sobre la justicia o sobre la familia textualmente reproducidos, pero siempre con una modificación de fondo, en el sentido de regresar al comunalismo de Isaac Puente, sumado además al fondo de radical individualismo propugnado por Urales: soberanía individual, municipio y sindicato como ejes de la vida posrevolucionaria. Nada de medidas para hacer obligatorio el trabajo, constituir un ejército revolucionario u organizar la enseñanza obligatoria. En cambio el dictamen ofrecía reglas muy concretas al prescribir el cambio de comuna para "la enfermedad de amor", aplicable a quien "quisiera amor a la fuerza o bestialmente". El protagonismo de Federica Montseny en la comisión rendía sus frutos. La comuna libre era la clave de bóveda de la organización social y la federación y el plan económico, reconocidos formalmente, se disolvían en la práctica, ya que solo serían establecidos si las asociaciones de base "lo estiman conveniente para el más fructífero desarrollo de la economía". "Los productores de cada ramo u oficio, reunidos en sus sindicatos y en los lugares de trabajo, determinarán libremente la forma en que este ha de ser organizado". Urales triunfaba con la declaración de que "es más libre el hombre —en este caso la Comuna— que menos necesita de los demás"[213].

En la propia sesión del Congreso, surgieron las críticas de quienes discrepaban de unos planteamientos tan simplificadores. Construcción de Barcelona —¿Gilabert?— censuró que en el dictamen se hablase tanto de las comunas y no se detallara el papel de los sindicatos[214]. Construcción de Gijón encontraba el texto sobrado de filosofía y carente de sentido práctico"[215]. Pero será sobre todo Abad de Santillán, desde *Tiempos Nuevos,* quien formule una enmienda a la totalidad, apuntando que en el dictamen se hablaba de todo menos de la organización del trabajo (familia, delincuencia, celos, desnudismo), había una confusión de fondo entre comunismo y comunalismo, e incluso una defensa de la autarquía individual que era todo un signo de "desconocimiento lastimoso" de la realidad. El tiempo de las Arcadias felices había terminado. "Si se parte del lugar de trabajo —concluye—, están de más las comunas autónomas, porque lo que surge espontáneamente es la asociación local, regional, nacional e internacional de esfuerzos afines, las industrias o funciones socialmente necesarias. En economía hay que desterrar la ilusión del localismo"[216].

---

[212] *Solidaridad Obrera,* 19-IV-1936.
[213] *El Congreso confederal de Zaragoza (mayo, 1936),* s.l., 1955, pp. 192-193.
[214] *Ibidem,* p. 169.
[215] *Ibidem,* p. 171.
[216] Diego Abad de Santillán, "Comunalismo y comunismo", *Tiempos Nuevos,* III, nº 6, pp. 261-264.

Era un réquiem por las concepciones arcaizantes del comunalismo anarquista, paralelo al agotamiento de las expectativas insurreccionales que habían prevalecido durante el primer bienio republicano. Ningún ejemplo mejor de esa concepción agónica que el discurso pronunciado por García Oliver el 10 de mayo de 1936, en el mitin de clausura del Congreso de Zaragoza. El reusense cierra el turno de oradores, lo cual indica que mantiene su prestigio, y conserva también el gusto por las divagaciones filosóficas. No sin cierta originalidad, ya que hace un elogio en toda regla de la familia y aplica los conceptos del bien y del mal, nada menos que al contenido del comunismo libertario. En cuanto a la religión y a la primacía del campo sobre la ciudad, se atiene a las ideas tradicionales, que él mismo expresara en el dictamen del Sindicato Fabril y Textil. Pero sobre todo evita encarar el tema de la revolución. Evoca, eso sí, de modo encomiástico, a los "luchadores que murieron por las ideas y por la santa (sic) Anarquía", a "los que cayeron con anhelos".

Hacia el pasado, García Oliver rehúye toda reflexión autocrítica. Opta por lamentar "la tragedia que han vivido aquellos que lucharon sin ser comprendidos por los trabajadores" y en cuanto a las revoluciones en el presente, que "vienen a retomar las usurpaciones y los robos que se han cometido contra el pueblo", solo habla de su defensa después del triunfo. La "gimnasia revolucionaria", la "experimentación revolucionaria", quedan olvidadas. Lo único que le preocupa es explicar como será la vida en el marco del comunismo libertario. Tampoco con excesiva imaginación, ya que aquí se limita a abordar el relato desde la plataforma doctrinal de Isaac Puente, con el inevitable Municipio y las mismas Federaciones de Industria que denostara en 1931. El juego de minorías y masas cede paso a la idea de que "la revolución será obra de todos, hará también justicia para todos"[217]. García Oliver no tiene nada que decir. Su última ocurrencia en el discurso consiste en invitar a los miles de oyentes a que del mismo modo que otros peregrinan a Covadonga o a Lourdes, ellos hagan la peregrinación revolucionaria al Comunismo Libertario.

4.5. 1936: la reconstrucción

Una vez clausurada la vía insurreccional desde diciembre de 1933, y fallida también la estrategia alternativa de la alianza obrera, practicada en octubre de 1934 por la Regional Asturiana y los Sindicatos de Oposición, la segunda ofrecía por lo menos una posibilidad de prolongación en el futuro (con la previsible suma de los treintistas, dejados al margen por la deriva política de las Alianzas en dirección al frentepopulismo). A favor estaba también la radicalización de la UGT y sobre todo el clima unitario entre las distintas corrientes obreras, en un marco de represión generalizada, con decenas de miles de encarcelados, organizaciones ilegalizadas y sindicatos clausurados. En una pala-

[217] "Continuación de la reseña del mitin de clausura del Congreso de la CNT celebrado en Zaragoza el día 10", *Solidaridad Obrera*, 18-V-1936.

bra, incluso en Cataluña iba forjándose una atmósfera de Frente Popular que si bien no llegaba hasta cuestionar el dogma del apoliticismo, sí hacía verosímil que no se repitiera la feroz campaña antielectoral de noviembre de 1933.

En *El eco de los pasos* se narran las entrevistas del grupo "Nosotros" con enviados de Lluís Companys, a la sazón encarcelado, intentando que los dirigentes anarquistas, desde su posición de mentores de la organización, favoreciesen de uno u otro modo la participación anarquista en las elecciones de febrero de 1936. Entre idas y venidas, los líderes lo ofrecen a cambio de recibir luego armamento, y acceden a que no se realice propaganda anti-electoral[218]. El Comité Regional de Cataluña lo habría aceptado, y en la Conferencia regional celebrada del 25 al 27 de enero, recomienda una actitud antielectoral, pero "sin estridencias ni demagogias"[219]. En las semanas que preceden a las elecciones, *Solidaridad Obrera* insiste en el rechazo tradicional de la política número tras número en las semanas anteriores al 16 de febrero, en un plazo doctrinal de reafirmación, sin la radicalidad de anteriores campañas. Los editoriales de *Tierra y Libertad* observaban una tendencia similar, pues los principios abstencionistas quedaban formalmente a salvo, mientras eran evocados el riesgo de golpe fascista y la necesidad de liberar a los presos sociales. La FAI seguía hablando de revolución social, pero al mismo tiempo ir a votar no era definido como un acto reaccionario: "El no votar simplemente es tan estéril como acudir a las urnas. Ni una manera ni de otra nos aproximamos a un mundo mejor"[220]. "Evitamos la repetición de la campaña electoral de noviembre de 1933 y con eso hicimos bastante", recuerda Abad de Santillán[221].

El 1 de mayo de 1936 fue inaugurado en el Teatro Iris Park de Zaragoza el segundo Congreso extraordinario de la CNT. Después de la sucesión de derrotas y frustraciones, el principal dato positivo fue que la resurrección era un hecho, y no solo los efectivos de 1931 eran prácticamente recuperados —más la vuelta a casa de los Sindicatos de Oposición—, sino que las ilusiones seguían intactas, con la centralidad del tema del Comunismo libertario. Ello no implicaba, sin embargo, que las cuentas del pasado, de las disparatadas "experimentaciones" insurreccionales, hubieran sido aclaradas, ni que fueran muy precisas las expectativas de una alianza sindical revolucionaria con la UGT, recuperando, en una situación muy diversa, los problemas del Congreso de 1919. El historiador César M. Lorenzo, hijo del entonces secretario del Comité Nacional, Horacio Martínez Prieto, narra la sorprendente confirmación de la hegemonía faísta que representó el Congreso: "El Congreso de Zaragoza se caracterizó por el triunfo total de la FAI. Ésta, a pesar de sus reiterados fracasos, se manifestó más fuerte, más arrogante, más combativa que nunca"[222]. Los treintistas, rein-

---

[218] *El eco de los pasos*, p. 168.

[219] CRT de Cataluña, *Memoria de la Conferencia Regional extraordinaria, celebrada los días 25, 26 y 27 de enero de 1936*, Barcelona, 1936, pp. 90-101.

[220] "La Federación Anarquista Ibérica define su posición revolucionaria en la hora actual de España", *Tierra y Libertad*, nº 5, 7-II-193; *Tierra y Libertad*, nº 1, 9-I-1936.

[221] *Por qué perdimos la guerra*, Madrid, 1975, p. 53.

[222] César M. Lorenzo, *Les anarchistes espagnols et le pouvoir*, p. 93.

tegrados a la Confederación, se limitaron a lograr la vuelta a casa en calidad de vencidos. Ni siquiera olvidaron García Oliver y Francisco Ascaso la oportunidad para plantear una vez más, aunque ahora sin éxito, en nombre del Fabril y Textil, la formación de milicias confederales[223].

El dictamen sobre las alianzas revolucionarias recupera los planteamientos del artículo publicado por Orobón Fernández, reforzados por la radicalización registrada en la UGT, no solo en las ideas, sino en octubre de 1934, con una orientación revolucionaria que se había confirmado en los primeros meses de 1936. Desde este punto de vista, el Congreso confirma la intención de llegar a un pacto de Alianza Revolucionaria para "destruir completamente el régimen político y social que regula la vida del país", así como de obtener la garantía de que tras la revolución habría libertad de los trabajadores para ordenar la nueva sociedad. El obstáculo surgía con la exigencia de que la UGT rompiera toda clase de colaboración política "con el actual régimen imperante", asumiendo explícitamente el antiparlamentarismo, cuando eran tiempos de frente popular[224].

El debate sobre las intentonas de 1933 integró también la pasividad de la CNT, Asturias excluida, durante los sucesos de octubre de 1934. Los posibles responsables, como la FAI o García Oliver (Fabril y Textil de Barcelona) se refugiaron en la declaración primera del Comité Nacional para enero de 1933, no reconociendo el movimiento como propio. Hasta que esa reivindicación tuviese lugar, no cabía debate alguno[225]. El responsable directo del fracaso de entonces como doble secretario, de la CNT y de los Cuadros de Defensa, Manuel Rivas, tampoco aclaró nada[226]. La acusación corrió a cargo del delegado de Industria Pesquera de Pasajes, que al haber estado antes en la Regional Centro, puede ser identificado con todas las reservas, como Galo Díez. Su veredicto es rotundo. Para enero de 1933: "Es preciso decir que el 8 de enero fue un error. Pese a que se haya dicho de Casas Viejas que fue una epopeya, epopeyas como esa no nos convienen". Para diciembre de 1933: "Se hablaba de que si se lograba una abstención determinada se realizaría la revolución; pero no se tenía en cuenta que el que no vota no es obligatoriamente revolucionario". Y sobre la pasividad en Octubre: "Seguimos atacando a los socialistas, cuando lo que importaba y lo que habría dado excelentes resultados era la vecindad de la CNT con los trabajadores de la UGT"[227]. El debate fue muy confuso, sobre todo en cuanto a la actitud de Octubre. La absolución fue formulada con la máxima claridad por Construcción de Zaragoza: "Si la CNT no hubiera desarrollado actividad, el proletariado no estaría hoy en condiciones revolucionarias"[228].

Con notable astucia, Juan García Oliver, por el Fabril y Textil de Barcelona, no aborda el tema en su lugar, sino antes, al intervenir sobre los Sindicatos

---

[223] *Ibidem*, p. 94.
[224] *El Congreso confederal de Zaragoza*, p. 188.
[225] *Ibidem*, pp. 122-123.
[226] *Ibidem*, p. 127.
[227] *Ibidem*, pp. 120-122.
[228] *Ibidem*, p. 125.

de Oposición. Se muestra muy satisfecho por el resultado que obtuvieron los levantamientos fracasados, sobre cuya gestación y coste nada dice. Sigue fiel a su idea del positivo balance de las experiencias revolucionarias:

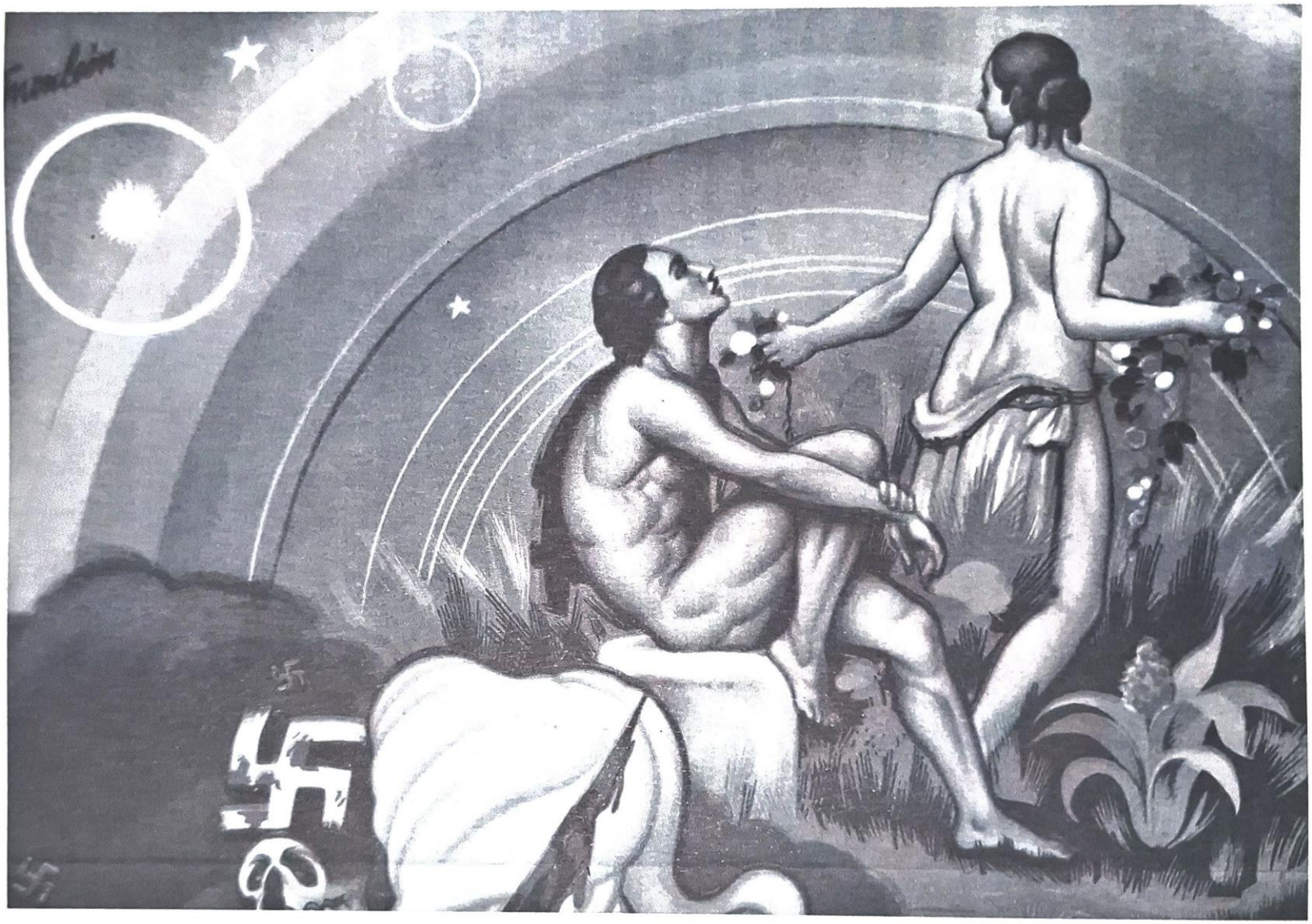
> "Dos intentos revolucionarios ha realizado la CNT, 8 de enero y 8 de diciembre. Con ellos hemos desbrozado considerablemente el camino. El primero de estos movimientos pulverizó completamente a las izquierdas después del crimen de Casas Viejas. Lanzó a las masas y al propio socialismo por la vía revolucionaria. Lo removió todo"[229].

En sus memorias, es aun más claro al subrayar el enorme perjuicio que su estrategia supuso para la República: "(...) no nos plegamos a sostener y reformar al nuevo régimen, y empezamos a zarandearlo. Y la República no logró afianzarse. Tenía que caer estrepitosamente. Para nosotros los anarcosindicalistas, la caída sería la revolución social, la instauración del comunismo libertario"[230]. La estrategia insurreccional de origen bakuniniano fracasó espectacularmente, pero la República resultó ciertamente dañada.

Pocos meses después, el mismo Juan García Oliver, heraldo del antipoliticismo faísta, se convertía en ministro de la República en guerra. Antes, al resultar vencedores los anarcosindicalistas en la lucha de calles contra el levantamiento militar de julio, y serles ofrecida por Companys la hegemonía institucional como el Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, Juan García Oliver mostró la fidelidad a su vieja idea de aprovechar toda oportunidad para poner en marcha la revolución anarquista en pos de su "meta sagrada": "El triunfo fue total y neto. Pero la organización, la CNT y la FAI, rechazó mi propuesta de 'ir a por todo', a la instauración del comunismo libertario, meta obligatoria de la revolución según los estatutos de la CNT"[231]. Quedó en minoría y pasó a formar parte de la dirección del Comité. Era una nueva forma de poder.

---

[229] *Ibidem*, p. 57.
[230] *El eco de los pasos*, p. 162.
[231] *El eco de los pasos*, p. 171.



El amor y la felicidad nacen (Revista Estudios*).*

Epílogo

En julio de 1936, el levantamiento militar cambió los datos del problema. Aplastada en aquellas partes de España donde triunfó el pronunciamiento, la CNT-FAI se encontraba en condiciones de ejercer de modo inmediato el poder en otras, ante todo en Barcelona, habiendo sido el agente principal de la victoria popular. No se trataba ya de acumular armas para insistir en la vía insurreccional, pues los anarcosindicalistas se habían apropiado de los arsenales en los cuarteles rendidos, ni de discutir sobre el apoyo a los republicanos en unas elecciones. Con su habilidad para crear frases rotundas, lo expresó García Oliver: "O el Comunismo libertario, que es igual a la dictadura anarquista, o la democracia, que significa la colaboración"[1]. La nueva circunstancia bélica ponía en tela de juicio el itinerario bakuninista de conquista del poder preservando el antipolicismo. La revolución estaba ya ahí, y no por voluntad de los anarquistas revolucionarios, sino como reacción al golpe militar, y el tema de la intervención política se planteaba de otro modo, en términos de consolidación de las posiciones adquiridas en la lucha de calles o de colaboración con las demás organizaciones a efectos de combatir a los sublevados. El marco de la guerra civil abría una nueva etapa, la decisiva, en la historia del anarquismo español.

Las tensiones ideológicas seguían vivas, pero los planteamientos anteriores no resultaban ya válidos, aun cuando su legado siguiera asimismo vigente en las mentalidades. No se trataba ya de debatir sobre los contenidos del comunismo libertario, sino de convertirlo en realidad, ajustándose a los condicionamientos de tiempo y lugar, en el proceso de colectivizaciones. La pugna entre faístas y treintistas se resolvió muy pronto con la participación en el gobierno Largo Caballero, por medio de dos representantes por cada tendencia: dos anarquistas (el inevitable García Oliver y la Montseny) y dos treintistas (Juan Peiró y Juan López). Los enfrentamientos de la era republicana fueron sofocados, y con ellos tanto la memoria como la posibilidad de efectuar una revisión autocrítica, tal y como se había visto ya en el Congreso de Zaragoza. Renacieron

---

[1] Cit. por José Peirats, *La CNT en la revolución española*, tomo 1, París, Ruedo Ibérico, 1971, p. 158.

más tarde en el exilio y hasta la transición, con cambios de alineamiento personales, si bien no fue ya tiempo adecuado para arrojar luz sobre el pasado. A la hora de trazar las imágenes que dieron forma a una memoria selectiva, presidida por la grandeza de las colectivizaciones y el heroísmo desplegado por los hombres de la CNT, mártires luego de la represión franquista, los anarquistas se llevaron la mejor parte.

Una buena manera de no entender nada consiste en considerar la dictadura de Primo de Rivera como una divisoria entre dos períodos de naturaleza a primera vista muy distintos entre si: el ascenso y crisis del anarcosindicalismo hasta septiembre de 1923, de un lado, y el tiempo de la CNT-FAI en la República de otro. Los análisis de los años de plomo, de vertiginoso crecimiento primero, y pistolerismo y represión más tarde, apenas se adentrarían en la Dictadura, en tanto que si los focos apuntaban a la República, todo parecía arrancar del cambio de régimen. La realidad es otra: cuanto sucede en el quinquenio republicano no parte del 14 de abril, ni de la legalización de la CNT en 1930. Por algo la FAI, aun cuando sus logros iniciales fueran cortos, es fundada en 1927. Salvo el tema de la Revolución rusa, que les conmociona, pero que los anarcosindicalistas resuelven muy pronto, las grandes cuestiones que dominan la historia confederal, la formación de la CNT-FAI y la anulación del anarcosindicalismo en nombre de una estrategia revolucionaria, proceden del período anterior a septiembre de 1923, y sin duda se hubieran planteado con gran acritud en torno a la definición política de la CNT por Salvador Seguí, de no haber tenido lugar su muerte y la oleada represiva que precede al golpe de Primo de Rivera.

Hay que contar con la incidencia de los altibajos económicos y políticos, sin olvidar tampoco en ningún momento el legado de la violencia. El gran ascenso de la CNT a partir de 1917 coincide con el impacto brutal de la crisis económica de la posguerra, que amplifica las tensiones irresueltas de la fase de crecimiento anterior. La violencia formaba parte de la vida social barcelonesa desde fines del siglo XIX y va a estallar en el curso de la Gran Guerra, al calor de las tensiones entre patronos y obreros, favorecida por la carrera de los precios, y por la entrada en juego de las embajadas, singularmente de la alemana, para corromper a las organizaciones y a los medios que apoyaran la neutralidad española. Ahora bien, son los sindicatos quienes hacia 1916 inauguran la acción terrorista con el propósito —logrado— de vencer la resistencia patronal a conceder aumentos de salarios. A partir de esos antecedentes, la aspiración de la CNT a ejercer un control absoluto de la afiliación de los trabajadores, mediante el "sindicato único", va a generar una espiral de violencia, que sirve primero para ganar huelgas al poner en juego la vida de los patronos por medio de los "grupos de acción", y que acaba haciendo del pistolerismo, tanto sindicalista como patronal y "libreño", bajo la cobertura éste de un auténtico terrorismo de Estado, el verdadero protagonista de la vida social en Barcelona; con una extensión en mancha de aceite a Valencia, Vizcaya, Madrid y Zaragoza, siempre con cifras mucho menores.

En las postrimerías del régimen de la Restauración, la guerra social en un tiempo de crisis enfrenta así a dos terrorismos, y la vinculación de las autori-

dades con el patronal supone una cascada de asesinatos y persecuciones que destruyen toda posibilidad de vida normal de las organizaciones, con la eliminación de sus mejores cuadros. El sindicalismo ve desaparecer las expectativas revolucionarias, renuncia a su transitoria adhesión a la Revolución rusa, y por un lado contempla la posibilidad de una implicación política, no parlamentaria, con las fuerzas democráticas (Seguí: "moción política" de 1922) mientras por otro adquiere creciente importancia la lucha armada, consistente en atentados y atracos. Surge entonces, como hemos visto, una auténtica aristocracia, "los reyes de la pistola obrera", con el consiguiente prestigio derivado de ser "los mejores terroristas", defensores de la causa de la CNT mediante el asesinato, el atraco y la intimidación. Son además los heraldos de un anarquismo revolucionario, cada vez más distantes de quienes aspiran a recuperar la normalidad en la existencia sindical. De cara a muchos militantes obreros eran ya, con Durruti en primer plano, unos héroes.

Paradójicamente, la dictadura de Primo de Rivera detuvo en cierto modo el declive, en apariencia imparable, de esa CNT a la cual Joaquín Maurín calificó de "coloso con los pies de barro". El anarcosindicalismo parecía destinado a seguir en España la cuesta abajo hacia la marginalidad, similar a otros países europeos. La forma que asume la represión entre 1923 y 1930 fue tal vez la causa de esa supervivencia por hibernación, al ser ejercidas la persecución y las prohibiciones de manera discontinua, con los sindicatos y las publicaciones vetados en Barcelona, por ejemplo, pero autorizados en Gerona, y en una fase de prosperidad económica como los años 20, ser evidente para los trabajadores que la ausencia de sindicatos se traducía en baja de salarios reales. De organización en crisis, la CNT se convirtió en mito positivo, mientras la relativa tolerancia del régimen hacía posible que las tensiones ideológicas entre sindicalistas y anarquistas se vivieran a la luz pública, sobre el telón de fondo de los siempre fracasados intentos de acción armada contra el régimen. En ese contexto nace la FAI, tratando de reproducir el modelo argentino de vinculación orgánica de grupos anarquistas con central sindical, a fin de asegurar el control de los primeros. Las posiciones enfrentadas desde 1922 cobran mayor densidad doctrinal y prefiguran la lucha sin cuartel, emprendida por la ortodoxia anarquista entre 1931 y 1933.

La ola de fondo viene de la propia Dictadura. Los militantes anarquistas ven confirmada su oposición radical al Estado, no experimentan el desgaste que hubiera supuesto una vida sindical normalizada; les favorece en cambio otro desgaste, el de los dirigentes y cuadros sindicalistas, que se estrellan una y otra vez al ensayar el regreso a la legalidad y tampoco logran triunfar en el derrocamiento de la Dictadura. De manera que a pesar de la persecución, los libertarios españoles ven reforzada su identidad; con las siglas FAI, adquieren cierto grado de organización, pueden esgrimir la definición ideológica del Congreso de 1919, y si experimentan fracasos en las conspiraciones, estos son anónimos. Cuentan además con el repertorio de formas de actuación, violentas en buena parte, ya contrastadas antes de 1923, y con minorías activas asimismo probadas, tanto en el ejercicio de la violencia como en la oratoria y en la participa-

ción en la vida sindical. Les faltaba únicamente un liderazgo que diera un sentido, una finalidad, a la acción, y ahí estarán los "reyes de la pistola obrera", esos "tres mosqueteros" de que hablaba Federica Montseny, para ejercerlo. Los recursos disponibles para los partidarios de poner en práctica el patrón revolucionario de Bakunin, con García Oliver al frente, eran, pues, muy amplios. A pesar de su inferioridad a la hora de la reorganización de 1930, protagonizada por los sindicalistas, contaron también con una ventaja adicional: la inclinación de los cuadros veteranos a favorecer la caída de la monarquía les condenaba a sufrir la acusación ritual de "políticos" y además su apoliticismo impedía toda intervención abierta en el nuevo régimen. Paradójicamente, la República iba a suponer una magnífica estructura de oportunidad política para que de la mano de un grupo dirigente y bajo la bandera de la FAI, el anarquismo conquistase la hegemonía sobre la CNT[2].

La imagen histórica habitual presenta la historia de la CNT durante la República como el ascenso del componente anarquista, representado por la FAI, sobre los cuadros dirigentes sindicalistas, progresivamente arrinconados hasta la expulsión, a favor del desencanto producido por el nuevo régimen. La realidad es que desde el primer momento, 1 de mayo de 1931, la guerra es decla-

---

[2] El historiador Julián Casanova ha ofrecido una reinterpretación novedosa, pero a nuestro juicio errónea, del ciclo insurreccional cenetista durante la Segunda República. Para empezar, el problema no arranca, como en sus libros, de la llegada de una República saludada con alborozo (*Anarchism, the Republic and Civil War in Spain 1931-1939,* Londres-Nueva York, 2004, p. 3). Como hemos tratado de explicar a lo largo de esta obra, la génesis del insurreccionalismo se sitúa entre 1919 y 1923, y la confrontación entre sindicalismo y anarquismo se desarrolla paradójicamente bajo la "presión gubernativa" de la Dictadura. Sin tenerlo en cuenta, y sin tomar en consideración el repertorio de la violencia anarquista y las formas de liderazgo asentadas con el pistolerismo anterior a 1923, es difícil entender lo que sucede entre 1931 y 1933. Los sucesos del Primero de Mayo del 31, presentación en público a tiro limpio de lo que será la CNT-FAI, obligan a corregir la tesis habitual de que el conflicto entre anarquismo revolucionario y República, entre anarquismo revolucionario y sindicalismo, se desarrolla más adelante: está ya declarado en ese momento auroral. A partir de ahí no resulta demasiado útil contraponer una interpretación "moderna" de la acción colectiva, en el marco de los movimientos de protesta, "obra de grupos de anarquistas bajo la influencia de visiones catastrofistas" —J. Casanova, *op. cit.*. p. 78— a la "tradicionalista y conservadora" que pone el énfasis en la conquista del poder por la FAI (*op. cit.*, p. 79) Tras el ensayo de desbordamiento de un conflicto económico del Alto Llobregat, las dos insurrecciones de 1933 responden a un proyecto ideológico bien definido, la revolución anárquica de raíz bakuniniana y a un liderazgo consolidado de un grupo dirigente —los "tres mosqueteros"—, sobre el cual nuestro autor ni siquiera se detiene. No estamos ante una movilización popular similar a la que desemboca en la toma de la Bastilla, sino ante una variante supuestamente libertaria —de hecho, como ya entonces fue llamada, anarco-bolchevique— de toma del poder. En este aspecto, como revela el plan de enero de 1933, García Oliver estaba fascinado por Lenin y Trotski (recordemos su intervención en el Congreso Nacional de 1931). La "estructura de oportunidad política" de la Segunda República, favoreció el doble enfrentamiento, donde la organización fue *a contrario* protagonista. Tiene razón J. Casanova al afirmar que "una estrategia insurreccional basada en un apoyo disperso nunca podía desencadenar un levantamiento general y acabaría siendo reprimida con facilidad" (*op. cit.*, p. 83). Pero eso lo ignoraron García Oliver en enero y Durruti en diciembre de 1933, y el fracaso no les autoriza a abandonar el escenario que ocuparon conscientemente, a no ser que creamos aquello de que en el anarcosindicalismo no hay líderes. Al aceptar esta cortina de humo, mencionando una y otra vez a un innominado sujeto colectivo, J. Casanova hace imposible la explicación de un proceso fundamentalmente político de lucha y afirmación del poder, en cuyo curso un liderazgo carismático —¿qué es si no el mito de Durruti y de "los Solidarios"?— impone con resultados desastrosos su modelo de revolución. Llevadas al contexto, las observaciones del autor sobre los fundamentos sociológicos y psicológico-sociales de la radicalización, siguen en cambio siendo valiosas.

rada, contra el sindicalismo —el anarcosindicalismo— y contra la República. La FAI desempeña un papel de unidad militar de vanguardia, de contornos difusos, así como de referente simbólico, pero lo que se pone en marcha es la activación política del protagonismo logrado por "los reyes de la pistola obrera" ya en 1923. Es un grupo dirigente, dotado de capacidad de decisión y de recursos para la violencia, el que ejercerá un liderazgo carismático, centrado en la figura, y en la pistola, de Durruti, con el doble complemento del estratega y activista García Oliver y del más discreto Francisco Ascaso. Contarán con auxiliares en la prensa libertaria de combate, como una Federica Montseny siempre en plan apocalíptico, y un entorno de fieles seguidores. Será este grupo integrado por "los mejores terroristas" de 1923 el que intente trasplantar el esquema insurreccional de Bakunin a la España republicana. Al mundo anarquista no le gusta hablar de dirigentes, pero lo cierto es que el trío García Oliver-Durruti-Ascaso actuó como tal, hasta el punto de arrastrar a la CNT, desde 1932-33 CNT-FAI, a dos catastróficas sublevaciones que solo sirvieron para desangrarla y para desgastar a la República por las consecuencias de la represión ejercida (Casas Viejas).

Entre 1920 y 1923 la represión en Barcelona había adquirido rasgos de terrorismo de Estado; durante la Dictadura fue irregular e incompleta, y a lo largo de la República asimétrica, con presos, deportados y muertos pero escasa presión judicial sobre los líderes. Resultó, en consecuencia disfuncional, al conjugar acciones de gran envergadura y coste humano, con tolerancia e intermitencia respecto de los cuadros dirigentes, que a los pocos meses de prisión recuperan de un modo o de otro la libertad. Durante la Dictadura, había prevalecido una voluntad de cancelar la existencia legal de la CNT, abriéndose a la expectativa de que la desaparición de toda esperanza de vida legal empujase a los sindicalistas a integrarse finalmente en el orden corporativo. El hecho es que entre prohibiciones y ensayos conspirativos, la CNT logró que su imagen siga viva entre los trabajadores, e incluso se difundan las polémicas entre sindicalistas y anarquistas. La represión durante el período republicano tendrá en cambio otras características, ya que la permanente conflictividad, de alta gradación, con una auténtica guerra social en las calles, atracos, bombas, tiroteos, intentonas revolucionarias, encarcelamientos masivos y deportaciones, incide sobre la mentalidad de los militantes. Aquellos que no desertan de la militancia se sienten objeto de una persecución constante, por parte de la República, "del Estado", sin que por otra parte resulten desarticulados los lazos de sociabilidad. Nada parecido a lo que va a suceder bajo el franquismo, de manera que la represión desempeña a fin de cuentas un papel decisivo para el mantenimiento de la cohesión ideológica en el seno de la colectividad anarcosindicalista.

La represión gubernamental, culminada en Casas Viejas, fue también decisiva a la hora de evitar una revisión de la estrategia basada en la reiteración de fallidos experimentos insurreccionales. Los muertos acumulados en las intentonas de 1933 se convertían en mártires de una causa sagrada que debía llevar a la liberación de la humanidad trabajadora. Más allá de los condiciona-

mientos sociológicos y del impacto de la crisis económica, es esta dimensión política, o mejor, político-religiosa, lo que contribuye a mantener la fe de los militantes en ese paraíso ajeno a toda autoridad que es el comunismo libertario. En este punto, desde otras circunstancias, la vivencia anarquista se aproxima a la comunista en cuanto variantes de la religión política revolucionaria. Solo que a diferencia de su competidor, al anarquismo le falta un referente concreto -no hay patria del socialismo ya en construcción, como la URSS- y carece de líderes carismáticos de la organización, pues en principio la mentalidad libertaria rechaza las relaciones de autoridad y las jefaturas personales. En la práctica, tal ausencia no sucede y el liderazgo existe, ejercido en el caso de la CNT-FAI por el grupo dirigente de los antiguos "solidarios" en torno a la figura mítica de Buenaventura Durruti, respaldada por García Oliver. La CNT proporciona la base de maniobra para la revolución, pero es sobre todo es la FAI, con su carga de indeterminación, de despersonalización, donde solo importa la identidad anarquista, quien se presente como protagonista colectivo, dispuesto a todos los sacrificios por el triunfo de lo que García Oliver llamaba "la Santa Anarquía". La organización paramilitar, los Cuadros de Defensa, encabezará la acción insurreccional.

Cuenta también la dimensión utópica del anarquismo, que no es una construcción en el vacío, sino que enlaza con la existencia de una micro-sociedad libertaria, atenta a los intereses inmediatos de los trabajadores, con una subcultura propia, y aspiraciones reales de cara a configurar un nuevo mundo presidido por la libertad, en sus distintas facetas: económica, sexual, de integración en la naturaleza. El anarquismo español fracasó espectacularmente en cuanto forma de proyecto revolucionario de naturaleza política —a pesar de su proclamado antipoliticismo— y económica. Sin embargo, el catecismo de la revolución elaborado por Bakunin proporcionaba una serie de elementos muy claros a la hora de definir una ruptura con la sociedad burguesa. El orden racional de la naturaleza se proyectaba como exigencia de otro orden racional, el de la sociedad, donde una vez triunfante la revolución, sin mediación alguna, y menos política, de la destrucción había de surgir espontáneamente un mundo de absoluta libertad, plenamente armónico. Eran unos puntos muy precisos, que permitían desechar de inmediato todo tipo de objeciones de tipo político. Los aspectos satisfactorios de la forma de vida comunitaria anticipaban por su parte la feliz existencia posrevolucionaria, cuyos perfiles cabía entrever, a pesar de los costes derivados de la lucha. El anarquismo, o mejor llegados a este punto, el anarcosindicalismo derivaba de la política a la antropología, diseñando en la práctica "un hombre nuevo". Fue éste el auténtico contenido revolucionario del movimiento anarquista, más allá de una sucesión de ensayos insurreccionales sumamente costosos para los propios revolucionarios y para la democracia republicana.

Nuestro relato se cierra con el levantamiento militar de 17 a 19 de julio de 1936. Hay, sin embargo, un aspecto de la actuación anarquista a partir de esa fecha, singularmente en Cataluña, que conviene recuperar. Se trata de la contaminación de las formas más violentas de delincuencia sobre el comportamien-

to anarquista, las cuales van a culminar en los primeros meses de poder revolucionario al instaurar un régimen de terror. Tampoco entonces se registra una ruptura con los períodos anteriores. No suele tenerse en cuenta que en el vértice del aparato represivo, con las Patrullas de Control, establecidas en principio para evitar excesos de incontrolados, se encontraba Aurelio Fernández, miembro destacado del grupo "Nosotros" y de la FAI, a la cabeza de la Junta de Seguridad nombrada por el Comité Central de Milicias Antifascistas y actuando siempre de acuerdo con García Oliver. El supuesto dique de contención frente a los asesinatos, puesto en manos de la FAI, aun cuando formalmente la responsabilidad formal fuese compartida, se convirtió en organizador sistemático del asesinato político y de la depredación de los bienes de las víctimas.

La dirección ejecutiva corrió a cargo del anarquista Manuel Escorza, al frente de la Comisión de Investigación, que "tan eficientemente dirigió", a juicio de García Oliver[3]. Los demás testimonios le definen como un verdadero "monstruo" (J. Termes). A su lado, el jefe de la Comisaría General de Orden Público, el también sanguinario Dionisio Eroles, muy próximo asimismo a García Oliver, quien con sus hombres, *els nanos d'Eroles*, ponía en práctica la persecución selectiva. El pistolerismo se convertía en crimen organizado bajo el manto de las siglas libertarias. Véanse las decisivas aportaciones de Miquel Mir, al publicar *Diari d'un pistoler de la FAI o El preu de la traició*, y *Un republicà en mig de faístes*, de Joan Pons Garlandi, aparecidas entre 2008 y 2010, y cuya importancia destaca Josep Termes en su espléndida *Historia del anarquismo en España:* "El peso de la acción faísta —resume Termes— se dejó sentir enseguida en todos los aspectos. Fábregas —así como los otros representantes de las diversas organizaciones políticas y sindicales— se vio impotente no solo de impedir, sino también de neutralizar, la actuación inmoral y desastrosa de elementos de la FAI pertenecientes a la criminal Específica..."[4]. En octubre de 1936 la barbarie organizada culminó en uno de los episodios más abyectos de la guerra civil, cuya responsabilidad recae sobre Aurelio Fernández, el tantas veces compañero de Durruti. Fue el asesinato de cuarenta y seis maristas tras haber pagado la Orden desde Francia doscientos mil francos para su liberación. El relato de García Oliver, plagado de falsedades en su defensa de Fernández, sugiere también su responsabilidad[5]. El crimen devoraba a la revolución.

[3] *El eco de los pasos*, p. 467.
[4] Josep Termes, *Historia del anarquismo en España*, p. 513.
[5] *El eco de los pasos*, pp. 470-471.

Biblioteca de Historia Social

Antonio Elorza

Anarquismo y utopía

Bakunin y la revolución social en España (1868-1936)

El anarquismo desempeña un papel excepcional en la historia del movimiento obrero español, hasta el punto de que si para Rusia fue posible en los años de entreguerras hablar del socialismo en un solo país, pensando en España resultó lícito referirse al "anarquismo en un solo país". En este libro se trata de explicar las causas que determinan la primacía del bakuninismo a partir de la Revolución de 1868 y, décadas más tarde, la reactivación del esquema de control libertario sobre el asociacionismo obrero, cuando gracias al crecimiento económico propiciado por la neutralidad en la Gran Guerra, el sindicalismo se convierte en un movimiento de masas. A partir de este momento, la imagen histórica suele verse fragmentada en dos períodos: uno, el auge del sindicalismo y el terrorismo hasta 1923; otro, de enfrentamiento de la CNT-FAI con la II República entre 1931 y 1936, dejando en vacío los años de la Dictadura.

Nuestra propuesta interpretativa consiste en destacar la continuidad a partir del período de formación y crisis inicial, cuando entran en juego el pistolerismo y la represión estatal, tiempo además de definición ideológica. Seguirá, desde el golpe de Primo de Rivera, una permanente "presión gubernativa" sobre la vida sindical durante la Dictadura, que se ve compensada por una permanente confrontación pública de ideas entre sindicalismo y anarquismo. La tensión desemboca en la ofensiva anarquista, desde el primer momento de la República para hacer de la CNT,el instrumento de la revolución en pos del "comunismo libertario". A lo largo de estas tres fases estrechamente vinculadas entre sí, resulta derrotado el proyecto del sindicalismo revolucionario, definido hasta 1923 por Salvador Seguí, cuya consecuencia hubiera sido relegar al anarquismo a una situación marginal, y se impone, en cambio, una estrategia insurreccional de signo bakuniniano, liderada por el grupo dirigente que integran Buenaventura Durruti, Juan García Oliver y Francisco Ascaso.

La otra cara del fallido "sueño insurreccional" de 1932-1933 es el diseño de una microsociedad libertaria, que no solo se orienta a la ruptura violenta con el orden establecido, sino que intenta configurar un nuevo tipo de relaciones humanas, basadas en la fraternidad y en la solidaridad, así como en el acceso a la cultura, a la naturaleza y a la libertad sexual por parte de los trabajadores. Es la dimensión utópica que pervive hasta el fin de la guerra civil.

Antonio Elorza es historiador. Ha publicado diversos estudios sobre la CNT bajo la dictadura de Primo de Rivera, así como sobre Ángel Pestaña y Diego Abad de Santillán. De los primeros, Josep Termes escribió en su *Historia del anarquismo en España* que "son muy trabajados y elaborados, y constituyen fuente primordial para conocer el doctrinarismo anarquista en estos años".

ISBN 978-84-15305-53-8
9 788415 305538

ediciones cinca